El Peso de Todo

N.R. WALKER

El Peso De Todo

N.R. Walker

Índice

Sinopsis

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Epílogo

Sobre la autora
También de N. R. Walker

Sinopsis

Tras ser abandonado por su novio de toda la vida debido a su sobrepeso, Henry Beckett decide hacer algunos cambios drásticos. En un vano intento de recuperar a su novio, Henry hace lo más absurdo que se le ocurre.

Se apunta a un gimnasio.

Reed Henske es un entrenador personal que no está seguro de estar preparado para volver a tener una cita. Está harto de los chicos que sólo se interesan por la imagen corporal perfecta, sin verle nunca por lo que realmente es.

Mientras Reed tortura a Henry con cosas como la dieta y el ejercicio, Henry enamora a Reed con recetas y risas. A medida que las líneas de amistad comienzan a difuminarse, Henry se convence de que es imposible que Reed, como Thor, se interese por un tipo como él.

Reed sólo tiene que convencer a Henry de que la vida no consiste en alcanzar tu peso corporal ideal. Se trata de encontrar tu contrapeso perfecto.

Derechos de Autor:

Artista de portada: Samuel York
Editor: Boho Edits
Traductor: Francisco David
El Peso de Todo © 2021 N.R. Walker
Editorial: BlueHeart Press

Todos los Derechos Reservados:

Esta obra literaria no puede ser reproducida ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluida la reproducción electrónica o fotográfica, por completo o en parte, sin autorización expresa por escrito.
Esta es una obra de ficción, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o establecimientos comerciales, eventos o locales es casual.
El material artístico autorizado se utiliza únicamente con fines ilustrativos.
Todos los Derechos Están Reservados. Ninguna parte de este documento puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin permiso escrito, excepto en el caso de breves citas incorporadas en artículos críticos y reseñas.

Advertencia:

Destinado a un público mayor de 18 años. Este libro contiene material que puede resultar ofensivo para algunos y está destinado a un público adulto. Contiene lenguaje gráfico, contenido sexual explícito y situaciones adultas.

Agradecimientos a las Marcas:

La autora reconoce la condición de marca registrada y los propietarios de las siguientes marcas mencionadas en esta obra de ficción:

Harry Potter, Horrocrux, Voldemort: J.K. Rowling y Warner Bros. Entertainment Inc.

Google: Google, Inc.

Kelvinator: Electrolux Home Products, Inc.

Breaking Bad: AMC Network Entertainment LLC

Juego de Tronos: Home Box Office, Inc.

Audi: AUDI AG.

Colgate: Colgate-Palmolive Co.

Sexo en Nueva York: Home Box Office, Inc.

La Bella y la Bestia: Walt Disney Pictures

KitchenAid: Whirlpool Corporation

Diesel: Diesel spA

Band-Aid: Johnson & Johnson

Advil: Wyeth LLC

Panadol: GlaxoSmithKline Group

Karate Kid: Columbia Pictures.

Myer: Myer Pty Ltd

Tumblr: Yahoo! Inc.

Twitter: Twitter Inc.

Tinder: Tinder Inc.

Grindr: Grindr LLC.

Mrs Brown's Boys: BBC Ltd

El Precio Justo: FremantleMedia Australia y TVE-1 España.

No Puedo Esperar: Columbia Pictures.

Twister: Hasbro Inc.

Uno: Mattel Inc.

Scrabble: Hasbro Inc.

eBay: eBay Inc.

La Fuga de Logan: 1976, Metro-Goldwyn-Mayer

StairMaster: Core Fitness, LLC.

Mordor, Gandalf, la Tierra Media (El Señor de los Anillos): Tolkien Enterprises.

Coles: Coles Group Limited

Hombre de hojalata (Mago de Oz): 1939, Metro-Goldwyn- Mayer

Ralph Lauren: Ralph Lauren Corporation.

Premio Oscar: Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas

Premio Emmy: Academia Nacional de Artes y Ciencias de la Televisión

Bluetooth: Bluetooth SIG, Inc.

YouTube: Google Inc.

Prada: Prada SpA

Bee Gees, Best of Album: 1969, Polydor Records

CrossFit: CrossFit, Inc.

Barrio Sésamo: Sesame Workshop

Shrek: DreamWorks Animation, LLC.

Nespresso: Nestlé Nespresso SA

Winnie Pooh: Walt Disney Co.

Vegemite: Mondelēz International

City2Surf: Fairfax Media Publications Pty Ltd

Superman y Supergirl: DC Comics, Inc.

Fitbit: Fitbit Inc.

Carros de Fuego: 1981, Warner Bros.

Siempre que te encuentres
dudando de hasta dónde puedes llegar,
sólo recuerda lo lejos que has llegado.
Recuerda todo lo que has enfrentado,
todas las batallas que has ganado,
y todos los miedos que has superado.

Desconocido

El Peso de Todo

N.R. WALKER

Capítulo Uno

La mayoría de la gente no puede decir el momento en que su vida cambió. Un día tienen veinte años y el mundo a sus pies, y al siguiente se acercan a los cuarenta y se preguntan a dónde ha ido a parar su vida. No hay un calificador de edad tipo *La Fuga de Logan* que considere que has pasado tu fecha de caducidad. No hay una ceremonia con togas y sombreros divertidos para decir que has pasado de marcar una casilla de edad en una encuesta a marcar la siguiente. Simplemente te das la vuelta y, zas, zas, joder, eres viejo, muchas gracias.

Bueno, *mayor*.

Tengo treinta y cinco años. No me clasifico como viejo. Bueno, no lo hacía.

Hasta que Graham, el novio con el que vivía desde hacía ocho años, llegó a casa y me dijo que lo nuestro había terminado. No quería pasar su vida con un viejo con sobrepeso. Yo ya no era divertido. Ya no me cuidaba. No era lo que él quería.

Y *ese* fue el momento en que mi vida cambió.

Sólo para aclarar una cosa, mi ahora ex novio tiene la misma edad que yo. Y cuando me llamó viejo, no se refería a mi edad. Se refería a cómo vivía mi vida. No salía de fiesta, no salía a correr por el parque, no quería ir de excursión los fines de semana.

Paseos para tomar café, sí. Y fines de semana en una cabaña de madera leyendo libros, haciendo rutas de vino y cocinando demasiada comida, también. Yo era más de disfrutar de las cosas buenas de la vida, mientras que él evitaba los treinta años de la misma manera que un gato evita ir al veterinario. Y aparentemente eso me hacía viejo.

Así que el comentario de la edad lo podía ignorar porque me gustaba lo que me gustaba. Pero el comentario sobre el sobrepeso me afectó mucho.

Cuando superé el golpe de sus palabras y la conmoción por ver sus cosas empaquetadas en cajas y la llave de la puerta de casa en la barra de la cocina, me di cuenta de que sí, que me dejaba. Pero el mayor

impacto llegó después. Después de dos botellas de vino y de sollozar con mi mejor amiga, Anika, en el suelo del salón, ahora casi vacío, me dirigí al baño. Borracho y hecho un lío emocional, me desnudé con la intención de ducharme. Pero me miré en el espejo y, por primera vez, realmente me vi.

Y vi cómo me veía Graham, y vi por qué se fue de mí lado.

Tenía sobrepeso. Me veía viejo. Era un maldito desastre.

Así que sí, ese, el punto más bajo de mi vida, fue el día en que mi vida cambió.

Dos días más tarde, me detuve frente al gimnasio del barrio, que estaba a diez minutos de mi casa y por el que había pasado mil veces, tomando la determinación de entrar. Respirando profundamente y con una nueva determinación, atravesé las puertas y me acerqué al mostrador de recepción. Una mujer joven y en forma me sonrió alegremente.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí. Me llamo Henry Beckett. Y necesito ayuda para recuperar a mi novio.

Ella parpadeó.

—¿Perdón?

—Mi vida —enmendé rápidamente. *Gran trabajo, Henry, idiota. Anunciar que no tienes vida y que eres gay para romper el hielo. En serio, por eso estás soltero*—. Quise decir que necesito ayuda para recuperar *mi vida*.

Oí que alguien se reía a mi lado, y me giré para ver a un hombre guapísimo, construido como una nevera de más de un metro ochenta, que me sonreía. Tenía el pelo corto y rubio, unos impresionantes ojos azules y llevaba un uniforme de gimnasia tan ajustado que parecía pintado sobre su cuerpo. Me tendió la mano y casi tuve miedo de estrecharla por temor a que me aplastara los dedos o algo así, pero era cálida y firme.

—Me llamo Reed. Y has venido al lugar correcto.

Capítulo Dos

Reed. Por supuesto que se llamaba Reed. Parecía más bien un Kelvin, como en Kelvinator, porque en serio tenía el tamaño de una nevera, pero no lo dije en voz alta. Era como me imaginaba que eran todos los adictos al gimnasio: sin un gramo de grasa y rebosando salud y vitalidad. Su piel era impecable, no excesivamente bronceada, sino de un modo mi-dieta-es-más-saludable-que-la-tuya. Sus ojos eran brillantes, su sonrisa amable y sus dientes perfectamente rectos. Podría haber sido el tipo del póster "Beneficios de estar en forma y saludable" de la consulta del médico al que siempre ponía los ojos en blanco.

—Ven y toma asiento —dijo Reed. Recogió un portapapeles del mostrador y se dirigió a uno de los sofás de la sala de espera. Tuve que preguntarme, ¿para qué necesitaba un gimnasio una sala de espera? ¿Servían aquí café y pasteles? Esperaba que sí, pero dado que era un gimnasio, no lo creía. Era lo suficientemente acogedor, aunque las revistas de la mesita eran una mezcla de culturismo y de cocina de mal gusto.

Me quedé mirando la revista superior, con mis papilas gustativas debidamente ofendidas.

—¿Has comido alguna vez col rizada? —pregunté—. Es horrible.

Reed sonrió mientras se sentaba.

—No es tan mala.

—Claro. De la misma manera que la gastroenteritis no es tan mala —dije—. O una infección por hongos en las uñas de los pies.

Se sentó, mirándome, claramente divertido.

—Supongo que no eres un fanático ¿no?

—¿Por qué comer algo que *no es tan malo*? —pregunté—. Siempre he dicho que la vida es demasiado corta para un mal café, una mala comida y un mal s… —Conté estos puntos con los dedos, pero me detuve en el número tres, aunque por la forma en que Reed sonrió ante el portapapeles, estoy bastante seguro de que sabía a qué palabra con S me refería—. Zapato —terminé con dificultad. Aunque ahora

que lo pensaba, los buenos zapatos eran tan agradables como el buen sexo.

Dios, realmente soy un viejo.

Me senté en el sofá haciendo un ruido bajo y soltando un suspiro. Reed dejó el portapapeles sobre su regazo, me miró preocupado y frunció el ceño.

—¿Quién es Graham?

—¿Qué?

Levantó la mano como si estuviera parando el tráfico.

—*Acabas* de decir: "Y por eso me dejó Graham".

Oh, mierda. ¿Lo dije?

—Graham... Graham es el nuevo Voldemort. Ya no decimos su nombre en voz alta.

La mirada de preocupación de Reed fue pronto una sonrisa.

—Ah —Asintió sagazmente—. ¿Y este es el Voldemort que quieres recuperar?

—No. Sí. Bueno, tal vez. Me temo que hará falta algo más que reunir unos cuantos Horrocruxes. A menos que puedas llamar Horrocrux a correr en una cinta.

Reed parpadeó lentamente.

—¿Un qué?

—Un Horrocrux. Ya sabes, de *Harry Potter*.

Parecía realmente sorprendido.

—Nunca he visto las películas ni he leído los libros. Aunque sé quién es Voldemort.

Le miré fijamente y luego me incliné hacia él como si fuera un alto secreto. Mi voz fue apenas un susurro.

—Entonces, ¿eres el único?

—¿Soy el único qué?

—El único en el planeta que no ha visto las películas ni ha leído los libros.

Reed se rio fuerte.

—Sí, ese soy yo. —Sin dejar de sonreír, levantó el portapapeles—. Tengo algunas preguntas.

Me recliné y suspiré.

—¿Incluye esto una exención en caso de que me caiga muerto en la StairMaster? Porque, para que lo sepas, probablemente debería porque probablemente sucederá.

Se rio justo cuando la mujer del mostrador le llamó por su nombre y levantó el auricular del teléfono. Me miró disculpándose.

—Lo siento, pero será mejor que atienda esa llamada. ¿Qué tal si rellenas los detalles y vuelvo cuando hayas terminado?

—Claro —dije cogiendo el portapapeles. Las primeras preguntas eran las habituales: nombre, dirección, ocupación, datos de la cobertura sanitaria privada. Consideré la posibilidad de dibujar una manita con el dedo corazón extendido junto a la casilla de la franja de edad, pero pensé que probablemente no era lo suficientemente maduro junto a la casilla de 35-40 años. Quiero decir que, en realidad, ¿les habría matado tener el criterio de selección como 30-35? ¿Por qué había que agrupar a los de treinta y cinco años con los de cuarenta?

Justo en ese momento, podría haber matado a Anika. Cuando le dije a ella, mi mejor amiga desde la universidad, que me iba a apuntar a un gimnasio, me dijo que Graham era un idiota y que no tenía que cambiar nada de mí. Pero cuando se dio cuenta de que me empeñaba en perder peso, me animó mucho. ¡Me dijo que era una idea excelente! Cuando le pedí que me acompañara, se limitó a darme una palmadita en la mano y me dijo que no fuera un maldito idiota. Consideré la posibilidad de dejar el formulario y abandonar. Podía estar en casa con una botella de vino y algo de comida griega en veinte minutos, revolcándome en mi propia soledad, contándole a Anika por teléfono mi angustioso encuentro con un gimnasio.

Pero entonces, ¿qué iba a conseguir? No quería volver a ser el borracho con sobrepeso que llora en el baño.

Así que, respirando profundamente, rellené el resto del formulario. Hubo otras preguntas como las alergias y otras lesiones relacionadas con el deporte, que me hicieron resoplar porque asumían que realmente había hecho algún tipo de deporte en mi vida.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Reed. Ahora estaba de pie en frente de donde yo estaba sentado, obviamente había terminado con su llamada telefónica.

Era tan alto que tuve que estirar el cuello para mirarlo, y consideré brevemente anotar eso como una lesión.

—Bueno, las lesiones relacionadas con el deporte implicarían participar en algún tipo de actividad física. Los únicos maratones que he hecho son los de *Juego de Tronos y Breaking Bad.* —Entonces

recordé otra—. Ah, y *Sexo en Nueva York,* pero esa semana estaba enfermo, así que no cuenta.

Esta vez, se sentó a mi lado.

—Eres muy gracioso.

—Bueno, suelo hablar mucho. Cuando no estoy en el trabajo, claro. ¿Conoces la canción "el hueso de la rodilla está conectado al hueso de lo que sea"? —Él asintió y yo suspiré—. Bueno, mi boca no está conectada a mi cerebro.

—¿Sin filtro?

Sacudí la cabeza.

—Defecto de nacimiento. Lo he sufrido toda mi vida.

Intentó no reírse y cogió el portapapeles.

—Bien, ¿estás preparado para un examen físico rápido?

Palidecí.

—¿Cómo, ahora? ¿Hoy? ¿Aquí? ¿Contigo? Uf, ¿tengo que estar ahí?

Su sonrisa era amplia y perfecta.

—Ayuda un poco si estás, sí. —Se levantó y esperó a que le siguiera—. Vamos, por aquí.

Le seguí a regañadientes hasta lo que creía que era un despacho, pero resultó ser una especie de cámara de tortura. Había básculas y un gráfico de la "Pirámide de alimentación saludable" en la pared. Estoy seguro de que si revisara el cajón del escritorio, habría implementos horriblemente crueles como cintas métricas y pinzas para medir grasa.

—No hace falta que parezcas tan asustado —dijo deslizando el portapapeles sobre la mesa.

—¿Ha muerto alguien aquí?

Reed soltó una carcajada.

—No que yo sepa.

—¿O sólo los sueños y esperanzas de la gente?

Sus hombros temblaron mientras reía.

—Y las almas de los niños pequeños.

Asentí.

—Suena bien.

Sus ojos eran cálidos, a juego con su sonrisa Colgate.

—Bien, primero la altura —dijo señalando con la cabeza el gráfico de la pared. Me niveló la parte superior de la cabeza con su bolígrafo y anotó sus conclusiones. No es que esperara que mi altura cambiara

mucho—. Un metro setenta y siete —confirmó. Recogió una cinta métrica del cajón del escritorio y, sin duda, no tenía ningún problema de espacio, me midió el pecho, la cintura, cada muslo y cada bíceps.

—La última vez que me midieron fue para la boda de mi hermana —dije mientras él hacía su trabajo de medir y escribir—. No podría decirte cuáles eran las medidas.

—¿Hace cuánto tiempo fue eso? —preguntó—. ¿La boda?

—Hace tres años.

—Genial —dijo amablemente.

—Hmm, tal vez. Aunque el traje duró más que el matrimonio. Está claro que yo conseguí el mejor trato.

Dudó.

—Oh. Lo siento.

Resoplé.

—No te preocupes. También estuvo comprometida con otro desde entonces, pero se asustó antes de la boda. Ahora se ha enganchado a otro pobre chico. —Negué con la cabeza. Quería a mi hermana, pero ella trataba el matrimonio como la decoración de interiores y cambiaba con las estaciones. Los gais y las lesbianas no teníamos el mismo lujo en este país, y eso me molestaba. Si Graham y yo hubiéramos podido tener la boda que una vez quisimos... entonces, recordé que ya no tenía a Graham.

—¿Puedes subir a la báscula? —preguntó Reed. Obviamente, no estaba al tanto de la caída en picada de mis pensamientos y mi estado de ánimo. Con un suspiro renuente y algo petulante, hice lo que me pidió—. Entonces tomaremos una foto para tener la imagen del "antes", y cuando alcances tu peso objetivo o el nivel de condición física que te gustaría lograr, podemos tomar una foto del "después".

Escuché lo que dijo, pero me quedé mirando los números de la báscula. Seguramente estaban equivocados. ¿Las básculas digitales podían estar equivocadas?

La voz de Reed fue suave a mi lado.

—¿Estás bien?

Me quedé sin palabras, horrorizado y avergonzado.

—Mierda —susurré.

Ciento catorce kilos.

Tres cifras. Ciento catorce malditos kilos.

Me bajé de la báscula, sintiéndome mareado y aturdido. Nunca

había tenido este peso. Creo que la última vez que me pesé fue hace unos diez años, y pesaba ochenta y cinco kilos. ¿Cómo demonios podía tener ciento catorce kilos? Y lo peor era que Graham tenía razón. Tenía sobrepeso. Me había dejado llevar. Dejé de cuidarme.

—Joder.

Reed puso su mano en mi brazo.

—Como dije, Henry, estás en el lugar correcto. Vamos a marcarnos algunos objetivos, un plan de entrenamiento, un plan de dieta. Recuperarás tu vida. Y a tu novio. Te haremos lucir tan bien que te rogará que vuelvas con él.

Asentí aturdido. Estaba realmente conmocionado. No tenía ninguna respuesta ingeniosa. No tenía nada divertido que decir.

Reed me dedicó una sonrisa compasiva y tranquilizadora. Me sacó una foto para su estúpida imagen del antes, y lo único que pude pensar fue en *los ciento catorce kilos.*

Se detuvo frente a mí y puso sus enormes manos sobre mis hombros.

—Henry, mírame.

Parpadeé rápidamente y traté de sacudirme la vergüenza. Le miré directamente a sus bonitos ojos, sintiendo cada parte de *la Bella y la Bestia* Obesa.

—¿Aquí es donde cantas "Bella y Bestia Son" y te doy una biblioteca?

Enarcó una ceja y luchó contra una sonrisa.

—¿Qué?

—No importa.

—Puedes hacer todo lo que te propongas, y estaré contigo en cada paso del camino —dijo—. Tú puedes.

Me dijo que estuviera allí a las ocho de la mañana, listo para cambiar mi perspectiva, listo para cambiar mi vida.

Me fui a casa aturdido. Consideré llamar a Anika, pero ella sólo me diría que estaba perfecto tal y como estaba, y ciento catorce putos kilos me hacían diferir. Así que, en lugar de eso, me comí los restos de tarta de queso que quedaban en la nevera, y lloré.

Capítulo Tres

Estar en el gimnasio a las ocho de la mañana de un domingo era ridículo. El hecho de que algunas personas estuvieran terminando ya una sesión de una hora era aún más loco. ¿Esta gente perfecta dormía? Y siendo realistas, eso significaba que debían haber llegado en algún momento después de las seis para estar aquí para empezar a las siete. A hacer ejercicio. En un domingo, el día en el que normalmente dormía y salía a tomar un perezoso desayuno tardío. ¿Pero hacer ejercicio? Me preocupaba su bienestar psicológico.

—¡Hola, Henry! —me saludó alegremente Reed—. Me alegro de que estés aquí.

Observé a dos mujeres mientras se marchaban, sudorosas y riendo.

—¿Hacéis pruebas psicológicas o el test de manchas de tinta a esta gente? —le pregunté a Reed en voz baja—. Porque creo que podrían tener algunos problemas de salud mental.

Reed echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Oh, me haces reír. —Parecía genuinamente feliz y dado que había estado aquí, probablemente haciendo ejercicio desde las seis, me hizo cuestionar su cordura.

—¿Hay que estar loco para hacer ejercicio para vivir?

Sonrió.

—Nop. Pero ayuda. —Dio una palmada—. He elaborado un plan de ejercicios y dieta para ti. —Recogió algunas hojas de papel y me mostró primero el plan de ejercicios—. El cardio, el acondicionamiento de la zona media y la fuerza corporal serán los enfoques principales de las primeras cuatro semanas. Empezaremos despacio e iremos subiendo la intensidad, ¿de acuerdo?

Asentí desoladamente.

—Y el plan de dieta es bastante amplio. Has dicho que la comida es lo tuyo, así que es importante acertar en esta faceta tanto como en la del ejercicio, porque si esto no te funciona, es más probable que lo dejes.

—¿Incluye la col rizada?

Sonrió.

—Sin col rizada.

—Bien.

—Ven y te mostraré lo que tengo planeado para ti. —Caminó firmemente hacia una fila de cintas de correr.

Hice mi mejor imitación del naturalista David Attenborough.

—Ah, dispositivos de tortura modernos, pero aún arcaicos en su hábitat natural. No es una especie particularmente amenazante, a menos que seas una persona de treinta y cinco años con sobrepeso que no ha corrido desde el instituto. —Entonces recordé que eso no era exactamente cierto—. Vale, bueno, correr para coger una KitchenAid a mitad de precio en las rebajas del día después de navidad no cuenta.

Reed me miraba fijamente, todavía sonriendo.

—¿La conseguiste?

—¿Conseguir qué?

—La KitchenAid.

—Ah, por supuesto. Me encanta cocinar. Es lo mío. Y no había chef o abuela viva lo suficientemente valiente como para ponerse en el camino de un hombre en una misión. Aunque todavía me siento mal por haberle dado un codazo a esa señora. Ella era más rápida que yo; llevaba zapatillas de correr y yo mis mocasines Diesel. El estilo por encima de la comodidad, ya sabes cómo es eso. Pero déjame decirte que no he vuelto a cometer ese error en un día de rebajas. —Reed me miró durante un largo momento, como si le desconcertara y le divirtiera a partes iguales—. Lo siento. Suelo hablar un motón. No mucho de ello tiene sentido.

Su sonrisa fue lenta pero genuina.

—Tiene mucho sentido para mí. Bien, empezaremos con algo de cardio. —Entonces pulsó algunos botones en la cinta de correr—. Programaré esto para ti. ¿Ves esto? —Apretó algunos botones más mientras yo miraba—. Empezarás con una caminata lenta pero constante, luego se acelerará e inclinará un poco como si estuvieras caminando cuesta arriba, y entonces volverá a bajar al ritmo inicial. —Me subí a la máquina y él pulsó el botón de inicio—. Volveré cuando hayas terminado, ¿de acuerdo?

Me dejó solo y se dirigió a otros miembros del gimnasio que parecían estar en forma, dedicándoles la misma cantidad de tiempo atento y profesional que me dedicó a mí. Era bueno en su trabajo.

Sin duda era una persona sociable y por la forma en que todo el mundo le llamaba por su nombre y él a ellos, supuse que era muy querido.

Le observé mientras hablaba con una señora que utilizaba un aparato de tortura para tirar con el brazo y luego ayudaba a un tipo que levantaba pesas. Me miraba de vez en cuando y sonreía mientras yo jadeaba y resoplaba en lo que él llamaba una caminata lenta. Jesús, si caminara tan suavemente a cualquier lugar, estoy seguro de que estaría muerto antes de llegar.

Entonces, la cinta de correr emitió un pitido y comenzó a inclinarse. La plataforma se levantó, y dulce madre de Dios, iba a morir.

Cuando me acostumbré al cambio, Reed estaba a mi lado.

—Lo haces bien —dijo con su habitual sonrisa.

Tenía toda la intención de responder con alguna réplica inteligente e ingeniosa, pero subir una colina inexistente durante cinco minutos me dejó incapaz de respirar y hablar al mismo tiempo.

Pensé en pulsar el botón de parada. En realidad, pulsar ese botón de parada de emergencia con la esperanza de que llegara una ambulancia y me llevara a la cafetería más cercana era muy tentador.

Pero sabía que si empezaba a poner excusas ahora, estaba haciendo perder el tiempo a todo el mundo y dando la razón a Graham. Y eso fue lo que me hizo esforzarme. Efectivamente, después de una eternidad en el infierno, la cinta de correr declinó y el ritmo disminuyó.

Cuando se detuvo, me bajé. Mis piernas eran una absoluta gelatina, mis pulmones ardían y mi corazón se acercaba a niveles cardio-fatales.

Reed me puso su enorme mano en la espalda.

—¿Cómo fue eso?

Levanté la mano, todavía sin aliento para hablar. Así que asentí en su lugar y logré decir unas pocas palabras cortas.

—No. Bien. Ejer. Cicio. Malo.

Volvió a reírse.

—Lo has superado. Lo hiciste muy bien.

Asentí y me limpié la cara con la toalla.

—Sí. Ha sido genial —conseguí decir—. Gracias. ¿Nos vemos mañana?

Reed luchó contra una sonrisa.

—Eh, eso fue sólo tu calentamiento.

Que Dios me ayude.

—Bueno —jadeé—. Considérame suficientemente caliente. Demasiado caliente, en realidad. Ardiendo, si soy sincero. Creo que voy a expirar. Como, a caer muerto. —Caminé, algo tembloroso, hacia el banco de pesas más cercano y me senté en él. Mi corazón seguía intentando matarme. Mis pulmones parecían luchar por espacio en mi pecho.

Reed me puso su enorme mano en el hombro. Realmente era bastante sensiblero.

—Vamos, de pie. Tienes más para dar todavía.

Levanté la mano, aun tratando de recuperar el aliento.

—Un segundo. Mis pulmones están rotos.

Resopló una carcajada.

—Vamos, levántate.

De alguna manera, me puse de pie. Reed me llevó hasta una máquina StairMaster.

—Oh, he visto esto en funcionamiento antes —dije—. En la Casa del Dolor de Hugo, excepto que el tipo estaba atado y desnudo y... —Los ojos de Reed se abrieron de par en par—. Y eso fue hace mucho tiempo. No me gusta el cuero; sólo fue una noche. Lo siento, ¿qué estabas diciendo?

Reed parpadeó lentamente y empezó a reírse. Tardó un momento en dejar de reírse, aunque no me importó porque cuanto más se riera de mí, menos tiempo iba a estar en esa máquina de ejercicios.

Sin dejar de sonreír, negó con la cabeza.

—De acuerdo, sube.

Hice lo que me dijo.

—Agárrate a las asas —dijo. Lo hice, y él continuó explicándome que hacer—: La elíptica es un entrenador cruzado. Usarás la parte inferior y superior del cuerpo. Es muy buena para el cardio, similar a la cinta de correr, pero sin impacto. —Me enumeró los beneficios físicos, a lo que yo simplemente asentí y sonreí (de una manera ligeramente horrorizada), y luego repasó los ajustes en la pantalla y la programó para dos minutos—. Hoy sólo es un rato. Sólo quiero que te hagas una idea. ¿Estás listo?

—En absoluto.

Se rio y pulsó el botón de inicio. Joder. Era como subir escaleras

sosteniendo bastones de esquí o dos cayados de Gandalf. El *"no pasarás"* era jodidamente correcto. Nunca llegaría a la Tierra Media porque dos minutos en esta maldita máquina casi me matan. A la mierda ir a Mordor. No podía ni dar la vuelta a la manzana.

La máquina finalmente se frenó y me bajé. Mis piernas ya no tenían consistencia de gelatina y eran más bien una aguanieve, y mis pulmones ardían. Me sorprendió que no estuviera exhalando humo.

Reed vio que había terminado y volvió a acercarse a mí, con una amplia sonrisa.

—¿Qué tal eso?

Puse mis manos en las rodillas. Claro que me faltaba el aire, pero si no me agarraba las rodillas, seguro que se me habrían doblado las piernas.

—Estoy seguro de que esto viola la Convención de Ginebra.

La sonrisa de Reed se convirtió en una mueca.

—Eres muy gracioso.

Lo miré fijamente.

—Estoy hablando en serio. —Me puse de pie y mi corazón, mis pulmones y mis costillas protestaron—. Uf. Jesucristo. ¿Y se supone que esto es bueno para mí?

—Lo estás haciendo muy bien —dijo en voz baja—. La primera vez nunca es fácil.

—Sí. Eso me dijo él.

Me miró fijamente y luego soltó una carcajada.

—Ya veo lo que quieres decir con lo de no tener filtro.

Le hice un gesto con la mano, todavía intentando no morir de asfixia aeróbica. Respiré tan profundamente como me permitieron mis pulmones, y luego otra vez, hasta que estuve algo seguro de que iba a vivir. Y tenía que hacer esto. Si quería recuperar mi vida, tenía que dejar de quejarme y hacerlo.

—Bien, ¿qué otros dispositivos de tortura hay?

Reed sonrió victoriosamente.

—Por aquí. —Me condujo hasta un artilugio de estructura metálica que tenía cables y poleas—. Esto se llama máquina de cables y poleas.

—La persona que lo inventó no tenía un amplio vocabulario, ¿verdad? O una imaginación.

Su cálida sonrisa hacía juego con sus ojos, pero ignoró mi comentario.

—Esto es para la parte de fuerza de tu programa de entrenamiento. Ponte aquí, así —dijo de pie bajo el marco. Sujetó los dos asideros separados y procedió a tirar de ellos atrás y adelante sin esfuerzo; sus brazos y hombros se abultaban y flexionaban con cada movimiento. Luego pasó a realizar una serie de posiciones y ejercicios diferentes, indicándome qué músculos se beneficiaban de cada uno—. El peso está fijado en cuarenta kilos, pero eso es lo bueno de esta máquina. Puedes ajustar el peso para que se adapte a cualquier persona. ¿Cuánto crees que puedes levantar?

Intenté hacer las cuentas basándome en copas de martini llenas, porque las levantaba sin problemas, pero Reed cambió el peso a diez kilos antes de terminar de contar.

—Empezaremos de forma ligera. En realidad, lo que quiero es que primero te familiarices con el aspecto técnico. Así me aseguro de que utilizas el equipo correctamente para que no te lesiones si no estoy aquí cuando te ejercites. —Reed se hizo a un lado, dejándome espacio para ocupar su lugar—. Bien, tu turno.

Hice lo que me pidió y, de alguna manera, me las arreglé para hacer todo lo que me dijo, usando músculos que no había usado en... bueno, nunca. Puso su enorme mano en diferentes partes de mi cuerpo mientras hacía los diferentes movimientos. Bíceps, tríceps, pectorales, deltoides, dorsales. Luego me mostró las técnicas de estiramiento adecuadas, haciendo cada una de ellas conmigo.

Estaba en el suelo con una pierna debajo de mí, la otra doblada hacia atrás, aparentemente estirando mis cuádriceps, pero en realidad sólo parecía un pretzel con sobrepeso.

—Oh, Dios, esto va a doler mañana.

Me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Sí, así será. Y pasado mañana probablemente será peor. Pero mejorará con cada sesión, y en una o dos semanas estarás bien.

—Tengo que trabajar mañana —admití, tratando de no sonar como un bebé quejumbroso—. Y no puedo presentarme en la oficina incapaz moverme.

—¿Qué hace exactamente un actuario financiero de uno de los mayores bancos del país?

Ah, así que leyó la hoja de información personal que rellené ayer.

—Estudio estadísticas y tendencias para gestionar los riesgos potenciales.

Parpadeó.

—¿Riesgos potenciales?

Asentí.

—Sí. Evalúo la probabilidad de futuros acontecimientos que puedan afectar a nuestra industria.

Reed puso una cara pensativa.

—Interesante.

—Eres la primera persona que conozco que lo llama así.

—¿De verdad?

—La mayoría de la gente piensa que es aburrido, pero en realidad lo disfruto. Me gustan los números. Son constantes y las respuestas son invariables.

—¿Incluso en un evento hipotético que puede o no ocurrir?

Ahora era yo quien lo miraba fijamente. Dios mío, ¿entendía lo que yo hacía?

—Sí, incluso entonces.

Asintió lentamente mientras una sonrisa jugaba en sus labios.

—Me gusta eso.

—¿Te gustan los números?

—Las matemáticas siempre fueron mi asignatura favorita en el colegio —respondió—. Bueno, el deporte, luego las matemáticas.

—Odiaba el deporte.

Sonrió.

—Bueno, hoy lo has hecho muy bien. Has clavado el equipo. ¿Tuviste la oportunidad de revisar el plan de dieta que te di?

—Sí. Tenía la intención de ir de compras más tarde hoy, pero creo que antes me iré a casa a morir. Ya estoy empezando a sentirme dolorido. —Giré el hombro y me arrepentí inmediatamente—. Ay.

Hizo una mueca.

—Sí, vas a estar dolorido. Pero, y esto es sólo una sugerencia... ve a comprar antes de llegar a casa. Una vez que llegues a casa, te duches y te sientes, lo último que te apetecerá será hacer la compra. —Luego añadió alegremente—: Además, puedes conseguir unas sales de Epsom u otro producto de relajación muscular. ¿Tienes bañera en casa?

—Sí. —Aunque no podía recordar la última vez que me había bañado en ella.

—Te ayudará. Un baño caliente con sales de magnesio y una o dos gotas de lavanda justo antes de acostarte, y dormirás como un bebé.

Acepté de mala gana.

—Cualquier cosa que ayude tiene que ser algo bueno, supongo.

La sonrisa perfecta de Reed brilló.

—Excelente. Entonces, tómatelo con calma mañana. Haz los estiramientos que te he enseñado y camina suavemente, y eso te ayudará. Te prometo, Henry, que si haces tres sesiones a la semana, al final de la próxima semana, verás y sentirás la diferencia. No te voy a mentir: no va a ser fácil. Te dolerá; querrás no volver nunca. Pero *volverás*. Tú quieres esto, y puedes hacerlo.

Asentí.

—Sí, de acuerdo.

Su sonrisa se apagó y su ceño se frunció.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Sin comentarios sarcásticos.

—Eso es sólo porque he entrado en un colapso inducido por el ejercicio. La pérdida de humor es el primer signo de una muerte inminente.

Me dedicó una débil sonrisa y me dio una suave palmada en el hombro.

—Te veré pasado mañana, ¿de acuerdo? A las siete de la mañana.

Asentí e hice una mueca de dolor.

—Asentir duele, así que ¿puedo dar un parpadeo para el sí y dos parpadeos para el no? Estoy bastante seguro de que no me duelen los párpados, aunque es muy probable que me sienta tan dolorido que mi cerebro haya enviado bloqueos neuronales y ya no pueda sentir dolor.

Volvió a reírse, justo cuando alguien le llamó por su nombre. Comprobó su reloj, me dijo que me vería en la próxima sesión y se fue a ver a sus otros clientes. Cojeé hasta mi coche y me dispuse a conducir hasta el Supermercado Coles más cercano. Intenté no pensar en el dolor, diciéndome que estaba cambiando mi vida para mejor. Y eso funcionaba muy bien hasta que tuve que salir del coche y entrar en el supermercado.

Oh, Señor niño Jesús en un pesebre. Ya rígido y dolorido, recogí con cautela toda la fruta y la verdura de mi lista. Deliberadamente no miré la sección de charcutería, sabiendo que esas delicias de antipasto no volverían a pasar por mis labios. Me despedí en silencio de la sección de quesos, que tampoco volvería a disfrutar con una copa de

vino los domingos por la tarde.

Siempre servía queso con pastas de higo, galletas y vino los domingos por la tarde para Graham y para mí...

No es que importara. No podía comer queso ni vino, y no tenía a Graham. Se me escapó un sollozo en el pasillo refrigerado de Coles. Estaba bastante seguro de que fue la fría realidad de que Graham me dejara lo que puso en evidencia mis emociones... O tal vez fue la pérdida del vino y el queso, o el hecho de que me doliera tanto el cuerpo. Era un poco difícil de decir.

Una señora me puso la mano en el brazo; la preocupación nubló su rostro.

—¿Estás bien, amor?

Intenté comunicarme parpadeando dos veces. Lo que significaba que no, pero no debía ser fluido. Así que en su lugar tuve que hablar.

—Acabo de ir a mi primera sesión de gimnasio, y creo que he roto mi cuerpo. Tengo un estúpido plan de dieta, así que no puedo tomar vino ni beicon, y todo porque mi novio de ocho años me dejó.

Parpadeó lentamente dos veces. Oh, bien, hablaba con fluidez el lenguaje de los parpadeos.

—Sí, lo hizo. Dijo que es porque tengo sobrepeso.

Ella parpadeó una vez.

¿Acaba de darme la razón?

—¿Cree que estoy gordo? —*¡Qué grosera!*

—¿Perdón?

—¿Puede comunicarse parpadeando?

Alguien se rio detrás de mí y me giré para encontrar a Reed, más alto de lo que recordaba, con una cesta de compra en la mano y una sonrisa perfecta. Se me acercó y asintió con simpatía a la señora.

—No pasa nada —le dijo—. Yo me encargo a partir de ahora.

Vimos cómo se alejaba a toda prisa.

—No creo que hable en parpadeos —le expliqué.

Reed volvió a reírse, pero sus ojos se ablandaron.

—¿Estás bien?

—No. Mi cuerpo se ha agarrotado. Estoy bastante seguro de que había un anciano en la sección de lácteos en uno de esos patinetes motorizados. Si pudieras ir a empujarlo y decirle que hay alguien mucho más necesitado en el pasillo dos.

Reed se rio.

—No, desde luego que no. —Entonces empujó el asa de la cesta hasta el pliegue de su codo, puso sus dos enormes manos sobre mis hombros y empujó suavemente—. Camina. Por aquí.

—Ay, ay, ay —decía con cada paso, lo que por supuesto le hacía reír. No me quitó las manos de encima y me empujó hasta el pasillo seis—. Si se te ocurre decirme que no hay ganancia sin dolor, te meteré esta berenjena por donde no brilla el sol.

—Sólo si la lavas primero y usas mucho lubricante. —Aturdido, tropecé con los pies, pero me atrapó—. Estoy bromeando —dijo con una risa, todavía guiándome.

Para cuando mi cerebro se dio cuenta de que Reed había bromeado sobre jugar con el culo, estábamos en el pasillo de los productos personales. Pasamos por delante de los preservativos y el lubricante, y él se detuvo casualmente frente a las cintas neuromusculares, relajantes musculares y las tiritas Band-Aids.

—Toma —declaró, sacando una caja del estante inferior—. Sales de Epsom. Toma un baño caliente con esto. Te ayudará.

Tomé la caja ofrecida.

—¿Una berenjena? ¿De verdad?

Reed echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¡Estaba bromeando!

—Eso espero. Quiero decir, una zanahoria o un pepino tal vez, pero una berenjena es un poco ambicioso.

Luchó contra una sonrisa.

—Cuando te di el plan de dieta que insistía en una serie de verduras, eso no era lo que realmente tenía en mente.

Le sonreí, contento de que me siguiera el juego. No todos creían que mis pensamientos aleatorios y mis posteriores divagaciones eran entretenidos. Graham estaba acostumbrado a las tonterías que salían de mi boca. En realidad, él había frenado sus propias ocurrencias a lo largo de los años y, si era sincero, había ignorado la mayoría de las cosas de las que yo hablaba.

—¿Estás bien? —preguntó Reed. Me miraba fijamente, preocupado y un poco triste.

—Sí, lo siento. Sólo recordaba algo.

—¿De tu ex?

Asentí y me arrepentí inmediatamente.

—Auch. Asentir duele. ¿Podemos conversar en parpadeos?

Parpadeó una vez. *Sí.*

Me reí y luego intenté agacharme para coger algo de la estantería y grité. Todo mi cuerpo estaba congelado y atascado.

—Oh, Dios mío. Estoy seguro de que voy a morir.

Reed me puso la mano en el hombro y me ayudó a levantarme. Frunció el ceño con simpatía.

—Henry, ¿estarás bien?

Parpadeé una vez, para decir que sí. Luego parpadeé de nuevo, para decir que no.

—¿Llevas tu teléfono contigo?

—Sí. —Saqué lentamente mi teléfono del bolsillo, conteniendo el impulso de gemir cuando mis músculos se opusieron—. ¿Por qué lo preguntas?

Me lo quitó de la mano y procedió a introducir algunos números y a pulsar "Enviar". Un momento después, su teléfono zumbó en algún lugar de su cuerpo.

—Ahora tienes mi número —dijo escribiendo algo en mi teléfono. Me lo devolvió y vi que había añadido su nombre y su número a mis contactos.

Reed Henske.

—Por si acaso necesitas hablar con alguien —dijo. Su habitual actitud de confianza había desaparecido. Ahora parecía inseguro—. Sobre cosas como qué dolor es normal mañana y qué dolor no lo es.

—Estoy bastante seguro de que nada de esto es normal.

—Y ahora tengo tu número, puedo asegurarme de que vuelvas al gimnasio pasado mañana.

—Si no he muerto de fatiga muscular extrema. —Oh, Jesús—. ¿Puede alguien realmente morir de fatiga muscular?

Reed se rio.

—No vas a morir. Vamos, te ayudaré a pasar por caja.

—¿Tienes todo? —le pregunté. En su cesta de la compra sólo había un paquete de doce huevos.

—Sólo necesito ir a la charcutería.

Se dio la vuelta para caminar en esa dirección y traté de ir con él, pero lo mejor que pude hacer fue una imitación del Hombre de Hojalata oxidado.

—Oh, dulce Señor, ten piedad.

Reed intentó no reírse.

—Pobrecito.

—La culpa es tuya.

Se burló.

—Me lo agradecerás dentro de unas semanas.

—Te agradecería ahora mismo que encontraras a ese viejo en ese patinete motorizado. —Se negó a echar al viejo de su patinete por mí, pero sonrió mucho. Caminamos, bueno, él caminó y yo arrastré los pies hasta la charcutería donde pidió filetes de pollo y pescado. Yo también cogí algo de carne y pescado, ignorando las delicias de queso y antipasto, y luego caminamos/arrastramos hasta la caja.

—¿Vives cerca? —pregunté mientras esperábamos en la cola—. Bueno, supongo que este supermercado está entre el trabajo y la casa o cerca.

—Síp. Vivo no muy lejos de aquí.

—Yo también —admití—. ¿Siempre trabajas los domingos?

—De seis a diez. —Empezó a cargar las compras en la cinta transportadora de la caja—. Es bueno. Puedo hacer ejercicio, ayudar a otras personas a hacer ejercicio, ganar dinero mientras lo hago y terminar a media mañana. El resto del día es libre.

Terminó de poner mis artículos en la caja y luego procedió a llenar el carrito de nuevo con los artículos embolsados. Lo hacía todo por mí mientras hablaba de tener días libres durante la semana en lugar de trabajar los fines de semana, pero si alguien no podía hacer un turno, él normalmente lo hacía por este. Evidentemente, le encantaba lo que hacía. No podía negar que miraba los músculos de sus bíceps y tríceps flexionados mientras se inclinaba y levantaba. No estaba mirando activamente, pero tampoco estaba muerto.

Pagué mis compras y esperé a que Reed pagara sus pocas cosas, y salimos juntos. Bueno, él caminó y yo me tambaleé/incliné sobre el carrito para que me apoyara, hasta llegar a mi coche. Abrí el maletero.

—Bonito —dijo, asintiendo hacia mi coche.

—Gracias. —Mi Audi TT era bonito. Me encantaba. Trabajé duro por mi salario y derroché en mí mismo para comprar el coche de mis sueños. Entonces gemí mientras levantaba una bolsa para dejar en el maletero—. Dios, voy a morir tratando de ir a trabajar mañana.

Puso suavemente su mano en mi brazo.

—Tienes mi número. Llámame o mándame un mensaje si lo necesitas. —Luego comenzó a caminar hacia el borde del

aparcamiento—. Nos vemos el martes.

Hablé tras él.

—¿Vas caminando?

—Sí.

—¿Necesitas que te lleve?

—No, estoy bien.

Agité mi mano en despedida a Reed y me introduje agónicamente en mi coche y le observé mientras subía por la calle arbolada que se alejaba del aparcamiento. La zona estaba llena de bloques de apartamentos nuevos, y él cruzó la calle y caminó hasta el final de la calle antes de desaparecer de la vista. En realidad, no estuve sentado allí cinco minutos observándolo, me dije. Sólo le miraba porque era incapaz de moverme, reconocí, con los músculos acalambrados y congelados. Cuando ya se había ido, arranqué el coche, nunca más agradecido por la transmisión automática, y me fui a casa.

Me costó llevar las bolsas al interior de la cocina, dando cada paso con un gemido. Claro, me sentía productivo e incluso con un poco de energía por hacer ejercicio. Había dado el primer paso para cambiar mi vida. Así que me sentí bien por eso, pero dulce madre de Dios, mi cuerpo, de la cabeza a los pies, me dolía mucho.

Capítulo Cuatro

El dolor me despertó en medio de la noche. Debí de intentar darme la vuelta y mis músculos protestaron con fuerza. Todavía medio dormido, golpeé el otro lado de la cama, intentando despertar a Graham. No fue hasta que mi mano no encontró nada más que sábanas frías que recordé que él ya no estaba aquí. Me dolía el corazón junto con el resto del cuerpo, así que supongo que era algo apropiado.

Me levanté de la cama con mucha cautela, soltando un largo "ayyyyy" al ponerme en pie. Me dirigí al baño como un anciano de noventa años, me tomé un poco de Advil y deliberadamente no me miré en el espejo. No podía soportar lo patético que me sentía. No necesitaba verlo delante de mí.

Me dolía todo el cuerpo. Las piernas, los brazos, el pecho, la espalda, todo. Volví a la cama arrastrando los pies, todavía sorprendido de verla vacía, el lado de Graham sin arrugar, y sentí que se intensificaba la punzada de añoranza y soledad en mi corazón que hacía que todos mis otros dolores parecieran insignificantes.

Estaba despierto antes que sonara mi alarma, mirando al techo e intentando no moverme. Ni siquiera tenía que moverme para saber qué me dolía. Todo me dolía sin intentarlo. Hoy iba a ser un infierno. No tenía forma de saber si meterme en la bañera anoche había ayudado en algo, y tenía que preguntarme cómo me habría sentido si Reed no me hubiera dicho que lo hiciera. Pero sabiendo que moverse y estirar suavemente los músculos, junto con una ducha caliente, ayudaría, me obligué a levantarme.

—Jesús Herbert Cristo.

Me quejaba fuertemente a cada paso que daba para ir al baño. Y si ayer pensé por un minuto que me dolía, hoy era un nivel de dolor totalmente nuevo. Alcanzar los grifos de la ducha dolía, el agua

caliente dolía, tratar de lavarme el cuerpo dolía, secarme dolía, vestirme dolía. Ponerme los zapatos y atarme los cordones fue una hazaña digna de las Olimpiadas Masoquistas.

Todo dolía. Cada maldita cosa.

Me tomé un poco de Panadol con mi café y de alguna manera me las arreglé para conducir hasta el trabajo. Caminé como si llevara ropa interior de alambre de púas. La gente me miraba con extrañeza, pero yo siempre era tranquilo en el trabajo, más reservado, así que nadie en el vestíbulo me habló realmente. Llevaba seis años trabajando allí a las órdenes de la actuaria jefe, y de alguna manera me las arreglaba para activar mi filtro cerebro/boca, o rara vez hablaba. Era más seguro así. Creo que la mayoría de la gente pensaba que yo era inaccesible o incluso malhumorado, pero eso permitía una distancia profesional que, en realidad, era lo mejor.

La única persona que estaba acostumbrada a mi diarrea verbal era mi asistente personal, Melinda Chen. Era una joven maga de las matemáticas, hija mayor de padres chinos, con una mente brillante para los detalles. Tenía el pelo negro y liso hasta los hombros, gafas a lo John-Lennon y una gran afición por la música pop coreana y los cómics japoneses. Ella sabía que yo era gay, ni siquiera pestañeó, y sabía que estaba soltero desde hacía muy poco tiempo. El jueves y el viernes pasados, después de mí desastrosa iniciación en la soltería, fui un zombi conmocionado. Al parecer, hoy tenía un aspecto mucho peor.

Me echó una mirada, olvidando los papeles que tenía en la mano.

—¿Qué demonios te ha pasado?

—Es una larga historia. —Pasé arrastrando los pies por delante de ella hasta mi despacho y me senté lenta y dolorosamente en la silla de mi escritorio—. ¿Cierras la puerta?

Hizo lo que le pedí y se sentó frente a mí. Su preocupación era evidente en su rostro.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza.

—No, en realidad no. Graham me dejó.

Ella frunció el ceño, pero había confusión en sus ojos.

—Sí, lo sé.

—Me dijo que estaba gordo, básicamente.

Las fosas nasales de Melinda se encendieron.

—Bueno, si así es como te trata después de ocho años juntos, entonces que le vaya bien.

¿Mencioné que tenía el tacto de un toro en una tienda de porcelana?

—Esa no es la razón por la que me siento como si me hubiera atropellado un autobús.

Ella se animó.

—¿Saliste y conociste a alguien? Dos días de sexo es todo un entrenamiento.

—¿Qué? ¡No!

—Ah.

—Me he apuntado a un gimnasio. Tengo un entrenador personal.

—¡¿Qué?!

—Lo sé.

—¿Has perdido la cabeza?

—Creo que sí. Y mi dignidad. Y mi capacidad de moverme sin un dolor insoportable.

—Te traeré algo —dijo con un movimiento de cabeza—. ¿Café primero?

—Sí, por favor. —Luego lo pensé mejor—. Sólo un azucarillo. Voy a reducir el consumo.

Hizo una mueca.

—Auch.

—No tienes ni idea.

—Los informes Gallagher están en tu mesa —dijo señalando la pila de carpetas que no estaban allí el viernes por la tarde cuando me había ido.

Asentí y todo se agarrotó.

—Asentir duele.

—Podemos comunicarnos parpadeando si lo prefieres.

—Dios mío, eres mi alma gemela. Gracias.

—Estaba bromeando.

—Ah.

Pero entonces, como me conocía tan bien, me dijo:

—¿Cuál es el código?

—Un parpadeo para el sí. Dos parpadeos para el no.

Se levantó.

—Bien. Volveré.

Parpadeé una vez para que supiera que su declaración había sido recibida y comprendida, y ella sonrió antes de salir y cerrar suavemente la puerta tras de sí.

Fui a coger la carpeta superior de la pila y me di cuenta, muy bruscamente, de que mis brazos no funcionaban. Mis muñecas sobresalían en ángulos de noventa grados de mis lados porque aparentemente mis hombros, bíceps y tríceps estaban en huelga.

Melinda volvió con mi café y lo puso en mi escritorio a mi derecha. Agité mi mano inútil hacia él, pero alcanzarlo implicaba usar músculos que no querían ser usados.

Melinda me miró fijamente a mí y a mi patético intento de moverme.

—¿Es esa tu mejor imitación de un T-Rex?

Parpadeé una vez y ella se rio. Dios, iba a ser un día largo.

Después de unas horas revisando los expedientes de trabajo, agradecido por no tener que moverme mucho, casi había olvidado que mi cuerpo me odiaba hasta que intenté ponerme de pie.

Y joder, todo estaba peor. Y muy jodidamente dolorido.

—Ay, ay, ay.

Antes de que pudiera sentarme de nuevo en mi silla y morir, mi teléfono zumbó. Miré la pantalla y me sorprendió ver el nombre de Reed. Pulsé Responder y luego Altavoz.

—¿Hola?

—Hola, soy Reed, tu entrenador del gimnasio. —Se aclaró la garganta—. Siento haberte llamado al trabajo. Espero que esté bien. Sólo llamaba para ver cómo estabas.

—Dios mío, me estoy muriendo.

—Estoy seguro de que no es tan malo…

—Creo que hay una alta probabilidad de que pueda tener SPS, que es una enfermedad rara pero no inaudita.

—¿SPS?

—Síndrome de la Persona Rígida.

Se rio.

—No te rías, es una enfermedad real. La gente de verdad la sufre. Creo que podría estar sufriendo de ella. O eso, o posiblemente la

enfermedad de Lyme. O el Síndrome Compartimental Crónico por Ejercicio. O claudicación.

—Hiciste una búsqueda en Google sobre dolor muscular, ¿no?

Hice un mohín.

—Puede.

Volvió a reírse, pero fue un sonido cálido y suave.

—Henry, no te estás muriendo. Lo que estás experimentando se llama "dolor muscular de aparición retardada", y es completamente normal.

—Bueno, estoy atascado en una posición de pie ante mi escritorio, y mi asistente personal piensa que parezco un T-Rex porque mis brazos no pueden extenderse por completo.

Ahora se rio más fuerte.

—Bueno, tu sentido del humor sigue siendo totalmente funcional.

—Oh, genial, así que mi causa de muerte dirá: Sufrió una horrible y dolorosa muerte por un cuerpo roto. El sentido del humor seguía funcionando.

—No vas a morir. Bueno, al menos no de dolor muscular hoy.

—Oh, gracias.

—¿Quieres venir esta tarde y así te puedo ayudar con algunos ejercicios de estiramiento suaves?

Suspiré.

—No. No me hagas caso. Soy propenso a la exageración. Y tal vez un toque de melodrama. Y es muy posible que pueda ser un poco reina del drama. O eso me han dicho. —Puse los ojos en blanco por eso, sorprendido de que eso no me doliera—. Estoy seguro de que estaré bien.

Se oyó un suave resoplido al otro lado del teléfono, y pude imaginarle sonriendo.

—Sigue moviéndote. Camina por tu oficina si puedes, pero despacio.

—¿Despacio? —grité—. Estoy seguro de que hay gente de más de noventa años que puede caminar más rápido que yo ahora mismo.

—Sigue moviéndote —dijo de nuevo. Me di cuenta de que ahora sonreía—. Te ayudará. Nada demasiado extenuante, sólo lo suficiente para que puedas trabajar. Luego descansa esta noche cuando llegues a casa, y toma otro baño con sales de Epsom antes de irte a la cama.

—¿Y mañana?

—Mañana te veré aquí a las 7 de la mañana. —Gemí, tal vez incluso lloré un poco.

—Henry, estarás bien. Estás haciendo lo correcto. Te sentirás mejor por ello, te lo prometo.

El teléfono de mi escritorio sonó.

—Tengo que dejarte —le dije a Reed.

—¿Vendrás mañana?

Consideré decir que no. Consideré ir a casa y comerme una pizza entera sólo para darle una lección. Pero entonces supe que sólo me estaba engañando a mí mismo, y peor aún, dando la razón a Graham.

—Sí, estaré allí a las siete.

—Buen hombre. Nos vemos entonces.

Colgué la llamada de Reed y contesté el teléfono del trabajo. Mi atención se centró en las cuentas, los informes y los plazos, y la distracción fue bienvenida.

Hice lo que me sugirió Reed: seguir moviéndome, lentamente, pero moviéndome de todos modos. Y tenía razón, moverse era la clave. Porque cuando me detuve para almorzar, me costó muchísimo volver a moverme. Me senté en mi rincón habitual de la sala de descanso para el almuerzo, leyendo la última revista de famosos en mi teléfono cuando fui a ponerme de pie, y sólo me detuve a mitad de camino con un grito estrangulado.

Melinda estaba de repente a mi lado.

—Ponte derecho, bien y despacio —me instruyó en voz baja, para que nadie más en la habitación escuchara—. Vamos a salir de aquí juntos, y vas a superar el dolor, ¿de acuerdo?

Parpadeé una vez para decir que sí y ella sonrió. Melinda sabía que odiaba mostrar cualquier signo de debilidad delante de otros miembros del personal. Era el segundo a cargo de mi división, y había una larga fila de personas que pugnaban por ascender en el escalafón, sólo esperando que yo tropezara, profesionalmente hablando.

Literalmente hablando sería vergonzoso para todos, y ciertamente no quería darle a ninguno de ellos algo por lo que reírse de mí.

Era un complejo personal, que la gente se riera de mí. Lo sabía, y por suerte, también lo sabía Melinda.

Parpadeé una vez. Me recogió el recipiente del almuerzo y me las arreglé para salir de la sala de descanso sin hacer el ridículo. Una vez en mi oficina, bajé mi viejo y dolorido cuerpo a la silla de mi

escritorio.

—Gracias.

—De nada. —Puso el recipiente de mi almuerzo sobre mi escritorio y se quedó mirando lo que quedaba de mi ensalada como si fueran mollejas de pollo podridas—. Eso es asqueroso.

—Ensalada de rúcula con tomates secos y arroz integral, feta y aderezo de ensalada francesa —le expliqué—. Estaba en algún blog de recetas de comida saludable.

—Oh, Dios. —Parecía horrorizada—. Te han poseído y te han lavado el cerebro. Haciendo ejercicio *y* dieta. Lo próximo que dirás es que eso era realmente apetecible.

—En realidad no estaba tan mal. —Me miró fijamente, sin parpadear—. Gracias por ayudarme ahí atrás.

—Mmm. —Melinda ahora me estaba estudiando como si estuviera hablando en lenguas—. No hay problema. Ah, y te he traído esto. —Sacó una bolsa de papel blanco de su mochila y me la entregó.

—¿Es algún remedio tradicional chino de tu abuela?

Melinda puso los ojos en blanco.

—Jesús, Henry, ¿parezco *Karate Kid* para ti?

—Lo siento.

—Lo conseguí en la farmacia de York. Ya sabes, ¿cuándo le dices al farmacéutico "mi jefe decidió romperse haciendo ejercicio y ahora no puede moverse"? Bueno, eso es lo que me dio para que te diera.

—Gracias.

—De nada. —Se dirigió a la puerta—. Tendré los informes de Juniper hechos para esta tarde.

—Tú vales más dinero.

—Entonces págame más dinero.

Solté una carcajada sarcástica, que ella imitó perfectamente antes de salir por la puerta. El farmacéutico me había dado pastillas de magnesio, multivitaminas y Advil. Me tragué dos de cada una y recé por un alivio inmediato.

Me pasé la tarde estudiando la bolsa y el análisis de datos, así como los informes sobre recursos energéticos y medio ambiente, mientras caminaba lentamente por mi oficina, y la única vez que me senté

durante algún tiempo fue para una teleconferencia con la otra sede en Melbourne. Mi jefa, una mujer llamada Lillian Caldwell, estaba en Singapur toda la semana, y eso me dejó firmando informes en su ausencia. Esta semana iba a hacer más horas, lo que, en retrospectiva, probablemente no era el mejor momento para tener una crisis de la mediana edad.

Muchas gracias, Graham.

Todavía estaba muy dolorido, y nunca me había alegrado tanto de ver las seis. Melinda se había ido un poco después de las cinco, pero no antes de dejar otra pila de informes sobre mi escritorio para que los firmara y de preguntarme si estaba bien.

—Estaré bien —le aseguré. Sonrió al salir y se puso los auriculares antes de que la puerta se cerrara tras ella.

Cuando oí las aspiradoras del personal de limpieza, supe que era hora de dar por terminado el día. Recogí mi maletín y me abrí paso lentamente por las oficinas vacías, tomé el ascensor para bajar al sótano y caminé como un zombi hasta mi coche.

Conduje a casa aturdido con las palabras *crisis de la mediana edad* dando vueltas en mi mente. *¿Eso es lo que era? ¿Eso fue lo que le pasó a Graham?* ¿Se despertó con pánico, dándose cuenta de que no había una fecha límite mágica que te hiciera envejecer, como si fueras joven un día, pasaras alguna fecha crítica en el calendario, y luego despertases viejo? Era simplemente algo hacia lo que la vida corría a la velocidad de la luz, un día tras otro. ¿Había entrado en pánico porque pensaba que la vida avanzaba sin él?

Nunca había pensado en ello antes del miércoles pasado, cuando Graham había soltado la bomba que puso mi vida patas arriba.

Pero quizás a los treinta y cinco años, mi vida estaba medio acabada. Quiero decir, Jesús. Mucha gente moría a los setenta, y otra gente se limitaba a asentir con tristeza y decir que había tenido una buena vida. Pero joder, si mi vida estaba a la mitad, no estaba preparado.

Tenía que aprovechar al máximo el tiempo que me quedaba. Y la verdad era que, si no cambiaba mis elecciones de estilo de vida ahora, tal vez no tendría otros treinta y cinco años. O, al menos, no tendría unos treinta y cinco años saludables.

Así que, con eso en mente, me fui a casa y busqué más recetas. Como había dicho Reed, dado que la cocina era lo mío, iba a hacer la

mejor comida sana que pudiera. Tomé el plan de alimentación saludable que me había dado e hice algunos ajustes. Dejaría que lo revisara para que lo aprobara, pero si esto era algo a largo plazo, tenía que hacerlo de manera que se adaptara a mí.

Y la comida *era* realmente lo mío.

Así que me hice un pescado a la plancha, añadí una salsa de mango fresca acompañada de una ensalada verde mixta, y puse la mesa para comer. Pero mi estado de ánimo motivado duró poco cuando vi que una mesa puesta para uno era jodidamente triste. Y, de repente, el apartamento estaba demasiado silencioso, y volví a recordar que estaba muy solo.

A la mañana siguiente estaba igual de dolorido, si no, un poco más que el día anterior. Pero estaba decidido y, como un impaciente por el castigo, arrastré mi lamentable culo hasta el gimnasio. Llegué con dos minutos de antelación, y toda la cara de Reed se convirtió en una sonrisa cuando me vio.

—Me alegro de que lo hayas conseguido.

—Estoy muy dolorido. Por favor, haz que pare.

—De acuerdo —dijo con una risa—. Ven por aquí.

Le seguí hasta el rincón más alejado, donde había colchonetas en el suelo. Se despidió de los clientes que estaban terminando y se iban, sudorosos y sonrientes. Estaba claro que él le gustaba a todo el mundo. Era ese tipo de persona. No como yo, que era socialmente torpe y decía cosas que, en el mejor de los casos, eran censurables. Como ahora...

—Buenos días —me dijo un tipo que parecía estar en forma mientras pasaba caminando.

—Buenos días, gracias.

No fue hasta que estuvo a uno o dos metros detrás de mí que me di cuenta de lo que había dicho. Me limité a sacudir la cabeza, como el idiota socialmente inepto que era, y seguí caminando.

Cuando llegamos a la esquina, Reed se detuvo y se volvió hacia mí.

—Entonces, ¿dónde te duele más?

—En todas partes.

—¿Piernas? ¿Brazos? ¿Pecho?

—Sí.

Reed sonrió.

—Bien entonces, siéntate.

—Sentarse está bien. Es levantarse lo que duele.

Reed se plantó fácilmente en el suelo, con gracia, a pesar de su tamaño.

—Piernas abiertas cómodamente.

Me bajé al suelo, tratando de mantener la mueca y el grito al mínimo.

—Jesús. ¿Y esto es normal?

Reed asintió.

—Respira profundamente, mantén el pecho erguido. —Lo hice y no morí, así que me relajé un poco.

—Ahora estírate hacia delante y coge tus tobillos. —Se dobló por la mitad y se sujetó los pies sin problemas. Yo apenas podía llegar más allá de las rodillas—. Las rodillas están bien.

—Ay.

Asintió alentadoramente.

—Aguanta veinte segundos.

Uf.

—Soy tan incapaz.

—Pero estás aquí.

Asentí y respiré durante el estiramiento y el ardor de los isquiotibiales, pero al final de los veinte segundos, me sujetaba los músculos de las pantorrillas. En este punto, aceptaría cualquier avance que pudiera conseguir. Luego me hizo estirar los brazos, los hombros, y después la parte baja de la espalda. Probablemente me llevó quince minutos, y me sentí como si ya hubiera hecho una sesión de ejercicios.

Se levantó de un salto con la agilidad de un gato y me tendió la mano. Su mano era cálida y callosa, lo que tuve que admitir que me pareció agradable. No estaba acostumbrado a las manos ásperas. Las manos de Graham eran suaves, como las mías...

—Empezaremos con la cinta de correr para que la sangre se acelere. —Obviamente leyó la inquietud en mi cara—. Sólo lento, nada extenuante.

Respiré hondo y me subí a la máquina. Cuando empecé a caminar, Reed pareció suspirar aliviado.

—Perfecto —dijo.

Me dejó hacerlo durante unos minutos, y la verdad es que no fue tan duro. Sólo fue duro para los músculos ya doloridos. Cuando terminó, hice el mismo tiempo en la elíptica StairMaster, una máquina cardio asesina. No fue demasiado extenuante, pero pude sentir el ardor de cada músculo. Después de los cinco minutos más largos de mi vida, me bajé de la máquina, me limpié la cara con la toalla y tomé un sorbo de agua, tratando de no morir.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Reed.

—Como si me hubieran prendido fuego, gracias por preguntar.

Se limitó a sonreír y a aplaudir con entusiasmo.

—Hora de la fuerza y el acondicionamiento de la zona media.

—Lo siento, ¿eso es un café fuerte y aire acondicionado?

Se rio, y sus ojos azules brillaron.

—Oh, me haces reír. —Luego me condujo hacia las pesas—. La máquina de cables y poleas es buena, pero puede que no esté siempre disponible —dijo—. Algunos días puede que necesites usar las pesas libres. —Me entregó dos mancuernas de cinco kilos, cogió algunas para él, y juntos hicimos una serie de ejercicios como extensiones de tríceps, elevaciones laterales y rizos de martillo. Él lo llamaba ejercicios de fuerza corporal. Yo lo llamaba brutalidad.

Dejó las pesas en el suelo.

—Bien, ahora túmbate en el suelo.

Me derrumbé en un montón jadeante, sudoroso y dolorido.

—Gracias a Dios.

Luego me hizo hacer cosas muy, muy crueles, como elevaciones de piernas, prensa de piernas, puentes y planchas. Y, para terminar, hicimos giros de torso y abdominales. Es decir, sólo hice unos treinta segundos de cada uno, pero, ¡maldita sea! ¿Y yo me apunté a esta mierda?

Después de asegurarse de que había estirado bien y de que aún podía respirar y no iba a caerme muerto, me tendió la mano en el lugar en el que estaba tumbado de espaldas para chocar los cinco. Me costó mucho levantar la mano para alcanzar la suya, pero lo hice.

—¿Te importaría mucho que me muriera aquí un rato?

Sonrió.

—No, hoy no hay que morir. —Me tendió la mano y me puso de pie sin ningún esfuerzo—. Lo has hecho muy bien.

—¿Podemos volver al parpadeo? Mis párpados son lo único que

aún funciona.

Parpadeó una vez para decir que sí.

Me reí y dejé caer la cabeza hacia delante, con una mezcla de cansancio y alivio por haber terminado mi segunda sesión oficial de entrenamiento.

—Lo has hecho muy bien hoy, Henry. —Se dirigió a mí (y suponía que a todos sus clientes) como si fuera la única persona en la sala—. Durante los próximos dos días, camina suavemente, haz estiramientos suaves. Dale a tu cuerpo un descanso, pero trata de no quedarte quieto durante mucho tiempo. Y te veré el domingo a las ocho, ¿sí?

Asentí.

—Sí. Si no estoy muerto.

—Te enviaré un mensaje mañana para ver cómo te va. ¿De acuerdo?

—Claro. ¿Pero no es mañana tu día libre?

Reed asintió.

—Sí. Tengo los miércoles y los viernes libres. Pero no me importa. —Se animó y simuló un saludo militar—. Es mi deber como tu entrenador personal.

Me encontré con que le sonreía.

—Claro. Será mejor que me vaya. Tengo que ir a casa a ducharme y a trabajar a las nueve.

—Tenemos duchas aquí.

Palidecí. Ni en un millón de años me ducharía donde cualquiera pudiera entrar y verme.

—Eh, no, gracias.

Por suerte, Reed no me presionó. Tal vez vio el miedo en mi cara. Miró su reloj.

—Apresúrate. Ya son las ocho.

—Diez minutos para llegar a casa, veinte minutos para ducharme y afeitarme, y quince minutos para conducir hasta el trabajo. Créeme, lo más largo será la caminata desde el ascensor hasta mi escritorio. —Hice mi mejor imitación del Hombre de Hojalata oxidado, aunque no estaba actuando, y salí del gimnasio caminando/arrastrándome.

Y para cuando caí en la silla de mi oficina, el familiar, pero aún sorprendente dolor muscular me acribilló de nuevo.

El viernes por la noche no hice otra cosa que comer pollo a la parrilla y ensalada, deseando que fuera pizza, deseando no estar tan dolorido y deseando que Graham no me hubiera dejado. El sábado por la mañana, a pesar de que apenas podía moverme, me paseé por el apartamento recogiendo algunas cosas de lo que quedaba de las pertenencias de Graham. Bueno, todo lo que estaba por debajo de las rodillas podía quedarse donde estaba porque no podía agacharme tanto para recogerlo.

A las once, la mesa del comedor tenía una pequeña y ordenada colección de sus cosas: sus tazas de café favoritas, un cuenco rojo esmaltado que compró en los Mercados Reina Victoria en uno de nuestros muchos viajes a Melbourne, una pila de DVDs que claramente se olvidó de llevar, una pila de ropa pulcramente doblada (la mayoría de la cual yo había comprado para él), algunos viejos libros, un paraguas, unos zapatos y un montón de cosas del tocador del baño.

Cuando se mudó a mi apartamento, no había traído tantas cosas. Ningún mueble, sólo ropa y objetos personales, una caja de utensilios de cocina y algunos platos y tazas. Dejó todos sus viejos muebles disparejos para su antiguo compañero de piso, considerando que yo tenía todo lo que necesitaríamos.

Pero ocho años después, ahora había huecos muy visibles alrededor de mi apartamento de donde solían estar sus cosas. El sillón curvo de diseño por el que había pagado una pequeña fortuna, la lámpara de pie que siempre me pareció un tapón de culo gigante, el lienzo de la pared del vestíbulo, el jarrón central de la mesa del comedor...

También había lagunas muy visibles en mi vida. Ocho años es mucho tiempo para estar con una persona. Teníamos círculos sociales diferentes, pero había algunos amigos en común, y me preguntaba ociosamente quién se quedaría con quién en la separación. Había hablado con la mayoría de nuestros amigos más cercanos durante la semana. Algunos estaban sorprendidos por la noticia de que habíamos roto, otros no parecían demasiado sorprendidos. Como Colin y James, por su reacción, deduje que sabían que podría producirse desde hacía tiempo. Graham debió de decírselos mucho antes que a mí, y supuse que estarían de su lado cuando se asentara el polvo. Y eso estaba bien. Claro, eran grandes tipos, pero siempre habían sido más cercanos a

Graham.

Con eso en mente, saqué mi teléfono del bolsillo, me desplacé por las llamadas recientes y pulsé el nombre de Anika. Ella contestó al segundo timbre.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás hoy?

—Estoy revisando las cosas que dejó Graham.

—Oh. ¿Necesitas que me acerque?

—No, estoy bien.

—¿Vas a venderlas en eBay? ¿O realizar una quema ceremonial?

—Pues no, iba a llamarle.

—Oh, Henry —dijo en voz baja—. No te hagas eso. Quemar todo será mucho más terapéutico. Puedo llevar algo de gasolina si quieres.

—No voy a quemarlas.

—Entonces envíale un mensaje de texto.

—¿Por qué no puedo llamarlo? Estuvimos juntos durante ocho años. Seguro que puedo llamarle.

—¿Y si no contesta? —preguntó suavemente. Luego, tras un breve silencio, añadió—: ¿Y si lo hace?

Suspiré y me senté en el sofá.

—Ay. Mierda, maldita sea. Sigo olvidando que me duele todo.

—Aplaudo tus esfuerzos por ponerte sano —dijo Anika—. Pero cielos, suena muy doloroso.

—Lo es.

—Suenas miserable. Déjame llevarte a comer.

Podría haberme revolcado en mi propio dolor y miseria por un momento.

—¿Incluirá pasta?

—¿Quieres que incluya pasta?

—¿Un pato con una sola pata nada en círculo?

—Un simple “sí” habría bastado.

—Entonces, joder, sí.

—Bien, te recogeremos en veinte minutos.

—Que Dios bendiga tu alma.

Se rio y colgó la llamada. Veinte minutos más tarde, estaba de pie ante la puerta de mi apartamento, tratando de acomodarme en el asiento trasero del coche de Anika. Sean, el novio de Anika, se giró en

su asiento.

—¿Estás bien?

—Nop. Estoy bastante seguro de que me estoy muriendo de alguna horrible enfermedad que he buscado en Google, pero mi entrenador personal lo llamó algo más razonable como músculos doloridos.

Sean puso una cara medio divertida, medio comprensiva.

—Auch.

Me gustaba Sean. Anika y él empezaron a salir hace unos años, y él simplemente encajó en nuestras vidas. Sabía que Anika y yo éramos un paquete, rara vez pasaba un día sin que habláramos, y Sean no tenía problemas con eso.

Después de que Graham me dejara, llamé a Anika y ella y Sean vinieron inmediatamente. Fue Sean quien compró el vino para nosotros, y la comida, y me dio un gran abrazo y me escuchó, junto con Anika, mientras me sentaba en el suelo y sollozaba mi estúpido corazón. Ahora, diez días después, no me miró con la lástima que hubiera esperado. Se limitó a sonreírme cálidamente.

—He oído que la pasta está en la agenda de hoy. —Luego miró a Anika—. He oído hablar bien de un nuevo sitio en la calle Norton. ¿Quieres probar?

La calle Norton era sinónimo de comida italiana. No se llamaba la *Pequeña Italia* sin razón.

—Me parece perfecto —dije, aunque técnicamente no me lo había preguntado a mí. Anika ya se dirigía a Leichhardt.

Era perfecto y justo lo que necesitaba. Me sentó bien hablar de otras cosas, y el cambio de escenario y socializar ya me hacían sentir medio humano de nuevo. Incluso pedí la salsa a base de tomate con verduras en lugar de la salsa cremosa de beicon que solía elegir, y hasta rechacé el pan de ajo.

Anika y Sean me miraron como si hubiera sido poseído por un extraño alienígena a dieta.

—¿Qué? —respondí—. ¿Sabéis cuánto tiempo tienes que correr en una cinta para quemar sólo veinte calorías?

—Oh, Jesucristo, Henry, no te vas a convertir en una de esas personas, ¿verdad? —preguntó Anika.

—¿Qué personas?

—El tipo de persona sana y molesta que da lecciones sobre todo. Como un fumador reformado. Ya sabes el tipo: fumaron como una

chimenea durante años, dejaron de fumar y luego se transforman en un predicador de lo asqueroso que es.

—No voy a cambiar tanto —respondí—. Porque créeme, cuando salga esta pasta, voy a chupar esos carbohidratos como en una mamada.

Sean se atragantó con su bebida y Anika levantó su vaso hacia el mío.

—Ese es mi chico.

Hablamos del trabajo de Anika, de la familia de Sean y de lo mucho que adoraban a Anika. Luego hablamos de mi hermana, de mi nuevo programa de ejercicios y, por supuesto, de mi nuevo entrenador personal.

Debería haber sabido que Anika se engancharía a ese tema.

—¿Qué clase de apellido es Henske?

Estaba confundido.

—¿De los de seis letras?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Es alemán?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

—¿Tiene acento?

—No.

—¿Es gay?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Porque no le pregunté. —Deliberadamente no mencioné la conversación sobre la berenjena y el lubricante que había tenido con él.

—Tal vez deberías.

—No estoy interesado —dije—. En realidad, estoy todo lo contrario a interesado. Si hubiera una isla de los fundamentalmente no interesados, estaría en ella.

Ella me ignoró.

—¿Es guapo?

Suspiré.

—Sí. Tiene la constitución de una nevera, una sonrisa Colgate y

parece uno de esos tipos de un anuncio de ropa deportiva.

—Así que, ¿es precioso?

—No lo sé. Sigo en la isla de los fundamentalmente no interesados, donde estaré para siempre.

Se puso repentinamente seria.

—No, no lo harás. Tal vez ahora, pero no para siempre. —La mirada de Anika se suavizó—. ¿Le enviaste un mensaje a Graham?

—No. Todavía no entiendo por qué crees que no puedo llamarlo.

—Porque necesitas evitar escuchar su voz en este momento —dijo Anika—. Y definitivamente necesitas evitar verlo.

—¿Por qué?

Sean respondió:

—Porque ella no quiere que te vuelvan a hacer daño. Y tiene razón. Necesitas espacio ahora mismo.

—Lo necesito a él —susurré.

—No, no es así —dijeron al unísono.

Anika sonrió y luego añadió:

—Han pasado diez días y, lo sepas o no, ya has empezado a pasar página.

—No, no lo he hecho.

—Sí, lo has hecho. Te has apuntado a un gimnasio, has cambiado algunos hábitos alimenticios. Estás cambiando tu vida.

—Por él —añadí sin ganas—. Lo hago por Graham.

Anika negó con la cabeza lentamente.

—Lo estás haciendo por ti. Porque no quieres ser la persona que viste en el espejo hace diez días.

No tenía respuesta para eso.

Sean dijo:

—Y si sirve de algo, que se joda. —Anika y yo lo miramos fijamente—. Lo siento —dijo con un encogimiento de hombros, que no era disculpa—. Pero lo que te dijo Anika el día que se fue es cierto. Si no te quiere en tu peor momento, entonces no merece quererte en tu mejor momento.

Anika miró a Sean y se derritió. Lo besó en la mejilla.

—Awww, eso es tan dulce.

Le regalé una sonrisa.

—Puede ser. Pero si me llamara ahora mismo, me pidiera disculpas y me dijera que quiere volver, le diría que sí.

—Y por eso no deberías hablar con él ahora mismo. —Anika extendió su mano—. ¿Me das tu teléfono?

La miré con duda.

—¿Por qué?

—Le enviaré un mensaje de texto en tu nombre.

—Estoy bastante seguro de que puedo hacerlo.

—Te conozco Henry. Te quedarás mirando el teléfono durante dos horas, escribirás cien mensajes y los borrarás todos. Lo pensarás demasiado y acabarás guardando sus cosas y haciendo un santuario con ellas. Iremos de visita y tendrás un rincón de oración dedicado a él.

—¿Recuerdas la época de *Sexo en Nueva York*? —añadió Sean suavemente—. ¿Con todo el santuario de Samantha Jones?

—Eso no cuenta. Estaba enfermo con fiebre y posiblemente alucinando. Y Samantha Jones es como mi ídolo, así que cállate.

Anika me levantó una ceja y puso la mano frente a mi cara, con la palma hacia arriba.

—Teléfono, Henry.

Se lo entregué y la observé mientras decía en voz alta lo que estaba escribiendo.

—Hola, te dejaste algunas cosas en mi casa, como tus pelotas y tu columna vertebral, maldito sin agallas.

—¡Anika!

Me mostró la pantalla y, afortunadamente, no había tecleado la última parte.

—Avísame antes del viernes si quieres recogerlas. Gracias.

—¿Por qué el viernes? —pregunté.

—Le das un plazo —explicó—. Eso le dice, uno, que no vas a esperar eternamente, y, dos, no le explicas qué pasa con dichas pertenencias si no las recoge. Eso le dice que no tienes ningún apego sentimental, porque que se joda.

—Ah.

Me dedicó una brillante sonrisa.

—Entonces, a estas alturas de la semana que viene, si todavía no las ha recogido, traeré la gasolina para esa quema ceremonial que estaba esperando. —Luego puso una cara pensativa y algo triste—. Podríamos darle dos semanas. Así, con un poco de suerte, si es que llama, te habrás dado cuenta de que estás mejor sin él.

Suspiré.

—Estoy tratando de recordar por qué alguna vez pensé que tu franqueza era una cualidad entrañable.

—Dos semanas es para tu beneficio, no para el suyo —dijo tecleando en mi teléfono. Me lo tendió y me lo enseñó. Era una petición corta y directa para que viniera a recoger sus cosas, pidiéndole que respondiera al texto primero. Supuse que era para avisar a Anika de cuándo iba a venir, para que pudiera estar en mi casa cuando él apareciera—. ¿Te parece bien que le envíe el mensaje?

Me lo pensé un momento y asentí, y antes de que pudiera cambiar de opinión, pulsó Enviar. Me pasó el teléfono por la mesa y los camareros recogieron nuestros platos, y no tardó en sonar un mensaje en mi teléfono.

Me sobresalté y fui a coger el teléfono, pero el movimiento repentino me sacudió los músculos doloridos del brazo.

—Ay.

Anika cogió el teléfono y leyó la pantalla.

—¿Es él? —pregunté, sin poder ocultar la esperanza en mi voz.

Ella negó con la cabeza.

—Reed Henske —respondió—. ¿Quiere saber cómo te sientes hoy?

—Ah. —No pude evitar sonreír y le tendí la mano para coger mi teléfono—. ¿Puedes darme mi teléfono?

Anika negó con la cabeza.

—No, yo también me encargo de este.

—Anika, por favor, no.

Pero ella ya estaba escribiendo.

Hola Reed. Soy Anika, la mejor amiga de Henry.

Pulsó "Enviar" y me dedicó esa sonrisa atrevida que nos hizo suspirar tanto a mí como a Sean. Mi teléfono emitió un pitido casi inmediatamente. Anika leyó su respuesta en voz alta.

¿Está bien Henry?

Ella puso una cara de felicidad.

—¡Awww, es un encanto! —Luego respondió a su mensaje. *Él está bien. Se queja de que le duele cada vez que se mueve, pero está bien.*

Entonces se produjo una conversación de texto completa entre ellos sin mí.

Eso es bueno. ¿Vendrá mañana para su sesión?

Sí, estará allí.

Bien.

¿Puedo preguntarte algo?

Sí, claro.

Henske. ¿Es alemán?

Sí.

¿Cuántos años tienes?

31.

—¿Treinta y uno? —murmuré—. Dios, parece de veintidós.

Henry acaba de decir: Mierda, no parece tan viejo. JA JA JA. Estas son todas las preguntas que Henry tenía demasiado miedo de hacerte, por cierto.

Está bien. ¿Puedo preguntarte algo?

Anika hizo un pequeño baile en su asiento y tecleó rápidamente su respuesta.

Sí.

—No —interrumpí—. ¿Puedes devolverme mi teléfono, por favor?

Anika sonrió.

—No.

Entonces mi teléfono volvió a sonar con el siguiente mensaje de Reed.

¿Siempre es tan divertido, Henry?

Anika respondió rápidamente:

Siempre. Excepto ahora. Está enfadado porque no le devuelvo el teléfono. Entonces me sacó una foto y la envió antes de que pudiera detenerla.

Me devolvió el teléfono con una carcajada. Luego, con voz cantarina, dijo:

—Cree que eres gracioso.

—Sigo en esa isla de desinterés —dije, ahora frunciendo el ceño ante la horrible foto mía que le había enviado—. Puedes pagar la comida —le dije y luego escribí rápidamente una respuesta a Reed, pronunciando las palabras en voz alta mientras escribía—. *Soy Henry. Disculpa las preguntas de Anika. Para que lo sepas, ha sido degradada a la peor amiga de la historia.* —Le dirigí a Anika una mirada mordaz—. *Sí, estaré allí mañana a las ocho.*

Su respuesta fue casi inmediata.

¿Estás comiendo en Tre Vini? El fondo de tu foto me resulta familiar. Me encanta ese lugar.

Le contesté directamente.

¡Sí! Primera vez aquí. Buena comida. Quería pasta. Pero para que lo sepas, pedí lo más saludable del menú.

¡Buen hombre! Disfruta de tu carbo-coma. Hasta mañana.

—Henry, estás sonriendo a tu teléfono —dijo Anika. Levanté la vista y me encontré con que los dos me miraban fijamente.

—¿Qué? No me miréis así. Ya os he dicho que estoy cien por ciento desinteresado. Es un buen tipo. Entiende por lo que está pasando mi cuerpo, y qué más da si me manda un mensaje para ver cómo estoy. ¿No es eso lo que hacen todos los entrenadores personales?

Anika y Sean negaron lentamente con la cabeza.

—En realidad no —añadió Sean—. A menos que sea un entrenador de vida o mentor de bienestar o como sea que se llamen estos días. ¿Es eso lo que has contratado?

—Bueno, no. —Dudé—. Sólo es mi entrenador personal.

—Que tiene tu número y te manda mensajes de texto —pinchó Anika.

—Sí. Para ver cómo estoy, eso es todo. Creí que estaba siendo agradable.

Sean sonrió.

—Lo próximo que sabrás es que se cruzará contigo accidentalmente en el supermercado.

Oh, Dios.

—Oh, Dios mío —dijo Anika con una sonrisa lenta que se extendió por su cara—. ¿Ya lo ha hecho? ¡Dios, se está moviendo rápido!

—¿Qué? ¡No! No fue así —protesté rápidamente—. Vive cerca, al parecer. Es nuestro supermercado mutuo. Se permite que la gente tenga un supermercado mutuo. Me sugirió que fuera a comprar mi nuevo plan de dieta antes de ir a casa porque sabía que no podría levantarme una vez que me sentara.

Anika me miró de reojo.

—Entonces, ¿sabía que ibas a estar allí? ¿Y por casualidad también apareció? Interesante.

Negué con la cabeza.

—No es interesante. Fue sólo una coincidencia. —Anika frunció los labios y, antes de que pudiera decir algo más al respecto, añadí—: Por favor, no vayas por ahí. No estoy preparado para eso. Tengo el corazón roto y no me veo preparado para eso. Quiero decir, puede que

Graham ya no me quiera, pero no puedo apagar mi corazón. —Tragué con fuerza—. Y, de todos modos, si vieras a Reed, entenderías por qué estás siendo completamente absurda. Él es... bueno, difícilmente soy su tipo. Ni siquiera sé si está... inclinado a estar interesado. No es que importe, porque estoy en la isla del desinterés indefinidamente.

El rostro de Anika se suavizó.

—Oh, Henry, lo siento. No quise presionar. Por supuesto que es demasiado pronto.

Sean giró el vaso vacío en su mano.

—No te subestimes, Henry. Graham fue un imbécil por irse, y él se lo pierde. Y será la ganancia de algún tipo afortunado, sólo tienes que esperar y lo verás.

Anika se quedó mirando a Sean, al igual que yo. Era lo más sincero que le había oído decir.

—Awww —arrulló Anika. Chocó cariñosamente su hombro con el de él—. Tendrás mucha suerte esta noche.

Él se puso de un tono rosado intenso de vergüenza, y mientras se miraban a los ojos como enamorados, yo me puse de pie, sólo con una mueca de dolor.

—Ser amable conmigo y estar enfermizamente enamorada no cuenta. Sigues pagando.

Se rieron mientras me seguían hasta la mesa del maître, donde Anika entregó alegremente su tarjeta de crédito. El viaje de vuelta a casa fue bastante tranquilo, aunque me sentía mucho mejor que esta mañana.

Cuando Anika se detuvo frente a mi casa, se giró en su asiento.

—Te llamaré esta noche, ¿vale? —Esperó a que asintiera—. Y si Graham responde a ese mensaje, llámame antes de hacer nada, ¿vale?

Oh. Ya me había olvidado de ese mensaje de texto...

—Claro.

Con mi mejor humor repentinamente desinflado, me enfrenté a mi mesa de comedor llena de pertenencias de Graham, y me sentí más que desinflado. Volvía a estar en el punto de partida.

Y aunque lo esperaba, y aunque revisé mi teléfono una docena de veces, nunca me respondió.

Capítulo Cinco

El domingo por la mañana entré en el gimnasio con un estado de ánimo muy hosco. Reed era el mismo de siempre, brillante y alegre, y sonrió cuando me vio.

—¡Hola!

—Hola —respondí.

Se dio cuenta claramente de mi falta de brillo, y su ceño se frunció por un segundo. Su sonrisa se esfumó.

—¿Todo bien?

—Sí, claro —dije tratando de sonreír—. Sólo me compadezco de mí mismo. Ignórame.

Parecía un poco inseguro de lo que iba a decir a continuación, y odié que le hubiera incomodado.

—¿Seguro?

—Síp. ¿Qué tortura me vas a hacer pasar hoy?

—Eso depende. ¿Cómo te sientes? ¿Todavía te duele?

—En realidad no estoy tan mal. O estoy mejorando, o me he acostumbrado al dolor. —Para ser honesto, todavía me dolía, pero con mi corazón roto dando un último hurra, eso palidecía en comparación.

Estoy seguro de que Reed me descubrió porque no me presionó demasiado. Me hizo hacer el infierno habitual de la cinta de correr y la elíptica, y luego hicimos pesas en la máquina de cables y poleas. Si Reed no estaba conmigo, de pie a mi lado, me observaba.

Sabía que me estaba forzando. Pero cuanto más me esforzaba, mejor me sentía. Podía sentir que el estrés abandonaba mi mente, y cuanto más trabajaba mis músculos y hacía arder mis pulmones, mejor me sentía.

—De acuerdo, es suficiente —dijo Reed poniendo fin de forma efectiva a mis subidas a la polea baja—. O estarás adolorido mañana.

Me tomé un segundo para recuperar el aliento y él reinició la máquina. Me entregó mi toalla.

—¿Quieres hablar de ello?

Me limpié la cara y negué con la cabeza.

—Voldemort.

—Ah. —Reed asintió con conocimiento de causa—. Pensé que podría ser.

—Uno pensaría que después de ocho años juntos podría merecer una respuesta a un mensaje de texto, pero aparentemente no.

—Oh. —Se mordió el labio inferior por un momento—. Sí. Te mereces un texto de respuesta.

—Lo siento, no iba a hablar de ello —murmuré—. Pero sólo le envié un mensaje para decirle que puede venir a recoger su mierda. Ya no la quiero en mi casa. Pero no, ni siquiera una respuesta de una palabra. Tal vez Anika tenía razón. Tal vez debería quemarlo todo. De hecho, si no tengo noticias suyas para el próximo viernes, eso es exactamente lo que haré.

—¿Le prenderás fuego?

—Síp. No dentro de la casa, por supuesto, sino una quema ceremonial fuera.

Reed asintió pensativo.

—Por supuesto.

Dejé escapar un suspiro.

—Supongo que estoy en la fase de ira del proceso. La negación no ha durado tanto como pensaba.

Me dedicó una sonrisa triste.

—Siento que estés pasando por esto.

—Siento que mi amiga Anika te haya enviado un montón de preguntas inapropiadas. Y no eran cosas que quería saber, en sí, sólo cuestiones para las que no tenía respuesta cuando ella preguntó.

Ahora sonreía de verdad y hacía los estiramientos habituales conmigo. Cuando nos quedamos en silencio por un momento, dijo:

—Anika parece una chica genial.

—Lo es.

—De acuerdo, cruza el brazo por el pecho; siente que estira el hombro. —Hice lo que me dijo, y luego me preguntó—: ¿Cuál es la historia de Anika?

¿Por qué quería saber sobre Anika...? Oh. *Oh*. Tuve que admitir, después de que Anika y Sean bromearan ayer acerca de que Reed estaba interesado en mí, y aunque no estaba preparado para eso, que había sido halagador, y la confirmación de que no estaba interesado en mí en absoluto fue un poco decepcionante.

—Ha sido mi mejor amiga desde la universidad. Estudiamos microeconomía juntos y simplemente congeniamos. Aunque tendemos a actuar como niños de doce años cuando nos reunimos. En realidad, es la jefa del departamento de cuentas de Myer. Elegante, preciosa. Pero está en una relación, lo siento. Su novio, Sean, es un gran tipo.

La confusión apareció en su rostro antes de darse cuenta.

—¡Oh! Oh, no —dijo con una risa avergonzada—. No, no me interesa. Pero gracias.

De acuerdo entonces. Aunque no era sorprendente.

—No pensé que estuvieras soltero —admití—. Un hombre como tú...

Dejó caer los brazos a los lados.

—¿Un hombre como yo?

Mierda, ¿se había ofendido?

—Oh, sólo quiero decir que eres sexi, tienes un gran cuerpo, en forma como el infierno, súper agradable, ya sabes. Un hombre como tú.

Se rio, más para sí mismo que para mí, y sus orejas se tiñeron de rosa.

—Um, ¿gracias? Pero no, estoy soltero. Estaba saliendo con alguien...

—Pero ahora no —terminé por él—. ¿Así que sabes cómo son las rupturas?

Asintió lentamente.

—Oh, sí.

No iba a preguntar, pero luego pensé, ¿qué demonios?

—¿Fue tu elección?

—Sí. Aunque eso no lo hizo más fácil.

Fruncí el ceño ante eso.

—Estoy bastante seguro de que es más difícil ser a quien le dicen que ha pasado su fecha de caducidad.

—Estoy bastante seguro de que encontrar a tu novio recibiendo una mamada de un extraño en un baño es peor.

Lo miré fijamente. Luego me quedé mirando un poco más. Bueno, mierda. *¿Novio?* Bueno, que me parta un rayo. Sin embargo, tenía razón. Al menos Graham no me engañó.

—Sí, tú ganas.

Reed dejó escapar un fuerte suspiro.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. Estuvo fuera de lugar.

—No fue así. Estuvo perfectamente bien. Aparte de que tu ex era un pedazo de mierda infiel. Eso no está bien en absoluto.

Ahora se reía.

—Fue hace seis meses. Ya lo he superado. Pero sí, tienes razón. Era un pedazo de mierda infiel.

—Y un completo idiota por arruinar una relación contigo —añadí.

Su sonrisa se volvió algo tímida.

—Gracias.

Dejé de estirar el hombro y me sacudí el brazo.

—Creo que hoy me he pasado. Imagínate lo en forma que voy a estar si esta fase de ira dura un tiempo.

Reed se rio de mi broma.

—Apuesto a que te sientes mejor.

Me tomé un segundo para evaluarme. Claro que me dolía el cuerpo, pero mi mente estaba sorprendentemente clara.

—Sí.

Reed me dio una palmada en el hombro.

—Bien.

Recogí mi botella de agua y mi bolsa de deporte y gemí cuando me puse de pie.

—Mi plan para el resto del día es planificar el menú de la semana, tal vez hacer algunas compras, y luego plantar el culo frente al televisor y ponerme al día con *Juego de Tronos*.

Reed suspiró.

—Suena perfecto. Estaré haciendo casi lo mismo. Aunque hoy hay mercado de agricultores en el parque de Drummoyne. Iba a ir a ver qué se ofrece.

—Oh, lo he visto a veces cuando he pasado por delante pero nunca me he parado para visitarlo.

—El primer domingo de cada mes —dijo Reed—. Tienen cosas muy buenas. Frescas, cultivadas localmente, algunas orgánicas. Tienen algunas salsas gourmet que te pueden gustar. Todo casero.

—Suena bien —acepté—. Iba a probar una nueva receta de salmón. Y encontré una receta de filete de cerdo a la parrilla con manzana y chile. También tenía buena pinta.

Se animó.

—Dios mío, hice unos calamares con lima y chile la otra noche.

Estaban tan buenos.

—Tendrás que darme la receta. Me encanta probar cosas nuevas.

—¡A mí también! Te la traeré. O puedo enviarte un mensaje de texto.

—Genial. —Entonces pensé en algo. Sólo lo había visto caminando o en una bicicleta de paseo, que hoy no vi en la fachada, lo que significaba que debió venir caminando al trabajo—. ¿Vas a ir andando o en bici al mercado?

—Sí, voy a montar en bici. No está lejos. Llevo una mochila para cargar cosas, así que no es gran problema.

—¿Quieres que te lleve? ¿A qué hora terminas aquí?

—Oh, no hasta dentro de una hora. —Dudó—. Está bien, gracias de todos modos.

—Para cuando llegue a casa, me duche y coja mi planificador de menús, habrá pasado una hora. Créeme, mis brazos estarán tan doloridos que tardaré veinte minutos en ponerme los calcetines. Y, literalmente, paso por el gimnasio de camino.

Luchó contra una sonrisa.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro.

—Entonces sería genial.

—Bien, volveré en una hora. Esperaré fuera.

Su sonrisa fue cálida y amplia.

—Perfecto.

Una hora más tarde, a las diez en punto, volví a entrar en el aparcamiento del gimnasio, y si me estaba esperando o no, no tenía ni idea, pero Reed salió con una bolsa de deporte en la mano. Sonrió mientras abría la puerta y se sentaba en el asiento delantero. Se deslizó con facilidad, a pesar de su tamaño, y de nuevo me acordé de su estructura de nevera mientras llenaba la mitad de la parte delantera de mi coche deportivo.

—Gracias de nuevo por hacer esto —dijo metiendo su bolsa bajo sus pies—. Y cuando lleguemos a los mercados, quizá queramos poner mi bolsa de deporte en el maletero. Quiero decir, no hay nada asqueroso ahí, pero ninguna bolsa de deporte huele bien.

Volví a circular con el coche en la carretera, en medio de la corriente de tráfico constante.

—No hay problema. De hecho, gracias por recordarme lo de los

mercados. Siempre he querido ir, pero nunca llegué a hacerlo.

—Son realmente buenos. Bueno, eso creo —enmendó—. Me encantan los productos frescos y que me inspiren a probar cosas nuevas.

—¡A mí también! —Le dije. Me detuve en un semáforo en rojo, cogí mi agenda de menús de la consola central y se la entregué—. Toma, échale un vistazo. También hay una aplicación en mi teléfono para descargar nuevas recetas y demás. Acabo de imprimir el plan de esta semana para llevarlo conmigo.

—Oh, esto tiene buena pinta —dijo señalando la primera página—. Podrías hacer esta vegetariana también.

—Bueno, podría. —Le miré con ojos entornados.

—Te gusta la carne, supongo. —Reed se rio.

—Soy gay, así que sí. En todas las formas. —Las puntas de sus orejas se volvieron rosas mientras sonreía, así que me disculpé—. Lo siento. Sin filtro, recuerda.

—Todo está bien. No te disculpes. —Miró hacia el agua mientras cruzábamos el puente de Iron Cove—. Tus amigos y tu familia deben estar acostumbrados a ti y a tu falta de filtro.

—Eh, sí.

—¿Y la gente con la que trabajas?

—En realidad, no. Sólo mi asistente personal, Melinda, me conoce. Ella está acostumbrada a mí. Pero nadie más. —Suspiré—. No hablo con nadie más, en realidad.

—¿En absoluto?

—No si puedo evitarlo.

—¿Eliges no hablar con ellos? —Reed frunció el ceño—. ¿Es algo de la dirección? Porque no pareces el tipo de persona que esnobiza a sus compañeros de trabajo basándose en el salario.

Eso me hizo resoplar.

—Oh, Dios, ¡no! No es un asunto de diferencia de sueldos. Es un tema de "yo siendo un idiota sin filtro". —Me metí en una plaza de aparcamiento en los mercados y apagué el motor—. Cuando empecé allí, Gr... —Me detuve antes de decir su nombre—. Quiero decir que Voldemort me sugirió que no me adelantara a hablar con la gente. Ya sabes, que esperara a que me conocieran y les gustara antes de escuchar algunas de las cosas que salen de mi boca.

Una pequeña línea apareció entre sus cejas.

—¿Sugirió que no hablaras con la gente?

Asentí.

—No fue exactamente amable, pero pude ver su punto de vista. Es decir, en las reuniones de personal no diría nada en lugar de llamar al director nacional de marketing un maldito idiota. Así que en cierto modo funcionó. En seis años he tenido dos ascensos simplemente por bajar la cabeza y hacer mi trabajo. Hay mucho que decir acerca de ser el hombre poco atractivo con sobrepeso. Soy un poco invisible, o mejor dicho, nadie me ve como una amenaza, así que me escabullo, ¿sabes? Pero ahora la gente está acostumbrada a que no diga mucho, a que sea reservado, y es demasiado tarde para cambiar.

Reed se quedó callado durante un largo rato y me pregunté con qué parte de lo que acababa de decir estaba en más desacuerdo.

—No sé mucho sobre el mundo empresarial. Seré el primero en admitirlo. Y tal vez lo que dijo Voldemort era plausible, pero... —Negó con la cabeza—. No sé. Yo nunca le diría a nadie que no fuera quien es. Y quién sabe, tal vez el director nacional de marketing era un maldito idiota...

—Con un terrible sentido de la moda.

Sonrió.

—Con un terrible sentido de la moda. ¿Quién sabe? Quizá había que decirlo.

Me reí de eso.

—O no. Me encanta mi trabajo, y estar en el mundo corporativo viene con ciertas estipulaciones de que me vista y me comporte de cierta manera. No todo es malo. Soy más tranquilo en el trabajo, pero imagino que la mayoría de la gente en las finanzas corporativas no ondea su bandera de friki en su puesto de trabajo. —Señalé con la cabeza el parque que había más adelante, la multitud que miraba los puestos mientras paseaba por el mercado—. ¿Salimos?

Reed salió de mi coche, y no fue hasta que tuve que ponerme de pie cuando me acordé bruscamente del dolor muscular de mis piernas. Y en la espalda. Y los brazos y los hombros, y mierda.

—Ay. Vale, creo que me he pasado.

Reed me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Pobrecito.

Me enderecé y rodé los hombros. Bueno, lo intenté.

—¿Por qué me dejaste esforzarme tanto hoy?

Se rio de eso.

—Eh, porque estabas enfadado con Voldemort, ¿recuerdas?

—Ah, sí. —Suspiré mientras cojeaba hacia él—. Me olvidé. —Me miró de arriba abajo—. ¿Estarás bien?

—Sólo por interés, ¿cuántas calorías quema un muerto?

Reed resopló.

—No vas a caer muerto, Henry.

Y de repente olí algo y me animé, olvidando momentáneamente mis músculos doloridos.

—¿Puedo oler café?

Reed se rio y respondió a su propia pregunta.

—Sí, estarás bien.

Me dirigí a la furgoneta del café.

—¿Bebes café? —le pregunté a Reed.

—Sí, claro. —Sacó la cartera de sus pantalones.

—No, déjame encargarme de esto, por favor —dije ofreciéndome a pagar—. A no ser que tomes descafeinado de soja u otra cosa igual de horripilante.

Reed se rio.

—No, no hay descafeinado para mí. Nunca le vi el sentido.

—¡Exactamente! —Miré al tipo de la furgoneta del café y le dije mi pedido y esperé a que Reed hiciera lo mismo. Le entregué algo de dinero en efectivo, y cuando nos dieron nuestros cafés, Reed parecía realmente agradecido.

—Gracias —dijo en voz baja.

Sonreí ante su sinceridad.

—De nada.

—De acuerdo —dijo, mirando alrededor de los puestos del mercado.

—¿Qué es lo primero en tu lista?

Así que pasamos un rato paseando por el mercado y buscando los ingredientes de mi plan de menú. Reed encontró una mantequilla de limón que se le había acabado, e insistió en que yo también comprara un poco. Luego quiso que probara un chutney de higos y chile.

—Tienes que probarlo —dijo—. Lo tengo en casa. Está muy bien en el pollo a la parrilla con ensalada.

La anciana que vendía los tarros de productos caseros le sonrió.

—Compraste algunos la última vez —dijo con un fuerte acento

griego. Era evidente que se acordaba de él. Supuse que era difícil no acordarse de aquel hombre guapísimo de metro noventa de altura, del tamaño de una nevera y de músculos marcados—. Probadlo también en el cordero —dijo—. También lo extiendo fino sobre pasta filo, con nueces finamente picadas y a hornear. Espolvoreo con azúcar glas. Hace muy feliz a mi marido.

—Vale, vendido —dije entregando felizmente mi dinero. No podía creer lo amable que era todo el mundo y lo frescos que eran los productos. Tampoco podía creer que hubiera vivido al otro lado del río durante años y nunca hubiera estado en estos mercados. El sol brillaba, la gente paseaba a los perros, trotaban alrededor de la orilla del río, todo el mundo hablaba o reía, y el café estaba buenísimo—. Gracias —le dije a Reed—. Por sugerirme venir aquí. Es increíble.

Su sonrisa era enorme.

—Es genial, ¿verdad?

—¡Oh, mira! —dije mientras nos dirigíamos a otro puesto.

Éste vendía golosinas caseras para perros, que no me interesaban demasiado, pero también tenían algunas cajas de libros de segunda mano. No pude resistirme a echar un vistazo y sonreí victorioso al sacar un viejo ejemplar de *Harry Potter y la Piedra Filosofal.*

—Te lo compro —le dije a Reed.

Hizo una mueca.

—¿En serio?

—Sí, de verdad. No puedes ser la única persona del planeta que no ha leído estos libros.

—¿No son para niños?

Jadeé y me puse el libro en el pecho.

—Oh, *silence*.

—¿Qué?

—No importa. —Pagué el precio de un dólar por el libro bien leído y usado, y lo metí en una de sus bolsas—. De nada.

Se rio.

—No soy desagradecido. Sólo que no estoy convencido de que sea lo mío.

—Léelo. Y si no te gusta, no tienes que leer los otros seis.

Resopló.

—Trato hecho.

Me encontré con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —Había comprado una serie de verduras y huevos, algo de pasta italiana hecha a mano y un bote de mantequilla de limón.

—Oh, sí, esto es todo. Y mejor aún que no tenga que meterlo en la mochila para volver a casa.

—¿No conduces nunca? —pregunté mientras volvíamos a mi coche, cargando con nuestras bolsas de productos.

—No. Voy al trabajo en bicicleta o caminando porque vivo muy cerca, y si tengo que salir de Balmain, cojo un autobús o el ferry.

—¿Has vivido mucho tiempo en Balmain?

—No, sólo seis meses.

Ah, seis meses. Más o menos cuando se separó de su ex infiel.

—Entonces, ¿te mudaste aquí después de romper con tu novio? —Entonces me di cuenta de que esa pregunta era demasiado personal—. Lo siento, no tienes que responder a eso. No quise cruzar la línea.

—No, está bien. Como he dicho, lo he superado. Puedo hablar de ello. —Se detuvo ante mi coche y esperó a que lo abriera—. Se llama Brett, y nos veíamos desde hacía un año. No vivíamos juntos ni nada, pero éramos exclusivos. Bueno, se suponía que lo éramos. Cuando todo sucedió, necesitaba un cambio de escenario, así que me mudé más cerca del trabajo. Es lo mejor que he hecho. Me encanta este lugar.

Pulsé el botón para desbloquear el coche y abrí el maletero.

—¿De dónde te has mudado?

Reed metió sus bolsas en el maletero con las mías, junto a su bolsa de deporte.

—Solía vivir en Five Dock. Mi contrato de alquiler terminaba más o menos al mismo tiempo, y pensé que la mudanza me vendría bien.

—Me parece justo.

—¿Alquilas o eres dueño de tu casa? —me preguntó mientras subíamos a mi coche.

—Soy el dueño. La herencia de mi abuela me echó una mano, pero mi hipoteca sigue siendo suficiente para provocar palpitaciones.

Parecía impresionado.

—Apuesto a que sí. Pero eres un profesional en lo que respecta a la gestión de riesgos hipotéticos, ¿verdad?

Eso me hizo sonreír. Me gustó mucho que entendiera lo que implicaba mi trabajo.

—Algo así.

Volví a Balmain y le pedí indicaciones para llegar a su casa. Me detuve frente al bloque de apartamentos, preguntándome cómo podría decirle que había disfrutado de la mañana con él sin que las cosas fueran incómodas, pero él habló primero.

—¿Te das cuenta de que has caminado durante la última hora y no te has quejado ni una sola vez de estar dolorido?

—Todavía estoy dolorido —admití—. Estoy bastante seguro de que estaré personificando un T-Rex para la hora de la cena, pero creo que la distracción ha ayudado. Debería agradecerte lo de esta mañana. Lo he disfrutado.

Sonrió cálidamente.

—Yo también.

—Estoy seguro de que me habría quedado sentado en casa revolcándome en la autocompasión y estaría más dolorido cuanto más me sentara sin hacer nada.

—Los paseos ayudan mucho.

—Y el café, y el sol, y la compañía —añadí—. Así que gracias.

—Me alegro de haberte ayudado a olvidarte de que Voldemort no respondió a tu mensaje.

Oh, Dios.

—Me había olvidado de eso.

Parecía afectado.

—Mierda. Lo siento.

Me eché a reír.

—No, por favor, no te disculpes. —Cielos, esta mañana fue una buena distracción. No había pensado en Graham en horas—. Fue una gran mañana sin Voldemort. Deberíamos ir a los mercados de comida más a menudo.

Su sonrisa estaba de vuelta.

—Cuando quieras.

Salí de mi coche y abrí el maletero, y Reed recogió rápidamente su compra y su bolsa de deporte.

—Te haré saber cómo va la receta.

—Sí. Me gustaría.

—¿Nos vemos el martes?

—Sí, brillante y temprano —dijo caminando hacia su bloque de apartamentos—. Que tengas una gran cita con Jon Snow.

—¿Quién?

—¿Jon Snow? Ya sabes, de *Juego de Tronos.*

—Ah. —Dios, me sentí como un idiota—. La tendré. Aunque Renly Baratheon probablemente sea más mi tipo.

Se rio de eso.

—Adiós, Henry.

Agité la mano en despedida y volví a subir a mi coche. Sonreí mientras conducía a casa, sintiendo sólo el tirón de los músculos doloridos de vez en cuando esa tarde. Cociné mi salmón a la parrilla y mi ensalada, y luego le envié a Reed una foto con el televisor de fondo pausado en un primer plano de Renly.

Me contestó poco después con una foto de su cena. Parecía pollo a la parrilla con una especie de ensalada de arroz. Pero no fue eso lo que me hizo sonreír. Fue lo que vi en la parte superior de la foto, casi fuera de la pantalla y probablemente oscuro para la mayoría de la gente, pero lo reconocí por lo que era. El libro de Harry Potter estaba abierto, boca abajo, como si hubiera tenido que dejar de leerlo para hacer la foto.

Todavía sonriendo, envié un mensaje de respuesta.

La cena se ve muy bien. Tendrás que enviarme la receta. Me alegra ver que Harry te hace compañía mientras cenas.

Su respuesta me hizo reír a carcajadas.

Oh, silence.

Capítulo Seis

Las dos semanas siguientes transcurrieron entre reuniones de trabajo, informes y plazos. Llegaba a casa más tarde de lo normal y me pasaba las noches probando nuevas recetas y experimentando con opciones más saludables que me convenían. Lo más loco era que, por muy ocupado que estuviera, mis sesiones de gimnasio me mantenían concentrado. Me esforcé mucho, con Reed a mi lado, y tenía razón: a la tercera semana de mi programa de ejercicios, ya no estaba tan dolorido.

Claro, algunas cosas dolían. Como estirarme justo por encima de mi cabeza para alcanzar carpetas de la estantería superior en el trabajo o ponerme a cuatro patas para recuperar un bolígrafo que rodó bajo el sofá en casa. Pero las cosas normales y cotidianas estaban bien.

Y lo más loco es que empezaba a disfrutar de mis entrenamientos. No era un caso de obligarme a ir, bajo sufrimiento, como si no tuviera elección en el asunto. Tenía ganas de ir al gimnasio y, si soy totalmente sincero, tenía ganas de ver a Reed. Su sonrisa era siempre cálida y amplia cada vez que entraba por la puerta, y aunque probablemente trataba a todos sus clientes con el mismo entusiasmo, seguía sintiéndome bien. Me ayudaba con mis técnicas; me animaba a esforzarme un poco más. Tenía plena confianza en que yo podría alcanzar cualquier objetivo que me propusiera.

Y ese tipo de fe, esa tranquilidad absoluta, era todo lo que necesitaba.

Mi sesión del jueves por la mañana con él fue como de costumbre. Hicimos cardio, luego fuerza central, y después algunas pesas para mis piernas y brazos. Y aunque no era raro que me dejara unos minutos mientras hacía mis ejercicios, esta vez no lo hizo. Hizo los ejercicios conmigo, mientras hablaba de las recetas que había hecho, cuando dos chicos pasaron junto a nosotros hacia las pesas libres. Uno de ellos, en particular, era todo sonrisas sugestivas y ojitos picantes para Reed y probablemente no podría haber intentado mucho más para llamar su atención.

—Creo que alguien está interesado —dije en voz baja, señalando con la cabeza hacia donde estaban los chicos.

—Hm. —Reed se encogió de hombros, pero se giró y miró hacia el lado opuesto de donde ellos estaban colocando las pesas. Habló en un murmullo que sólo yo podía oír—. Está interesado. Me invitó a salir.

—Oh. —Intenté actuar con frialdad porque aparentemente esto era ultra secreto—. ¿Cuándo?

—La semana pasada. Le dije que no estaba preparado.

—Y eso es bastante justo.

—Bueno, es más agradable que decir que no estaba interesado. —Tomó un sorbo de su agua—. No es mi tipo.

Volví a mirar al tipo en cuestión y tuve que admitir que no me sorprendió. Es decir, era musculoso, pero realmente sobremusculado, y mientras que Reed parecía la imagen de la salud y el buen estado físico, este tipo podría ser el chico del póster de "Por qué no tomar esteroides".

Me encogí de hombros.

—Sus músculos parecen tan falsos que podría pasar por un globo con forma de animal.

Reed casi escupió su agua. Tosió y se atragantó mientras trataba de disimular su risa.

—Por favor, no mueras de ahogamiento de segundo grado. O el chico globo podría correr a hacerte la RCP. —Me limpié la cara con la toalla y me sentí un poco mal por tomarle el pelo a un tipo que ni siquiera conocía—. Estoy seguro de que probablemente es un tipo muy agradable, y yo más que nadie, no debería juzgar por las apariencias.

—No es su aspecto lo que no me interesa —explicó.

Me lo imaginaba. Quiero decir, en serio, Reed estaba muy bien dotado. Por supuesto que encontraría atractivos a los tipos así. Pero no sólo por su apariencia física. Reed necesitaría a alguien que tuviera la misma mentalidad en cuanto al cuidado de su cuerpo y su forma física, no a un tipo con sobrepeso como yo que llora y resopla cuando camina cinco minutos en la cinta de correr.

—Puedo ver por qué —dije tratando de ser indiferente—. Quiero decir, si los globos con forma animales son lo tuyo.

Se rio.

—No, no es eso. Ni siquiera puedo mantener una conversación con él. Cada vez que me habla, me pregunta qué proteína en polvo uso o

qué peso he levantado esta semana. Luego me cuenta lo que ha hecho, le pregunte o no. Como si fuera una competición o algo así. No sé. Es simplemente incómodo.

—Tal vez sea tímido y no sepa de qué más hablar contigo —le ofrecí—. Tal vez está tan deslumbrado por tu apuesto aspecto que se convierte en un idiota cada vez que habla contigo.

Reed se rio de eso y negó con la cabeza.

—No es probable.

—Y, de todos modos, todo lo que hemos hablado realmente es de comida —contesté—. ¿Eso es incómodo?

Se resistió.

—No, no. En absoluto. Me encanta la comida. Me encanta que hablemos de recetas y de cosas no relacionadas con el trabajo, y que me llevaras a los mercados el pasado fin de semana ha sido un puntazo.

—Bien —dije con firmeza—. Porque he hecho una tarta de cítricos con esa mantequilla de limón. Estaba en una página web de comida sana que encontré, y tuve que improvisar, pero está muy buena. Tendré que enviarte la receta.

—Oh, sí, por favor. Suena muy bien. Nunca había pensado en utilizarla así. Encontré un sitio que tiene grandes ideas. Tendré que enviarte el enlace.

Alguien dijo el nombre de Reed, y fue entonces cuando me di cuenta de la hora.

—Mierda. Voy a llegar tarde.

Me despedí con la mano, salí corriendo por la puerta y conduje a casa como un loco para darme la ducha más rápida de mi vida. Claro que llegaba tarde al trabajo, pero aún tuve tiempo de cortar un trozo de la tarta y meterlo en un recipiente. Puse el resto de la tarta en otro recipiente para llevarla al trabajo porque, desde luego, no quería comérmela toda. Entonces, como ya iba a llegar cinco minutos tarde, pensé que bien podía llegar diez minutos tarde. Así que me presenté en el gimnasio, vestido con mi traje de trabajo, con el pelo cepillado y bien afeitado, y dejé el recipiente en el mostrador de recepción.

Reed estaba en las máquinas de remo con otro cliente, así que le sonreí y grité:

—Para ti —antes de salir corriendo.

Llegué al trabajo y, por suerte, nadie más que Melinda se había

dado cuenta de que llegaba tarde.

—Pareces muy feliz esta mañana —dijo con cautela.

Antes de que pudiera pedir detalles o hacer hipótesis sobre cualquier razón que su imaginación pudiera inventar, le entregué el resto de la tarta de cítricos.

—Para el té de la mañana. —Tomó el envase como si fuera una dosis de herpes justo cuando mi teléfono sonó. Eran dos mensajes de Reed. Primero, una foto del recipiente vacío que le había enviado, salvo unas migajas en el fondo. Y un texto que seguía.

Oh. Dios. Mío. Necesito esta receta.

Sonreí a mi teléfono y luego a Melinda.

—Estoy feliz esta mañana —le dije. Me senté ante mi escritorio y abrí primero los correos electrónicos y luego una carpeta de trabajo de mi bandeja de entrada. No fue hasta unos treinta minutos después que me di cuenta de que estaba realmente feliz. Por primera vez en semanas, desde que Graham había hecho estallar mi acogedora burbuja y pensé que nunca volvería a encontrar una razón para sonreír, me iba bien.

Encontré la receta en Internet, le envié una copia a Reed con unas cuantas anotaciones sobre lo que había improvisado, y pasé el resto del día haciendo frente a mi carga de trabajo con una energía que no había sentido en años.

No había vuelto a pensar en mi tarta de cítricos hasta que me detuve a comer y me dirigí al comedor. Pedí una ensalada y me senté en mi mesa habitual, alejada de los demás, cuando alguien, creía que se llamaba Lydia, se detuvo junto a mi mesa.

—La tarta de limón estaba deliciosa, gracias —dijo antes de salir rápidamente por la puerta.

Entonces otra persona se detuvo y esperó a que yo la mirara. Una bonita chica pelirroja a la que ya había visto antes, pero de la que no tenía ni idea de su nombre.

—¿Hiciste lo del té de la mañana? Porque estaba divino. Gracias.

Luego Kadin. Y luego Lena, y luego Rihanti. Había trabajado con estas personas durante años y nunca había dicho más de lo que era profesionalmente educado. Todos querían decirme lo mucho que les gustaba mi cocina y cómo apreciaban el gesto.

—De nada —dije torpemente. Dejé el tenedor—. No quería comerla toda yo, pero me encanta cocinar. Y fui a un mercado de

productos frescos y me inspiré, pero estoy tratando de perder peso, así que pensé en traerla aquí. En realidad, pensé que Melinda se la llevaría a casa. No sabía que iba a servirla a todo el mundo.

Dios, esto es por lo que no hablaba con la gente con la que trabajaba. Literalmente les rociaba con diarrea verbal. Me miraban fijamente.

—Ah. —habló primero Rihanti—. Lo siento, ¿se suponía que no debía compartirla?

Genial Henry, la primera vez que te hablan y les haces sentir mal.

—¡Oh! No, no me importa. De hecho, estoy feliz de que la haya compartido. Y me alegro mucho de que os haya gustado.

Parecieron relajarse. Entonces Kadin dijo:

—Deberíamos turnarnos para cocinar y traer algo. Como cada lunes, alguien trae algo diferente para el té de la mañana. Lo hacen en el trabajo de mi padre y a todos les encanta.

—¡Sí! —se sumó Lena—. ¡Deberíamos! Aunque deberíamos asegurarnos de que nadie tiene alergias ni nada parecido.

—Oh, mierda. —Debí haber dicho eso en voz alta porque los tres me miraron. Me aclaré la garganta—. Quiero decir, cielos. Eso fue algo en lo que no pensé antes de que Melinda ofreciera mi tarta de cítricos. Tendría la mala suerte de que alguien muriera de un shock anafiláctico por mi culpa.

Y ahí estaba de nuevo mi cerebro sin filtro. Volvieron a mirarme fijamente, así que cogí el tenedor y lo clavé a un tomate cherry como si fuera su culpa ser un inepto social.

Entonces Rihanti se rio.

—O la mía. Ese tipo de cosas suelen pasarme a mí.

Entonces Lena agarró el brazo de Rihanti.

—Dios mío. Cuando estaba en la escuela primaria, hubo una venta de pasteles y llevé unas magdalenas que habíamos hecho mi madre y yo, y un niño era alérgico al huevo. No fue agradable.

Entonces Kadin mencionó una vez que conoció a una chica que servía comida para perros en sándwiches a las chicas que eran unas completas zorras con ella.

Rihanti, Lena y yo nos quedamos mirando. Era completamente asqueroso y no tenía nada que ver con lo que estábamos hablando y muy parecido a como terminaban la mayoría de mis conversaciones. Me di cuenta de que tal vez Kadin y yo teníamos más cosas en común

de lo que había pensado al principio y tomé nota mentalmente de que ahora me gustaba y de que haría un esfuerzo por ser raros juntos.

No pude evitar reírme.

—Espero que les haya dicho lo que comieron.

Se encogió de hombros.

—No. Sólo tiene la satisfacción de saberlo, eso es todo.

—De todos modos —dijo Lena con una sonrisa—, gracias de nuevo por la tarta de limón. Y pondremos una nota para ver si alguien está interesado en hacer algo para compartir el té los lunes por la mañana. Ha sido un placer hablar contigo.

—Sí —aceptó Rihanti—. Y puedo decir que has estado a dieta estas últimas semanas. Te ves muy bien.

—Oh. —Parpadeé un par de veces. Su cumplido me dejó perplejo. Hacía años que no recibía un cumplido, y no estaba seguro de qué decir—. Um. ¿Gracias?

—Se nota —añadió Kadin—. Que estás a dieta.

Vale, ahora quería arrastrarme bajo la mesa. Afortunadamente, como si hubiera sonado la alarma de "ven a salvar a tu jefe", Melinda vino a rescatarme. Se sentó frente a mí, desviando totalmente su atención.

—Enviaré la receta de la tarta de limón en copia oculta —declaró a nadie en particular—. Si consigo que la comparta.

Todos parecían complacidos por esto, y respiré aliviado cuando nos dejaron almorzar en paz.

—¿Estás bien? —preguntó Melinda suavemente.

—Sí, estoy bien. Acaban de hacer una pequeña charla, y aparentemente he instigado a cocinar para el té del lunes por la mañana. De lo cual te culpo totalmente porque les serviste la tarta de limón. Y ahora seguramente se espera que tenga conversaciones regulares con los compañeros de trabajo. Ya he parloteado como una idiota delante de ellos. Aunque creo que Kadin y yo podríamos competir por el concurso de "la conversación más incómoda de Australia". Pero parece simpático, a pesar del comentario del sándwich de comida de perro.

La única reacción de Melinda a toda mi perorata fue una leve contracción de su ceja.

—¿Cómo está tu almuerzo?

Miré mi ensalada a medio comer.

—Ah. Está buena. ¿Cómo está el tuyo?

Tomó un bocado de su recipiente de ensalada de pollo e hizo un ruido de conformidad medio comprometido.

—Hmm.

—Dijeron que podían notar que había estado haciendo dieta.

Melinda tragó su comida.

—Claro. Tu traje oculta mucho, pero se nota alrededor de la cara y el cuello.

—Oh.

—Eso fue un cumplido, Henry.

Hice una mueca.

—Lo sé. Los cumplidos me incomodan.

Sonrió mientras comía del recipiente. Cuando terminó de comer, dijo:

—Anika llamó. Vais a salir mañana por la noche.

—¿Voy a salir?

—¿Alguna vez has ganado una discusión con Anika?

—Buen punto. —Cerré la tapa de mi contenedor de ensalada vacío y puse el tenedor encima—. ¿A qué hora y dónde?

—A las siete en el London.

El London era un hotel muy popular a poca distancia de mi casa. Que era el que frecuentábamos cuando era mi turno de emborracharme.

—¿Explicó el motivo de la ocasión?

—Dijo que sería viernes y que no habías tenido noticias de Graham sobre sus pertenencias.

Mi estómago dio un vuelco y mi corazón se apretó.

—Oh, sí. Lo olvidé. Quizá esté ocupado.

Melinda puso una cara pensativa como si el hecho de que estuviera ocupado fuera una posibilidad.

—O, tal vez es un imbécil egoísta que te hizo un favor al irse.

Suspiré.

—Supongo que tú y Anika habéis tenido una pequeña charla.

—Sí. Ella va a llevar entrantes para barbacoa y líquido para encendedores a tu casa el sábado por la mañana para un ritual de quema de lo que dejó.

Pensé con amargura. *Me dejó a mí atrás.*

—También ha dicho que has estado conversando con tu entrenador

personal más de lo necesario, y puede que yo haya mencionado tu sonrisa y tu estado de ánimo esta mañana cuando llegaste.

Jadeé.

—Oh, no, no lo hiciste.

—Sí, lo hice. —Su cara de póquer era aterradora—. Dije que no te había visto sonreír así en mucho tiempo.

—No hay nada entre Reed y yo. Se lo he dicho a Anika, e incluso le he explicado sobre la isla llamada "No estoy preparado para eso, en la que estoy actualmente varado". —Resoplé—. Y sólo porque Reed y yo hablemos, nos enviemos mensajes de texto y pasáramos unas horas juntos en el mercado de alimentos, no significa nada. Es un buen tipo, me ayuda a conseguir mis objetivos y le gusta la comida. Tenemos cosas en común. Eso no es un delito.

El extremo de la ceja volvió a moverse, pero sus labios permanecieron fruncidos.

—Y el hecho de que los dos seamos gais y él sea guapísimo y del tamaño de una nevera, tampoco significa nada. Dos hombres gais pueden tener una relación platónica —susurré al otro lado de la mesa —. No todo es sexo. Y, de todos modos, él está tan fuera de mi alcance, que ni siquiera estamos en el mismo planeta.

Me miró fijamente durante un largo e incómodo segundo.

—¿Ya has terminado de autoconvencerte?

—Ni siquiera cerca. Y tú y Anika no pueden hablar más entre sí. Lo prohíbo.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿De verdad?

—Sí.

Melinda dejó escapar un suspiro de sufrimiento.

—Tienes una cita a las dos con Lillian, y te he enviado por correo electrónico el archivo de la cuenta de Kerual.

Resoplé, decepcionado de que no se tragara nada de lo que acababa de decir.

—Gracias.

—De nada.

Sin decir nada más, los dos nos levantamos y depositamos nuestra basura en la papelera. Le sostuve la puerta abierta y caminamos en obstinado silencio hasta la puerta de mi despacho. Esperé un momento, preguntándome si debía decir algo que no hiciera *mi*

autoconvencimiento peor, pero ella habló en su lugar.

—A todos los que probaron tu tarta de limón les encantó. Era la excusa perfecta para que hablaras con la gente con la que trabajas, y si les dieras una oportunidad, también les encantarías.

La miré fijamente.

—¿Es otro cumplido? Porque acabamos de pasar por eso.

Se dirigió a su escritorio.

—Has pronunciado mal las gracias.

Sin responder, empujé la puerta de mi despacho y entré. Pasé la siguiente hora y cincuenta y cinco minutos revisando el expediente de Kerual, tomando notas y haciendo un informe para mi reunión. Sin embargo, estaba distraído con lo que había dicho Melinda. Había evitado las conversaciones con mis compañeros de trabajo durante años porque no quería que pensaran que era un idiota, y si era sincero conmigo mismo, sí que disfruté de la breve conversación que había tenido a la hora de comer. Y si todos decidían cocinar algo de vez en cuando y llevarlo al trabajo para compartirlo, eso tenía que ser algo bueno, ¿no? Y el hecho era que, ahora que vivía solo, la interacción con la gente era agradable. Incluso si era incómodo y hacía el ridículo, me sentía mejor por ello. Así que justo antes de irme a las dos, le envié un correo electrónico a Melinda.

Gracias.

El viernes pasó un poco borroso. Tuve reuniones, informes que hacer y estadísticas que repasar, y me mantuve ocupado todo el día. Me di cuenta de que la bonita chica pelirroja que me había hablado ayer me sonreía ahora en el pasillo, y Lena y Kadin me saludaron con un "Hola, Henry" cuando entré en la sala de descanso a la hora de comer.

Me dolían un poco los hombros y los cuádriceps por el entrenamiento de la mañana anterior, pero era lo que llamaría un dolor agradable. No era debilitante. Era sólo un suave recordatorio de que mi cuerpo estaba cambiando, mejorando, y eso me gustaba.

Cuando llegué a casa después del trabajo, salir a tomar algo con Anika era lo último que me apetecía hacer. Anika me había enviado un mensaje de texto para recordármelo, lo que en realidad era una amenaza apenas velada de no dejarla plantada. Así que, como un buen

mejor amigo, arrastré el culo hasta mi armario y saqué un conjunto de vaqueros oscuros y un jersey negro. No podía recordar la última vez que había salido. Desde luego, no con Graham. Prefería pasar los fines de semana quedándome en casa, celebrando cenas o noches tranquilas con un buen libro y una copa de vino. Y refunfuñé mientras me cambiaba, hasta que me puse los vaqueros.

Y vaya que sí. No sólo no me apretaban, sino que incluso me quedaban un poco grandes en la cintura. Pude abrocharme los botones con facilidad y hasta me sobraba espacio en el culo y los muslos.

Salí para mirarme en el espejo de cuerpo entero, una sonrisa que se extendía lentamente cubría mi rostro.

Oh, Dios mío.

No había notado ningún cambio en mis pantalones de trabajo. Bueno, estaban un poco flojos, lo que arreglé con un cinturón. Supuse que se estaban poniendo viejos o algo así. Para ser sincero, ni siquiera pensé mucho en ello. Pero esto, estos vaqueros, era la prueba de que mi cambio de dieta y mi nuevo régimen de ejercicios estaban funcionando.

Agarré mi teléfono y me dirigí a la cámara. Tomé una foto de mi reflejo, con una mano tirando de la cintura de mis vaqueros mostrando el espacio extra que no había hace apenas tres semanas. Encontré rápidamente el número de Reed, adjunté la foto y escribí un mensaje emocionado.

¡Mierda, mira esto!

Su respuesta fue casi inmediata. *Excelente. Bien hecho. Sabía que podías hacerlo.*

Me reí ante su respuesta. Creo que no había sonreído tanto en semanas... *Siento molestarte un viernes por la noche. Sólo quería compartir mi emoción.*

No es ninguna molestia. De hecho, me has alegrado el día. Es bueno saber que todo ese trabajo duro ha dado sus frutos.

¿Estás diciendo que soy un trabajo duro?

Sonreí ante mi teléfono, esperando su respuesta. Pero en lugar de un mensaje, mi teléfono sonó en mi mano. El nombre de Reed parpadeó en mi pantalla y pulsé Responder, todavía sonriendo. No hubo ningún saludo ni nada.

—Por favor, dime que estabas bromeando.

—¿Sobre qué yo sea un trabajo duro?

—¡Sí!

Me reí.

—Así es, sí. Aunque ambos sabemos que me gusta quejarme mucho, y te reclamo por todo lo que me haces hacer.

Se rio. Fue un sonido de alivio.

—Bueno, es cierto. Pero haces todo lo que te obligo a hacer, por mucho que sepas que te va a doler.

—Eso es cierto. Nunca me había considerado un masoquista. En realidad, estoy disfrutando bastante del dolor muscular y las punzadas.

—¿Ah?

—Sí, me recuerda que estoy haciendo algo en lugar de estar sentado sobre mi gordo culo.

Se rio.

—Nunca tuviste un culo gordo.

—Bueno, estos vaqueros discrepan. —Me miré en el espejo desde diferentes ángulos—. No me los he puesto en un tiempo, y la última vez que lo hice, me quedaban un poco ajustados.

—Bueno, deberías estar orgulloso de ti, Henry. Estos pequeños hitos no son tan pequeños. Las últimas tres semanas no han sido fáciles, pero has perseverado y está empezando a dar sus frutos.

—¡Estoy viendo los resultados! Normalmente me recompensaría con una tarta de queso o algo así, pero puede que opte por algo diferente.

—¿Cómo?

—Nueva ropa de gimnasia. —Fue una idea que surgió de la nada, pero una vez que la había dicho en voz alta, tenía ganas de llevarla a cabo—. Las que he estado usando son las que compré hace años. Lo que probablemente hayas notado.

—La ropa no me importa mucho.

Jadeé, fingiendo sorpresa y horror.

—¿No eras gay?

Se rio.

—Eh, sí. Mucho.

—Sólo estaba bromeando. Más o menos. La ropa no es *lo* más importante.

—No como los zapatos.

—¿Te gustan los zapatos?

—No, estaba bromeando.

Volví a jadear. Esta vez no estaba fingiendo tanto la sorpresa y el horror.

—Me gustan los zapatos. Lo que me recuerda que también debería comprarme unas zapatillas nuevas.

Reed volvió a reírse.

—Bueno, eso es mejor que la tarta de queso.

—Bueno, en eso estamos de acuerdo. Los zapatos *son* mejores que la tarta de queso. Apenas.

—Nunca he sido muy goloso —admitió—. Soy más bien del tipo salado.

—No discrimino. Me encanta toda la comida. Lo que probablemente es la razón por la que pesaba ciento catorce kilos.

—Oye, peso noventa y cinco kilos. ¿Crees que es mucho?

—Dios mío, no —grité—. Eres como treinta centímetros más alto que yo y tienes un cuerpo de dios. Noventa y cinco en ti es perfecto. Noventa y cinco es un sueño para mí.

Había una sonrisa en su voz.

—Sólo estaba bromeando. Estoy contento con el lugar en el que estoy. Y no te llevará mucho tiempo. Notarás que la ropa te queda más suelta antes que un cambio de peso en la báscula, así que no te obsesiones con los números. Obsesionarse con la báscula no es bueno para ti. Sentirte mejor, ver cómo luces en el espejo y necesitar ropa más pequeña es un indicador más saludable.

—Parece que sabes de lo que hablas.

Se quedó en silencio un momento.

—Sí. No siempre he tenido… ¿Cómo lo has llamado? ¿El cuerpo de un dios?

Me reí. Realmente dije eso, ¿no? Ni siquiera estaba avergonzado. Mucho.

—Vale, pues quizá un dios Asgardiano, no un dios griego.

—¡Ah! ¡Por fin una referencia cinematográfica que entiendo! —dijo emocionado—. Espera. ¿Soy como Thor o Loki?

—Totalmente Thor.

—Oh, prefiero a Loki, creo.

—¿De verdad? ¿Para ser o para salir? Porque Thor en público y Loki en el dormitorio funcionaría totalmente para mí.

Reed se rio largo y tendido.

—Me gusta tu forma de pensar.

Comprobé mi reloj.

—Mierda —grité. Necesitaba terminar de prepararme, pero no estaba listo para despedirme—. ¿Me esperas un segundo? —No esperé su respuesta. Lancé el teléfono a la cama y me puse el jersey y rápidamente me puse unos calcetines y mis botas favoritas. Me refresqué en el baño lo mejor que pude y cogí el teléfono.

—¿Sigues ahí?

—Sí. ¿Todo bien?

—Oh, claro. Sólo necesitaba terminar de prepararme. Anika me matará si llego tarde.

—¿Necesitas irte?

—Sí, bueno no, en realidad no. Voy caminando al bar, ¿quieres hacerme compañía en el camino? —Me metí las llaves en el bolsillo delantero de los vaqueros y la cartera en el trasero, y cerré la puerta principal tras de mí. El aire de la noche se refrescaba y la concurrida calle de Balmain vibraba con un ambiente de viernes por la noche.

—¡Claro!

—¿Puedes encontrarnos allí si quieres?

Hizo una pausa y enseguida me arrepentí de la invitación.

—No, ya estoy en chándal delante de la tele, además mañana tengo que madrugar. Tal vez la próxima vez.

—Oh, por supuesto —dije tratando de parecer genial o cualquier cosa parecida—. ¿Entonces? ¿Qué hay para cenar esta noche?

—Ensalada balsámica con filetes de cordero a la parrilla y batata al horno.

—Oh, guau.

—Sí, me encanta. Es una de mis comidas favoritas, y es muy fácil.

—¿Hay alguna receta secreta, o es tan simple como parece?

—Te escribiré la receta. O podría cocinarla para ti una vez. —Tragó con fuerza—. Si te apetece.

—Oh.

—Sí, bueno —añadió rápidamente— me diste un poco de esa tarta de limón, así que es justo que te devuelva el favor. Puedo llevarte un poco al gimnasio el domingo.

—O podrías cocinarlo para mí. —Casi tropecé con mis propios pies en el sendero. No sé qué me hizo decir eso, pero parecía que era lo él que quería decir, y luego trató de zafarse en caso de que yo dijera que

no. No quería que se sintiera mal—. Me gusta el cordero cocinado a punto medio, gracias.

Se rio cálidamente, un sonido aliviado.

—Intentaré recordarlo.

—Y trataré de recordar llevar otra tarta de cítricos.

Gimió, un sonido casi obsceno.

—Si insistes.

El sucio zumbido gutural reverberó desde mi oído hasta mi columna vertebral, provocando un cortocircuito en mi cerebro. Hice una especie de aspaviento a lo Mr. Bean cuando salí a la calle Darling y fui recompensado con una cacofonía de maldiciones y bocinazos del tráfico. Podría haber chillado.

La voz de Reed era rápida y preocupada.

—Henry, ¿estás bien?

—Oh, claro —respondí con mi mano libre sobre mi corazón palpitante—. Sólo estoy compartiendo mis increíbles movimientos de baile con el tráfico que se aproxima.

Resopló.

—Estoy bastante seguro de que un coche ganaría el reto de baile.

—Bueno, obviamente nunca me has visto bailar, porque que soy una mezcla de Michael Jackson y Michael Flatley.

Resopló.

—Suena increíble.

—Por supuesto que sí. Por eso han tocado la bocina.

Se echó a reír.

—¿Ya casi estás en el bar?

—Casi. Falta una manzana. —Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba sin aliento, incluso después de mi baile con un coche —. Eh. Creo que toda esa tontería de ejercicio que me has hecho hacer está dando sus frutos. No sólo me quedan bien los vaqueros, sino que ni siquiera estoy resoplando.

—Ah, hay método en la locura. —Había diversión en su voz.

—Hablando de locura, ¿a qué hora empiezas mañana?

—Seis.

—Jesús, auch. Eso tiene que doler.

—No es tan malo.

—¿De la misma manera que la col rizada no es tan mala? ¿Existe una escala de coles? ¿Cómo una escala de Richter, sólo que con la

horrible asquerosidad que es la col rizada? La col rizada sería un ocho.

Se rio.

—Oh no, la col rizada sería un seis. Las ostras serían un ocho.

Asentí.

—De acuerdo. Lo permitiré. Nada viscoso y salado puede saber bien. —Me detuve en seco—. Bueno, eso no es exactamente cierto. No *todo* lo que es salado y viscoso es malo.

—He oído que la piña ayuda con eso.

Ahora fui yo quien se rio.

—Yo también he oído eso, aunque creo que es un mito urbano desacreditado.

—¿Me he perdido un episodio para adultos de Cazadores de Mitos?

—Sabes, realmente deberían tener una versión sexual de ese programa.

—Estoy bastante seguro de que Internet lo tiene cubierto. Tumblr, Tinder, Grindr.

—No sabría decirte. No podría decirte la última vez que intenté tener una cita. Oh, Dios mío, las citas. Puaj. Preferiría comer una ensalada de ostras y col rizada.

Reed volvió a reírse.

—Sí, no es fácil.

—¿Has salido mucho desde... desde que te quedaste soltero?

—No, no realmente. Unas cuantas veces, pero nunca se sintió bien. No sé. —Se quedó callado un momento—. Debes haber llegado porque puedo escuchar gente y música.

Estaba de pie en la entrada del hotel, sin querer que esta conversación terminara. Divisé a Anika en una mesa, y me saludó a través de la multitud.

—Sí, estoy aquí. Y, por favor, ayúdame, Anika tiene alcohol. Esto no va a terminar bien.

Se rio al teléfono.

—Suena divertido. Que pases una buena noche.

—Gracias por acompañarme en mi caminata hasta aquí.

—De nada.

—Que tengas una buena noche.

—Lo mismo para ti.

Colgué mi llamada y me dirigí al interior y hacia Anika. Le besé la mejilla.

—¿Por qué el deseo de morir tan temprano en la noche? —pregunté señalando con la cabeza a su copa.

—¿Bebidas de compasión? —Me miró con cautela—. Que aparentemente no necesitas.

—¿Por qué me compadezco? —Me devané los sesos tratando de pensar... Oh, Dios—. ¿Murió Barry Gibb?

—No, me refiero a que le dimos a Graham hasta hoy y no respondió.

—Ah. —Hombre, no había pensado en eso—. Me olvidé de eso.

Anika me observó durante un largo y escrutador minuto. Entonces se dio cuenta de que aún tenía el teléfono en la mano y me lo quitó.

—Con quienquiera que estuvieras hablando por teléfono ahí fuera te tenía sonriendo —dijo mientras recorría mi lista de llamadas—. Jesús, Henry. Estuviste hablando con Reed durante una hora y doce minutos.

—¡Teníamos cosas que discutir!

—¿Cómo por ejemplo?

—Bueno, algunas cosas... Thor, la col rizada, y por qué los hombres gais deberían comer piña.

Anika parpadeó, y una sonrisa lenta cubrió su rostro.

—¿Estáis él y tú...?

—¿Qué? No. Te lo dije antes, está tan fuera de mi alcance que es ridículo. ¡Y no estoy preparado para eso!

Agitó mi teléfono en mi cara.

—Una llamada de una hora y doce minutos me dice lo contrario.

Solté un suspiro de sufrimiento, cogí mi chupito de aguardiente y me lo bebí. Luego, para demostrar mi opinión, cogí el vaso de Anika y me lo bebí también.

Y eso resume más o menos cómo fue mi noche.

Capítulo Siete

Mi teléfono emitió un pitido que me despertó. No recordaba haber descargado un martillo neumático como sonido de mensaje, pero retumbó en mi cabeza. Abrí un ojo y me arrepentí inmediatamente. La cegadora luz del sol me atravesó el cerebro, desatando un millar de hormigas de fuego dentro de mi cráneo.

Buen. Jodido. Señor.

Pensar en el chupito de caramelo hacía que se me revolviera el estómago. Y de melocotón, y fresa, y algún tipo de chupito que brilla en la oscuridad. *Maldito infierno.*

Busqué a ciegas mi teléfono con la esperanza de que el mensaje que me había despertado fuera de Anika y estuviera tan enferma como yo, pero cuando por fin pude abrir los párpados y enfocar la pantalla, vi que era Reed.

¿Sobreviviste?

Sentía la boca como si hubiera lamido el pavimento durante todo el camino a casa. Las náuseas burbujeaban en mi estómago y las hormigas de fuego seguían festejando en mi cabeza.

Mis respuestas se enviaron en mensajes separados y fragmentados.

No.

Por los chupitos.

La culpa es de Anika.

#RezaPorHenry

Su respuesta fue inmediata.

JA JA JA

No tiene gracia. Muriendo.

¿Quieres ir a comprar ropa nueva para el gimnasio?

¿Hoy?

Sí.

Pero me estoy muriendo.

Tan mal, ¿eh?

Espectacularmente.

No te preocupes.

Incluso con la resaca podía decir que sonaba decepcionado.

¿Mañana? Si puedo arreglármelas para estar erguido, te haré una tarta de cítricos esta noche.

Trato. ¿Estarás en tu sesión conmigo por la mañana?

Uf, el gimnasio. ¿Cuánto sería un soborno significativo para sacarme de él?

Dos tartas de cítricos.

Sonreí, a pesar del dolor de cabeza.

¿Sabías que las hormigas de fuego vomitan lava?

Um, eso es aleatorio, pero no, no lo sabía.

Es cierto. Están dentro de mi cerebro ahora mismo.

¿Vomitando lava?

Eso parece.

Oh, pobre de ti.

Sólo tengo suficiente mantequilla de limón para una tarta de cítricos.

Entonces una tendrá que ser suficiente.

Intenté sentarme en la cama y caí de espaldas con un gemido.

Nop. Ni siquiera puedo sentarme. Creo que las hormigas de fuego vomitan lava y empuñan pequeñas espadas.

JA JA JA

Sigue sin tener gracia.

Vuelve a dormir, Henry.

Gracias.

Me puse de lado, tiré el teléfono en la cama a mi lado y dejé que las hormigas de fuego me apuñalaran el cerebro.

Entré en el gimnasio justo a las ocho de la mañana siguiente con las gafas de sol bien puestas.

—Aquí estás —Reed me saludó alegremente—. Me preguntaba si vendrías hoy.

La mujer que estaba en el mostrador con Reed, que ahora sabía que era Emily, me sonrió.

—Reed nos habló del hashtag Reza Por Henry.

Asentí.

—¿Alguien hizo una vigilia con velas por mis neuronas que murieron?

Reed resopló.

—¿Deberíamos haberlo hecho?

—Sí.

—¿Y qué hay de las hormigas de fuego que vomitan lava y empuñan espadas? —preguntó Reed.

—Malditas malvadas.

Reed y Emily se echaron a reír. Entonces Reed preguntó:

—¿Te vas a quitar esas gafas de sol?

—No lo tenía previsto. ¿Puedo alegar foto sensibilidad hoy?

—Nop. —Reed se acercó y, con ambas manos, me quitó suavemente las gafas de sol. Tanto él como Emily retrocedieron—. Auch.

—Mis globos oculares están inyectados en sangre, necesitan ser drenados.

Reed asintió.

—Más o menos. ¿Cómo se levantó Anika?

—Todavía no puede salir de la cama.

Reed se rio.

—Debe haber sido una buena noche.

—Lo último que ella recuerda es a mí de pie sobre una mesa y cantando "Drink With Me" de *Les Mis*. —Reed se rio y yo me aclaré la garganta—. Aunque estoy seguro de que está mintiendo.

Ahora estaba sonriendo.

—Mmhmm.

—"Can You Hear The People Sing" es, con mucho, una canción mejor para cantar de pie sobre una mesa. Estoy seguro de que la habría cantado. Y es tan obvio que "Empty Chairs" sólo es una canción que se canta a la hora de cerrar.

Reed echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Tan obvio.

—¿Ves? Todo el mundo lo sabe.

—¿No recuerdas haber cantado?

—Nada.

—Oh, cielos.

—Dímelo a mí.

—Entonces será mejor que me lo tome con calma hoy.

—Sí, por favor.

Me pasé la siguiente hora en otro espacio mental.

Pasé por la cinta de correr y luego por la elíptica. Utilicé las pesas y la máquina de poleas, subiendo mi peso de levantamiento a quince kilos.

Reed estaba debidamente impresionado.

—Deberías tener resaca más a menudo.

—Me estoy muriendo, para que lo sepas.

Se limitó a sonreír.

—¿Sigue en pie el plan de ir a comprar ropa de gimnasio? Necesito comprar un nuevo par de vaqueros, y como yo no tengo ni idea y tú sí, he pensado que podríamos aprovechar y hacerlo mientras estamos allí.

—Oh, claro. Aunque primero me iré a casa. Necesito ducharme porque estoy sudado y asqueroso. —Estaba bastante seguro de que mi sudor olía a chupito—. ¿Terminas aquí en una hora?

—Sí.

—¿Cuándo querías que te trajera la tarta de cítricos?

Sus ojos se iluminaron.

—¿Me has hecho una?

—Por supuesto.

—Oh, Henry. *Eres* el mejor.

—Por fin me arrastré fuera de la cama a eso de las cuatro de la tarde de ayer. Me pasé dos horas intentando estar erguido y no morirme en la ducha, y luego, cuando pude estar de pie sin vomitar en seco, pedí comida china y le preparé a alguien su nuevo postre de limón favorito.

Estaba sonriendo, y luego inclinó la cabeza.

—¿Comida china para la resaca?

—Sopa de wonton. La mezcla justa de salado y dulce, líquido y comida, todo en el mismo plato.

—Soy más del tipo de hamburguesa y Coca-Cola.

—¿Tú? ¿Una hamburguesa y una Coca-Cola? ¿No es eso una violación de todas las reglas dietéticas que tienes?

—Sólo para las resacas. Y seamos sinceros, el alcohol de la noche anterior ha acabado con la dieta. Las grasas saturadas y el sodio y una tonelada de azúcar son las únicas cosas que me arreglan. No es que beba tan a menudo. Y cuando bebo, no inhalo chupitos.

—Puaj. Ni siquiera digas esa palabra.

—Mi abuela es alemana —dijo Reed con nostalgia—. Si quieres emborracharte a lo grande, sólo dímelo y te doy su número.

Entorné los ojos hacia él.

—Creo que esa tarta de cítricos acaba de hacerse mía.

Se rio.

—Te veré en el frente en una hora.

Llegué al gimnasio y tuve que esperar unos minutos. Estaba contemplando la posibilidad de enviarle un mensaje rápido cuando salió por la puerta principal, riéndose de algo o con alguien adentro. Cuando entró en el coche, su razón para llegar un poco tarde era obvia. Olía a jabón y desodorante, y tenía el pelo húmedo y bien peinado.

No estaba seguro cómo lo prefería: fresco y limpio o caliente y sudoroso. Me sacudí ese pensamiento de la cabeza.

—¿Te has duchado?

Puso su bolsa de deporte junto a sus pies.

—Sí. No quería probarme la ropa justo después del trabajo. Estoy seguro de que hay normas sanitarias que prohíben estar sudoroso y asqueroso y ponerse ropa que podría comprar otra persona. —Se abrochó el cinturón de seguridad y se acomodó confortablemente con una sonrisa, mientras llenaba imposiblemente una mitad de mi coche con su enorme cuerpo—. ¿Estuviste esperando mucho tiempo?

—No, en absoluto. Estaba ocupado vendiendo tu tarta de cítricos en eBay al mejor postor.

Reed me miró como si acabara de darle un golpe en la cabeza a un cachorrito. Puede que incluso me riera.

—Oh, ya veo cómo es. —Negó con la cabeza y se rio de mí—. Entonces, ¿a dónde vamos?

—Estaba pensando en Birkenhead. ¿Te parece bien? ¿O prefieres la ciudad? —Birkenhead Point era un enorme centro comercial con todo lo imaginable, desde una tienda de todo a un dólar hasta Ralph Lauren. Pero estaba bastante cerca, y yo sabía que él iba allí en bicicleta a menudo, y dado que no tenía coche y yo conducía, podría preferir un viaje a la ciudad—. Tengo una plaza de aparcamiento en la ciudad. Vamos allí.

Reed se encogió de hombros, como si realmente le diera igual.

—De acuerdo.

Lo bueno de vivir en Balmain era que estaba literalmente a diez minutos en coche de la ciudad. Entré en el aparcamiento de mi trabajo, lo que nos llevó a unos cuatro pisos por debajo de la Calle Pitt. Cuando por fin dimos la vuelta y entré en una plaza reservada con mi matrícula pintada en la pared, Reed pareció sorprenderse.

—¿Haces esto todos los días?

—Sí. Aunque a veces, si sé que voy a terminar pronto, dejo el coche en casa y vengo en autobús. —Señalé el ascensor y nos dirigimos hacia él—. Hoy el tráfico ha sido estupendo. Los días de semana no siempre es tan bueno.

—Nunca más me quejaré de mi corto paseo al trabajo.

Entramos en el ascensor y pulsé el botón para ir al nivel de la calle.

—Sí, lo tienes muy fácil.

—Excepto cuando llueve.

—¿Qué haces cuando llueve?

—Mojarme.

Resoplé.

—Bonito.

—Bueno, verás, hoy en día tienen estos nuevos inventos llamados paraguas.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, de acuerdo. Oye, ¿quieres mirar esto? —dije sacando mi teléfono—. El mejor postor de la tarta de limón acaba de ganar.

Reed se rio cuando salimos del ascensor y entramos en Martin Place y en el cálido sol de Sydney. El cielo era azul, la gente que pasaba sonreía y tuve que preguntarme cuándo fue la última vez que me detuve a pensar si hacía un buen día o no.

—¿Así que trabajas aquí? —preguntó Reed.

—Sí. Justo ahí abajo —dije señalando el enorme edificio patrimonial de piedra arenisca—. Pero no es tan emocionante.

—Bueno, no para ti —replicó—. Pero es un lugar bastante especial para trabajar, ¿no?

Le sonreí.

—Supongo.

—Aunque no te envidio el uniforme corporativo.

—En realidad, no me importa llevar un traje todos los días. De ese modo se elimina el dilema de qué ponerse.

Reed se burló.

—Sí, no gracias. Dame mis pantalones cortos de gimnasia y mi camiseta cualquier día. Aunque te he visto con tu traje. Muy elegante.

Me acordé de cuando entregué el trozo de tarta de limón en el gimnasio de camino al trabajo el otro día. Me había saludado con la mano, así que debió verme.

—¿Crees que los halagos te harán recuperar tu tarta de cítricos? Porque el tipo de eBay hizo una buena oferta.

Se rio cariñosamente.

—Los halagos son reales, pero te pediré un café como soborno por la tarta.

—Mmm, la adulación y el café. Dos de mis cosas favoritas.

Reed me dedicó su galardonada sonrisa y, mientras caminábamos por la calle George hacia el Strand, me enteré de que se había criado en Leichhardt, que tenía un hermano y dos hermanas, que sus padres seguían felizmente casados, que tenía una enorme familia ampliada de sobrinos, primos, tíos y tías y que, si podía imaginar un festival de comedia y comida australiano-alemán, eso resumía su familia. O al menos eso decía él.

Le expliqué que mi familia era probablemente lo contrario.

—Mi padre se fue cuando yo tenía cuatro años. No me acuerdo de él. Mi madre hizo un gran trabajo criándonos a mi hermana y a mí, ella sola. Tengo dos primos en Melbourne, bueno, creo que es donde todavía viven. No estoy especialmente unido a mi hermana, aunque nos llevamos bastante bien, supongo. Y para que te hagas una idea de mi familia, te recomiendo que veas un episodio de *Mrs Brown's Boys*.

Reed se echó a reír.

—Parece entretenido.

—Bueno, la Navidad siempre es interesante. Y ligeramente inquietante.

Primero pasamos por la tienda de ropa deportiva, y no pude ocultar mi sonrisa cuando me probé y compré dos pantalones cortos nuevos y dos camisetas en una talla más pequeña. Escogí un par de zapatillas nuevas que hacían juego con ambos conjuntos, y salí de la tienda más contento de lo que había estado en mucho tiempo.

Sujetando mi bolsa de la compra como si fuera un Oscar, di un discurso digno de uno, si es que dieran Óscar a las imitaciones de actores americanos realmente malas.

—Me gustaría agradecer a mi entrenador personal, Reed. Me

gustaría dar las gracias a mi madre y a todos mis admiradores. No podría hacer esto sin vosotros.

Reed se rio mientras me empujaba fuera de la tienda.

—Me haces reír.

—¡De nada! Ahora, vamos a buscarte unos vaqueros. —Miré el Strand en ambas direcciones, sin saber qué camino tomar—. Entonces, ¿dónde compra sus vaqueros un culturista de casi dos metros?

—Normalmente en VaquerosParaGigantes.com, pero todos estaban fuera del ajuste del culturista.

Ahora fui yo quien se rio.

—Eso es desafortunado.

Puso los ojos en blanco.

—No sé, ¿intentamos una tienda de vaqueros para gente corriente? Y no soy un culturista. Soy un entrenador personal, al que te dirigiste correctamente en tu discurso de los premios Emmy.

—Fueron los Óscar, y sí, me corrijo. Eres un entrenador personal, y uno muy bueno. —Esperaba que viera la sinceridad en mi rostro—. Y lo dije en serio. No podría haber hecho esto sin ti. Todavía estaría gordo y soltero, llorando sobre mi pastel de queso si no fuera por ti. —Luego modifiqué—: Bueno, todavía estoy gordo y soltero, pero no he comido pastel de queso en tres semanas. Eso tiene que ser una especie de récord.

Reed dejó de caminar, y cuando me giré para mirarlo, no estaba sonriendo.

—No te llames gordo.

—Pero es cierto.

—Eres más que una etiqueta, Henry —dijo en voz baja—. La etiqueta de otra persona, debo añadir. Sólo porque cómo-se-llame...

—Voldemort.

—Que Voldemort sea un imbécil miope y superficial no significa que seas lo que él dice que eres.

Un imbécil miope y superficial. En ese momento.

—Cielos, Reed. Dime cómo te sientes realmente acerca de él.

—Lo siento, pero si no puede ver al verdadero tú, no se merece al verdadero tú.

Luché contra una sonrisa.

—Oh, no, tenías razón la primera vez. Es un imbécil superficial.

Reed se rio de sí mismo y luego negó con la cabeza.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. Pero tengo problemas con palabras como gordo.

Nunca había visto a un tipo tan alto e intimidante parecer tan vulnerable. Supongo que al trabajar en la industria del fitness, era natural que Reed fuera más consciente de los problemas de imagen corporal.

—Yo también lo siento. No quise decir nada con eso.

—No, está bien. —Se encogió de hombros—. ¿Estamos bien?

—Sí, por supuesto. Bueno, no del todo. Todavía no me has comprado ese café.

Me recompensó con esa sonrisa perfecta.

—¿Primero vaqueros o café?

—La tienda que encontremos primero.

—Trato hecho.

Caminamos hasta el Centro Comercial de la Calle Pitt y primero encontramos una tienda de vaqueros. Y tengo que admitir que ir a comprar vaqueros con Reed no fue precisamente una dificultad. Excepto por el vendedor, que casi se cayó tratando de ayudarlo. Un rubio de botella con ramitas por piernas y cero vergüenza se abalanzó sobre Reed como un chihuahua tratando de montar su pierna.

—Oh, te quedarían muy bien —dijo el chihuahua. Miró a Reed de arriba abajo y cogió un par de vaqueros del expositor y se los dio—. Estos te quedarían como un guante. —No estaba seguro de si pretendía ser seductor, pero el deliberado roce de los dedos en la mano de Reed me dio ganas de golpear al chico en la nariz con un periódico enrollado.

Reed dio un pequeño paso atrás de él.

—Eh, gracias. —Me miró y sonrió con una mirada de "por favor, ayuda" en sus ojos—. ¿Puedes sostenérmelos, cariño?

¿Cariño? ¿Qué...?

Reed entrecerró los ojos y señaló con un rápido movimiento de cabeza al chihuahua. *Ah, sí.*

—Claro —dije alegremente, cogiendo los vaqueros doblados del chico chihuahua. Me miró de arriba abajo con una mirada amarga. Estoy bastante seguro de que no se lo creyó. Es decir, Reed era algo sacado de los *Dioses del Fitness*, y yo era... bueno, era yo.

—Si necesitamos ayuda, te lo haré saber —dijo Reed despidiéndolo con una sonrisa encantadora. Reed cogió rápidamente unos cuantos

pares de vaqueros diferentes, me cogió de la mano y me llevó a la parte trasera de la tienda, a los probadores. Cuando estuvimos fuera de la vista del chico chihuahua, Reed soltó mi mano y suspiró—. Lo siento.

—No te preocupes —le dije tratando de hacerme el desentendido. Todavía me hormigueaba la mano por su contacto.

Reed dejó escapar un sonido de frustración.

—Me cabrea cuando pasa eso.

—Pasa mucho, ¿verdad?

Puso los ojos en blanco.

—Lo siento.

—No te disculpes. No es tu culpa que el chico chihuahua haya intentado fornicar con tu pierna.

Reed finalmente comenzó a sonreír.

—¿Chihuahua?

Asentí.

—Su nombre completo de pedigrí es "Pasivo sin vergüenza en necesidad de un Papi Musculoso", pero le llaman Chico Chihuahua para abreviar.

Reed me miró fijamente durante un segundo antes de soltar una carcajada. Se rio de *verdad*, muy fuerte. Incluso cuando entró en uno de los vestuarios, seguía riéndose. Me quedé junto a su puerta, y cuando la abrió y salió, seguía sonriendo.

—¿Qué hay de estos?

Reed estaba de pie con los vaqueros oscuros puestos, con los pies descalzos, levantando un poco la camisa para que pudiera ver la cintura.

Y esos malditos músculos en V que enmarcaban sus caderas y un rastro de vello castaño oscuro que partía de su ombligo y desaparecía bajo el botón de sus vaqueros...

Vaqueros. Correcto. Sí, está usando vaqueros. Eso es lo que estamos haciendo aquí.

—¿Cómo los sientes? —pregunté fingiendo no haberme fijado en su cuerpo.

Dobló una pierna por la rodilla para estirarlos y metió el pulgar bajo la cintura.

—Se sienten bien. —Luego se dio la vuelta para mostrarme la espalda. Y la forma en que enmarcaban su culo...

Maldita sea.

—Bueno, parece que están hechos para ti.

Me dedicó una sonrisa sincera y con los ojos arrugados.

—El próximo par —dijo antes de desaparecer de nuevo en el vestuario.

Resistí el impulso de abanicarme la cara, aunque estaba seguro de que estaba sonrojado. Hacía tiempo que no me sentía físicamente atraído por alguien. Bueno, claro que me había sentido atraído por Graham, pero la pasión entre nosotros en el dormitorio se había apagado hacía años.

Dios, ¿cómo había estado tan ciego en mi relación con él?

La puerta del vestuario se abrió, sobresaltándome. Y tampoco me había dado cuenta de que el chico chihuahua había entrado. El vendedor estaba de pie allí, mirando a Reed.

—¿Qué tal estos? —preguntó Reed.

Pude ver en su cara que no le gustaban, pero antes de que pudiera responder, el rubio McFornicapiernas habló.

—Oh, te quedan genial —por supuesto que diría eso. Los vaqueros que Reed se estaba probando eran iguales a los que llevaba él.

Reed seguía descalzo y se levantó un poco la camisa para que su cintura perfectamente esculpida quedara a la vista. Los vaqueros eran ajustados, lo que dejaba ver claramente la definición muscular de sus muslos y pantorrillas, por no mencionar el pronunciado bulto de su ingle. Si fuera posible pulverizar unos vaqueros, serían éstos. El Sr. Chicobabeador Platino estaba a dos segundos de desnudarse y lanzarse sobre Reed. *Jesús, ¿acaba de ronronear?*

Reed me miró en busca de ayuda.

—No te sientan bien —le dije—. No es tu estilo en absoluto. Nunca estarías cómodo con ellos.

Me miró y sonrió.

—Tienes razón. —Volvió a entrar en el vestuario y cerró la puerta —. ¡Siguiente par!

Me giré para mirar al dependiente, que estaba mirando, aturdido y con la boca abierta, la puerta del vestuario de Reed. Parecía haber olvidado dónde estaba y tardó un momento en mirarme. Levanté lentamente mi ceja de perra hacia él, lo que Anika dijo una vez que podía nivelar al más valiente de los hombres, y observé cómo palidecía. No quería que esto se convirtiera en una pelea de zorras,

pero tenía a este tipo ganado. Es decir, le llevaba quince años de ventaja, por lo menos: Había dominado la mirada de "aléjate de mí hombre" cuando este chico aún estaba en pañales.

Me dedicó una débil sonrisa y se retiró, dirigiéndose a otro cliente, y se me ocurrió que tal vez Reed quería conocer a alguien nuevo. También se me ocurrió que acababa de pensar que Reed era *mi hombre*.

Lo cual no era. Amigo, tal vez. Novio, definitivamente no.

No estaba preparado para eso.

Reed abrió la puerta y salió.

—¿Y estos qué tal?

Le miré fijamente a la cara, sin mirar siquiera sus vaqueros.

—¿Quieres...? ¿Estás interesado en él porque yo...?

—¿Qué?

—Chico chihua... quiero decir el chico de las ventas.

Reed parecía horrorizado. Señaló hacia la tienda y susurró:

—¿Ese chico?

Asentí.

Reed se resistió al principio y luego se rio.

—Eh, no. No. No. No es mi tipo.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Oh, gracias a Dios. No lo creía, porque me llamaste cariño delante de él, pero pensé que debía preguntar. Quiero decir, acabo de mandarlo a paseo con mi ceja de perra, y pensé que tal vez no debería haberlo hecho.

—¿Tu ceja de perra?

—Sí, ya sabes... —Le hice una demostración, agitando la mano hacia mi cara como si estuviera en *El Precio Justo*.

Puso una cara de "ayyy" dolorida.

—Ya veo.

Asentí.

—Probablemente debería disculparme —dije mirando hacia donde se había ido el vendedor.

Reed sólo se rio.

—Oh, Henry. No te preocupes por él. —Se rio un rato y luego se dio la vuelta y se levantó la camiseta para mostrar el culo—. ¿Qué te parecen estos?

—Muy bonito. —Entonces miré realmente los vaqueros—. Sí, te

quedan genial. ¿Cómo te sientes con ellos?

Volvió a doblar cada pierna a la altura de la rodilla, lo que aparentemente era el medidor Reed de la flexibilidad de los vaqueros.

—Mmm.

—Te gusta más el primer par —afirmé.

—¿Qué piensas?

—Creo que el primer par también era mejor.

Volvió a sonreír y desapareció de nuevo en el probador. Cuando terminó, pagó sus vaqueros, y el vendedor había perdido un poco de su chispa. Bueno, seguía pareciendo zalamero y desesperado, y le dirigía a Reed una seria mirada de ir a la cama, pero éste se limitó a darle las gracias y nos fuimos.

Cuando empezamos a caminar de vuelta por el centro comercial, Reed me dio una sonrisa triste.

—Gracias por seguirme la corriente con lo de "cariño". Pensé que si sabía que estábamos juntos, se retiraría.

—Oh, está bien. No hay problema. Estaba entusiasmado, eso es seguro. ¿Viste cómo te miraba cuando te estaba registrando los pantalones hace un momento?

Reed se estremeció visiblemente.

—Esto puede sonar engreído, pero sucede más de lo que me gustaría admitir, y lo odio. Al principio era halagador, ahora es simplemente incómodo. Y algunos chicos no entienden el mensaje. Supongo que asumen que la mayoría de los chicos gais estamos dispuestos a tener un polvo rápido o lo que sea. —Se sonrojó un poco —. Pero ese no es mi estilo.

—El mío tampoco —admití—. No es que los chicos me coqueteen así. No tengo exactamente ese problema.

—Ah, eso es porque no les has hecho tu tarta de cítricos.

Resoplé.

—Oh, sí, eso atrae a todos los chicos al patio.

Reed se rio, y entonces allí mismo, en medio del centro comercial de la calle Pitt, se abrió una Boca del Infierno.

—¿Henry?

Oh, no. Conocía esa voz...

Reed se volvió al oír mi nombre, pero yo me quedé helado.

No estaba preparado para esto.

—¿Henry?

Esta vez me giré para encontrar a Colin y James, los mejores amigos de Graham. También eran buenos amigos míos, hasta hace tres semanas.

—Colin, James —dije a modo de saludo.

Cada uno de ellos me dio un abrazo incómodo.

—¿Cómo estás? —preguntó Colin.

—Bien. ¿Y vosotros? —No pude evitar frialdad en mi tono.

—Estamos bien —respondió Colin.

James asintió, pero no pudo apartar los ojos de Reed.

—Hola —dijo James, mirando de Reed a mí, esperando una presentación.

—Hola —contestó Reed brevemente. Claramente se dio cuenta de mi incomodidad.

—Será mejor que nos vayamos —dije rápidamente. No les iba a dar ni cinco minutos—. O llegaremos tarde.

Colin pareció entenderlo.

—Bien. Me alegro de verte, Henry. Luces muy bien. —Me dedicó una sonrisa triste—. Si sirve de algo, siento lo que ha pasado. Graham es...

Levanté la mano.

—No lo digas. No quiero saberlo.

—Es justo —dijo Colin—. Lo siento.

Miré a Reed.

—¿Estás listo?

Asintió y nos volvimos a dirigir hacia Martin Place. Sólo habíamos caminado unos metros cuando Reed preguntó:

—¿Estás bien?

Asentí.

—Eran buenos amigos, pero eligieron a Graham en la separación. Bueno, primero fueron sus amigos.

—Daños colaterales, ¿eh?

Asentí y rápidamente miró por encima del hombro hacia donde estaban Colin y James.

—Todavía están mirando —dijo Reed y puso su brazo alrededor de mi hombro mientras caminábamos—. ¿Te parece bien?

El peso de su brazo, el calor, el contacto, se sentía muy bien.

—Sí.

—Te hiciste pasar por mi novio en la tienda para ayudarme —dijo

Reed—. Voy a devolverte el favor.

—¿Siguen mirando? —pregunté.

Volvió a mirar hacia atrás y sonrió.

—Sí.

—Probablemente James esté llamando a Graham ahora mismo.

Reed se quedó callado durante unos pasos.

—¿Quieres que lo haga?

—¿Llamar a Graham? —repetí—. No me importa.

Reed dejó de caminar y, con su brazo todavía alrededor de mis hombros, me giró para que estuviéramos frente a frente. Su mano se apoyaba ahora suavemente cerca de mi cuello.

—Sí te importa. Y eso es lo que te hace mejor persona que él. Porque él ni siquiera puede devolver un mensaje de texto. Así que deja que no le importe, porque es un imbécil. Pero tú no lo eres. Está bien que te importe, Henry. Me gusta que te siga importando.

—Por supuesto que me importa —admití—. Siempre lo hará. Pero no así. Ya no.

—¿Qué quieres decir?

—No sé lo que siento por él. Ya no estoy herido ni enfadado. Debería estarlo, pero no lo estoy. Y tengo que preguntarme qué significa eso.

Justo entonces, una voz lejana y muy familiar gritó.

—¿Henry?

Oh, Dios mío. Tienes que estar bromeando.

—¿Henry?

Cerré lentamente los ojos y me pregunté si chocar tres veces los tacones y decir "No hay lugar como el hogar" funcionaría realmente. Abrí los ojos y descubrí que no era Dorothy y que, de hecho, seguía en la calle Pitt. Puse mi mano en el brazo de Reed.

—Corre por tu vida —susurré.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué?

—¡Henry! ¡Yujuu!

Mis hombros se hundieron y pude sentir cómo mi alma era absorbida por mi cuerpo. No había forma de escapar. Suspiré, resignado, y me giré para mirar a mi acusador.

—¡Mamá!

Debería haberme dado cuenta. Era domingo; estábamos frente a la

tienda de Nespresso. Mi madre estaba vestida de punta en blanco. Mi hermana estaba con ella. Las besé a ambas en la mejilla.

—¿Otra vez George Clooney no se presentó?

Mi madre suspiró dramáticamente.

—Es publicidad falsa. Está ahí en los anuncios. —Miró a Reed y sonrió con delirio—. Ahora, Henry, ¿dónde están tus modales? ¿Y quién es ese chico tan simpático que tiene la mano sobre ti?

Reed dejó caer su mano y yo retuve un suspiro.

—Sí, mamá, este es Reed. Reed, esta es mi madre, Rosemary, y mi hermana, Eadie.

Ambas mujeres le miraron fijamente y sonrieron. Reed asintió cortésmente.

—Hola. Encantado de conoceros. —Le puse mis mejores ojos de "lo siento mucho", pero él se limitó a sonreír como si todo fuera lo más natural del mundo.

—Reed y yo ya nos íbamos —solté.

—Oh, es una pena —dijo mi madre. Luego me echó un vistazo—. ¡Henry, estás muy bien!

—Bueno, puedes agradecérselo a Reed —dije.

—Seguro que sí —dijo Eadie con una sonrisa socarrona.

La fulminé con la mirada.

—No así. Me ha estado ayudando con mi estado físico.

—Apuesto a que sí —dijo Eadie todavía sonriendo a Reed—. Nunca me gustó mucho Graham.

—Eadie —advertí—. ¿No tienes otra boda que planear o algo así?

—Oh, dejadlo ya los dos —dijo mamá. Luego frunció el ceño y me puso la mano en el brazo—. Siento lo que pasó con Graham. Pero tienes muy buen aspecto, Henry. No has venido a cenar desde que rompiste con él. Hace semanas que no te veo.

—He estado ocupado —mentí.

—Eso no es excusa, Henry —me reprendió mamá. Luego miró a Reed—. Al menos debería haberme llamado. He estado muy preocupada.

—Es cierto, Henry —aceptó Reed con una sonrisa de satisfacción —. Deberías haberlo hecho.

Le lancé una rápida mirada fulminante y luego sonreí perfectamente a mi madre.

—Realmente tenemos que irnos. Te llamaré, lo prometo.

Volví a besarlas en la mejilla y arrastré a Reed del brazo.

—Ha sido un placer conoceros —gritó y ellas se quedaron sonriendo y saludando como colegialas enamoradas.

—Dios, lo siento mucho —dije mientras nos alejábamos a toda prisa.

—¿Por qué? —parecía divertido por todo el asunto—. ¿Hay alguien más con quien te gustaría encontrarte hoy?

—No, gracias. He terminado por este año.

—¿Ni siquiera George Clooney? —preguntó Reed—. ¿Tu madre cree sinceramente que estará en la tienda de Nespresso porque sale en los anuncios de la televisión?

Me reí de eso.

—Lo hace. Incluso ha escrito cartas para quejarse de que es publicidad engañosa. Lo cual es terriblemente embarazoso. Pero según ella, sólo estará allí los domingos. Dios sabe por qué. En realidad, creo que es un asunto religioso.

—Puedo verlo —dijo Reed. Claramente pensaba que todo el asunto era divertido—. La Iglesia de George. Tiene mucho sentido para mí.

—Ah, ¿entonces George es tu tipo?

Me miró de reojo.

Rápidamente aclaré:

—Bueno, el chico del gimnasio no era tu tipo. El dependiente de la tienda de vaqueros no era tu tipo...

Giramos en Martin Place y Reed aún no había contestado. Sonrió con cierta incomodidad y dijo:

—Tu madre y tu hermana parecen muy simpáticas.

De acuerdo, entonces. Los tipos estaban fuera de la lista de discusión.

—Ya sabes, nunca escucharé el final de que me viera con tu mano en mi hombro. Mi madre ahora preguntará por ti hasta el día de mi muerte.

Reed sólo se rio.

—Estoy seguro de que no será tan malo.

—Oh, lo será. Nos habrá casado para la hora de la cena.

Se rio ante eso.

—Estaba preocupada por ti.

—Sí, lo sé. —Me encogí de hombros—. Cuando Graham se fue se lo hice saber, y ella quería que fuera a cenar. Pero no quería revivir

todo de nuevo, y la simpatía y la lástima... ya sabes cómo es eso.

—Sí, lo entiendo.

—Pero lo haré. La llamaré esta semana y arreglaré algo. Aunque ahora podré jugar a las tres docenas de preguntas sobre ti.

—Sólo haz lo que yo hago —dijo—. Cuéntales todos los detalles sexuales, y créeme, dejan de preguntar.

Me reí a carcajadas.

—¿De verdad?

Asintió con orgullo.

—Sí. Me harté de las preguntas entrometidas, así que no me retuve. Y somos una familia bastante abierta, pero después de explicar la mecánica del sexo gay una sola vez nadie me ha preguntado nada desde entonces.

Para cuando dejé de reírme, ya casi habíamos vuelto al ascensor que llevaba al aparcamiento subterráneo.

—Oye —dije. Me di la vuelta y miré hacia atrás por Martin Place —. Acabo de recorrer la mitad del distrito central, ¡y ni siquiera me he quedado sin aliento! Y no solo eso, ¡siento que podría hacerlo diez veces más!

La sonrisa de Reed era genuina.

—Eso es genial Henry. Pronto estarás haciendo la Carrera de la Bahía.

—Puf. No es probable.

—¿Por qué no?

—Porque he visto a la gente que hace la Carrera de la Bahía. Están todos súper en forma, gente loca.

—Oye, yo hago la Carrera de la Bahía.

—No te ofendas.

Sonrió.

—No me he ofendido. Pero podrías arreglártelas totalmente. No tienes que correr todo el camino. La mayoría de la gente camina un poco, trota un poco.

—Casi me muero haciendo una caminata de tres kilómetros en una cinta de correr.

—La carrera de la bahía es sólo de siete kilómetros —replicó. Parecía ominosamente alegre y asintió como si hubiera decidido algo —. Voy a trabajar en tu programa de entrenamiento para prepararte para la carrera de la bahía.

—Contra mi consentimiento. ¿No va eso contra la Convención de Ginebra o algo así?

—Volveré a comprobar el manual de derechos humanos cuando llegue a casa, pero estoy bastante seguro de que has firmado una exención.

—Firmé una exención en caso de morir.

—Entonces, si mueres en la carrera de la bahía, estaré cubierto.

Me quedé con la boca abierta. Luego olfateé y fingí que abría un sobre imaginario.

—Y el premio al entrenador personal del año es para…

Reed se rio.

—De nada.

Golpeé el botón de la puerta del ascensor.

—No estoy seguro.

—Faltan unas semanas, Henry. Tendrás mucho tiempo para estar preparado —añadió—. No lo sugeriría si no te creyera capaz. —Las puertas del ascensor se abrieron y entramos—. La haré contigo.

Me mordí el interior del labio, aún sin estar convencido.

—No sé.

—¡Será divertido!

—Creo que necesitas un diccionario porque eso no es lo que significa diversión. Correr siete kilómetros es una tortura. Del tipo cardiovascular.

Las puertas del ascensor se abrieron y nos dirigimos hacia mi coche.

—¿Puedo meterte en una clase de cardio-aeróbico si quieres?

Vale, oficialmente había perdido la cabeza.

—¿Como el video musical de los 80 de Olivia Newton John?

Se rio, y el sonido resonó en todo el aparcamiento subterráneo.

—No tienes que llevar calentadores si no quieres.

Levanté la barbilla.

—Tal vez quiera ponérmelos.

—¿Entonces lo harás?

—¿Qué? ¿La carrera de la bahía, o los pasos de baile de “Let's Get Physical”?

—Ambos.

Me encogí de miedo.

—¿Por qué siento que acabaré haciendo las dos cosas, quiera o no?

Reed sonrió victoriosamente.

—Excelente.

Apreté el botón de desbloqueo de mi coche y dejé mis nuevas compras en la parte de atrás.

—¡Oye!

—¿Oye qué?

—¡Nunca me compraste el café! ¡Eso era parte de nuestro trato!

Parecía realmente apenado.

—¡Me olvidé! Podemos volver a subir si quieres.

—No, está bien. Siempre puedo enviar un correo electrónico a ese comprador de eBay y preguntarle si todavía quiere la tarta de limón.

Reed puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Vaya, juegas a ser malo.

Me senté en el asiento del conductor y esperé a que Reed contorsionara su enorme cuerpo en el lado del pasajero antes de arrancar el coche.

—Sí, así es. Es parte de mi encanto.

—Pero no pasa nada, porque te tendré haciendo una clase de cardio en el gimnasio *y* la carrera de la bahía.

Y mientras volvíamos a subir al nivel de la calle y nos adentrábamos en el fácil tráfico del domingo, sonó mi teléfono. Por supuesto, el Bluetooth lo cogió y la llamada salió por los altavoces del coche. Era Anika, y sin pensarlo realmente, le di a Responder.

—Hola.

—Ah, hola —respondió ella—. ¿Estás conduciendo?

—Sí. Y tú estás en el altavoz, y Reed está en el coche.

Hubo un tiempo de silencio, y fue entonces cuando realmente me arrepentí de haber cogido su llamada.

—Oh. —Me di cuenta de que estaba sonriendo—. Hola, Reed.

Me miró y medio frunció el ceño, medio sonrió.

—Eh, hola.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó lentamente. Ella todavía estaba sonriendo, me di cuenta.

—En la ciudad —respondí retomando la conversación—. Y me encontré con Colin y James.

—Oh, hombre.

—Y con mi madre y Eadie.

Anika se rio. Muy fuerte.

—¿Rompiste un espejo o pasaste por debajo de una escalera esta mañana o algo así?

—Se diría que sí.

—¿Cómo fue? —preguntó.

—Horrible. Horriblemente vergonzoso.

—No fue tan malo —añadió Reed—. James y Colin podrían tener la impresión de que Henry y yo estamos saliendo.

Más silencio. Entonces, una burbuja de risa irrumpió en los altavoces.

—¿Qué?

—Es una larga historia —dije rápidamente—. Te la contaré más tarde.

—Henry Ashford Beckett —me dijo Anika con nombre completo—. Me lo cuentas ahora.

Reed resopló.

—¿Ashford? ¿Es tu segundo nombre?

—Sí.

—Auch.

Anika se rio y yo suspiré.

—Era el apellido de soltera de mi madre. Tanto Eadie como yo tenemos el mismo segundo nombre. —Era algo que había explicado numerosas veces en mi vida—. En realidad, no lo elegí yo. Puedes culpar a mi madre.

Reed parecía estar disfrutando de esto.

—Y la madre de Henry podría pensar que somos una noticia. Ella quiere que nos casemos para la hora de la cena, ¿es así, Henry?

—Oh, cállate —grité.

Anika seguía riendo.

—Obviamente te sientes mejor. ¿Ya no tienes resaca?

—Mucho mejor, gracias —dijo ella—. Así que cuéntame... Habéis pasado otro día juntos. Colin, James *y* tu madre creen que algo está pasando...

—No está pasando nada —solté. Sentí que mi cara se calentaba por la vergüenza—. Voy a terminar esta llamada ahora, Anika.

Su respuesta fue estridente y rápida.

—¿Estáis teniendo sexo?

Apreté el botón de Fin de Llamada en la pantalla del tablero, fuerte y repetidamente. Estaba demasiado asustado para mirar a Reed, pero

podía sentir que me miraba fijamente, y cuando por fin me atreví a encontrar su mirada, su sonrisa se amplió y se echó a reír.

—Me gusta Anika —dijo.

—A mí no. Y para que sepas, ahora estoy buscando una nueva mejor amiga porque acaba de ser despedida. Lo siento mucho. Ella no tiene filtro, que es en última instancia por lo que nos llevamos tan bien, pero...

—¿Henry?

—¿Sí?

—Está bien.

—Argh. El día de hoy ha sido horrible para ti. Primero Colin y James, luego mi madre y mi hermana, ahora Anika. Todo lo que puedo hacer es disculparme.

—La verdad es que hoy me he divertido. Desde luego, no ha sido horrible. Incómodo, tal vez, pero no horrible.

—Oh Dios, lo incómodo es peor que lo horrible.

Reed se rio.

—¡No ha estado mal! He tenido un gran día.

Giré a la derecha en la Calle Darling, en Balmain, y pasé por delante del gimnasio para ir directamente a mi casa. Cuando paré el coche, Reed parecía un poco sorprendido y empezó a recoger sus bolsas de la compra.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Puedo caminar desde aquí. Está bien.

—No vas a caminar a casa desde aquí —dije—. Espera que te recoja la tarta de cítricos y te llevaré a casa.

—Ah. —Sonrió—. De acuerdo.

Por la forma en que se mordió el labio y se sonrojó un poco, no pude saber si estaba avergonzado, aliviado o nervioso. Entré, cogiendo rápidamente la tarta, y cuando volví a mi coche, se la entregué directamente.

—Tu soborno, pagado en su totalidad.

Me sonrió.

—Bueno, creo que se suponía que eran dos, pero me conformaré con una.

—Oh, por favor. —Me burlé—. Me debes un café y esa ensalada con cordero y batata. No creas que me he olvidado.

—Sí, claro —dijo Reed en voz baja. Y se quedó callado después de

eso. Sólo cuando metí el coche en su plaza de aparcamiento asignada, tragó saliva—. ¿Quieres entrar? —Se lamió los labios nerviosamente —. Puedo prepararte ese café y podemos compartir esto.

No estaba seguro de lo que estaba preguntando. Invitar a alguien a tomar un café era un viejo cliché para el sexo; bueno, solía serlo, la última vez que jugué al juego de las citas, pero seguramente Reed sólo estaba siendo educado. Mencioné que me debía un café, así que tal vez lo hice sentir culpable.

—Um. —Comencé, sin saber a qué se refería realmente y, por lo tanto, sin saber cómo responder.

—No tienes que hacerlo, por supuesto. Yo sólo... —Se mordió el labio y se encogió de hombros.

La cosa era que, de lo contrario, volvería a mi casa vacía. Y había pasado un gran día con él. Realmente disfrutaba de su compañía, y por alguna absurda razón, él parecía disfrutar de la mía. ¿Quería pasar más tiempo con él?

—Claro —respondí finalmente—. Me encantaría.

Capítulo Ocho

El apartamento de Reed era un poco pequeño, pero supuse que eso era un hecho para una vivienda de un dormitorio. Estaba impecable, con suelos de pino pulido, paredes blancas y una cocina más bien nueva. Tenía un sofá azul pavo real que hacía juego con un estampado abstracto en la pared, un gran televisor de pantalla plana y una mesa de centro. Su casa olía a él, y estaba claro que se sentía muy cómodo en su propio espacio. Dejó la bolsa de la compra en su pequeña mesa de comedor y luego añadió las llaves y la cartera. Me quitó la tarta de cítricos.

—Toma asiento.

Entró en la cocina, que estaba justo al lado del salón y el comedor, y me habló.

—Puedes encender la tele. El baño está al final del pasillo a tu izquierda, si lo necesitas.

—Gracias. —Me acerqué al sofá y me dejé caer en él. Era tan cómodo como parecía.

Pude oír algún tipo de pitido, que supuse que era una máquina de café, cuando Reed salió sosteniendo dos pequeñas cápsulas.

—¿Café fuerte o suave?

—Fuerte, por favor.

Volvió a desaparecer y tuve un breve momento de "¿qué demonios estoy haciendo?" cuando me fijé en un libro que había en su mesita. Era *Harry Potter y el Cáliz de Fuego*, con un menú de comida para llevar colocado como marcador.

Le había dado a Reed el primer libro de Harry Potter el otro fin de semana y ahora casi había terminado el cuarto.

Eso me hizo más feliz de lo que probablemente debería, y alivió un poco mis dudas de por qué estaba allí. Por extraño que fuera, esta era la razón por la que estaba allí. Le di un libro y leyó tres más. Me guiaba en el gimnasio, obteniendo más de mí de lo que creía posible, y todavía tenía más que ofrecer. Me dio un poco de mantequilla de limón, y dos tartas de cítricos más tarde, estaba en su sala de estar

para el café.

Nos llevábamos bien. Pero, además, éramos productivos juntos, y eso me gustaba mucho.

—Te culpo por ello —dijo acercándose a mí con dos tazas de café en las manos y señalando con la cabeza el libro de Harry Potter que tenía en la mano. Las dejó sobre la mesa de café y se dio la vuelta para volver a la cocina—. Leí el primero que me diste y luego tuve que comprar los demás. —Esta vez volvió con dos platos pequeños y me entregó uno. Era una porción de la tarta de cítricos y una cuchara—. Me están gustando mucho. —Se sentó en el sofá conmigo y cortó delicadamente el postre con la cuchara y lo probó. Y gimió ese sonido gutural, bajo, sucio y de puro sexo, y yo estaba bastante seguro de que haría cualquier cosa por volver a oírlo—. Oh, hombre, esto está realmente bueno.

Me metí una cucharada en la boca para distraerme de donde me habían llevado mis pensamientos, y tuve que admitir que la tarta de cítricos estaba bastante buena.

—No me extraña que a todo el mundo en el trabajo le haya gustado. —Expliqué cómo todos los que la habían probado en mi té matutino me hablaron luego.

—¿En serio era la primera vez que hablabas con alguien con quien trabajas en todo el tiempo que llevas allí?

—Hablo con ellos —admití—. Sobre asuntos relacionados con el trabajo. Nunca nada personal, y nunca más que un saludo en el pasillo. Pero, de todos modos, este nuevo té de los lunes por la mañana se está convirtiendo en algo muy importante. Todo el mundo participa en él. La semana pasada, Rebecca, de Seguros, trajo un pan de pera y frambuesa. Y Bayram, del grupo corporativo, trajo baklava casera. Hubo una confusión sobre a quién le tocaba, aunque a nadie le importó porque disfrutamos dos tés matutinos. En cualquier caso, todo estaba para morirse. Sólo comí un poco de cada uno, pero fue agradable. Hablar realmente con la gente con la que trabajo sobre cosas no relacionadas con el trabajo.

—Me parece un poco raro que no hablaras con ellos —dijo, ahora dando un sorbo a su café—. Pensé que serías amigo de todos ellos.

—Amigo de Melinda, sí. La adoro. Aunque técnicamente soy su jefe, no tiene reparos en mandarme callar o hacerme agachar la cabeza.

—Estoy seguro de que me agradaría.

Asentí.

—Seguro que sí.

Terminó lo último de su tarta y deslizó su plato sobre la mesa de café. Volvió a dar un sorbo a su café. Estaba tan relajado y natural. Envidié lo cómodo que estaba en su propia piel.

—Me encanta la gente con la que trabajo —dijo—. Todos conocemos las historias de los demás, sus amigos y familias. Es cierto que sólo somos cinco a tiempo completo, no como los cincuenta o más que supongo que trabajáis en vuestra área. Pero incluso los trabajadores a tiempo parcial y el personal ocasional del gimnasio son todos buenas personas. Sin embargo, con quien mejor me llevo es con Emily y Lachie. Son mis mejores amigos.

Había visto a Emily y a Lachie en el gimnasio todo el tiempo. Siempre eran serviciales y educados. Podía ver por qué le gustaban.

—Parecen buena gente.

—Este fin de semana vamos a hacer un reto de instructores —dijo con la cara iluminada—. El sábado por la tarde. Deberías venir a verlo.

—¿Qué es exactamente un reto de instructores?

—A todos los entrenadores se les fija una rutina, y el que termina primero, gana. A veces será quien haga más repeticiones en un tiempo determinado quien gane. No sabemos cuál va a ser el reto hasta que lleguemos a él.

Le miré fijamente.

—¿Te refieres a hacer ejercicio por diversión?

Reed se rio.

—¡Es divertido! Deberías venir a ver. Esta vez voy a ganar.

—¿Con qué frecuencia los hacéis?

—Cada dos meses.

—Estáis locos.

—Es bastante intenso.

—¿Y es este sábado?

—Sí. A las tres. —Volvió a dejar su taza sobre la mesa—. ¿Tenías algo más planeado?

—No. No lo creo. He renunciado a la condición de mejor amiga de Anika, ¿recuerdas? Aunque podría llevar a mi madre a un desayuno tardío. Eso la mantendrá feliz por un tiempo. Debería estar libre por la

tarde.

—¡Excelente!

—¿Y realmente me vas a obligar a hacer la Carrera de la Bahía?

—Sí.

—No tienes que estar tan alegre por tratar de matarme.

Se rio.

—Te sorprenderá lo fácil que te resultará.

—¿Qué? ¿La parte de morir? Claro, eso es fácil. La parte difícil es la de la carrera.

Sonrió mientras se recostaba en el sofá.

—Voy a rehacer tu horario de entrenamiento. De todas formas, tenía que rehacerse pronto.

—¿Por qué rehacerlo? Ya le estaba cogiendo el tranquillo. Podía pasar toda la sesión sin querer morir.

—Por eso necesito cambiarlo.

—¿Así que estás tratando de matarme?

Reed me sonrió cálidamente.

—Estás mejorando. Necesitas más desafíos para esforzarte.

—¿No puedo quedarme en un nivel mediocre?

Se rio al oír eso y luego se quedó callado, aunque no me quitó los ojos de encima.

—No. Estás lejos de ser mediocre, Henry. —Sus ojos eran tan intensos que su mirada parecía cargar el aire entre nosotros. La estática me sorprendió. Negó un poco con la cabeza, se puso en pie y recogió rápidamente los platos de la mesita—. Me llevaré esto... —murmuró desapareciendo en su cocina.

Dejé escapar una respiración lenta y constante. *¿Qué coño fue eso?* Si no lo supiera, habría jurado que era una *mirada*. Pero sí lo sabía. Él era popular, amigo de todo el mundo, guapísimo, con un cuerpo para morirse. Y yo no era... ninguna de esas cosas.

Me habían echado del tren de parejas y me habían dejado en la estación por lo viejo y el sobrepeso hacía apenas tres semanas. Después de ocho años.

Mi cabeza seguía diciendo que no estaba preparado para esto. Necesitaba tiempo para volver a ser yo mismo. Necesitaba redescubrir quién era como persona individual, no como parte de una pareja. Necesitaba aprender a estar solo y estar bien con eso.

Pero mi corazón estaba bastante seguro de que había pasado la

mayor parte de los últimos ocho años solo. Mi corazón anhelaba algo de lo que había sido privado durante demasiado tiempo.

Y no sabía qué hacer con eso.

¿Cómo podía haber pasado los últimos ocho años con alguien y sentirme solo? ¿Cómo pude encontrarme de repente soltero y que no hubiera un vacío donde había estado Graham? Ni siquiera me di cuenta de lo solo que estaba hasta que se fue, porque sólo después de que me dejara me di cuenta de que mi vida no era muy diferente.

El dicho "no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes" era lo contrario para mí. Sólo ahora me estaba dando cuenta de lo que me estaba perdiendo, ahora que él se había ido.

Así que tal vez Graham vio eso todo el tiempo. Estábamos tan estancados, tan cómodos el uno con el otro, que nos estábamos frenando. Estábamos insensibilizados con el statu quo, y ahora podía verlo. Aunque fuera difícil de admitir, Graham había hecho lo correcto.

¿Y qué tenía que ver Reed con eso? No estaba seguro...

—¿Quieres otro café? —La voz de Reed me sacó de mis pensamientos. Estaba de pie en la puerta de su cocina, poniendo una distancia muy deliberada entre nosotros.

—No —respondí poniéndome de pie—. Debería irme.

Reed se limpió las palmas de las manos por los muslos.

—Oh, vale. —Tragó con fuerza, claramente incómodo ahora—. Oye, gracias por lo de hoy. Me lo he pasado muy bien.

—No te preocupes. Gracias por no enloquecer cuando nos encontramos con mis viejos amigos. Y a mi madre. Y luego a Anika por teléfono... —La esquina de mi boca se bajó—. Por todo ello, en realidad. Quizá la próxima vez podamos ir a algún sitio donde no conozca a nadie.

Finalmente sonrió.

—¿La próxima vez?

—Sí, si quieres, eso es. —*Dios, ¿por qué no podía dejar de hablar?*

Asintió.

—Claro, me gustaría. Sin embargo, no olvides el próximo sábado estar en el gimnasio a las tres.

—Oh, por supuesto. Y todavía tienes que hacerme esa ensalada con cordero y batata. No creas que me he olvidado.

Ahora sonreía con más naturalidad. Le quedaba mucho mejor.

—Trato.

Me dirigí a su puerta principal.

—Gracias de nuevo. ¿Nos vemos el martes por la mañana?

Estaba a un metro de mí, con las manos metidas en los bolsillos.

—Estaré allí.

No diría que estaba incómodo, pero había algo allí. Algo eléctrico, algo aterrador, algo que me emocionaba y me aterrorizaba a la vez.

Con una sonrisa torpe, abrí la puerta y me dirigí a mi coche. Ni siquiera había arrancado el motor antes de tener a Anika al teléfono. Ella respondió a mi llamada con:

—Me has colgado.

—Me has avergonzado.

—Henry, ¿qué pasa?

—Acabo de salir de la casa de Reed.

—Oh, Dios mío. ¿Te has acostado con él?

—¿Qué? No.

—Deberías. Necesitas un polvo recién salido del horno.

—¡Anika!

Se quedó en silencio durante un largo momento.

—Dios mío, Henry...

Asentí, aunque ella no podía ver.

—Lo sé.

—Te gusta.

—No lo sé. Creo que sí. ¿Cómo es posible?

La oí murmurar algo como si su mano estuviera cubriendo el teléfono. Luego dijo:

—Estaremos allí para la cena. Cocínanos algo rico, Henry.

Y la línea estaba muerta. Conduje a casa aturdido.

Esto no estaba sucediendo. Esto no era posible. Seguramente se trataba de un lapsus mental de rebote.

Llegué a casa y dejé mi nueva ropa de gimnasia sobre la mesa del comedor cuando vi la caja con las cosas que Graham había dejado. Me acerqué a ella y pasé los dedos por el jersey doblado y colocado encima. No sabía qué significaba lo que había entre Reed y yo. No sabía lo que quería. No sabía de qué era capaz ahora mismo. Pero sabía una cosa con certeza. Recogí la caja y la puse fuera, junto a la puerta principal. La llevaría a la tienda de caridad Vinnies mañana.

Esa parte de mi vida había terminado. La persona que era cuando

estaba con él había desaparecido.

Con una sonrisa de satisfacción, volví a entrar y preparé la cena.

Anika y Sean llegaron sobre las cinco y media, y para entonces yo ya tenía entrantes de langostinos a la parrilla con salsa de miel y chile, un plato principal de lomo de cerdo y ensalada, y un postre de higos y peras glaseados con barquillos de nido de abeja y yogur.

—Dulce madre de Dios, esto huele tan bien —dijo Anika al entrar en mi cocina. Ella y Sean inspeccionaron toda la comida y luego me besó la mejilla—. Me encanta cuando te pones a cocinar.

—Jesús —dijo Sean. Miró a Anika—. ¿Por qué no puedes cocinar así?

—Por la misma razón que tú no puedes —bromeó ella—. Quemas una tostada.

Sean puso los ojos en blanco.

—¡Una vez! Una vez quemé una tostada. —Me sonrió y sacó una botella de vino—. No es para chupitos.

—Gracias a Dios —murmuró Anika.

—Nunca más —acordé.

—Vi la caja junto a la puerta principal —dijo Anika en voz baja.

Asentí.

—Sacarla de la casa me pareció bien. No necesitamos quemarla. Hay una tienda de caridad en la calle Darling. La llevaré allí dentro de un día más o menos.

Me sonrió.

—Bien por ti.

—Te ves bien, Henry —dijo Sean—. Hace unas semanas que no te veo. Realmente se nota la diferencia. ¿Cuánto peso has perdido?

—No lo sé. Reed dijo que es mejor no dejarse llevar por los números. Dijo que debería ver una diferencia en mi ropa y en mi estado físico antes de que la balanza cambie.

Sean asintió.

—Bueno, definitivamente puedo ver la diferencia. Seguro que has perdido algunos centímetros.

—Definitivamente. —Tarareó Anika—. Así que, Reed, ¿eh?

En lugar de responder, cogí un plato de gambas a la plancha y se lo

entregué.

—Llévalo a la mesa, por favor.

Sabía que Anika estaba deseando preguntarme qué había pasado hoy, qué justificaba que la llamara después de salir de su casa sonando un poco asustado. Pero al menos nos las arreglamos para pasar la cena primero. Sean se plantó frente al fútbol de los domingos, y Anika y yo nos sentamos a la mesa, con nuestros platos vacíos apartados.

—Lo limpiaré todo más tarde —le dije.

No discutió. Se limitó a servirme un vasito de vino y a suspirar.

—¿Cómo estás, Henry?

—Estoy bien. —No era una mentira. Sólo que no era toda la verdad.

—¿Te sientes solo?

Lo pensé por un momento.

—La verdad es que no. Pensé que lo estaría, pero tal vez Graham y yo no hablábamos tanto como creía. No puedo decidir exactamente qué ha cambiado desde que se fue. Ahora saco las dos papeleras. No compro tanto café. Sí, limpiaba el baño y lavaba mi ropa con la misma frecuencia que yo la suya. Pero no sé. No hay ningún agujero hueco donde solía estar. —Suspiré con fuerza—. Miro alrededor de mi casa, ahora que no está aquí, y no puedo encontrar nada diferente.

Anika puso su mano sobre la mía.

—¿Estábamos tan mal? —pregunté—. ¿No teníamos vida y yo no me había dado cuenta de ello? Porque pensé que era feliz, pero estoy bastante seguro de que sólo estaba cómodo. Era feliz simplemente sabiendo que él era algo constante, pero no teníamos una relación. Teníamos un compañerismo mutuo.

—Tal vez —dijo ella con cautela—. Creo que todas las relaciones a largo plazo son un trabajo duro, y la complacencia es una sentencia de muerte.

—Cierto. —Asentí y bebí un sorbo de vino—. Teníamos chispa y éramos vibrantes y coloridos al principio, pero las cosas habían sido monocromáticas durante mucho tiempo. No puedo explicarlo de otra manera. No recuerdo que hubiera un punto en el que las cosas cambiaran. No estaba mal, y nunca nos peleamos. Simplemente nos volvimos complacientes. Puedo ver eso ahora. Puedo ver por qué Graham quería irse.

—¿Y qué pasa con Reed?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no sabes? —El ceño de Anika se frunció—. Porque te diré lo que sé. Pasáis mucho tiempo juntos. Fuera del gimnasio. Salís juntos, habláis por teléfono durante más de una hora. Ahora sonríes más de lo que recuerdo haber visto en años. Pareces más feliz, Henry. Y es gracias a él.

—Es un halago y es bueno para el ego —admití—. Que me dejaran por ser viejo y tener sobrepeso no fue precisamente bueno para mi autoestima. Pero Reed me dice que lo estoy haciendo muy bien, y me dice cosas agradables, y es jodidamente triste que tenga que oírlo de un tipo al que estoy pagando para que me ayude a perder peso.

Ella frunció el ceño.

—También te digo estas cosas. Y no me pagas.

—Te pago con comida y vino, y con llamadas telefónicas diarias.

—Cierto. —Dio un sorbo a su vino y suspiró—. Pero es más que eso con él, Henry. Y tú lo sabes. No le pagas para que te lleve a los mercados o para que pase el día contigo en la ciudad. Las llamadas telefónicas, los mensajes de texto, el café en su casa... —Me miró con sinceridad—. Creo que le gustas, Henry.

Negué con la cabeza.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—¿Lo has visto?

—En realidad no, no lo he visto. Las apariencias no importan, Henry.

—Importan cuando te ves como él. Los chicos le coquetean todo el tiempo. ¡Como hoy! Dios, pensé que ese vendedor iba a hincarse de rodillas en los vestuarios.

—¿Y qué hizo Reed?

—Dijo que no era su tipo, así que fingió que éramos novios para que el otro lo dejara en paz. —Anika levantó una ceja hacia mí—. Pero no fue así.

—¿Y qué hizo cuando conoció a Colin y James?

—Fingió que éramos novios para que pensaran... —Anika frunció los labios, levantando esta vez las dos cejas—. No fue así.

Saqué mi teléfono y me desplacé por Facebook hasta encontrar la página del gimnasio y entonces le mostré fotos de Reed.

Los ojos de Anika se abrieron de par en par.

—Mierda.

—¡Ves lo que quiero decir! ¡Se parece a Chris Hemsworth! Sólo que mejor. Dios, incluso los chicos musculosos en el gimnasio le coquetean todo el tiempo. Y estoy bastante seguro de que algunos de ellos son heterosexuales.

—¿Y qué hace él al respecto?

—Nada. Dijo que no son su tipo.

—Tiene algunos no-tipos. ¿Cuál es realmente su tipo?

—No lo sé.

—Tal vez deberías preguntarle.

Negué con la cabeza.

—Es demasiado pronto. No quiero que sea un chico de rebote porque es mejor que eso.

—Porque te gusta más de lo que admites.

Me bebí el vino de un solo trago y la miré fijamente.

—Cállate. Eres mala para mi hígado.

—Entonces, ¿crees que no estás preparado emocionalmente? ¿O es algo más?

Había sido amigo de Anika el tiempo suficiente para saber que no se podía evitar algo si ella quería llegar al fondo del asunto. Es lo que la hacía genial en su trabajo y jodidamente molesta como mejor amiga.

—Las dos cosas. No lo sé. No estoy preparado. Necesito ser yo por un tiempo.

—¿Y?

—¿Y lo has visto? —Agité la mano hacia mi teléfono—. Está tan fuera de mi alcance. Eso no es posible fuera de esas películas cursis de Hollywood.

Anika jadeó.

—¡Te encantan esas películas!

—No cuando es la realidad. Y la realidad más probable es que Reed tenía una apuesta para ver si podía hacer llorar al chico gay gordo como en *No puedo esperar*. —Me sentí mal por haber dicho eso.

Anika me miró boquiabierta.

—¿Crees que eso es lo que está haciendo?

—No. No lo sé. No lo haría.

—Entonces dale algo de crédito. Aunque la escena del final es excelente. Serías la mejor reina del baile.

Suspiré.

—Lo sé, ¿verdad?

Sean se rio desde el sofá.

—Lo siento. No me prestéis atención. —Miré a Anika y ella tomó mis dos manos entre las suyas.

—¿Qué estoy haciendo? —susurré—. Creía que tenía a mi Sr. Para siempre con Graham, pero resulta que me he pasado los últimos seis años engañándome a mí mismo. ¿Sabes qué es peor que estar solo?

Me apretó las manos.

—¿Qué?

—Estar con alguien y estar solo al mismo tiempo.

Anika frunció el ceño.

—Oh, cariño.

—No me di cuenta de lo solo que estaba cuando Graham y yo estábamos juntos. Hasta que se fue y realmente estuve solo, y la verdad, nada fue diferente.

—¿Y cómo te hace sentir Reed?

—Feliz. Pero... —añadí el importantísimo pero antes de que pudiera dejarse llevar—. ¿Pero me haría feliz alguien más, o sólo él? ¿Y si entrara en otro gimnasio, o si me contratara otro entrenador personal, también me gustaría pasar tiempo con él? Tal vez lo que me hace feliz es la atención y las nuevas conversaciones, la nueva distracción. No lo sé.

Anika pareció considerar esa posibilidad.

—Estoy bastante segura de que ningún otro entrenador personal pasa tanto tiempo con los clientes fuera del trabajo, Henry.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que digo es que si por casualidad consigues un entrenador personal diferente, no va a ir a los mercados contigo, no va a pasar las tardes de domingo en la ciudad comprando ropa y tampoco te invitará a su casa a tomar un café. Eso es lo que estoy diciendo. Creo que Reed hace eso porque le gustas.

—¿Qué hago?

—Te gusta, sé que te gusta. No puedes mentirme, Henry, nunca has podido. —Anika se reclinó de nuevo en su silla—. Tienes que decidir, ¿si quieres actuar en consecuencia? ¿Si quieres esperar? ¿Si estás contento con dejarlo pasar? Sólo tú puedes responder a eso Henry.

—¿Qué harías tú?

Me miró como si estuviera loco.

—Si esa foto que me mostraste era Reed, estaría trepándolo como a un maldito árbol.

—¡Oye! —protestó Sean desde el sofá—. ¡Todavía estoy aquí! ¿Sabes?

Anika le puso sus ojos de cachorro.

—Lo sé, mi amor. —Luego se volvió hacia mí y me susurró—: Pero Reed está muy bueno.

—Síp —dijo Sean asintiendo lentamente—. Todavía aquí. Aun no estoy sordo.

—Todavía no eres Chris Hemsworth —respondió Anika. Cogió mi teléfono y se acercó al respaldo del sofá, echó la cabeza de Sean hacia atrás y le plantó un beso en los labios—. Pero yo también te treparía como a un árbol. —Luego le mostró la foto de Reed en el gimnasio que yo le había mostrado—. ¿Ves?

Sean tomó el teléfono e inspeccionó la imagen. Era una foto de Reed con una camiseta de musculación levantando pesas. Era una foto cándida de él haciendo un entrenamiento, pero estaba sudado y sonriendo.

Sean dejó escapar un silbido bajo.

—Sí, de acuerdo. Probablemente yo también me subiría a él como a un árbol.

Me quejé.

—No estáis ayudando.

Anika volvió a reunirse conmigo en la mesa. Se acomodó en su asiento y me entregó mi teléfono.

—Pero no es sólo como se ve —dijo—. No eres una persona superficial, Henry.

—Por supuesto que no.

—Pero tengo que saber... —Anika se mordió el labio y movió las cejas—. ¿Está proporcionado?

Le di un manotazo en la mano.

—No lo sé. No he visto... esa parte de él. —Entonces recordé el único par de vaqueros que se probó que eran lo suficientemente ajustados como para que pudiera ver que sí, que estaba en proporción —. La apariencia no me importa.

—Si dices que el tamaño no importa, diré que mientes como una vil serpiente.

Me reí de eso.

—Bueno, está claro que nunca has tenido sexo anal con un hombre dotado con una polla de caballo.

Anika resopló.

—Oh, he tenido sexo anal con un tipo que tiene una polla enorme. Sólo que no fui yo la que tocó fondo.

Sean metió la cara en un cojín, murmurando algo que no pude entender, y Anika se echó a reír. Le señaló y le guiñó un ojo mientras se reía. Luego me empujó el hombro y dijo:

—Oye, ¿por qué supones que soy pasiva? Jesús, Henry, me conoces mejor que eso. Soy activa, hasta la médula, cariño. Por favor, dime que sabes que Reed es activo, ¿verdad?

No tenía ninguna duda. Y casi podía sentir lo bien que rozarían esas manos callosas contra mi piel y cómo se sentirían mientras me manejaba en la cama.

—Oh, sí.

Anika asintió lentamente.

—Te lo estás imaginando ahora mismo, ¿verdad?

—Cállate.

Dio una palmada y se levantó.

—En ese sentido, nos vamos.

Sean se puso de pie.

—Sí. Porque Dios sabe que Henry no necesita escuchar más sobre nuestra vida sexual. Lo siento mucho.

—No te disculpes —respondí—. Me gusta aprender cosas nuevas sobre mis amigos.

Sean puso los ojos en blanco y Anika me besó la mejilla.

—Te quiero, Henry. Y si te sirve de algo, creo que deberías arriesgarte con Reed. Y si no funciona, al menos podrás tener un gran sexo con un tipo con una polla de caballo.

Sean la arrastró hasta la puerta principal.

—Estoy considerando limitar tu consumo de vino cuando estéis juntos.

Llegaron a la mitad de la puerta cuando Anika intentó susurrar y fracasó.

—Y estoy considerando azotarte de nuevo cuando lleguemos a casa.

Sean se detuvo, miró a Anika, luego a mí y se aclaró la garganta.

Sin decir nada, se dio la vuelta y condujo a Anika por el camino. Cerré la puerta con una sonrisa y pasé la siguiente hora limpiando mi cocina.

Caí en la cama, feliz. Feliz con la nueva dirección, feliz con las posibilidades de lo que podría ser.

No sabía si eso incluía a Reed. Pero no podía esperar a averiguarlo.

Capítulo Nueve

El lunes por la mañana se movió en una marea de reuniones, plazos e informes. El punto culminante fue el té de la mañana, que Diana de Proyecciones había traído para su contribución al turno de cocinar y compartir que aparentemente yo había iniciado. Había preparado una tarta de hojaldre fina con remolacha asada, queso feta y glaseado balsámico, que, según ella, había sacado de la receta tradicional turca de su abuela.

Y oh, Dios mío. Estaba tan buena. Tomé una foto rápida en mi teléfono, alegando que era para poder replicar la receta más tarde.

—Se la vas a enviar a Reed, ¿verdad? —preguntó Melinda.

La adjunté a un mensaje, pulsé enviar y levanté la vista del teléfono.

—Por supuesto.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Cómo es posible que estés perdiendo peso con toda esta comida que haces?

Antes de que pudiera contestar, mi teléfono sonó. Era Reed.

Se ve bien. ¿Cuándo la vas a hacer para mí?

Cuando me hagas esa ensalada con cordero que sigues prometiendo, pero no cumples.

Auch. ¿Qué tal este sábado?

¿No vas a hacer el reto del entrenador el sábado?

Sí. Por la tarde. Lo último que he oído es que la cena suele ser por la noche.

Auch. ¿Tu casa? ¿O la mía?

La tuya.

Melinda interrumpió mis mensajes de texto.

—Si sigues sonriendo así, la gente pensará que estás viendo porno en tu teléfono.

—No estoy sonriendo a mi teléfono. —Tuve que obligarme físicamente a hacer un mohín para no sonreír—. Estoy haciendo estiramientos de labios.

—Mmhm —dijo Melinda con tono inexpresivo.

Me incliné sobre nuestra mesa de almuerzo y susurré:

—¿Y quién sonríe cuando está viendo porno?

—Gente feliz, y vírgenes.

Lo consideré y concedí con un movimiento de cabeza.

—Buen punto.

Melinda aseguró la tapa de su recipiente para el almuerzo y colocó su tenedor precisamente a las doce y seis.

—No olvides tu reunión a las dos con la jefa —dijo sin perder el ritmo—. ¿Alguna idea de qué se trata?

Negué con la cabeza.

—Nada. Supongo que es la analítica de datos habitual.

Melinda puso una cara que me decía que no se lo creía.

—Si así fuera, Lillian habría pedido un informe estadístico.

—¿Y no lo ha hecho?

Melinda negó con la cabeza.

—No.

—Oh.

Melinda torció los labios y sus ojos brillaron de incertidumbre.

—¿Esperamos reducción de la empresa? Porque la oficina de Melbourne lo ha hecho.

Bueno, mierda.

—Espero que no.

—No tienes que preocuparte —dijo en voz baja.

—Y tú tampoco. Porque somos un equipo Melinda. No podría hacer esto sin ti, y se lo diré.

En un raro momento de vulnerabilidad, me dedicó una tímida sonrisa. Estaba muy lejos de su habitual carácter feroz y sarcástico.

—Gracias.

Me acerqué y le di un apretón en la mano.

—Lo digo en serio.

A medida que nuestra pausa para el almuerzo llegaba a su fin, Lena, Rihanti y Kadin pasaron por delante de nuestra mesa hacia la puerta.

—Hola, Henry —dijo Lena—. ¿Qué tal el fin de semana? ¿Hiciste algo emocionante?

Oh, Dios. Conversación. *No digas nada estúpido, Henry.*

—Bien, gracias. Sólo lo de siempre... Cantar borracho sobre las

mesas el viernes por la noche, y para que sepas, los chupitos tienen mucho de culpa. Me pasé todo el sábado muriendo por culpa de la resaca. De nuevo, no es mi culpa, y el domingo fue una mezcla de increíble y horrible. Así que sí, lo de siempre.

Todos parpadearon al unísono, y me felicité mentalmente por no haber dicho algo demasiado estúpido. Melinda disimuló una risa con una tos.

—Suena divertido —dijo Rihanti lentamente.

—¿Cómo fue el tuyo? —pregunté. ¿Veis? Podía conversar. Me enorgullecí un poco de mis habilidades como adulto.

—Tranquilo, en comparación con el tuyo. Sólo cosas de familia, ya sabes cómo es eso.

Asentí, porque sí, sí lo sabía.

—Odio los chupitos —dijo Kadin—. Tuve una experiencia terrible con ellos en la universidad y no he podido beberlos desde entonces.

—No puedo tomar tequila —dijo Lena haciendo una mueca—. Nunca más.

Me reí de eso.

—Oh, recuerdo una vez en la universidad, mi mejor amiga y yo nos emborrachamos tanto con ouzo que... —Entonces recordé cómo terminó eso—. No importa. Esa historia no es apropiada para el trabajo. En realidad, esa historia no es apropiada en absoluto, aunque estoy seguro de que la policía y el Departamento de Bomberos de Surry Hills todavía hablan de ello.

Ahora todos me miraban fijamente, incluida Melinda.

—¿Bomberos? —preguntó.

—Oh, no provocamos un incendio —aclaré—. Fue más bien un rescate... —Me aclaré la garganta—. Yo era joven e impresionable. Eso fue hace *mucho* tiempo. Ya sabes, Anika es realmente una mala influencia para mí.

—Anika dice lo mismo de ti —dijo Melinda poniéndose de pie—. Agradece que fue en los días anteriores a Internet.

Yo también me levanté y recogí mi recipiente de ensalada.

—¿Estás bromeando? Sería una sensación en Internet. Al parecer, mi interpretación de *Les Mis* inducida por el licor del viernes por la noche fue digna de Broadway.

Melinda luchó contra una sonrisa.

—¿Alguien lo grabó en vídeo?

Palidecí.

—Dios, espero que no. —Miré a los demás y luego me incliné hacia Melinda—. ¿Me haces un favor? Busca en YouTube "hombre gay cantando Drink With Me en una mesa del Hotel London", y si encuentras alguno, envía un aviso de retirada, con efecto inmediato.

De nuevo, todos me miraban fijamente y me di cuenta de lo que acababa de decir. *Hombre gay*. Joder.

Como si pudiera ver el pánico que bullía en mi interior, Melinda enderezó la espalda.

—Bien, el almuerzo ha terminado. Volved al trabajo. —Usó su voz aterradora, y aunque era pequeña, la mayoría de la gente saltaba cuando hablaba como si fuera posible que estuviera compitiendo por la dominación del mundo en su tiempo libre.

No me fijé a dónde iban los demás, pero Melinda me llevó a mi despacho. Cuando las puertas se cerraron detrás de mí, señalé el pasillo ahora oscurecido.

—¡Por eso no hablo con la gente en el trabajo!

—Henry, respira profundamente —ordenó Melinda.

Puso sus manos sobre mis hombros.

—Todo está bien. Sé que da miedo, pero me gusta que hables más con nuestros colegas. Les gustas. Me gustaría que lo vieras. —Esperó a que exhalara—. Estoy bastante segura de que ya sabían que eras gay.

—¿Qué? ¿Cómo?

Chasqueó la lengua.

—Bueno, aquella vez que le dijiste a David de la sala de correo que no debía usar tweed con poliéster.

—Porque es la verdad —susurré.

—Sé que es verdad. —Melinda asintió con simpatía—. Luego está aquella vez que le diste lecciones de paleta de colores a Eliza de Administración porque su lápiz de labios era demasiado fucsia para su complexión. ¿Te acuerdas?

Asentí lentamente.

—Sólo estaba ayudando. Pero esto refuerza por qué no debo hablar con la gente con la que trabajo.

—No. Refuerza lo que eres. Y les gustas, Henry. Eres bueno en tu trabajo, sólo que eres un poco directo. Porque también está aquella vez que le dijiste al director nacional que el informe de Idrina sobre la influencia de la globalización en la economía china era brillante.

—Porque lo era.

—Idrina sonrió durante una semana. Y su informe se leyó y se aplicó por recomendación tuya.

—Se merecía un reconocimiento por ello.

Melinda me sonrió.

—A la gente le gustas, Henry. Y saben que eres gay desde hace años. No tengas miedo de mostrarles tu verdadero yo.

Suspiré largo y tendido, tratando de creer lo que decía, tratando de no entrar en pánico.

—¿Crees que hay un vídeo en YouTube de mí borracho y cantando sobre una mesa el viernes pasado por la noche y que Lillian lo vio? ¿Y que por eso quiere verme? Porque estoy bastante seguro de que un jefe puede despedirme por eso. —Me llevé la mano a la frente—. Oh, Dios, ¿y si es tendencia en Twitter?

Melinda se rio.

—No, Henry. Estoy segura de que no hay imágenes.

—¿Puedes comprobarlo?

Sacó su Google-fu interior, tecleó un montón de palabras clave diferentes y treinta segundos después dijo:

—No encuentro nada.

Suspiré la madre de todos los suspiros.

—Gracias a Dios.

Comprobó la hora.

—Ooh, Henry, tienes que irte.

Mierda. Eran casi las dos. Me pasé los dedos por el pelo y me alisé la corbata.

—¿Me veo bien?

—Perfecto. Ahora vete.

Las reuniones con Lillian Caldwell siempre me ponían nervioso. Era una gran jefa y una de las personas más inteligentes que había tenido el privilegio de conocer. Tenía cerebro, sentido común, usaba la lógica y la razón, y vestía de Prada como si fuera diseñado para ella. También tenía ojos de halcón y no se le escapaba nada, llamaba a las cosas por su nombre y no toleraba las tonterías.

Me gustaba.

Su asistente me hizo pasar y me dirigí a su despacho, seguro de que podía oler mi curiosidad y mi temor. Ella levantó la vista de su escritorio y sonrió. De acuerdo, sonreír era bueno.

—Entra, Henry. Siéntate.

Hice lo que me dijo, sentándome con las manos entrelazadas sobre mi regazo, apretando las yemas de los dedos con nerviosismo.

—Hablemos, Henry.

—¿Sobre qué?

—Te he estado observando estas últimas semanas.

Bueno, eso fue raro.

—¿Ah?

—Con la excepción de mi estancia en Singapur y Melbourne, por supuesto. Asumir este papel no es fácil. —Asintió lentamente—. Aunque tu análisis de los informes de ACX fue bueno.

¿Por qué estaba sacando esto a colación?

—¿Pasó algo malo?

—No, Henry, por supuesto que no.

Me relajé inmediatamente.

—Oh, me preocupé por un momento.

Me sonrió, manteniendo el contacto visual, y me di cuenta de que no era su cara profesional. *¿Estaba a punto de meterse en aguas personales?* Mi ritmo cardíaco empezó a acelerarse... Creo que preferiría que me despidieran.

—En todos tus años aquí, has sido un libro cerrado —dijo con frialdad—. Nada menos que competente, cortés e impecablemente profesional.

Oh, Dios. Esto no iba a ser personal en absoluto. Esto estaba sonando muy parecido al discurso de Graham de "no soy yo, eres tú"...

—¿Me vas a despedir?

Parpadeó sorprendida y luego se rio.

—Cielo santo, no, Henry. —Su sonrisa se suavizó y enderezó el bolígrafo sobre su escritorio—. Quería hablar contigo hoy sobre algunos cambios que he notado. Algo ha cambiado en ti en las últimas semanas, y no soy la única que lo ha notado.

Tragué con fuerza.

—He tenido algunos cambios en mi vida personal. Pensaba que mantenía una línea clara entre el trabajo y el hogar, pero está claro que no tan bien como pensaba. Me disculpo si ha tenido un impacto negativo en mi rendimiento, y si algún colega...

Lillian levantó la mano y me detuvo.

—Henry. En realidad, es todo lo contrario. Se ha notado que has

estado hablando y riendo con algunas personas en la oficina, lo cual es nuevo. Y se me ha dado a entender que este nuevo té de los lunes por la mañana del que todo el mundo habla fue idea tuya.

—Oh. Bueno, accidentalmente, sí. —Lillian esperó a que me explicara—. Traje una tarta de cítricos para Melinda, y ella la compartió con todos, y así nació la idea. Si es un problema, puedo decirles a todos que lo dejen. Aunque hemos tomado nota de las alergias y las preocupaciones religiosas para asegurarnos de que es seguro para todos.

Lillian sonrió.

—No es ningún problema. De hecho, creo que es una gran idea. Ha sido una gran inyección de moral en toda nuestra planta, y tanto si se inició accidentalmente como si fue una iniciativa planificada, hay que felicitarte.

—Oh. Pero en realidad fue idea de Melinda...

—¿Y el cambio en tus relaciones entre oficinas? Durante seis años apenas has hablado con nadie, pero ahora sí.

—¿Eso es algo malo?

—No, en absoluto. Sólo un cambio notorio. Pasé por el lado de algunas personas y les oí decir lo agradable que es este cambio en ti. ¿Está todo bien? —Pareció percibir mi vacilación—. Puedes hablar libremente conmigo.

—Sí, gracias. Todo está bien. —Iba a dejarlo así, pero su mirada implorante me hizo entrar en pánico—. Me encontré repentinamente soltero después de ocho años.

—Oh. —Modificó sus rasgos rápidamente—. Lamento escuchar eso.

—Yo también lo lamentaba. Pero resultó ser algo positivo.

—Bueno, me alegro, Henry. ¿Necesitas algo de tiempo personal?

—No, no. De hecho, siento que he estado más concentrado y tengo más energía para el trabajo que antes. —Entonces mi cerebro sin filtro se lanzó a un alboroto que posiblemente acabara con mi carrera—. Bueno, he empezado un nuevo programa de ejercicios porque mi ex decidió que yo era demasiado viejo y gordo para la vida que él quería vivir. De todos modos, ahora tengo un entrenador personal y un nuevo plan dietético. Hago ejercicio tres veces por semana y me siento muy bien. Al principio no era así, pensaba que iba a morir, pero ahora me siento mucho mejor. No está de más que mi entrenador personal sea encantador y muy sexi, aunque me obligue a hacer la Carrera de la

Bahía, que posiblemente me mate, estoy deseando que llegue el día del reto.

Lillian me miró fijamente, con una expresión ilegible.

—Bien, lo siento, esto es generalmente por lo que no hablo libremente en el trabajo. Cuando empecé aquí, Graham pensó que sería mejor que no entablara conversación, por razones que ahora son claramente obvias.

—¿Graham?

Oh, mierda. Me aclaré la garganta.

—Ah, sí. Ese sería mi ahora ex compañero.

Lillian siguió mirándome, y finalmente esbozó una pequeña sonrisa.

—Henry, no sabía que eras gay.

Y, de repente, me sentí desnudo y muy a la defensiva.

Tragué con fuerza y me tomé un segundo para hablar.

—Confío en que no sea un problema.

Sus ojos se suavizaron y levantó la mano.

—No, en absoluto. Sólo lamento que sintieras que no podías decírmelo antes. —Luego inclinó la cabeza—. ¿Esa es la verdadera razón por la que nunca has asistido a ninguna fiesta de Navidad?

—Principalmente. Eso y mi falta de capacidad para mantener conversaciones sin divagar como una unidad socialmente inepta, como lo estoy haciendo ahora. Añade la posibilidad del alcohol en una fiesta de Navidad, y yo estaría cantando a *Les Mis* en las mesas y dando a la gente consejos de moda no solicitados.

Lillian luchó contra una sonrisa.

—Ya veo.

Suspiré.

—Puedo hablar de trabajo, cifras, estadísticas y probabilidades todo el día. Dame informes y archivos de datos, y los uso como un escudo. Pero hablar libremente de temas personales siempre ha sido una preocupación. Lo siento. Intento hacerlo mejor, pero me falta un filtro, y después de todos estos años de no entablar conversación con nadie del trabajo, no es una hazaña fácil.

—Bueno, me alegro de que lo estés intentando. Ha sido un cambio bienvenido verte sonreír esta última semana o poco más. Y quiero participar en lo del té del lunes por la mañana.

—Bueno, no creo que quede nada. Hoy ha estado muy bien.

Se rio.

—No, quiero decir que quiero cocinar algo y traerlo.

—¡Ah! ¡Sí, seguro! Creo que hay una lista en la sala de descanso en la que puedes añadir tu nombre en el lunes que más te convenga. Creo que a los demás les encantaría.

Lillian sonrió.

—Lo haré. Ah, y sólo un aviso, estaré fuera dos semanas el mes que viene, y te he puesto en la lista para que vuelvas a ser mi sustituto. Sé que dos semanas es el tiempo más largo que has tenido para asumir esa responsabilidad, pero creo que estás preparado para ello.

—¡Sí, por supuesto! Me encantaría. —No pude evitar sonreír—. ¿Dos semanas? ¿Adónde vas esta vez? No sabía que hubiera conferencias programadas para el próximo mes.

—No, esto es un permiso personal.

—Ah. Lo siento, no quise asumir...

—Está bien, Henry. Mi compañera, *Megan*. —me miró fijamente—. Insistió en que me tomara unas vacaciones. Así que me la llevo a Tahití.

Casi me reí. ¿Era lesbiana? No tenía ni idea. Pero eso explicaba su suave reacción al enterarse de que yo era gay, y comprendí claramente que no era una noticia que ella compartiera con muchos. Me sentí privilegiado y honrado de que lo compartiera conmigo.

—Espero que lo paséis bien. Te mereces un descanso. Has trabajado sin parar durante meses.

—Ese fue el argumento de Megan.

Me levanté y, pensando que abrazarla no era profesional y que chocar los puños diciendo “poder gay” tampoco era estrictamente el código, le dije:

—Gracias, Lillian.

Me dedicó una cálida sonrisa.

—Cuando quieras. Si alguna vez necesitas hablar, mi puerta está siempre abierta. Y Henry, me gusta que ahora seas más tú mismo. Últimamente hay más sonrisas en la oficina, y eso no ha pasado desapercibido.

Le di un asentimiento.

—Gracias.

Volví a mi despacho, aún inseguro del propósito subyacente de la reunión, y Melinda cerró rápidamente las puertas tras de mí. Miraba a

su alrededor como un suricato.

—¿Y bien?

—Realmente no sé de qué se trató la reunión.

—¿Qué dijo?

—Sólo que se ha notado que ahora hablo con la gente, y lo de compartir el té de los lunes por la mañana es digno de elogio. Por cierto, le dije que fue idea tuya.

—¿Así que no se va a despedir a nadie?

—No.

—¿Sólo quería charlar contigo?

Asentí.

—Le dije que soy gay.

Melinda parpadeó y volvió a parpadear.

—¿Por qué?

—Bueno, simplemente empecé a hablar, y ya sabes cómo suele acabar eso para mí. Con el balbuceo sin sentido, las tonterías sin censura...

Ella asintió con conocimiento de causa.

—¿Y?

—Y nada. Sólo deseaba que me hubiera sentido más cómodo para habérselo dicho antes.

Melinda miró mi oficina como si la viera por primera vez.

—Vaya.

—Lo sé, ¿verdad? Y se va a tomar dos semanas de vacaciones anuales el mes que viene, y quería saber si me sentía cómodo para sustituirla durante ese tiempo.

—¡Henry, eso es increíble!

—Lo es —acepté. Esto era mejor que cualquier ascenso que hubiera conseguido. Normalmente se trataba de una solicitud formal con una aprobación formal, pero esto fue una charla informal y personal con la jefa. Y ni siquiera el Informe de Interés Residual del Gobierno Australiano que tenía en mi bandeja de entrada, que significaba que estaría aquí hasta tarde, podía empañar mi estado de ánimo.

A la mañana siguiente, cuando llegué al gimnasio, seguía sintiéndome

animado.

—Hola —me saludó Reed con su habitual sonrisa alegre—. Hoy tienes los ojos brillantes.

—Realmente sí. Y me vas a decir que hoy no hay entrenamiento, solo café.

Sonrió y agitó un papel delante de mí.

—En realidad, tengo tu nuevo plan de entrenamiento hecho. Estarás listo para la Carrera de la Bahía en dos semanas.

—¿Dos semanas? —Mi voz chirrió—. ¿Qué pasó con el próximo mes?

—Ya estás listo —afirmó—. Podrías hacer la Carrera de la Bahía hoy.

—Claro que podría. Pero prefiero correr y no morir.

Reed se rio.

—No vas a morir. Y ni siquiera vas a correr. No todo el camino, al menos. Lo tengo en tu nuevo horario aquí, trotar y luego caminar, alternando durante cinco kilómetros.

—Has pronunciado mal no ejercitación sólo café. Estoy bastante seguro de que eso es lo que ibas a decir.

Se limitó a reírse.

—Vamos. Hora de la cinta de correr.

—Odio la cinta de correr.

—Pensé que odiabas la elíptica.

—Las odio por igual. No puedo tener a una de las dos pensando que es la favorita.

Saqué mi botella de agua y mi toalla para el sudor y me subí a la cinta de correr mientras él programaba algo en ella.

—No puedo correr cinco kilómetros antes del trabajo. Estaré destrozado en el trabajo todo el día.

Reed se subió a la cinta de correr junto a la mía y pulsó un montón de botones.

—No, no te sentirás destrozado. Te sorprenderás, Henry.

—Me sorprenderá si no muero.

Volvió a reírse, sin tomarme en serio algo. Y yo iba en serio. Esto iba a matarme.

—Así que... —Reed me miró con un poco de aprensión—. ¿Alguna razón en particular para el buen humor?

—Sólo un buen día de trabajo ayer.

Su sonrisa fue inmediata, como si estuviera… ¿aliviado?

—Oh, pensé que Voldemort podría haberte llamado finalmente.

—¿Qué? No, no. Y aunque lo hiciera —dije sin duda— no me interesaría.

Ahora su sonrisa se amplió y me puso su enorme mano en el hombro.

—Bien. Eres mejor de lo que se merece. —Luego pulsó el botón de inicio de su cinta de correr y me dijo que hiciera lo mismo. Y trotamos y caminamos, y trotamos y caminamos durante cinco kilómetros uno al lado del otro.

Ni siquiera morí.

Capítulo Diez

Los días siguientes fueron estupendos. Avancé en el trabajo de mi bandeja de entrada, charlé con la gente durante la pausa del almuerzo y mantuve varias conversaciones de texto con Reed. Era absurdo lo emocionado que estaba por mi sesión del viernes por la mañana en el gimnasio, y si alguien me hubiera dicho hace cuatro semanas que estaría deseando hacer ejercicio, me habría partido de risa.

O quizás no era tanto el ejercicio como el entrenador personal.

No podía negar que me gustaba Reed. Era todo lo que yo no era: seguro de sí mismo, guapo, en forma. Deseable.

Pero también era encantador, divertido, intuitivo y amable. Era el tipo de persona que ayudaba a la gente cuando los demás no miraban, no por ningún tipo de beneficio económico, sino por el tipo de persona que era.

¿Estaba siendo amable conmigo por lástima? No lo creía. No era propio de él hacer eso. ¿Era amable conmigo porque era su trabajo? Bueno, de eso no podía estar seguro. Sonreía a todo el mundo como a mí, ¿no? No sabía a quién más llamaba o enviaba mensajes de texto, o con quién más compartía recetas o iba de compras.

Mientras entraba en el gimnasio, tuve que preguntarme si mi enamoramiento de él era real o puramente por mi propio ego. No dolía que aumentara mi autoestima ni que anoche protagonizara mi sueño, desnudo y glorioso, y exigiendo...

—Hola. —Reed sonrió mientras se acercaba a mí.

Obviamente acababa de terminar con otros clientes y se despidió mientras se iban. Entonces se centró en mí y se balanceó sobre sus dedos de los pies. Dios mío, ¿podría saber de algún modo que había tenido un sueño sexual que le incluía a él anoche? ¿Cómo era posible? ¿Por qué me miraba así y por qué me sonrojaba?

—Hola. —Asentí, recordando cada detalle de lo que me hizo en mi sueño—. Por cierto, estuviste genial.

Se rio a medias.

—¿Qué?

Joder.

—Lo siento, quiero decir que te *ves* genial, por cierto. —Sentí que mis mejillas se enrojecían aún más.

—Eh, ¿gracias? —Estaba claramente en una mezcla de confusión y diversión—. Tú también. Me encanta la nueva ropa de gimnasia.

—Oh, gracias. —Me aclaré la garganta y decidí empezar de nuevo toda la conversación—. Entonces, ¿qué rutina de tortura vamos a hacer hoy?

—Sí, claro —dijo Reed, mirando alrededor del gimnasio. Dio una palmada—. Hoy vamos a hacer más carreras y un poco de fuerza central.

—Excelente.

Comenzó a caminar hacia las cintas de correr.

—¡Eso no ha sonado demasiado sarcástico!

—Lo sé. Creo que la conversión ha comenzado.

Puso la mano en la cinta de correr, pero se detuvo y me miró fijamente.

—¿La conversión?

—Sí, la conversión al lado oscuro por el lavado de cerebro. Ya sabes, de la gente del gimnasio. A los que realmente les gusta el ejercicio.

La sonrisa de Reed se extendió lentamente.

—Ah, esa conversión.

Asentí con conocimiento de causa.

—Da miedo, ¿eh? Primero fue cardio y luego a dieta. Quién sabe dónde acabará.

Se rio.

—Me alegra mucho oír eso, Henry. Lo has hecho muy bien llegando hasta aquí.

—Gracias a ti.

Me sostuvo la mirada durante un rato y luego apartó la vista con un poco de risa. Dejó escapar un suspiro y volvió a concentrarse en su trabajo.

—Bien, para que la sangre se ponga en marcha, haremos un trote lento, pero sin parar. Se trata de ritmo y consistencia. Querrás reducir la velocidad hasta llegar a caminar, pero quiero que te esfuerces y sigas trotando, ¿de acuerdo?

Me encogí.

—Retiro todo lo que dije acerca de que me gustaba.

Sonrió victoriosamente.

—No, no lo harás.

Pero tenía razón. Quería parar. Quería ir más despacio y caminar un rato para dar un respiro a mis pulmones. Me preocupaba que mis pies tropezaran con la cinta transportadora.

—Tú puedes, Henry —dijo Reed a mi lado. Esta vez no corría conmigo, sino que estaba de pie junto a la cinta de correr, observando todos mis movimientos—. Sólo elige un lugar en la pared del fondo y míralo fijamente, despeja tu mente y deja que tu cuerpo haga su trabajo.

Y, curiosamente, eso me ayudó. Me despejó la mente y, sin pensarlo conscientemente, mis piernas siguieron moviéndose y mis pulmones siguieron bombeando. Podía sentir el sudor rodando por mi espalda, y era bueno saber que podía superar mis propios límites. No habría creído que fuera posible, pero ahí estaba, trotando con todo mi corazón. La prueba de que había tomado la decisión de recuperar el control de mi vida y que estaba funcionando.

Reed se acercó y pulsó algunos botones y la máquina empezó a reducir la velocidad, de modo que finalmente estaba caminando. Y resoplando y jadeando, pero también sonriendo.

—Lo conseguí.

—Lo hiciste. Acabas de correr tres kilómetros sin parar. —Comprobó la pantalla de la cinta de correr—. En veinticinco minutos y once segundos.

Respiré profundamente varias veces.

—¿Está bien?

—Muy bien. Para ti, es excelente.

—¿Para mí? —Me bajé de la cinta de correr con las piernas inestables y me pasé la toalla por la cara—. ¿En qué tiempo puedes hacerlo?

—Bueno, eso no es importante.

—Sí lo es.

—No es una carrera, Henry. El único tiempo personal que necesitas batir es el tuyo.

—Así que, si no hay diferencia, entonces dime.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Nop. Vamos, hora de las pesas. Te daré unos minutos de

descanso. Bebe un poco de agua y hoy usaremos las pesas libres.

Me dejó solo un minuto, dándome tiempo para recuperar el aliento y para reflexionar sobre el tiempo en el que podía correr tres kilómetros. Cuando volvió, mis pulmones ya no ardían y respiraba con normalidad. Tenía las mancuernas de doce kilos colocadas en el banco plano.

—Túmbate con la espalda en el banco y los pies apoyados en el suelo —dijo mientras volvía a acercarse a mí.

Estaba bastante seguro de que me dijo algo parecido en mi sueño de anoche...

Me hizo levantar peso, yo tumbado de espaldas en el banco plano haciendo flexiones de pecho y él de rodillas a mi lado.

—Mantén los abdominales contraídos —dijo tocando mi estómago —. Mantén los brazos parejos. Eso es, perfecto. ¿Puedes sentir eso en tus pectorales y en tu zona media?

Podía sentir que me tocaba en cada célula de mi cuerpo.

—Sí.

Entonces tuve que pensar en cosas horribles, porque estar tumbado en un banco en pantalones de gimnasia con él así de cerca y tocándome no era bueno para el pudor. Una erección en este momento sería horrible.

—Bien, haz otra repetición —exigió.

Concentrarme en levantar los pesados pesos y no dejarlos caer sobre mi cara funcionó bien para matar la erección, y para cuando hice otras diez, estaba seguro de tenerlo todo bajo control.

Pero entonces lo hizo peor.

—Bien, ahora ponte de pie. Lo siguiente es el remo inclinado. Así...

Apoyó una mano y una rodilla en el banco plano y levantó la mancuerna del suelo a su lado. Lo cual estaba bien para él, aunque era muy agradable de ver, pero no tanto para mí. Porque estar en una posición inclinada con él cerca envió un cálido torrente de sangre directamente a mi polla. Hice lo mismo que él, con una mano y una rodilla apoyadas en el banco plano, intentando realmente fuerte no imaginarlo de pie detrás de mí, con mis pantalones de gimnasia bajados lo suficiente para darle acceso, y él tomándome profundamente...

—¿Estás bien, Henry?

Mierda, mierda, mierda. Me había olvidado de seguir levantando la

mancuerna, y Dios sabe si había murmurado algo en voz alta. Me aclaré la garganta.

—Sí. Estoy súper bien, simplemente genial.

¿Súper bien, simplemente genial? ¿Qué demonios, Henry?

—¿Esa es Mary Poppins?

Olvidadas las pesas, me puse de pie y miré alrededor del gimnasio.

—¿Dónde?

Reed se echó a reír.

—No importa. —Me quitó las pesas y fue entonces cuando me di cuenta de que Emily, la mejor amiga de Reed, estaba de pie cerca de un cliente junto a las máquinas de remo, pero nos observaba, o más bien a Reed, y sonreía. De repente, Reed estaba a mi lado—. Bien, al suelo, Henry. Boca abajo.

—Me han dicho mejores líneas de invitación —dije sin pensar.

Reed sólo se rio.

—Eso espero. —Me puse en el suelo, al igual que Reed a mi lado —. Plancha, treinta segundos arriba, diez segundos abajo, tres rondas. Y ya.

—Argh —me quejé—. Hacer planchas es ridículo. —Tenía mucho más que decir sobre ese tema, pero las planchas y mantener conversaciones era algo que no podía hacer al mismo tiempo.

Al parecer, Reed no tenía problemas.

—Entonces, ¿qué tienes planeado para mañana por la noche?

Sólo pude negar con la cabeza, y cuando se cumplieron los treinta segundos, me tiré al suelo y gemí.

—Sólo puedo hablar cuando no estoy haciendo planchas, así que tengo diez segundos para decir que no tengo planes para mañana por la noche, y que me gustaría conocer a quien se inventó las planchas y meterle los dedos en los ojos.

Reed se rio.

—Bien, son diez. Arriba por otros treinta.

Me levanté del suelo para retomar la infernal posición de plancha. Estaba empezando a temblar, y Reed estaba haciéndolo tan fácil, que parecía que podía estar viendo la televisión.

—Así que, si no vas a hacer nada, todavía tengo que hacer esa ensalada con cordero, y ahora tienes que hacerme esa tarta turca con remolacha de la que me enviaste la foto, por lo que estaba pensando que podrías hacer eso mañana por la noche.

Jesús, eso sonó mucho como si me estuviera pidiendo una cita.

—Son treinta segundos —dijo bajando al suelo.

Me derrumbé en la colchoneta con un golpe, aunque ahora mi incapacidad de hablar no era por el ejercicio.

—Yo um... estoy um...

Me dedicó una sonrisa casi triste.

—Bien, son diez. Los últimos treinta segundos. —Se levantó sin esfuerzo en la posición de plancha, y tuve que reafirmarme con todas las fuerzas que me quedaban.

—No es una cita, Henry —dijo con frialdad. Creo que incluso se encogió de hombros. ¿Cómo podía encogerse de hombros mientras estaba haciendo planchas? ¿Acaso era humano? —No es diferente de cualquier otra vez que hayamos salido juntos. No es una cita. Así que está bien si no quieres. Puedes decir que no.

Negué con la cabeza.

—No puedo. Hablar.

Se rio e inspeccionó el suelo entre sus codos hasta que el cronómetro me sacó de miseria. Me desplomé sobre la colchoneta. Los músculos del estómago querían matarme. Murmuré contra el suelo:

—Más vale que tenga abdominales de acero para cuando llegue al trabajo.

Reed se rio y se puso en pie de un salto como un gato. Estaba bastante seguro de que no era humano. Me puse de espaldas y me tendió la mano. La cogí, deleitándome con su tacto cálido y calloso, y me puso en pie.

—¿Todavía vas a venir a ver el desafío de los entrenadores mañana? —preguntó, la invitación a cenar después aparentemente olvidada.

—Sí, por supuesto —respondí—. ¿Cuánto tiempo va a durar? Quiero decir, ¿a qué hora es nuestra no cita?

Sonrió.

—¿Puedo estar en tu casa a las seis?

—Perfecto.

Fue entonces cuando ambos nos dimos cuenta de que todavía sostenía mi mano.

—Ah —dijo soltándola rápidamente y dando un paso atrás—. Gran entrenamiento hoy, Henry. Harás con facilidad la carrera de la bahía el próximo fin de semana.

—O moriré en el intento.

—No morirás, lo prometo.

Me iba a morir, totalmente.

—Para que lo sepas, si nuestra no cita será mi última cena, más vale que esa ensalada con cordero que vas a hacer sea buena.

Se rio cálidamente, pero miró a su siguiente cliente, que le estaba esperando.

—Debería irme. Nos vemos mañana.

Comprobé la hora. Cielos, el tiempo parecía volar cuando estaba con él, y si no me daba prisa, llegaría tarde al trabajo.

—Mierda. Yo también.

Recogí mi bolsa de deporte y, al salir, Emily estaba detrás del mostrador de recepción. Ella y Reed parecieron tener una conversación ocular silenciosa, y luego me sonrió.

—Adiós. Henry.

—¿Vas a hacer el reto del entrenador mañana? —le pregunté.

—Sí. Tengo que mostrarles a estos chicos cómo se hace.

—Te veré aquí entonces.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Vienes a vernos?

—Sí. Reed me lo pidió, así que...

Su sonrisa era amplia y cálida.

—Excelente. Nos vemos entonces.

Dios, ¿la gente sana y en forma era siempre tan feliz y alegre?

—Adiós.

Volé a casa, me duché y me vestí para ir a trabajar. Los pantalones del traje me quedaban sueltos y tuve que ceñirlos con el cinturón. Me di cuenta de que el botón de la camisa en la garganta no estaba apretado, y pude incluso meter dos dedos por debajo del cuello de la camisa. La chaqueta se deslizaba con facilidad y podía atarme los cordones de los zapatos sin tener que pasar por encima del estómago.

Volví a subir a mi coche, sintiéndome mejor y más delgado que en mucho tiempo. Sabía que el tráfico sería lento al entrar en la ciudad, y dado que tenía unos veinte minutos antes de llegar al trabajo, esperé a que mi teléfono se conectara al Bluetooth y pulsé el número de Anika antes de llegar al final de mi calle.

—Henry —respondió ella—. Déjame adivinar: estás atrapado en un atasco y el hombre del coche de al lado se está hurgando la nariz.

Resoplé.

—Hoy no. Bueno sí, estoy atascado en el tráfico, pero nadie se mete el dedo en la nariz. Se me hace un poco tarde.

Hizo una pausa.

—Pareces feliz. ¿Qué pasó?

—Reed me invitó a salir en una no cita.

—Eeeeeeeee —chilló haciéndome reír—. Espera. ¿Qué es una no cita?

—Cena en mi casa mañana, pero no es técnicamente una cita.

—Oh, técnicamente es una cita.

—No, no lo es.

—Cuéntame todo lo que te dijo.

Le transmití la conversación, y me di cuenta de que estaba sonriendo cuando habló.

—Henry, no quiero que te asustes. Pero es una cita.

—Es sólo una cena. Lo llamó específicamente una no cita.

—Lo llamó una no cita porque no quería que te asustaras, pero aun así quería cenar contigo. Es una cita, Henry.

Estaba sonriendo. No pude evitarlo.

—¿Tú crees?

—¡Lo sé!

—Me tomó de la mano.

—¿Qué?

—Me ayudó a levantarme del suelo y me mantuvo agarrado durante unos diez segundos.

Volvió a chillar, y sonó como si rebotara en su asiento.

Me reí de ella.

—Por favor, dime que no estás en tu oficina.

—Nop. Conduciendo a North Sydney. Reunión mensual aburrida con el Departamento Legal a las nueve y media. —Suspiró con fuerza —. Um, Henry, ¿qué estabas haciendo en el suelo?

—Morir.

—Bien.

—Anoche tuve un sueño sexual con él.

Su risa estalló a través del teléfono.

—¿Fue bueno?

—Por supuesto.

—Y déjame adivinar. Dotado también, ¿verdad?

—Como un caballo.

Sonó como si estuviera haciendo esa extraña cosa de palmoteo en su asiento.

—Oh, Henry, te quiero.

—Yo también te quiero.

—Hablaremos más tarde. Y quiero todos los detalles. Cada uno de ellos.

Terminé la llamada y me dirigí a la oficina. Por mucho que me gustara mi trabajo, por mucho que disfrutara de las nuevas conversaciones con mis compañeros de trabajo, sólo quería que todo terminara.

Estaba emocionado por el fin de semana. Hacía tiempo que no esperaba algo así. Claro que había disfrutado de los fines de semana con Graham, pero rara vez hacíamos algo juntos. Hacía tiempo que nuestra relación carecía de brillo.

Ahora podía ver eso. Y era extraño que ya no me sintiera triste o herido por la decisión de Graham de ponerle fin. Me dolían sus palabras, y me dolía la forma cruel en que me consideró tan poco merecedor de una conversación adulta, en lugar de recurrir a señalar mi peso y la forma en que había elegido vivir mi vida. Un simple "esto no está funcionando" habría sido suficiente. Por otra parte, tal vez si hubiera sido amable conmigo, me habría aferrado a la esperanza de que volviera. Tal vez había sido deliberadamente duro conmigo para que yo supiera que se había acabado de verdad.

Cualesquiera que fuesen sus razones, ya no estaba triste. Ya no estaba devastado. Ya no era un desastre evidente, suspirando.

Me sentía aliviado.

Volvía a ser yo, pero no sólo el antiguo yo. Un nuevo y mejor yo. Un yo más sano. Mental y físicamente, estaba en un lugar mejor. Todavía tenía un largo camino por recorrer. No lo negaba. Pero hacía apenas cuatro semanas, había pasado una noche de viernes con miedo a estar solo. Era un desastre llorando, comiéndome mis emociones con una guarnición de tarta de queso.

Este viernes por la noche, estaba cocinando comida sana mientras bailaba en mi cocina al ritmo de *Lo Mejor de los Bee Gees*. Caí felizmente en mi sofá para ver *Juego de Tronos*, escribí mi plan de menú semanal y la lista de la compra, me di un delicioso baño de burbujas y me fui a la cama con toda la intención de fantasear con

Reed y las cosas que me haría.

Desplegado de una esquina a otra de mi cama, saciado y sonriente, dormí como un muerto.

Capítulo Once

Había bastante gente en el gimnasio para el desafío del entrenador, lo que no esperaba. Era evidente que todos eran clientes habituales, y cada persona estaba más en forma y tenía más músculos que la otra. Reconocí muchas caras y, aunque me sonrieron, tuve la sensación de que miraban directamente a través de mí.

Después de toda la semana de sentirme bien, de pensar que había dado pasos positivos hacia delante, aquí, con toda esta gente súper en forma, me sentí desaliñado.

Yo era prácticamente la persona más grande de allí. Bueno, el menos musculoso, el menos aficionado. Todos llevaban camisetas de musculación sin mangas, y hay que reconocer que les quedaban genial. Había pasado las últimas cuatro semanas al abrigo de Reed, haciendo clases individuales, y sin fijarme realmente en los que me rodeaban. Todos eran perfectos especímenes de salud y estado físico, y yo bien podría haber sido invisible. Todos llevaban las mejores marcas, como si hubieran salido de anuncios reales y hubieran atravesado las puertas.

Me golpeó como una tonelada de ladrillos que yo no encajaba aquí. No era como ellos. No era lo suficientemente bueno, y me había estado engañando a mí mismo al pensar que incluso me comparaba.

—¡Henry! —dijo Reed al verme entre la multitud. Se acercó, y para cuando había sonreído y saludado a una docena de personas mientras serpenteaba entre ellas, frunció el ceño—. Oye, ¿qué pasa?

—Nada —mentí. Miré alrededor del abarrotado gimnasio—. Hay mucha gente.

—Sí, todos vienen a ver quién gana.

Asentí lentamente.

—¿Entonces? ¿Estás listo para darles una lección a todos?

Sonrió.

—Claro que sí. Estoy emocionado por esto.

—Vale —dijo Lachie, sacando una pizarra blanca del despacho. Tenía una hoja de algún tipo cubriéndola—. Entrenadores al frente.

Reed sonrió, se frotó las manos y, lanzándome una rápida mirada nerviosa, se abrió paso entre la multitud.

Se unió a Emily y a otros tres entrenadores para situarse al frente. Se giraron y miraron al público, y empezaron los vítores, los aplausos, las burlas y las mofas, y tenía que admitir que era algo emocionante.

De todos los entrenadores que competían, Reed era sin duda el más alto. Pero cualquiera de ellos podría ser un ejemplo de CrossFit. Las dos entrenadoras eran más delgadas, pero estaban bien definidas y eran increíblemente fuertes, con músculos con los que yo sólo podía soñar. Los hombres, por su parte, tenían bíceps y hombros abultados, cinturas bien marcadas y muslos fuertes. Cada uno de ellos llevaba su uniforme de gimnasia, y lo llevaban muy, muy bien.

Aunque Reed era, de lejos, el más atractivo.

Lachie retiró la hoja de la pizarra y la sala se quedó en silencio durante diez segundos mientras todos leían la rutina del reto. En su mayoría era un montón de acrónimos y números de porcentaje junto a pesos que realmente no entendí, pero todos a mí alrededor soltaron vítores y "oooohs", mientras que los cinco entrenadores de la parte delantera que realmente estaban haciendo el desafío se quejaron. Bueno, excepto Reed. Él aplaudió.

Estaba empezando a cuestionar su cordura.

—Bien, empezamos en cinco minutos —dijo Lachie—. Preparad vuestro equipo.

Se dispusieron a coger mancuernas y barras y pesos que parecían ridículos, y cada participante tenía su propio espacio en la parte delantera. Para cuando tuvieron las pesas preparadas y todo listo, el público (incluido yo), estaba alineado a lo largo de la pared más lejana. Lachie puso el reloj de pared a cero para empezar, cada entrenador se puso a punto, y con un ruidoso y emocionado:

—¡Comenzamos! —el reloj se puso en marcha.

Empezaron con burpees, saltando sobre la barra entre cada uno. Sus flexiones eran una mezcla bien ensayada de una mano, dos manos, y otro ejercicio de alcance lateral que creo que era puramente para exhibirse. Luego hicieron abdominales, pero no los normales que yo apenas podía hacer. No, estos eran con los pies elevados del suelo, haciendo alguna cosa de estiramiento/escalada que me dolían los abdominales solo de verlos.

Todo el mundo aplaudía y animaba a su entrenador, y Reed tenía

su grupo de seguidores. Me encontré animando; era difícil no dejarse llevar por la emoción. Reed iba a la cabeza con otro entrenador, al que ya había visto antes, pero del que sólo sabía su nombre por lo que la gente gritaba. Seth tenía una manga completa de tatuajes y una sonrisa perversa, y Reed y él estaban claramente tratando de superarse mutuamente.

Cuando completaron las abdominales, cada uno se puso de pie de un salto y corrió hacia la pared. Cogieron un balón medicinal de veinte kilos y, de cara a la pared, procedían a lanzarlo hasta el punto en que la pared se encontraba con el techo, para cogerlo en cuclillas. Luego, empujando hacia arriba, volvían a lanzar el balón medicinal. Consultando la pizarra, deduje que esto se llamaba "balones de pared".

También deduje que yo no habría sido capaz de levantar un balón medicinal de veinte kilos, y mucho menos de lanzarlo tan alto y ponerme en cuclillas al mismo tiempo. También deduje que Reed tenía unos muslos jodidamente calientes que se abultaban al ponerse en cuclillas, y que los músculos de su espalda le estiraban muy bien la camiseta.

Hicieron eso diez veces, luego dejaron caer el balón, corrieron de nuevo a sus mancuernas y procedieron a hacer pesas de hombros, luego algunos arranques con un brazo. Por Dios. ¡Las mancuernas de Reed eran de veinte kilos cada una! Hicieron un número obsceno de esos ejercicios, entonces volvieron a hacer balones de pared, luego volvieron a las mancuernas, y alternaron toda esa rutina cinco veces.

En el quinto asalto, tanto Reed como Seth estaban sudando y enrojecidos. Seth gemía con cada pesa de hombros, y aunque sus brazos y hombros debían estar ardiendo, Reed se limitaba a sonreír. Su pecho estaba agitado; su camiseta sudada se pegaba perfectamente a su cuerpo.

Y si de alguna manera fuera posible, era aún más guapo.

Terminaron esa ronda y se dirigieron a sus barras. Reed se frotó una especie de tiza en las manos, separó los pies y acercó las manos a la barra, para sentirla antes de levantar cualquier peso absurdo que tuviera. Pero antes de empezar, Reed se puso de pie y se quitó la camiseta. Todo el mundo aplaudió y vitoreó, e incluso se oyeron algunos "las cosas se están poniendo serias" y hasta un "Reed gana" por parte del público.

Todo lo que pude hacer fue mirar fijamente.

Joder.

Lo había visto con camisetas de tirantes, camisetas de musculación y camisetas ajustadas, pero nada, nada, me preparó para verlo sin camiseta. Perfecto era una palabra demasiado usada, y apenas le hacía justicia.

Físicamente, era más que perfecto.

En cuanto a la personalidad, estaba muy cerca, y tuve que preguntarme cuál sería su defecto fatal. El defecto que mataba lo perfecto que era para mí. Tenía que haber algo...

Levantó la barra en una especie de arranque olímpico, con todos los músculos en tensión, las fosas nasales dilatadas y pura concentración en su rostro. Lo hizo cinco veces y luego la dejó caer, para luego caminar hacia la barra superior y hacer dominadas como si fuera la cosa más fácil del mundo. Hizo cinco de esas, y luego volvió a hacer más levantamiento de pesas, alternando durante cinco rondas.

Fue una locura y una increíble hazaña de fuerza y determinación humana. Seth le seguía de cerca, luego Emily y los demás, pero Reed era el claro ganador. Cuando soltó la barra de dominadas por última vez, todo el mundo aplaudió y vitoreó, pero él se limitó a volver a su barra y a dejarse caer al suelo. Se sentó, respirando profundamente, sudoroso, exhausto y agotado, y observó a sus amigos superar la rutina. Aplaudió cuando cada uno de ellos terminó, y animó al último compañero mientras lo conseguía.

Y mientras le observaba, haciendo lo que claramente amaba rodeado de gente a la que llamaba amigos, me di cuenta de cuál era su único defecto.

Yo.

Era yo lo que estaba mal aquí. Y me di cuenta, con una puñalada de dolor y estupidez, de que me estaba engañando a mí mismo si pensaba por un momento que Reed pudiera estar interesado en mí.

Cuando los cinco entrenadores recuperaron el aliento, chocaron los cinco y se dieron abrazos. Verlos a ellos con sus manos sobre él y a él con sus manos sobre ellos, con sus cuerpos perfectos, no hizo más que cimentar la idea de que estaba realmente fuera de mi alcance.

Lachie escribió los tiempos de finalización en la pizarra, y cuando se anunció que Reed era el ganador y mientras el público le chocaba los cinco y le daba palmadas en los hombros, me aparté y dejé que lo

rodearan. Cuando establecimos contacto visual, le sonreí y asentí, pero antes de que pudiera llegar a mí, me escabullí por la puerta principal.

Conduje a casa, y cuando estar tumbado en el sofá no fue suficiente reclusión, me quité los zapatos y me metí en la cama. Me envolví la cabeza con las mantas y, sumido en la autocompasión y la miseria, cogí mi teléfono y le envié un mensaje a Reed.

Bien hecho en el reto del entrenador. Te merecías ganarlo. Siento haber tenido que irme. No me sentía bien. Tendré que cancelar la cena. Lo siento.

Diez minutos después sonó mi teléfono. Era el número de Reed. Quería contestar. Quería hablar con él, escuchar su voz. Quería hacerle reír, quería tocarle como le habían tocado los demás. Quería decirle lo orgulloso que estaba de él por haber ganado hoy, y quería más que nada tener nuestra no-cita esta noche.

Pero hoy había recibido un fuerte golpe de realidad, me dolía el corazón, y mi ego estaba en algún rincón oscuro, lamiéndose las heridas. Me tapé la cabeza con las sábanas y dejé que sonara el teléfono, para que poco después pitara.

Era un mensaje de Reed.

¿Henry? ¿Estás bien?

—No —dije en voz alta. No respondí al mensaje. Mi teléfono volvió a pitar un rato después.

Henry, espero que estés bien. Siento que hayas tenido que cancelar la cena. ¿Podemos dejarlo para otro día?

Tampoco respondí a eso, y unas horas más tarde, seguía acurrucado bajo las sábanas de mi cama cuando mi teléfono volvió a pitar.

Espero que vengas a nuestra sesión de mañana a las 8 de la mañana. Si no, lo entenderé.

Tampoco respondí a eso, sino que añadí un alma llena de culpa a mi autocompasión y miseria, y con un corazón muy, muy pesado, me revolqué. Enterrado en mis mantas, me quedé dormido.

Hay algo que decir acerca de quedarse dormido a las cinco de la

tarde, porque estaba despierto a las tres de la mañana y no tenía más que la culpa y la baja autoestima para hacerme compañía.

Me sentí mal por dejar a Reed así. No cambiaba mi lugar en su mundo, pero seguía sintiéndome mal. Me pregunté si había celebrado con sus amigos entrenadores anoche, y luego tuve que preguntarme cómo "celebraban" los entrenadores de fitness. ¿Se sentaban a comer quinoa y a beber zumo de col rizada, a hablar de calorías negativas y a contar chistes de gordos?

Suspiré. Eso no era justo, y lo sabía. Reed no era así. Y por lo que había visto de los entrenadores, ninguno lo era. Era puramente mi perspectiva, no de ellos, sino de mí mismo.

Miré al techo hasta que mi ira interna me echó de la cama. A las seis, ya había limpiado el baño, fregado el suelo, fregado la cocina y reorganizado mi cajón de contenedores plásticos, encontrando tapas a juego y apilando ordenadamente los recipientes que me prometí mantener así para siempre, pero sabía en mi fuero interno que el martes volvería a ser una catástrofe de plástico.

Llegué al gimnasio unos minutos antes con energía frustrada para quemar y una disculpa para Reed a punto. Él estaba guiando a través de unas pesas a las dos mujeres que normalmente salían cuando yo llegaba. Cuando me vio, pareció un poco sorprendido y tardó unos segundos en forzar una sonrisa. Supe entonces que le había hecho daño, y la hierba de la culpa en mi pecho brotó unas cuantas lianas más.

—Hola, Henry —dijo Emily desde el mostrador de recepción—. Reed está un poco atrasado hoy.

—Ah.

—No terminará hasta dentro de veinte minutos.

—Está bien. Puedo esperar.

Ella frunció el ceño.

—¿Todo bien?

—Claro. —Me encogí de hombros. Me encontré mirando a Reed, incapaz de dar sentido a lo que estaba sintiendo. Se suponía que no debía sentirme así. Se suponía que no debía sentirme atraído por él, ni por nadie tan pronto después de que Graham me dejara—. Sólo, ya sabes. No realmente.

Emily le lanzó una mirada a Reed y luego ordenó algunos papeles en el escritorio que realmente no necesitaban ser ordenados.

—Creo que alguien más se siente así también. Hoy no es él mismo.

Tragué con fuerza y di un paso atrás hacia las puertas.

—Mierda. Probablemente debería irme.

Emily estaba alrededor del mostrador en un abrir y cerrar de ojos y tenía su mano en mi brazo.

—No, no te vayas. —Señaló con la cabeza hacia la zona de recepción—. ¿Podemos hablar?

—Um…

Supuse que era una pregunta retórica porque me llevó a las sillas y me hizo sentar. Al parecer, íbamos a charlar tanto si yo quería como si no.

—Quiero contarte algo sobre él —dijo en voz baja—. Es una persona real y genuina, Henry. Ve lo bueno de todo el mundo, hasta el punto de que a veces es un poco ingenuo. Puedo decir eso porque es mi mejor amigo y lo adoro. Es literalmente la persona más buena que conozco. Pero tiene problemas de confianza por razones que no me corresponde decir.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque veo cómo estáis juntos. Veo cómo le miras, y más importante, bueno, más importante para mí, veo cómo te mira él.

Mi corazón se tropezó consigo mismo.

—¿Qué? —Negué con la cabeza. Eso no era cierto—. Es así con todo el mundo.

—No, no lo es. Es profesional con todos los miembros de aquí, pero contigo… —Me dio una media sonrisa—. Lo que ves es lo que tienes con él, Henry. No puede mentir; no puede ocultar sus emociones. Y tiene dos tipos de sonrisas: la que da a todos los demás y la que te da a ti.

Intenté dar sentido a sus palabras.

—Me acaba sonreír mal.

Emily suspiró.

—Creo que ayer lo confundió. Te fuiste y cancelaste vuestra cita para cenar.

—Lo llamó una no cita.

—Porque no quería asustarte. —Mi mirada se dirigió a la suya. Ella sonrió ante eso—. Dijo que mencionó la cena y te asustaste, así que lo llamó no cita en su lugar.

Estaba tan desgarrado. Sus palabras eran perfectas, pero todavía

había esa nube oscura que se cernía sobre mí y de la que no podía deshacerme.

—Siento haberme ido ayer. —Tragué con fuerza, tratando de pensar en cómo expresar esto correctamente—. No quería hacerlo, pero es bastante obvio que no pertenezco... aquí o con él.

Emily retrocedió, como si la hubiera ofendido. Quién sabe, tal vez lo hice.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Él es perfecto y tiene todo el rollo Thor/ Chris Hemsworth, y yo soy Hulk. No en temperamento, claro, y nunca he estado expuesto a material radiactivo, bueno, no que yo sepa. Y obviamente no soy verde. Sólo me refería a que soy enorme y no especialmente guapo... —Dejé que mis palabras se extinguieran cuando me di cuenta de que mi boca estaba en quinta marcha y mi cerebro en punto muerto.

Emily se acercó, puso su mano sobre la mía y la apretó, justo cuando Reed acompañaba a sus clientes a la puerta. Se despidió de ellas, con esa sonrisa profesional que Emily había mencionado, y se resintió cuando nos vio sentados en la esquina hablando. Parecía congelado, y estaba, de nuevo, manteniendo una conversación ocular con Emily.

Le indicó con la cabeza que se acercara y se puso de pie. Me tendió la mano, lo cual fue extraño, pero la tomé de todos modos.

Cuando Reed estuvo lo suficientemente cerca, tomó su mano y colocó la mía en la suya.

—Vosotros dos tenéis que hablar. Henry, dile por qué te fuiste ayer. Y Reed, ya sabes lo que tienes que decirle. —Regresó a su mostrador de recepción—. De nada.

La mano de Reed era cálida y fuerte, y sólo su contacto alivió un poco el dolor de mi pecho.

—Henry —susurró.

Levanté la vista hacia él. Dios, me dejó sin aliento.

—Hola.

—No creí que fueras a aparecer.

—Siento haberme ido ayer.

Miró por encima de su hombro, y Emily estaba ahora junto a las cintas de correr con otros clientes, probablemente dándonos algo de privacidad. Sin dejar de cogerme de la mano, Reed me llevó al

despacho donde estaban las básculas y los gráficos. Cerró la puerta detrás de nosotros y respiró profundamente. Dejó caer mi mano y se limpió la suya con nerviosismo en su pantalón de gimnasia.

—¿Por qué te fuiste ayer? —preguntó.

Bien entonces, directo al grano. Me llevé la mano a la frente.

—No soy muy bueno en esto.

—¿Qué le dijiste a Em hace un momento?

—Que me fui porque me di cuenta de que no pertenezco aquí. —Mi corazón martilleaba, pero de alguna manera me tragué el miedo—. Porque no pertenezco contigo.

Me miró con sorpresa.

—¿Qué?

La burbuja de risa que se escapó no sonó precisamente sana.

—Lo sé, una locura, ¿verdad? Que incluso pensara que posiblemente podría estar contigo. No sé por qué lo hice. Bueno, en realidad, eso no es cierto. Puedo decírtelo exactamente. Porque la atención era agradable. Porque las conversaciones y los mensajes de texto eran lo más parecido a una relación que había tenido en años. Porque me hizo darme cuenta de que lo que tenía con Graham había muerto hacía años, y tú me hiciste sentir especial. Me hiciste sentir deseado y divertido, y eso era algo que no había sentido en mucho tiempo. —Respiré profundamente—. Y lo dejé porque realmente pensé de forma estúpida que tenía una oportunidad contigo, hasta que te vi ayer. Haciendo el reto del entrenador y siendo todo sobrehumano y con toda esa gente guapa y en forma, porque yo no soy como ellos. Soy un maldito dirigible comparado con ellos, y nunca fue más evidente que ayer. Ya sabes, ¿la cosa de *Barrio Sésamo* en la que muestran cuatro cosas y todos cantan "una de estas cosas no es como las otras"? Bueno, Reed, yo soy esa cosa.

Reed seguía mirándome, medio horrorizado, medio divertido.

Me encogí de hombros, derrotado. Dios, me sentía como si acabara de hacer dos horas de sesión de entrenamiento.

—Me gustaría seguir con mi programa, si te parece bien. Pero entenderé si no quieres seguir siendo mi entrenador personal. Echaría de menos nuestras conversaciones y nuestros intercambios de recetas, pero seguro que lo superaré.

—No quiero que lo superes.

—Oh, vale, gracias. Puedo sufrir por toda la eternidad si lo

prefieres.

Se rio, a pesar de la tensión que había entre nosotros.

—No. Me refería a que no quiero que lo superes, porque no quiero que se acabe. Nuestras conversaciones y nuestros intercambios de recetas, es decir. Y que yo sea tu entrenador personal.

—Oh. Vale, bien.

—¿Pero, Henry?

—¿Sí?

—Tú perteneces a este lugar. Al igual que cualquiera de las personas que atraviesan esas puertas de entrada.

Parecía no entender el sentido de toda mi perorata, en la que le acababa de decir que quería estar con él, pero que de alguna manera terminaba con una canción de mi infancia.

Dios, a veces odiaba mi cerebro.

—¿La canción de *Barrio Sésamo* fue demasiado?

—No. Estuvo bien. Perfecta, de hecho.

—Perfecto podría ser una palabra fuerte...

—Henry, ¿por qué crees que no debes estar conmigo?

—Oh. —Parpadeé y tartamudeé—. Um, bueno, Dios, es sólo, um...

—¿No nos llevamos bien?

—Sí, nos llevamos bien.

—¿No hablamos durante horas y disfrutamos de la compañía del otro?

—Lo hacemos. Bueno, yo sí. Disfrutar de tu compañía, eso es.

—Yo también disfruto de la tuya. —Esperó y esperó a que respondiera a su pregunta original.

—No debo estar contigo porque necesitas estar con alguien que se parezca a Seth.

—¿Cómo Seth?

—Bueno, sí.

—Es un buen tipo, Henry. Pero es heterosexual, está casado y tiene dos hijos.

—Oh.

—¿Crees que necesito estar con alguien por su aspecto?

—¡No!

—¿Entonces cuál es el problema?

—Porque he visto esas películas en las que el deportista sexi se hace el interesado en el empollón con sobrepeso como una broma o un

reto, y francamente, no tienen gracia.

Retrocedió como si mis palabras le hubieran herido físicamente. Dio un paso atrás y luego pasó de estar sorprendido a estar un poco molesto.

—¿Alguna vez te he tratado de forma diferente? —Levantó las cejas y se cruzó de brazos—. ¿Alguna vez te he hecho sentir menos persona?

Levanté la mano como si de alguna manera pudiera retirar mis palabras que le molestaban.

—No.

Las fosas nasales de Reed se encendieron.

—Porque me insulta que pienses tan poco de mí.

Sacudí la cabeza.

—No, Reed, no me refería a eso. Nunca pensaría eso de ti.

—Pero acabas de hacerlo.

Oh, Jesús, estaba enfadado conmigo. Mi boca estaba repentinamente seca.

—No sólo por la apariencia, no. Sólo pensé que elegirías a alguien con un estilo de vida similar. No la apariencia. Alguien que respete su cuerpo y que pase tiempo, horas en realidad, haciendo ejercicio y siendo, ya sabes, capaz de hacer todas esas cosas sobrehumanas que hiciste ayer.

Lo pensó por un momento y luego negó con la cabeza.

—Aprecio tu preocupación por lo que crees que necesito. Pero qué tal si me dejas decidir lo que necesito y lo que no.

—Vale, sí, eso fue presuntuoso, lo siento.

Asintió lentamente.

—Lo fue. Pareces haber presumido mucho de mí.

—Realmente no lo he hecho. Bueno, no he querido hacerlo.

—¿Es por mí, o es por ti?

—¿Qué?

—¿El único de nosotros que no es lo suficientemente bueno? —Frunció el ceño—. ¿Soy yo o tú?

—Yo. Dios, yo. Tú... —Agité mi mano en su dirección—. Eres perfecto.

Negó un poco con la cabeza y suspiró.

—Es difícil estar enojado contigo, Henry.

—No, no es así. Mucha gente se las arregla bien.

Casi sonríe.

—No, quiero decir que es difícil enfadarse contigo por asumir todas estas locuras cuando todas ellas reflejan tu percepción de ti mismo.

—¿Qué?

—No crees que debamos estar juntos, no porque tenga este aspecto. —Agitó la mano delante de sí mismo como lo había hecho yo —. Porque soy, ¿cómo me llamaste?

—Perfecto.

Reed puso los ojos en blanco.

—Lo cual es ridículo, para que lo sepas. No, Henry, no crees que debamos estar juntos porque no crees que *tú* seas lo suficientemente bueno.

Le miré fijamente. Me desgarró, mi corazón y mis peores inseguridades quedaron al descubierto.

Sus ojos se suavizaron.

—Pero, Henry, lo eres. Y si me hubieras preguntado en lugar de cerrarme la puerta, te habría dicho que sí somos el uno para el otro. Porque me entiendes, y puedo hablar y estar contigo como si fuera lo más fácil del mundo.

Parpadeé y no pude formar las palabras. Las frases coherentes eran imposibles.

—¿Eh?

Los labios de Reed se movieron, y finalmente cedió y sonrió. Acortó la distancia entre nosotros hasta situarse lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir el calor que desprendía su cuerpo. Me puso los dedos en la barbilla hasta que lo miré. Nunca me había sentido más vulnerable que en ese momento. Mi corazón latía al triple y mis pulmones se apretaban, la adrenalina y los nervios inundaban mi cuerpo. Estaba tan cerca y era tan alto, su tamaño era abrumador e increíble. Su cara estaba apenas a un centímetro de la mía, sus ojos eran un océano de calor. Se lamió los labios y deslizó su mano por mi mandíbula. La aspereza de su piel me produjo un escalofrío y sonrió.

—Voy a besarte —susurró bruscamente—. ¿Está bien?

No podía hablar, mi garganta estaba llena de mariposas, mi cerebro estaba drogado con anticipación. Todo lo que pude hacer fue asentir, y ese fue todo el permiso que necesitaba. Reed inclinó mi cabeza hacia atrás y, en un momento que me dejó perplejo, apretó

lentamente sus labios contra los míos.

Sus labios eran cálidos y suaves y, sin palabras, me animó a abrirme para él. Profundizó su beso y deslizó su lengua contra la mía. El gemido estrangulado que emitió casi me hizo doblar las rodillas.

Su mano alrededor de mi mandíbula mantuvo mi boca justo donde él quería y su fuerte brazo rodeó mi espalda. Me atrajo contra él y me poseyó con ese beso. Me sentí como si flotara, y entonces su lengua volvió a encontrarse con la mía, y pensé que podría incendiarme.

Deslicé mi mano por su pelo, y eso me valió un gruñido, y, joder, el sonido me apremió. Este beso se estaba convirtiendo rápidamente en algo más, y no importaba dónde estuviéramos, lo quería.

La puerta del despacho se abrió de golpe y Reed y yo nos separamos. Emily estaba en la puerta, su sorpresa se convirtió rápidamente en una sonrisa.

—¡Oh, lo siento! Pensé que os habíais ido.

Reed dejó escapar una risa nerviosa y, poniéndose de medio lado hacia ella, me tiró protectoramente detrás de él.

—No, nosotros... no nos fuimos.

Me asomé por el brazo de Reed. Emily se estaba sonrojando un poco, pero su sonrisa era genuina.

—Continuad. —Fue a cerrar la puerta, pero se detuvo—. En realidad, iba a cubrir tu última cita de todos modos, si prefieres... ¿llevar esto a otro lugar?

—Probablemente deberíamos —dijo Reed—. Tienes razón.

—No puedes faltar a tu trabajo por mí —dije mirándolo.

Reed se giró hacia mí, con la confusión en su rostro al tiempo que Emily se aclaró la garganta.

—Sólo avísame. Tienes unos veinte minutos —dijo cerrando la puerta.

Puse mi mano en su brazo.

—Tu próximo cliente te estará esperando.

—Pero, ¿qué hay de esto...? —Hizo un gesto entre nosotros.

—Oh, podemos besarnos toda la tarde.

Se rio.

—Me refería a lo de hablar.

—También podemos hacerlo. —Me quedé mirando su cara bonita y sus labios hinchados por los besos—. Es sólo una hora, ¿verdad?

Asintió y, mirando mis labios, se inclinó y me besó de nuevo. Antes

de que pudiéramos profundizar el beso, se apartó y dio un paso atrás. Dejó escapar un suspiro constante.

—Dios, no puedo salir así.

—¿Así cómo?

Se tocó la polla. Su polla, bastante dura y notablemente grande.

—Oh. —Dios, podía imaginar cómo se sentiría eso dentro de mí—. *Oh*.

Dio un gran paso atrás.

—No ayudas, Henry.

—Oh, podría ayudar con eso si quieres.

Miró la puerta como si estuviera sopesando sus opciones, pero luego negó con la cabeza.

—No, no. Nuestra primera vez no va a ser aquí.

—Oh, no quise decir joder —susurré la última palabra—. Sólo quería decir que podría...

Se apretó la polla.

—Ah, sí, ya sé lo que querías decir. Quería decir que nuestra primera vez haciendo algo no va a ser aquí. —Al parecer no pude ocultar mi decepción, porque se rio y me atrajo para darme un rápido abrazo—. Una hora. Es sólo una hora.

—Sólo piensa en cosas horribles —murmuré en su pecho.

—Bueno, lo estoy intentando, pero todo lo que pienso es en cómo me besas, y eso no funciona en absoluto.

Tarareé.

—Dios, hueles bien.

Me empujó hasta la distancia del brazo.

—Bien, eso *realmente* no ayuda.

Me alejé un paso de él y me vi en el espejo.

Rápidamente aparté la mirada de mi reflejo e hice una mueca. Algo que Reed no pasó por alto. Se acercó al archivador y dijo:

—¿Puedo enseñarte algo?

—Si te ayuda con tu problema bastante grande.

Se detuvo.

—¿Mi qué?

—Tu... —Señalé con la cabeza la línea de la protuberancia de su polla, aún visible en sus pantalones de gimnasia—. Ese problema bastante grande.

Reed soltó una carcajada y las puntas de sus orejas se volvieron

rosas.

—Ah. —Se reajustó y se volvió hacia el archivador. Sacó un archivo en particular y lo deslizó por la mesa—. Abre eso.

Dudé que me mostrara algo que no debiera ver, así que giré la carpeta en el sentido correcto. Fue entonces cuando me di cuenta del nombre que tenía.

Henry Beckett.

Yo.

Este era mi expediente. Miré a Reed, y él sonrió alentadoramente.

—Ábrelo.

Con una respiración nerviosa, abrí la carpeta y vi mi foto y un montón de números en una tabla en la primera página.

—¿Qué es eso?

—Eso es lo que escribo después de cada sesión. Muestra tu progreso.

—Oh.

—Ven aquí —dijo Reed recogiendo la carpeta y caminando alrededor de la mesa hasta el espejo—. Ponte delante del espejo.

No me sentía cómodo haciendo esto. En absoluto. No me gustaba mucho mi reflejo. Pero hice lo que me pidió, aunque no me mirara realmente.

—Mira esta foto —dijo Reed.

Era la foto que había tomado el primer día que vine aquí. Era la imagen del hombre que había llorado frente al espejo del baño porque no le gustaba lo que veía... A mí tampoco me gustaba la fotografía.

—Ahora mírate en el espejo. —Esperó a que hiciera lo que me pedía—. ¿Ves la diferencia?

Y pude verla. Había visto mi reflejo en el espejo del baño todos los días durante las últimas cuatro semanas y nunca había notado una gran diferencia. Pero aquí estaba, justo delante de mí. Mi foto del antes y mi yo de hoy.

La foto era yo hace cuatro semanas. Me veía pálido, agotado y enfermo, si era sincero. Es cierto que no habían sido unos buenos días, pero también era mucho más grande de lo que recordaba.

Mi reflejo hoy tenía una piel más clara, con un brillo más saludable. No había círculos negros bajo mis ojos, y había menos peso alrededor del cuello y la mandíbula y menos peso alrededor de mi zona media.

—¿Ves la diferencia, Henry?

Asentí. Podía ver la diferencia. Claramente, podía ver una diferencia visible en sólo cuatro semanas. No era enormemente drástica, pero estaba ahí.

—Sí. —Sonreí—. Puedo.

Reed me sonrió.

—Bien. Así que la próxima vez que te veas en el espejo, por favor no frunzas el ceño.

Llamaron a la puerta y Emily asomó la cabeza.

—¿Reed? Nadia está aquí.

—Sí, acepto la cita, gracias. Saldré en un momento. —Reed cogió el expediente y lo volvió a meter en el archivador. Se acercó a mí y me puso ambas manos en los hombros. Se inclinó y me besó suavemente—. ¿Puedes estar en mi casa en una hora y media? Hay algo más que quiero mostrarte.

Asentí.

—Claro.

Se marchó para atender a su siguiente cliente y Emily le sonrió al salir. Cuando se fue, me sonrió.

—Bueno, ha ido bien.

Me mordí el labio para no sonreír como un payaso.

—Eso parece —dije. Emily miró a su alrededor y luego entró y cerró la puerta, dejándonos a ella y a mí solos en la habitación. Oh, mierda—. ¿Es este el discurso de "rompe su corazón y te romperé la cara"? —pregunté, tratando de bromear, pero estoy bastante seguro de que ella podía oler mi miedo.

Emily se rio.

—No del todo. Me alegro de que lo hayáis solucionado. Quiero verle feliz, y creo que siente algo por ti desde tu primer día. Le hiciste reír, y hacía tiempo que no le veía sonreír como cuando está contigo. —Estudió sus zapatillas de correr por un momento, y luego me miró directamente a mí—. Por favor, no le hagas daño. Su último novio le hizo bastante daño, y Reed puede ser un tipo grande y fuerte, pero eso no significa que no se lastime.

Negué con la cabeza.

—Nunca le haría eso. Todavía no sé exactamente lo que tenemos Reed y yo y, para ser sincero, todavía no me entra en la cabeza el hecho de que esté mínimamente interesado en mí de esa manera.

Sus labios se torcieron en una sonrisa de complicidad.

—Él ve a la persona que llevas dentro, Henry. Y lo que tú crees que debería encontrar atractivo, no es lo que busca. Es uno de esos tipos raros que se sienten atraídos por cosas como la honestidad y el humor.

—Oh. Bueno, esos los tengo a raudales.

—Lo creas o no, estaba preocupado por ser lo suficientemente bueno para ti.

Mis ojos se desorbitaron.

—¿Qué?

Se rio de mi reacción, pero había una profundidad en su mirada.

—Lo sé, es ridículo, ¿verdad?

—¿Por qué demonios pensaría eso?

—Porque trabajas en una gran empresa. Tienes un buen coche, posees tu propia casa y eres bastante bueno en tu trabajo en finanzas, o eso es lo que me dijo. —Emily se apoyó en la pared y se cruzó de brazos—. Y pensó que lo que hace para ganarse la vida podría no ser lo suficientemente bueno. Ya sabes, que tal vez no te guste decirle a la gente lo que hace en su trabajo.

—Eso es absurdo. —Negué con la cabeza—. Él ama su trabajo. ¿Sabes lo que la mitad de la gente que conozco daría por poder decir eso? Y entre tú y yo, no me importa lo que piensen los demás. Podría limpiar fosas sépticas y no me importaría. —Hice una mueca—. Vale, si se ganara la vida con eso, probablemente insistiría en que se duchara después del trabajo, pero no me importaría lo que los demás pensaran al respecto.

Finalmente me sonrió.

—Genial.

—Pensé que esto no iba a ser una charla de “rompe su corazón y te romperé la cara”.

Emily se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez sólo un poco.

No pude evitar reírme.

—Está bien, de verdad. No me importa. Estoy seguro de que Anika le dará a Reed el mismo discurso. Ella es para mí lo que tú eres para él, y vosotras dos os llevaríais muy bien. Pero creo que nos estamos adelantando. Reed y yo todavía no hemos hablado, bueno, de nada.

—Sí, lo sé. Lo siento. Sólo me adelanté. ¿Vas a ir a su casa después de aquí?

Asentí.

—Dijo que tenía algo que mostrarme.

Emily me dio una sonrisa genuina.

—Bien.

—¿Sabes lo que es?

—No voy a decir nada. Sólo sé amable con él. Y honesto. Eso es todo lo que pido.

Bueeeeeno. Mi interés se despertó.

—Debería irme. Probablemente se esté preguntando de qué demonios estamos hablando aquí.

Emily abrió la puerta y Reed, que estaba ayudando a Nadia con las pesas, lanzó una mirada en nuestra dirección. Sin duda se preguntaba de qué estábamos hablando. Miró a Emily con cara de "¿qué le has dicho?" y luego me miró a mí con ojos apenados. Le sonreí para hacerle saber que estábamos bien, y Emily simplemente levantó la barbilla sin disculparse.

Síp. Ella y Anika se llevarían bien.

Hablando de Anika, sabía que le debía una llamada. Me despedí de Reed con un gesto incómodo al salir, me subí al coche y llamé a Anika de camino a casa.

Ella contestó su teléfono con:

—La razón por la que apenas estoy escuchando de ti ahora debe haber involucrado el mejor sexo que hayas tenido jamás.

Resoplé, agradeciendo que no hubiera nadie más en el coche conmigo.

—No exactamente.

Le conté los sucesos del último día, incluyendo la victoria de Reed en el desafío sobrehumano con sus colegas, luego mi enloquecimiento y el subsiguiente acurrucamiento en mi miseria y en las mantas, y lo sucedido esta mañana.

—¿Te besó?

—Oh chica, lo hizo. *Nunca* me han besado así.

Ella se rio.

—¿Qué crees que te va a mostrar?

—No tengo ni idea.

—¿Crees que podría ser una colección de muñecas de goma?

Me eché a reír.

—Bueno, estoy bastante seguro de que no lo es.

—¿Y si es un fetiche raro, como que le gusta meterse peces vivos por el culo?

—Jesús, Anika, ¿has estado viendo *Fetiches Bizarros* otra vez?

—Tal vez.

Dios mío, me hizo reír.

—Estoy seguro de que no es nada de eso.

—Quieres decir que esperas que no lo sea. A menos que realmente te guste ese tipo de cosas, en cuyo caso puedo empezar a llamarte Palitos de Pescado.

—Ahora cuelgo.

—¿Usarías salsa tártara como lubricante?

—Adiós.

—Llámame cuanto antes, ¿vale?

Terminé la llamada y salí de mi coche, entrando a cambiarme. Sólo que esta vez, cuando me estaba vistiendo, me tomé el tiempo de mirarme en el espejo. Todavía no estaba muy a gusto con mi aspecto, pero Reed tenía razón. Podía ver los cambios. No sólo en mi cuerpo, sino también en mi confianza. Estaba muy lejos de donde necesitaba estar, pero podía ver que todo mi trabajo duro estaba dando sus frutos.

Me puse unos vaqueros que hacía años que no me ponía. Me miré el culo en el espejo desde varios ángulos y tuve que admitir que no estaba tan mal. Mi estómago era notablemente más pequeño y la camiseta que me puse favorecía mi cuerpo en lugar de ocultar mis mayores defectos.

Miré mi reflejo durante un rato y, en lugar de encogerme de hombros con la mentalidad de “tendrá que servir”, me sentí un poco feliz con mi aspecto.

No era perfecto. De hecho, estaba lejos de serlo. Pero estaba tomando el control de mi cuerpo, de mi espacio mental y de mi vida.

Con un guiño a mí mismo en el espejo, fui a casa de Reed. Quería saber qué era lo que tenía que mostrarme, y realmente quería que me volviera a besar como antes.

Capítulo Doce

Reed abrió la puerta de su apartamento, recién duchado, con sus nuevos vaqueros y una camiseta gris lisa que parecía desafiar las leyes del estiramiento y la comodidad. Sonrió al verme y se hizo a un lado.

—Por favor, pasa.

Olía a jabón y a desodorante y, de repente, los nervios se apoderaron de mí. ¿O era anticipación? Las mariposas de mi estómago no distinguían la diferencia. Pero entonces me fijé en él, o mejor dicho, en lo nervioso que estaba.

Se lamió los labios y se limpió las manos en los muslos, luego se pasó la mano por el estómago como si tuviera nudos por dentro.

Me acerqué a él y le puse la mano en el brazo.

—Oye. ¿Estás bien?

Dejó escapar una carcajada.

—Sí. Un poco nervioso.

¿Un poco?

—No lo estés. Sólo soy yo.

Me dedicó esa sonrisa que hacía que sus ojos se arrugaran y dejó escapar un profundo suspiro.

—Han sido unos días raros, ¿eh?

—Bueno, la rareza de ayer fue toda mía. Me asusté y lo siento. Pero esta mañana ha sido genial, la verdad. —Me sonrojé al recordar la forma en que me besó, y el recuerdo de lo que su boca podía hacer me hizo entrar en calor—. Puedes besarme así cuando quieras.

Se echó a reír.

—Ah, sí. Sobre eso... debería disculparme por cómo reaccionó mi cuerpo. —Sus mejillas se tiñeron de rosa—. Eso fue vergonzoso.

Recorrí con mi mano su brazo, sintiendo la hinchazón de sus bíceps y el calor de su cuerpo. Mis ojos se encontraron con los suyos y susurré:

—No te disculpes por eso.

Reed dio un paso atrás y dejó escapar una respiración temblorosa.

—Vale, vaya. —Se rio y sacudió la cabeza, como para despejarla—.

Necesito decirte algo primero. Quiero volver a besarte, pero quiero ser sincero contigo antes de decidir lo que vamos a hacer.

Bien, ahora estaba oficialmente preocupado. La conversación de Anika volvió a mí.

—¿Involucra peces de alguna manera?

—¿Qué?

—No importa.

Se rio y, cogiéndome de la mano, me llevó a la cocina. Vale, la cocina era un lugar extraño para esta conversación y no era lo que esperaba, pero le seguí la corriente. Me dejó apoyado en la encimera de la cocina y, poniendo distancia entre nosotros, se apoyó en la encimera de enfrente. Jugó con sus manos hasta que decidió metérselas en los bolsillos.

—Em me contó lo que hablasteis tú y ella.

Asentí.

—Síp. Ella me dio la sacudida. No me amenazó exactamente, pero todos sabemos que podría partirme en dos, así que no hacía falta decirlo.

Reed sonrió.

—Sólo está preocupada por mí. Eso es todo.

—Me alegro de que lo esté.

—Yo también. —Respiró profundamente—. Ayer por la tarde estaba un poco deprimido. Después de que desaparecieras, pensé que seguramente no te volvería a ver. Tengo que admitir que me sorprendió verte esta mañana.

—Necesitaba disculparme. Realmente siento haberme ido ayer. Tenía la esperanza de que algo se estaba construyendo entre nosotros, y luego cuando te vi sin camiseta, estando todo en forma y sexi, con otras personas que también están en forma y son sexis, dejé que mis inseguridades ganaran. Y lo siento.

—Porque pensabas que no podría estar interesado en ti...

Asentí.

—Sí. —Respiré con fuerza. Si teníamos alguna posibilidad, tenía que ser capaz de decirle esto—. Quiero decir, podrías tener a cualquier tipo que quisieras. Y yo... bueno, no soy como ellos.

—Exactamente. No te pareces en nada a ellos. Por eso. No bromeaba cuando te dije que me gusta que hablemos de comida y todo lo demás. Todos los demás tipos que conozco sólo quieren hablar

de levantar pesas, de proteínas en polvo y de lo bien que se ven. Pero tú me hablas de cosas reales. Me haces reír.

—Pero yo... y tú...

Se cruzó de brazos.

—¿Qué?

—Bueno —intenté pensar en una comparación apropiada—. Tú eres el príncipe de Disney, y yo soy Shrek.

Se rio.

—Pero no lo eres, Henry. Y, además, resulta que me gusta Shrek. —Dejó escapar un largo suspiro y su sonrisa se desvaneció—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Si tuviera un aspecto diferente, ¿habría sido un problema para ti?

—¿Cómo?

—Si fuera grande. Si tuviera sobrepeso. Si no me viera como me veo. —Agitó la mano frente a sí mismo—. ¿Habrías creído que podría estar interesado en ti?

Me encogí de hombros.

—No he pensado en eso. No lo sé. Probablemente tendría más sentido.

—Dijiste esta mañana que pensabas que debía estar con alguien que tuviera un tipo de cuerpo como el mío...

—No, me refería a los intereses físicos, como el fitness y el ejercicio. Lo siento si no me expliqué bien.

Consideró esa disculpa.

—Entonces, si por ejemplo Anika fuera una mujer de talla grande, ¿le dirías que no saliera con un tipo atlético?

—No. Nunca. Es la mejor, si no la más loca persona que conozco. Alguien, cualquiera, sería afortunado de tenerla. —Había más en esto de lo que estaba dejando ver—. ¿Por qué?

—Estoy tratando de averiguar lo que realmente piensas sobre la imagen corporal.

Negué con la cabeza, sin saber por qué lo preguntaba.

—De acuerdo, sinceramente... Lo odio. Odio que se le pongan etiquetas a la gente. Creo que he tenido suficientes etiquetas para toda la vida: gay, reina, gordo, viejo. Me gustaría que los medios de comunicación dejaran de promover imágenes corporales poco realistas

que hacen que los niños se mueran de hambre para que una empresa pueda vender unos putos pantalones cortos. Me gustaría que la gente más grande no fuera ridiculizada, avergonzada e ignorada. Ojalá no se juzgara a la gente por su aspecto...

Y eso me detuvo.

Porque eso es exactamente lo que había hecho. Lo había juzgado a él y a sus amigos. Había asumido tanto sobre ellos, basado puramente en sus apariencias físicas.

—Oh, Dios. —Apoyé la cabeza en las manos mientras la comprensión me invadía como una manta fría—. Yo hice eso, ¿no? Lo siento. —Unas manos grandes y cálidas estaban sobre las mías, despegándolas de mi cara. Reed me levantó la barbilla y tuve que levantar la vista para ver sus ojos—. Lo siento mucho.

Se inclinó y apretó sus labios contra los míos. Fue suave y dulce, y demasiado breve. Se retiró y casi sonrió.

—Gracias.

—Siento haber sido un imbécil crítico.

Sonrió amablemente.

—Quiero mostrarte algo.

Casi lo había olvidado. Pero ahora entendía por qué me había traído a la cocina. Porque había fotos en su nevera, y sin decir nada más, Reed señaló una en particular.

Era una foto cándida de un chico grande. Era muy alto, tenía una gran barriga, papada. Joven, pero con mucho sobrepeso, con ojos familiares.

—¿Ese eres...?

—Sí, soy yo.

Mi mirada se dirigió a la suya durante un momento de incredulidad, y luego volví a mirar la foto. Realmente era él. La sonrisa era la misma, los ojos... Dios mío.

—Siempre fui el niño grande. —Reed sonrió con tristeza—. ¿Quieres etiquetas? Tuve muchas. Regordete, tarado, gordinflón. A los dieciséis años, jugaba al fútbol, en primera línea. Me gustaba mucho el capitán del equipo de waterpolo. Era gay, y hasta donde yo sabía, éramos los únicos dos chicos gais de mi año en el instituto. Nos llevábamos bien, nos reíamos juntos, salíamos con la misma gente... En fin, hubo una fiesta y nos enrollamos, pero él dijo que no podíamos ser más que físicos. Que nunca sería mi novio porque yo estaba muy

gordo.

—¿Dijo eso?

—Lo dejó muy claro.

—Oh Reed, lo siento mucho.

—Por eso, lo que te dijo Graham me llegó al alma. Sé exactamente cómo te sentías. Quiero decir, no llevaba ocho años con él...

—Pero tú le querías.

Asintió.

—¿Cómo se llamaba?

—Taj.

—Suena como un capitán de un equipo de waterpolo. Supongamos que era guapo y un completo imbécil.

Reed sonrió.

—Sí. Pero, ¿te das cuenta ahora? Nunca juzgaría a una persona por su tipo de cuerpo porque he pasado por eso. Durante años fui ese chico al que se le insulta y se le estereotipa, o peor, se le ignora, por ser grande. He estado donde tú estás.

Parpadeé para no llorar.

—Pero Henry, sigo siendo el mismo tipo que aparece en esa foto. Soy la misma persona ahora que cuando estaba en mi mayor peso, pero la gente me trataba de forma diferente. Me trataban como si fuera un don nadie, el blanco de las bromas por mi tamaño. Quiero decir que medir un metro noventa a los dieciséis años no era fácil, y yo era grande. *Muy* grande. —Sonrió con una mirada lejana en sus ojos mientras obviamente recordaba situaciones—. Después de que Taj me dejara, me rompí el culo durante doce meses: hice dieta, ejercicio y lo traté como si fuera mi trabajo. Entonces me encontré con él cuando teníamos dieciocho años, en un bar. Se fue a la universidad y no lo había visto en más de un año. Al principio no me reconoció, pero seguro que estaba interesado. Entonces le dije que era yo, y después de que casi se cayera de culo, lo mandé a la mierda.

—Bien por ti.

—Y tú me miras ahora y piensas que lo tengo fácil, pero, Henry, no es así. Porque ahora ocurre lo contrario. La gente sólo se fija en mí por mi cuerpo. Sólo quieren estar conmigo porque hago ejercicio. Todo son pesas y repeticiones, y me encanta mi trabajo, pero nadie pregunta por *mí*. —Respiró profundamente y se lamió los labios—. Hasta que llegaste tú. Querías conocer mi verdadero yo. —Entonces

puso la mano en la fotografía pegada a su nevera—. Porque este es quien soy. Soy el hombre que sabe lo que es no sentirse lo suficientemente bueno por culpa de mi cuerpo. Y por eso me dolió que asumieras eso de mí.

Puse mi mano en su pecho, sobre su corazón, y lo miré.

—Lo siento. Siento haber sido un imbécil.

Reed se rio.

—Sólo lo dijiste por tus propias inseguridades, y eso es algo que entiendo. He pasado por eso, Henry.

—Todavía lo siento. No me di cuenta de que el estigma va en ambas direcciones.

Me puso la mano en el hombro y su pulgar me recorrió la mandíbula.

—Así que, ahora que conoces mi verdadero yo, ¿sigues interesado?

—Por supuesto que sí. Más interesado, creo. Gracias por mostrarme esta parte de ti.

Tomó mi cara entre sus enormes manos, e inclinando mi cabeza hacia atrás, me besó. Me besó de verdad. Ese beso le pertenecía, y en ese momento él me pertenecía a mí. Nunca había sido besado por alguien más grande y más fuerte, por alguien que me dominaba totalmente, y tenía que admitirlo. Me gustó mucho, joder.

Me fundí con él y dejé que me besara como quisiera. Era todo brazos fuertes y manos seguras, labios dulces y lengua sensual.

Me empujó contra la encimera de la cocina y gimió cuando nuestros cuerpos se encontraron. Me rodeó la espalda con uno de sus brazos, acercándome a él, y me pasó la otra mano sobre mi cadera, presionándonos juntos. Rompió nuestro beso para gemir al contacto y luego volvió a aplastar su boca sobre la mía, besándome como si fuera mi dueño.

Estoy bastante seguro de que morí allí mismo. O que vi la luz del cielo. O fui transportado a algún plano etéreo donde el placer y el éxtasis eran tan tangibles como el aire.

Reed se separó, con una mano en mi cadera, y la otra en mi camisa. Estaba sin aliento y parecía un poco borracho.

—Jesús.

Volví a la tierra como una pluma.

—Sí.

—Sólo dame un minuto —dijo con una risa ahogada—. Dios, me

haces esto.

Me agarré mi propia erección.

—Eh, estoy bastante seguro de que también es por tu culpa.

Miró el bulto de mis vaqueros.

—Henry —medio gruñó, medio rio—. No estás ayudando.

—Oh, pero puedo —dije, tomando su mano, guiándolo fuera de la cocina—. ¿Dónde está tu dormitorio?

Tiró de mí hasta que me detuve. Le miré, preguntándome si me estaba moviendo demasiado rápido. Me puso la mano en la cara.

—¿Estás seguro, Henry?

Me encontré con su mirada oscura.

—No el sexo completo. Quiero decir que quiero, realmente quiero, pero creo que es demasiado pronto. Podemos quitarnos de encima los nervios, ¿te parece bien?

Sus fosas nasales se encendieron, me cogió de la mano y me indicó el camino. El sol del mediodía iluminaba su habitación y una suave brisa agitaba las cortinas. Su cama era de tamaño king, las almohadas eran blancas y parecían nubes. Me adentró en su habitación y, cuando la parte posterior de mis rodillas chocó con el marco de la cama, me preguntó de nuevo:

—¿Estás seguro?

—Sí —respondí, al mismo tiempo que pasaba mi mano por la tela vaquera que ocultaba su erección.

Sus ojos se cerraron y, con una fuerza que me sorprendió, me cogió por el culo y me levantó sobre su cintura. Mis piernas lo rodearon instintivamente, y fui más alto que él. Me agarré a su cuello y él se arrodilló en la cama y me bajó al colchón, acomodándose entre mis piernas.

Oh, mierda.

Con las dos manos en la cara, acerqué su boca a la mía y lo besé profundamente. Él empujó sus caderas contra las mías y yo necesité deshacerme de la ropa que nos separaba. Sin romper el beso, metí las manos entre nosotros y tanteé el botón de sus vaqueros.

Reed se apartó de mí sonriéndome, con sus labios hinchados por los besos, sus ojos brillantes de deseo. Se desabrochó los vaqueros y liberó su polla. Tenía unos sólidos veinte centímetros de gloria sin circuncidar. Casi me corro allí mismo.

—Joder.

—Hoy no.

Se me entrecortó la respiración y entonces me abrió el botón de los vaqueros con brusquedad y me sacó la polla. Tarareó con aprecio mientras me rodeaba con su mano, y luego se apoyó con su mano libre en mi hombro. Alineó nuestras pollas y las cogió con su enorme mano sin romper el contacto visual mientras nos masturbaba juntos. Su mano, áspera y callosa por levantar pesas, se sentía divina, su mirada era intensa y de un azul fundido.

Levanté la mano y acuné su cara, introduciendo mi lengua en su boca. Se sacudió hacia delante con un gemido descomunal, y pude sentir cómo su polla se hinchaba y se agitaba contra la mía mientras se corría. Incapaz de contener mi orgasmo, no tardé en seguirle, y me corrí sobre nuestros vientres, entre los dos. Con las ondas de choque que aún me recorrían, Reed deslizó sus brazos por debajo de mí y me abrazó con fuerza hasta que mi orgasmo se calmó.

Me pegó la nariz a la mandíbula y se rio.

—Bueno, eso terminó vergonzosamente rápido.

—Eso fue jodidamente caliente.

Se rio y su cálido aliento en mi cuello me hizo sentir escalofríos.

—Deberíamos limpiarnos —murmuró. No hizo ningún intento de moverse, excepto para presionar su nariz en mi cuello, y luego contra mi oreja. Era obvio, por mi respiración errática, que me gustaba, y él se rio. Le pasé la mano por el pelo y arqueé el cuello para dejarle más espacio. Habló con un suspiro—: O podemos quedarnos aquí.

Me tomé mi tiempo para pasar mis manos por debajo de su camiseta, por encima de su espalda, trazando círculos perezosos por sus anchos hombros, sintiendo los fuertes planos de los músculos. Era algo nuevo para mí, y descubrí que me gustaba bastante. Nunca había estado con un tipo de su estatura, pero me encantaba su tamaño, su fuerza. Me encantaba sentirme abrazado y seguro, y eso también era nuevo para mí.

Reed se apartó para poder mirarme a los ojos y me apartó el pelo de la frente.

—¿Estás bien?

No pude evitarlo. Tuve que tocar su cara.

—Estoy mejor que bien.

Me dedicó su sonrisa de oreja a oreja antes de apretar rápidamente sus labios contra los míos.

—Realmente somos un desastre. Y creo que en realidad estamos físicamente pegados.

—¿Si quieres ducharte primero...?

—¿Es demasiado pronto para que me acompañes?

Tragué con fuerza.

—¿Demasiado pronto en el día? ¿O demasiado pronto en lo que sea que es esto entre nosotros?

Sonrió.

—¿El semen entre nosotros o la relación entre nosotros?

Me eché a reír. Aunque me gustaba la palabra relación. La respuesta de Reed fue quitarse de encima, agarrarme de la mano y sacarme de la cama. Ninguno de los dos nos detuvimos a acomodarnos y subirnos la bragueta; se limitó a llevarme al baño y a abrir el agua de la ducha. Se volvió hacia mí y, con una sonrisa, se llevó la mano a la nuca y se quitó la camiseta.

Dios mío. Estaba sin camiseta, su polla sobresalía medio dura, y sus vaqueros estaban desabrochados, pero todavía alrededor de sus caderas, y mi semen estaba embadurnado en su estómago. No podía estar más bueno.

—¿Estás bien? —preguntó.

Estaba mirando fijamente, y no tenía mucho sentido ocultarlo.

—Eres jodidamente hermoso.

Resopló y se quitó los vaqueros, mostrando sus gruesos y definidos muslos.

—Vale, me he equivocado. Antes pensaba que no podías estar más bueno, pero *hola piernas*.

Ahora se rio.

—Tu turno.

—No tengo ropa para cambiarme.

Miró hacia abajo.

—Tus vaqueros están bien. Puedes ponerte una de mis camisetas.

Y de repente, estaba nervioso por estar desnudo con él. Lo cual era ridículo, considerando lo que acabábamos de hacer.

Reed sonrió como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Me sacó lentamente la camiseta por encima de la cabeza y me dio la vuelta para que quedara frente al tocador del baño y, por supuesto, al espejo.

—Mírate, Henry.

Lo hice, aunque mis ojos se dirigieron directamente a su refección detrás de mí. Sus hombros eran el doble de anchos que los míos. Era una cabeza más alto que yo. Era difícil no mirarlo.

—No, mírate —susurró. Hice lo que me pidió y Reed estudió mi pecho en el espejo. No estaba definido como él, ni tampoco bronceado. Había perdido algo de peso y me había tonificado un poco, pero no era nada comparado con él. —. Me gusta lo que veo Henry —dijo plantando un beso en la parte superior de mi hombro. Parecía que le gustaba lo que veía. Me dijo que le gustaba por mí, independientemente del cuerpo que tuviera. Me quedé mirando mi reflejo, intentando ver lo que él veía, y Reed esperó hasta que el espejo empezó a empañarse—. Vamos, odio desperdiciar el agua.

Abrió la puerta de la ducha y se metió bajo el chorro. Sacudí la cabeza por lo jodidamente absurdo que había sido este día, terminé de desvestirme y me uní a él.

Ya estaba enjabonado, y si antes creía que estaba caliente, entonces con gusto me corregí. Porque el hecho de que estuviera mojado y enjabonado era un espectáculo que me dejaba literalmente sin aliento. Alcé la mano y toqué un chorro de burbujas que se abría paso entre sus pectorales y sobre los definidos músculos de sus abdominales. Incluso las burbujas parecían felices de estar allí. No es que pudiera culparlas.

Reed cogió su gel de ducha y su esponja vegetal y me restregó el semen que se había secado en mi vientre, y luego me recorrió con sus manos. No tuvo reparos en tocarme y traté de no pensar en lo fuera de forma que estaba, especialmente en la zona de la cintura. Desde luego, él no parecía darse cuenta, ni importarle. Cuando estuve lo bastante enjabonado, y dado que no había mucho espacio en su ducha, tuvimos que sortearnos el uno al otro para meterme bajo el chorro de agua.

Después de enjuagarme, Reed me inclinó la cabeza hacia el chorro de agua y me besó.

Se apartó con una sonrisa diabólica y cerró los grifos.

Salió y me dio una toalla antes de secarse rápidamente. Mientras se ponía los vaqueros, dijo:

—Entonces, estaba pensando...

Me sequé con la toalla.

—¿Sí?

—Bueno, todavía tengo todos los ingredientes para la ensalada que

te iba a hacer anoche. Podemos hacerla ahora, si quieres. —Se subió los vaqueros y se pasó la toalla por el pelo, haciendo que se levantara en todas las direcciones—. Tengo hambre. Pero siempre tengo hambre, así que si prefieres dejarlo, puedo coger otra cosa.

Me puse los vaqueros y me los subí, sintiéndome un poco menos inseguro al no estar completamente desnudo delante de él.

—¡Claro! Suena muy bien. De hecho, tengo un poco de hambre.

Sonrió y recogió nuestras camisetas sucias.

—Excelente. Iré a buscarte una limpia.

Colgué las dos toallas y él apareció un segundo después con dos camisetas en la mano. Eran idénticas, como la que llevaba antes. Una simple camiseta de algodón con una marca deportiva en la parte delantera, ambas de la misma talla. Salvo que cuando se puso la suya, la llenó como un dios, y cuando me puse la mía, me quedaba muy diferente.

Reed se limitó a sonreír alegremente, como si eso no supusiera ninguna diferencia.

—Vamos. Necesito comiiiiiiida.

Me guio hasta la cocina, hablando alegremente mientras le seguía.

—Lo mejor de esta receta es que se tarda quince minutos. —Abrió la nevera y rebuscó en ella, entregándome los ingredientes a medida que encontraba lo que necesitaba—. Y teniendo en cuenta que, como unas seis veces al día, las comidas rápidas son algo bueno.

—¿Seis veces?

Cerró la puerta de la nevera con dos aguas embotelladas en la mano.

—Sí. Mi metabolismo es bastante rápido. Quemo muchas calorías en el trabajo, así que suelo llevar fruta y barritas de proteínas. Ya te acostumbrarás. —Luego hizo una mueca—. Si quieres acostumbrarte claro.

Dejé las cosas de la ensalada en la encimera y cogí una de las botellas de agua que tenía en la mano.

—Me gustaría acostumbrarme a ello.

Sonrió, pero se sonrojó un poco mientras asentía.

—Bien. Yo también.

Y las palabras de Emily volvieron a mí. Puede que sea un tipo grande, pero eso no significa que no sienta. Y aunque mi idea preconcebida era que todos los adictos al gimnasio eran del tipo de

follarse todo, él no podía ser más opuesto. Era tan vulnerable como yo.

—Me alegro de que te guste comer —dije—. Porque me gusta cocinar. Pero para que lo sepas, tengo una barra de proteínas que puedes tomar en cualquier momento.

Tardó un segundo, pero luego se dio cuenta de lo que estaba hablando. Se rio.

—Así que tienes el sentido del humor de un niño de quince años.

—Más o menos. Te acostumbrarás. —Tomé un sorbo de agua—. Ah, y todavía tengo que hacerte ese postre de remolacha. Estaba increíble.

—De acuerdo. —Me besó con labios sonrientes—. ¿Tal vez esta tarde? Podríamos dar un paseo hasta Coles más tarde si quieres.

—Podríamos. Pero tengo los ingredientes para ello en mi casa.

Su mirada se encontró con la mía, y hubo un parpadeo de calor allí.

—Suena bien.

Era bastante obvio que mi oferta de cenar conmigo era también una invitación a algo más físico. No creía que estuviéramos todavía en la fase de tener sexo anal, pero había unas cien cosas más que podíamos hacer. Entonces me di cuenta de que teníamos que hablar.

—Entonces... —Empecé con cautela. Cogí la batata—. Supongo que tenemos que hablar de historias y expectativas sexuales en algún momento. —Miró la batata de forma fálica en mi mano y sonrió, y yo resoplé—. Sí, tu verdura de tamaño apto es apta.

Me dio el pelador, luego se lo pensó mejor y volvió tomar la batata y el pelador.

—Yo podría hacer esa parte. ¿Puedes lavar las hojas de ensalada?

Me reí, pero vacié la mezcla de hojas en la centrifugadora de ensalada.

—Vi al médico antes de empezar en el gimnasio, ya sabes, para un chequeo de salud. Todo salió bien. Estuve con Graham durante ocho años y sólo he practicado sexo seguro. Puedo contar con las dos manos los chicos con los que he estado, incluido tú. —Dejé escapar un suspiro a través de las mejillas hinchadas y traté de no dejar que mi vergüenza se apoderara de mí—. He sido activo antes, pero prefiero estar abajo. Es lo que me gusta, aunque sólo he sido pasivo con hombres en los que he confiado.

Reed dejó de pelar la batata y la puso sobre el fregadero.

Sin decir nada, se limpió las manos y se acercó a mí, apretándose contra mí. No tuve más remedio que levantar la vista, y cuando lo hice, me besó, suave y dulcemente.

—Gracias por decírmelo. —Suspiró y volvió a besarme castamente —. Me hicieron pruebas de todo lo imaginable cuando descubrí que mi ex me engañaba —dijo—. Me dieron el visto bueno. No he estado con nadie desde entonces.

—Siento que te hiciera eso.

—Yo también. Pero me alegro de haber descubierto la verdad. — Sonrió con tristeza—. De todos modos, mi historia... bueno, me pasé la mayor parte de mis años veinte viendo lo que mi nuevo cuerpo podía hacer. —Se encogió—. Lo siento.

Resoplé.

—¿Era como un juguete nuevo y brillante?

Asintió rápidamente.

—Eh, sí. Pero durante los últimos seis años, sólo he tenido sexo con chicos con los que he tenido relaciones. Necesito esa conexión. — Ahora se encogió de hombros—. O la intimidad simplemente no funciona para mí.

Me incliné sobre las puntas de los pies y me estiré todo lo que pude, y él *aún* tuvo que inclinarse para que pudiera besarlo. Le hizo sonreír contra mis labios, pero entonces su estómago gruñó.

Lo empujé hacia atrás.

—Comida. Ahora.

Se rio.

—Lo intento, pero no dejas de distraerme.

Volví a lavar la ensalada y él volvió a pelar y cortar la batata. Luego la cocinó al vapor en el microondas durante diez minutos y encendió el grill de la encimera para calentarlo. De vez en cuando se detenía para tocarme o besarme. Hizo la batata al vapor, luego los filetes de cordero, preparó una ensalada de hojas mixtas y pimiento fresco con una vinagreta balsámica, lo sirvió todo y charlamos sin esfuerzo sobre comida, música y películas mientras comíamos.

Cuando pasamos al sofá, nos sentamos en los extremos opuestos, y Reed metió una de sus piernas bajo el culo. Estaba muy relajado y me hizo sentir que pertenecía al lugar donde estaba. Me contó algunas anécdotas divertidas de su infancia y de lo maravillosa pero también

embarazosa que podía ser su familia. Me contó algunas de las cosas más extrañas que había visto en un gimnasio, y yo le conté la vez que Anika me había llevado a hacerse la pedicura y pudimos oír todo lo que pasaba en el cubículo de al lado. Al parecer, los finales felices eran algo increíble, y Reed se rio, diciendo que el sexo en las duchas de los gimnasios es bastante común.

—Ahora, no en mi gimnasio, sino en otro —aclaró—. Pero para estar seguro, intento no ducharme en el trabajo, y si tengo que hacerlo, siempre llevo calzado protector.

No me había dado cuenta de que nos habíamos acercado el uno al otro en el sofá, pero ahora estábamos sentados de lado y frente a frente, casi tocándonos. Reed pareció darse cuenta al mismo tiempo y me tocó suavemente la mandíbula. Su mirada pasó de mi mandíbula a mis labios, y cuando me miró a los ojos, sus pupilas se oscurecieron. Acercó nuestros labios, mientras su mano libre encontró mi cadera y me colocó como quería. Me empujó hacia atrás en el sofá y se acostó encima de mí.

Jesucristo.

Si seguía besándome así, yo también necesitaría un par de sus vaqueros. Rompió el beso y apoyó su frente en mi mejilla.

—Lo siento. Sigo dejándome llevar —murmuró—. Ha pasado un tiempo para mí, y eres tan jodidamente besable.

Quería hacer rodar mis caderas, y quería que me llevara a la cama y enterrara esa enorme y jodida polla suya dentro de mí. Pero con el autocontrol de un monje, me abstuve.

—Llámame Madre Teresa.

Se echó hacia atrás, sorprendido, como si yo tuviera alguna inquietante perversión de monja.

—¿Qué?

Me eché a reír.

—No, sólo quise decir que me estoy esforzando tanto por no dejar que me folles que soy prácticamente una santa.

—Ah. —Entonces él también se rio, gracias a Dios. Se quitó de encima de mí y se desplazó a su extremo del sofá. Dejó escapar un largo suspiro—. Yo también quiero eso, Henry. Pero debemos esperar. Deberíamos esperar, ¿no?

Me senté y me palmeé la polla para amortiguar mi excitación. Asentí con un movimiento de cabeza.

—Sí, probablemente sea una buena idea. —Y lo era. No quería acabar en la cama para darme cuenta de que no estábamos preparados y arruinar lo que podría ser el comienzo de algo muy increíble—. Físicamente, creo que estamos más que preparados. Emocionalmente, creo que nos vendrían bien unas cuantas citas, ¿no?

Se puso en pie de un salto, con una sonrisa que sólo podría describirse como de alivio. Me levantó para que estuviera de pie frente a él.

—Gracias por estar en la misma página. —Parecía que iba a besarme de nuevo, pero en lugar de eso dio un paso atrás y se ajustó el enorme bulto de sus vaqueros—. Jesús. Vale, también puedes llamarme Madre Teresa.

Excitarlo era una sensación embriagadora. Tragué con fuerza.

—Creo que esta noche, después de la cena, podemos encontrar otra cosa que hacer —sugerí.

—¿Cómo qué?

—Scrabble. Uno. Twister. Ese tipo de cosas. —Me miró fijamente. Así que aclaré—. Y por Scrabble, Uno y Twister, realmente quiero decir pajas, mamadas y más frotamientos.

Se rio.

—Ésos son juegos a los que puedo jugar.

Entonces recordé algo.

—Sin embargo, hay algo que tengo que hacer primero.

—¿Y qué es?

—Tengo que dejar un equipaje que ya no necesito. —Reed parecía un poco confundido, pero yo sonreí. Y así, con Reed acompañándome, conduje hasta la tienda de caridad más cercana y saqué la caja con las pertenencias de Graham del maletero. Antes de ponerlas en el contenedor, Reed me puso la mano en el brazo.

—¿Estás seguro?

—Estoy muy seguro. Debería haberlo hecho el día que se fue.

—Pero entonces no estabas preparado.

—No. No lo estaba. Pero ahora sí. Para ser sincero, debería haberlo hecho hace dos o tres años. Supongo que tenía que seguir su curso para llegar a este punto. —Me encogí de hombros y me encontré con su mirada—. Estoy contento con el lugar al que me dirijo. Y eso no tiene nada que ver contigo, Reed. Quiero decir, no me malinterpretes, yo también estoy contento con el lugar al que nos dirigimos. Pero

estoy más feliz con lo que soy y sabiendo lo que quiero, de lo que he estado en años. Quiero estar más en forma y más sano, por mí, no por nadie más. No estoy preparado para enfrentarme al mundo, pero sí para dejar esto atrás. —Levanté la caja.

Reed me recompensó con una de esas sonrisas que le arrugaban los ojos y un suave beso.

—Bien por ti, Henry.

Y así, sin más, puse la caja con las cosas de Graham, las cosas que él había desechado, pertenencias y recuerdos; en el contenedor de la beneficencia, y me marché. Me sentí más ligero, más fuerte que nunca.

Reed y yo volvimos a mi casa, donde le preparé la tarta de remolacha como un almuerzo tardío, que devoró, y cociné una cena de langostinos y linguini. Se pasó todo el tiempo en la cocina conmigo, distrayéndome con besos en la nuca y suspiros al oído.

Y más tarde esa noche, jugamos Scrabble, Uno *y* Twister.

Capítulo Trece

El lunes por la mañana entré en la oficina con un café para mí y otro para Melinda. Lo puse en su escritorio al entrar, y ella me miró, parpadeó y se levantó. Cogió su café y me acompañó a mi despacho, cerrando la puerta tras nosotros.

—Dios mío, Henry. Cuéntamelo todo. —Luego hizo una pausa y pareció considerar algo en el aire—. Vale, no *todo*. Ahórrame los detalles sucios, pero tú y Reed. ¿Qué pasó?

—¿Cómo sabes que ha pasado algo?

Levantó una ceja hacia mí

—Uno, me has traído café. Dos, esa ridícula sonrisa dice que tuviste suerte. Y tres... —Ladeó la cabeza—. ¿Qué estás haciendo?

—Tratando de no sonreír.

—Bueno, basta. Detalles, Henry. Los quiero. No me hagas llamar a Anika.

Me reí y posiblemente hice un pequeño baile antes de tomar un respiro de autocomposición.

—Sí, Reed y yo... aclaramos las cosas.

Chilló y saltó, y luego tuvo que limpiar el café derramado en mi escritorio.

—Sigue hablando.

Así que le conté todo, menos los detalles sucios.

—Entonces, ¿estáis juntos?

—Bueno, sí. Creo que sí.

—Como una pareja de novios.

—Creo que sí. —Realmente no había hecho *esa* pregunta—. No se quedó toda la noche, porque tiene que empezar a trabajar muy temprano y todas sus cosas de trabajo estaban en su casa, obviamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, no hemos hablado de etiquetas. Pero definitivamente es un chico de relación con un solo hombre. Su ex le engañó, así que es muy pro exclusivo. Oh, Melinda, es el tipo más dulce. Y es precioso, y es totalmente perfecto.

—Nadie es perfecto —afirmó, intentando claramente aguarme la fiesta—. Dime uno de sus defectos.

—No tiene ninguno.

—Tiene que hacerlo. Nombra a algunos.

Me esforcé por pensar en algo que pudiera considerar un defecto...

—Bueno, empieza a trabajar muy temprano. Es un fanático de la salud, pero en el buen sentido. Come *mucho*, pero es como un 98% saludable.

—No creo que nada de eso califique como un defecto, Henry.

—No tiene ningún álbum de los Bee Gees.

Ella jadeó y se llevó la mano al corazón.

—¿Crees que es algo que puedes superar?

Puse los ojos en blanco.

—Simplemente no ha apreciado la bondad que es Barry Gibb. Todavía.

—Le enseñarás los caminos del falsete y de los pantalones blancos ajustados.

—Detecto un tono de sarcasmo.

—Detectas correctamente. ¿Qué otros defectos tiene?

—¿Quién? ¿Reed o Barry Gibb?

—Reed. Sé lo que está mal con Barry Gibb.

Suspiré, pero entonces recordé algo.

—¡Ah! ¡Ya sé! Me obliga a hacer la Carrera de la Bahía este fin de semana.

Melinda parpadeó.

—*La* carrera de la bahía.

—Sí. Una locura, ¿eh?

—Un poco, sí.

—He estado practicando y dice que no tengo que trotar todo el camino. Puedo correr tres kilómetros sin parar ni morir. Así que debería estar bien.

—¿Tres kilómetros? Mierda, Henry. No me extraña que estés tan bien.

Instintivamente fui a rechazar su cumplido, pero después del último fin de semana de reconocer mis logros con la dieta y el ejercicio y reconocer que todavía tenía un largo camino por recorrer, le di una sonrisa en su lugar.

—Gracias.

En ese momento sonó mi teléfono y el nombre de Anika parpadeó en la pantalla.

—Oh, Dios.

—¿No se lo has dicho todavía?

—Estaba un poco ocupado —susurré.

Melinda se rio, tomó su café y se dirigió a la puerta.

—Retendré todas las llamadas.

Me dejé caer en la silla con una sonrisa y contesté al teléfono.

—¿Quieres los detalles sucios? ¿O la versión aséptica que acabo de darle a Melinda?

La respuesta de Anika fue chillar y reír.

—¿Acaso tienes que preguntar?

El martes por la mañana entré en el gimnasio diez minutos antes. Nunca pensé que me entusiasmaría hacer ejercicio, dado que hace apenas cinco semanas tenía que arrastrarme por las puertas.

Ahora entraba con una sonrisa. No podía creer lo mucho que había cambiado.

—Hola, Henry —dijo un tipo. Creo que se llamaba Dave.

—Bien, gracias.

Vale, bueno, no había cambiado mucho.

—Quiero decir, hola. Lo siento, aún no tomé cafeína.

Se limitó a reírse y a seguir su camino, y Emily me saludó con un alegre:

—Buenos días. —Su sonrisa era demasiado cómplice.

Intenté no sonrojarme.

—Buenos días.

—Llegas temprano.

—Sí, yo...

Ella asintió.

—Lo sé. No tardará mucho.

Me aclaré la garganta.

—Bueno, sí. ¿Quién iba a pensar que tendría tantas ganas de hacer ejercicio?

—Sí, esta mañana alguien entró muy animado también —dijo mirando con cariño a Reed, que estaba ayudando a un cliente en la

máquina de cables y poleas. Como si supiera que estábamos hablando de él, levantó la vista y sonrió al verme.

Estoy bastante seguro de que me puse de un tono rojo que inducía a la apoplejía.

—Oh.

—Eso es algo bueno, Henry —dijo suavemente. Entonces, afortunadamente, cambió de tema—. ¿Estás listo para la Carrera de la Bahía este fin de semana?

—¿Quieres decir que sí he preparado mi última voluntad y testamento?

Emily se rio de eso.

—No será tan malo. Y Reed no lo habría sugerido si no creyera que puedes hacerlo.

—Ya veremos. Aunque debería preguntar si el servicio de ambulancias conducirá detrás de mí, ya sabes, como hacen en las carreras de caballos.

—Hay un café a mitad de camino.

—Ooh —me animé—. Café. Desfibrilación. Lo mismo en realidad.

—No vas a tomar café a mitad de camino —dijo Reed, acercándose a nosotros. Su sonrisa era hipnotizante, y estoy bastante seguro de que ésta era la sonrisa de la que Emily había hablado: la que guardaba sólo para mí. Hizo que mi corazón fallara, hablando de desfibrilación.

Levanté la vista hacia él y suspiré.

—Hola.

Empuñó su camiseta a los costados, como si fuera todo lo que pudiera hacer para no tocarme.

—Hola.

—Oh, Dios, os veis demasiado tiernos juntos —dijo Emily. Luego inhaló profundamente, como si pudiera oler algo malo, y se abanicó la cara—. Oh dulce Jesús, la testosterona. Me estoy ahogando en ella. ¿Podéis, por favor, resolver el problema que tenéis sin resolver? Me estáis matando.

Reed se rio de ella.

—De nada. —Luego señaló con la cabeza las cintas de correr—. ¿Estás listo para correr tres kilómetros?

—Me gustó más la sugerencia de Emily. Sólo para que lo sepas. —La tensión sexual no resuelta era mi nuevo tema favorito. En realidad, olvida eso. La camiseta de Reed era mi nueva cosa favorita.

Reed tiró del dobladillo y lo miró.

—¿Te gusta?

—¿He dicho eso en voz alta?

—Um, sí.

—¿Sólo la parte de la camiseta o la parte de la tensión sexual también?

Sonrió.

—Sólo la camiseta.

—Oh, bien. Odiaría que fuera embarazoso o algo así.

Reed se limitó a sonreír, pero Emily se rio durante cinco minutos. Creo que había pasado la marca de un kilómetro en la cinta de correr y ella seguía riéndose.

Reed estaba a mi lado, con un aspecto relajado y magnífico mientras yo resoplaba, jadeaba y sudaba durante la carrera.

—Te ves bien, Henry —dijo alentador—. Lo estás haciendo fácil.

Le hice un gesto para descartarlo porque no podía correr y hablar al mismo tiempo. Pero cuando la cinta de correr finalmente emitió un pitido y redujo la velocidad, me bajé con gusto y me limpié la cara con la toalla. Las piernas me temblaban un poco, pero no tanto como cuando empecé con este fiasco del ejercicio.

—Ven a sentarte —dijo Reed, guiándome hacia los bancos de pesas.

—¿Tan mal me veo? Porque sé que bromeo con ello, pero no creo que vaya a caerme y morir.

Sonrió y negó con la cabeza.

—No, en absoluto. Sólo quiero que descanses cinco minutos antes de que empecemos con la parte de fuerza. —Esperó a que me sentara y se sentó a mi lado—. Entonces, ¿tu cena de anoche fue buena?

Nos habíamos enviado mensajes de texto casi toda la noche, hablando de nuestro día en el trabajo. Le hablé del pan de calabaza y arándanos que Dee había traído para el té del lunes por la mañana y de cómo había charlado con ella, y luego con Valerie y Fariq, dos compañeros del trabajo con los que nunca había hablado. Hice un salteado para la cena y le envié una foto del mismo. —Sí, estuvo muy buena. —Su foto de respuesta era de él, con las piernas extendidas hacia la mesa de café, un tazón de pasta y verduras en su regazo—. Aunque prefería el aspecto de la tuya. Tu cena también tenía buena pinta.

Se rio, y luego se quedó callado durante un minuto.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Todavía estás contento de que sea tu entrenador personal?

Lo miré fijamente.

—¿Qué?

Se miró las manos en el regazo.

—Tengo que preguntarte, Henry. Ahora que las cosas entre nosotros son... personales, ¿si estás cómodo con que siga siendo tu entrenador?

Oh. No había pensado en cómo esto podría complicar su trabajo.

—¿Es una política del gimnasio que no puedes salir con clientes?

—No, nuestro contrato dice que debemos ser profesionales con los afiliados en todo momento.

—Has sido muy profesional conmigo.

Me dedicó una sonrisa amable y me susurró:

—También he sido muy personal.

—¿Te molesta?

—En absoluto. Pero si lo prefieres, puedo encontrar a alguien más para que sea tu entrenador.

Negué con la cabeza.

—No hace falta.

—Porque quiero seguir viéndote fuera del trabajo, Henry, si sabes lo que quiero decir. Pero ya te perdiste tu sesión del domingo por mi culpa. Así que si prefieres...

—Te prefiero a ti. Como mi entrenador y como mi... lo que sea que seas. No sé lo que somos, técnicamente. Pero me gusta. Me gustas como ambos, y no quiero elegir. No me perdí nada el domingo. De hecho, el domingo estuvo bastante bien, si mal no recuerdo. Y de todos modos, no habría llegado tan lejos con toda esta debacle del fitness si no fuera por ti, y no me habría dado cuenta de que está bien ser yo, tal y como soy, si no fueras mi... lo que sea. No soy bueno con las etiquetas. Pero te quiero siendo las dos cosas.

Me miró directamente, su mirada se fundió con la mía.

—Yo también te quiero para las dos cosas. —Volvió a estudiar sus manos, aunque esta vez una sonrisa se formó en la comisura de sus labios—. Y para que sepas, el domingo también fue genial para mí. Y si te parece bien, ¿podría ir a cenar a tu casa esta noche? No tengo

que trabajar mañana, y podríamos trabajar en la etiqueta que hay que darle a lo que sea.

Le sonreí.

—Me gustaría.

Respiró profundamente, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Excelente. Ahora, empecemos con algunas elevaciones laterales, entrenamiento de tríceps y empujes de hombros.

—Argh. ¿Puedo renegar de mi invitación a cenar?

Se rio.

—Nop. Porque me auto invité.

—Eso es sólo un tecnicismo.

—Tal vez. Pero funciona.

—Y para que me quede claro, cuando dices que no tienes que trabajar mañana, ¿querías decir que no tienes que madrugar?

Miró rápidamente a su alrededor, y cuando estuvo seguro de que nadie podía oírle, dijo:

—Eso, o que no tengo que irme esta noche.

Tragué con fuerza al pensar en él durmiendo en mi cama, y un cálido torrente de sangre me llegó a la ingle. Me hizo retorcerme.

—¿Es otro tecnicismo?

Sonrió como si ya supiera la respuesta.

—¿Funciona?

—Sí —respondí demasiado rápido. No me disculparía por mi excitación. Debería agradecer que no le contestara con un baile interpretativo—. Sí, funciona.

Reed puso las pesas en la máquina para mí.

—Genial. Ahora hazlas. Te quedan quince minutos. Si seguimos recortando tu tiempo de entrenamiento, no estarás listo para este fin de semana.

Me coloqué frente a la máquina, con los pies separados, y levanté las pesas en una sujeción lateral.

—Estoy bastante seguro de que podemos añadir cardio de algún tipo a nuestros planes de esta noche.

Sonrió con picardía.

—Estoy seguro de que podemos.

Alguien se acercó y le preguntó algo sobre la máquina de remo, y no tuvimos otra oportunidad de hablar a solas. No es que me

importara. Después de todo, era su lugar de trabajo y yo lo respetaba. Terminé las repeticiones que me dijo que hiciera y me despedí con la mano mientras me iba.

Llegué al trabajo sintiéndome con energía. Había oído a la gente hablar de que tenían más energía cuando hacían ejercicio y, si soy sincero, siempre había puesto los ojos en blanco mientras pensaba que era imposible tener *más* energía cuando era evidente que el ejercicio, como subir una escalera, iba a intentar matarme.

Pero era cierto. Tenía más energía. Dormía mejor, bebía más agua que nunca y, en general, me sentía cien por cien mejor que hace dos meses.

A la hora de comer, hice que Melinda me acompañara a comprar ropa de trabajo nueva. No podía seguir ciñendo con el cinturón mis pantalones de trabajo. Estaban empezando a parecer pantalones de payaso. Tuve que sobornarla con sushi, pero valió la pena. Necesitaba una opinión honesta, y si alguien llevaba la honestidad como un traje bien ajustado, era Melinda.

El guapo sastre me miró de arriba a abajo con sus ojos de Judgy MacJudgerson, y antes de que pudiera decirle que yo era mejor pasivo de lo que él podría ser nunca, chasqueó los dedos.

—Treinta y ocho.

—Tengo treinta y cinco años, que te jodan.

Parpadeó y Melinda me puso la mano en el brazo.

—Talla treinta y ocho, Henry.

—Oh. —Levanté la barbilla—. Lo siento. —Entonces comprendí lo que había dicho. ¿Talla treinta y ocho? De ninguna manera. Hacía años que no tenía una talla treinta y ocho. Me volví hacia Melinda y traté de no menear el trasero. Podría haber chillado—. ¡Treinta y ocho!

Sólo tenía intención de comprar un traje, pero un traje azul, uno gris y otro de color carbón después, volvimos a la oficina. A pesar de los daños sufridos en mi cuenta bancaria, seguía entusiasmado. De hecho, estaba demasiado excitado para esperar a los ascensores, así que hice que Melinda subiera las escaleras conmigo.

Se desplomó en su silla, y yo levanté las bolsas de la compra y di vueltas.

—¡Talla treinta y ocho!

—Voy a morir.

—Sólo fueron cuatro tramos.

—Te odio.

—¡Pero la talla treinta y ocho!

Me hizo un gesto para que me fuera, murmurando en voz baja algo que estoy bastante seguro que terminaba con "antes de que te mate".

Señalé la puerta de mi despacho.

—Tengo trabajo que hacer. —Me contestó con una mirada que podría asustar a un gato, y entré en mi despacho, sin asustarme en absoluto. Mucho.

Le envié una serie de mensajes sobre la talla 38 a Anika. Le envié a Reed una selfie mía con la etiqueta del traje talla treinta y ocho sonriendo como un idiota, e incluso le envié un mensaje rápido a mi madre preguntándole cómo había ido su día.

La respuesta de Anika fue toda en mayúsculas.

FLACO BASTARDO. YO TAMBIÉN QUIERO SER DELGADA, PERO ME ENCANTAN LOS FRAPPES. ¿MENCIONÉ LO DE FLACO BASTARDO? Y AHORA QUIERO UN FRAPPE.

La respuesta de Reed fue mucho más discreta.

Estoy muy orgulloso de ti. Estaré en tu casa a las siete. ¿Te parece bien?

Escribí rápidamente una respuesta.

Estaré en casa a las cinco y media...

Nos vemos a las seis.

Podría haber abrazado mi teléfono.

Entonces mi madre respondió con un mensaje de voz.

—Henry, querido, sabes que no sé cómo funcionan estos teléfonos. ¿Esto se convierte en un texto? ¿Cómo sabe lo que estoy diciendo? De todos modos, ¿cómo está tu nuevo galán? Era muy guapo. Y alto. ¿Cuándo vendrá a cenar? Lo traerás, ¿verdad? Ah, ¿y conoces a Marilyn del bingo? Bueno, su hija dijo que George Clooney... —El teléfono emitió un pitido en mi oído, cortando su mensaje, y pude imaginar a mi madre sentada todavía hablando, contándome todo sobre sus amigos hasta que se diera cuenta de que el mensaje de voz había terminado hacía Dios sabía cuánto tiempo. Hice una nota mental para escribir, en forma puntual esta vez, cómo responder a un texto. Y puede que fuera el momento de recapitular toda la conversación de "Mamá, George Clooney está casado ahora" que tuvimos hacía apenas seis meses.

Me pasé la tarde enterrado en las estadísticas financieras, y ni siquiera eso pudo empañar mi estado de ánimo. Y me pasé el viaje de vuelta a casa preguntándome qué demonios debería cocinar para la cena de esta noche. Cuando llegué a casa y me cambié de ropa, rebusqué en la nevera y en la despensa en busca de ideas para cocinar, pero no me inspiré.

Llamaron a la puerta, justo a las seis. Abrí la puerta y encontré a Reed sonriéndome, y tuve que preguntarme si este día podría ser mejor.

—Pues sí, creo que me quedaré con lo que sea que vendas —bromeé.

Ni siquiera me di cuenta de que tenía una mano en la espalda, pero con una sonrisa, reveló una sola rosa.

—No la vendo. Es un regalo. De mí para ti.

—Oh. —Creo que mi corazón se derritió en una burbuja de sustancia viscosa inútil—. Gracias. Nunca nadie me había regalado una flor.

Cogí la rosa y él entró, dándome un beso en los labios.

—De nada. Pensé que si me invitaba a cenar, era lo menos que podía hacer.

—Me alegra que te hayas invitado a cenar, pero tengo una confesión.

—¿Cuál es?

—No tengo ni idea de qué cocinar.

—¿Podemos pedirla si quieres?

Negué con la cabeza.

—No. ¿Sabes que acabo de pensar? —No le di tiempo a responder —. Pescado escalfado con hierba de limón y jengibre.

—De acuerdo entonces.

—¿Te apetece ir al supermercado conmigo?

Se rio.

—¿Te traigo una rosa y me llevas a Coles?

—Romántico, ¿eh? —Le sonreí. Levanté la rosa más perfecta del mundo y aspiré su aroma—. Déjame poner esto en un poco de agua, y cogeré mis llaves.

Cinco minutos después, entramos en el supermercado.

Reed cogió una cesta y nos dirigimos a la sección de mariscos. Normalmente iría a los mercados de pescado, pero esto tendría que

servir. Seleccioné los mejores filetes de pargo rojo que tenían en oferta, y luego cogimos jengibre fresco, chile y limas.

—Ven por aquí —dijo Reed señalando la sección de congelados.

Por su sonrisa, supe que no estaba tramando nada bueno, y cuando se detuvo en la selección de helados, me quedé boquiabierto.

—¿Sabes lo bueno que he sido? He estado tomando mi capricho semanal los lunes en el trabajo, y el té de ayer por la mañana era puro carbohidrato y grasa, y delicioso, por cierto, ¿y tú quieres matarme con un helado?

Reed abrió la puerta del congelador y sacó un paquete de dos pequeñas tarrinas individuales.

—Son gelato, y son diminutos. Son como dos bocados, y serán perfectos después de la cena.

Levanté una ceja hacia él.

—No tienes una extraña perversión en la que te excita alimentar a la gente gorda, ¿verdad?

Reed se echó a reír.

—¡No! Lo juro. No tienes que llevarlos. Sólo pensé que sería bueno limpiar el paladar después del jengibre y el chile, eso es todo.

Suspiré dramáticamente.

—De acuerdo entonces. Si insistes. Pero si mis nuevos trajes de talla treinta y ocho no me quedan bien por la mañana, te culparé a ti.

Dejó los gelatos en la cesta.

—Está bien. Sólo te haré hacer una carrera de cinco kilómetros el jueves.

Empujé su hombro.

—Jódete.

Se rio un poco más cuando alguien detrás de nosotros habló.

—¿Henry?

Me di la vuelta y me paré en seco. Graham estaba allí, mirándome como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—Graham —respondí, más para beneficio de Reed que para el suyo.

Reed se acercó un poco más a mí, lo que tenía que admitir que me gustaba mucho, joder. Observé cómo Graham miraba desde el pecho de Reed hasta su cara y luego sacudía la cabeza, como si tuviera que obligarse físicamente a mirarme. Yo sólo llevaba puestos unos vaqueros y un jersey, pero Graham habría reconocido sin duda los

vaqueros que no me quedaban bien desde hacía años.

—Tienes buen aspecto, Henry.

—Gracias —dije haciendo caso omiso del cumplido porque viniendo de él, tenía que dudar de la sinceridad—. Te ves... —exactamente igual, excepto por el exceso de producto para el cabello, y espera, ¿eso era tinte para el cabello? Me aclaré la garganta—. Tú también te ves bien. —No podía mentir una mierda, y ambos lo sabíamos.

Graham volvió a mirar a Reed y le dedicó una sonrisa sórdida.

—Me llamo Graham Martin —dijo extendiendo la mano. *Dios mío, ¿estaba tratando de coquetear con él? ¿Delante de mí?*

Reed estrechó la mano de Graham, y tuve que preguntarme qué hizo falta para que Graham no se estremeciera con la fuerza con la que Reed le agarró la palma.

—Reed Henske —dijo rotundamente. Estaba claro que a Reed no le gustaba. Eso me hizo sonreír.

—Entonces... —Graham dudó, mirando entre Reed y yo—. ¿Vosotros dos sois...?

—Novios —respondió Reed—. Bueno, estamos trabajando en ello.

Bueno, supongo que eso resolvió el dilema de las etiquetas que tenía antes. Me había preguntado cómo llamarlo a él o cómo llamar a lo que fuera nuestra relación. Reed acaba de responder a esa pregunta, sin dejar lugar a dudas. Tuve que morderme el interior del labio para no sonreír demasiado. *Novios. Vaya por Dios.*

La mirada de Graham se dirigió a la mía.

—Bien. Bueno, supongo que eso es... bueno para ti, Henry.

Y me di cuenta, en medio del pasillo dos de Coles, que no quería ser una perra en esto. Pasé ocho años de mi vida con él, y éramos adultos.

—Debería darte las gracias, Graham. Quiero decir, no me di cuenta en ese momento, pero tu partida fue la llamada de atención que necesitaba. Ninguno de los dos éramos felices y no lo fuimos durante mucho tiempo. Ahora puedo verlo.

Parecía un poco sorprendido por mi sinceridad, pero sus ojos se suavizaron.

—Me alegro que te viniera bien.

—¿Eres feliz?

Asintió un poco.

—Sí. —No sabía si creerle o no, pero ya no me correspondía decirlo—. Y siento no haber respondido a tu mensaje.

—Di tus cosas a la caridad —dije—. Anika quería prenderles fuego, pero no la dejé. Aunque estuve tentado.

Graham casi sonrió.

—Sí, supongo que me lo merezco.

Mi "claro que sí" se quedó sin decir. Me volví hacia Reed y puse mi mano en su costado.

—Deberíamos irnos, ¿verdad?

Él asintió, así que miré a Graham.

—Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —respondió—. Y realmente te ves bien, Henry.

Lo dejamos allí, en medio del frío pasillo, la ironía no se me escapó, y Reed me pasó el brazo por los hombros. No me cabía duda de que Graham seguía observándonos, así que pasé mi brazo por la cintura de Reed mientras nos dirigíamos a las cajas.

—¿Estás bien? —preguntó Reed.

Le di un pequeño apretón.

—Nunca estuve mejor.

Cargamos los pocos víveres en mi coche y volvimos a mi casa. Reed estaba un poco callado, y yo sabía que había algo que teníamos que abordar. Puse las bolsas de la compra en la encimera y no perdí tiempo.

—Siento que lo hayas conocido —dije—. Y lamento si te hizo sentir incómodo.

—No, no es eso —dijo—. Me comporté como un idiota. Lo siento.

—No, no lo hiciste.

—Bueno, sí, lo hice. Fuiste maduro al respecto, y todo en lo que yo pude pensar fue que él ha estado contigo, y que sabe cosas sobre ti que yo no sé. —Frunció el ceño—. Eso suena muy mal, ¿no?

Acorté la distancia entre nosotros y me incliné sobre las puntas de los pies en un intento de besarlo. Todavía no podía alcanzarlo, así que le pasé la mano por el cuello y tiré de él para que se encontrara conmigo. Eso le hizo sonreír.

—No suena mal. Suena honesto. Y sí, tengo una historia con él. No puedo cambiar eso. Pero al verlo esta noche me he dado cuenta de que es la última persona del planeta con la que quiero estar. Lo que tuve con él está bien y verdaderamente terminado.

Finalmente sonrió.

—No es como me lo imaginaba —reflexionó Reed—. No esperaba que tuviera el pelo negro.

—¿Has visto el tinte de pelo? Te puedo asegurar que no lo tenía cuando estábamos juntos. Pelo oscuro, sí. Un poco gris incluso, pero ese tinte era malo. —Puse mi mano en el pecho de Reed—. Bromas aparte, quiero que sea feliz. No quiero que nadie sea *infeliz*. Pero mi felicidad no está con él, está contigo.

Puso su mano bajo mi barbilla y levantó mi cara para poder presionar suavemente sus labios contra los míos.

—No bromeaba cuando dije que estábamos trabajando en lo del novio. ¿Estuvo bien? ¿O fue demasiado?

Me reí y puse su mano en mi pecho.

—Definitivamente no fue demasiado.

Su sonrisa de ojos arrugados hizo que mi estómago diera un vuelco.

—Bien.

—Y para que lo sepas, si por casualidad nos encontramos con tu ex bastardo tramposo, no seré tan civilizado como lo fuiste con Graham. —Reed se rio, pero luego le rugió el estómago—. Bueno, bueno, voy a empezar a cocinar.

Llené una olla con agua y la puse a hervir, luego añadí papel de horno a mi vaporera de bambú. Coloqué el pescado dentro, y mientras picaba el chile y el jengibre y cocinaba la salsa, Reed preparó el arroz en el microondas y cocinó al vapor un poco de col china y calabaza bonetera. Trabajamos bien como equipo en la cocina, y mientras yo me aseguraba de que todo se cocinara a la perfección, Reed se colocó detrás de mí y me apretó los labios en la nuca.

—No comeremos esta noche si sigues haciendo eso —le advertí, aunque estoy seguro de que el tono de mi voz le incitó a seguir haciéndolo—. Bueno, puede que haya chupitos de proteína...

Se rio contra mi cuello y se apretó contra mi espalda, con sus manos en mis caderas y su ingle firme contra mi culo. No estoy seguro de quién de los dos gimió más fuerte, y contemplé la posibilidad de dejar que se quemara toda la comida mientras lo llevaba a mi dormitorio. El microondas emitió un pitido, y él gruñó de frustración y se estremeció de decepción.

—El arroz está hecho —dijo. Cuando miré hacia él, estaba de pie

en el extremo de la cocina, apoyado en la encimera, con los ojos un poco oscuros y un bulto en los vaqueros—. Me quedo aquí o la cena se arruinará.

Me reí, pero la estática en la cocina aumentó hasta niveles casi asfixiantes. Me ajusté la polla, lo que hizo que sus fosas nasales se encendieran. Tuve que tragarme el deseo para poder hablar.

—Los platos están justo a tu izquierda.

Serví dos platos de pescado, arroz y verduras al vapor, mientras Reed buscaba los cubiertos y dos botellas de agua. Sentarse en la mesa frente a él pareció calmar un poco la tensión sexual, hasta que dio un bocado e hizo un ruido que fue directo a mi polla.

—Dios mío, Henry. Esto está muy bueno.

Y así era. Con cada bocado, una ráfaga de sabor golpeaba mi lengua.

—No sabía que lo sano podía saber tan bien.

Se rio y saboreó su bocado. Y así, la tensión entre nosotros se calmó un poco. Lo suficiente como para que pudiéramos comer. Cuando apartó el plato, se palmeó la barriga y suspiró satisfecho.

—La perfección absoluta. Aunque me hormiguean los labios por el chile.

Se veían un poco más rosados de lo normal, y mi mente cayó en la cuneta cuando su lengua se asomó y recorrió su labio superior. Por su mirada, lo hizo deliberadamente.

—Déjame encargarme de esto —dijo con una sonrisa de satisfacción, recogiendo los platos vacíos. Se colocó muy cerca de mí, de modo que la bragueta de sus vaqueros estaba a la altura de mi cara.

Bastardo.

Se rio al entrar en la cocina, lo que me hizo creer que podría haber dicho eso en voz alta.

Como no volvió enseguida, le seguí para encontrarle apilando cosas en el lavavajillas.

—No tenías que hacer eso.

—Ya está hecho. —Cerró la puerta del lavavajillas y se enderezó—. ¿Gelato frente a la televisión?

—Perfecto.

Él sacó las tarrinas del congelador, yo cogí las cucharas y los dos nos dejamos caer en el sofá. Él se sentó en un extremo y yo en el otro. Al principio me decepcionó un poco la distancia que nos separaba. No

sabía por qué se había sentado a un metro de distancia de mí, pero la forma en que me follaba con los ojos me hizo alegrarme de que lo hiciera.

Cuando me metí la cuchara en la boca y probé el gelato de maracuyá, gemí como una puta de dos dólares. Ni siquiera pude avergonzarme porque Reed dejó escapar un suspiro bajo.

—Jesús, Henry. Estoy tratando de ser un caballero.

Me reí.

—Lo siento. Pero esto es muy bueno. —Ya estaba acabando mi gelato—. No estabas bromeando cuando dijiste que eran dos bocados. Ahora me arrepiento de no haber comprado un envase más grande.

Reed se deslizó y tomó mi taza de helado vacía. Estaba mucho más cerca ahora, su calor corporal era embriagador, y se inclinó y pasó su nariz por mi mandíbula.

—Si quieres algo más...

Salí disparado del salón, le agarré de la mano y le arrastré hasta mi habitación. Empezó a reírse hasta que le empujé a la cama y me puse a horcajadas sobre él.

—Oh, Henry —murmuró tirando de mis caderas hacia las suyas. La tela vaquera que nos separaba apenas disimulaba su erección, y me encantaba que le excitara.

Lo besé, con fuerza, hasta que presionó sus caderas, buscando más fricción. Sólo cuando se impacientó y se quedó sin aliento, le besé el cuello y bajé por su cuerpo. Le levanté la camiseta, revelando sus abdominales perfectamente esculpidos y los amplios planos de su pecho. Le acaricié el pezón con la lengua y él siseó, y me tiró suavemente del pelo.

—Oh, joder.

Besé el centro de su paquete de seis hasta su ombligo y me senté para desabrochar sus vaqueros. Le desabroché el botón, bajé su bragueta y liberé suavemente su polla. Dios, se me hizo la boca agua.

—Henry, por favor.

Así que lo lamí, su longitud, la cabeza, la hendidura. Su aroma era puro almizcle y hombre, y aumentó mi deseo. Rodeé su base con mis dedos y deslicé mis labios alrededor de él, gimiendo mientras lo metía en mi boca.

Me pasó los dedos por el pelo y giró las caderas.

—Dios, tu boca. —Un gemido retumbó en su pecho—. Se siente tan

bien.

Su polla era larga y gruesa, veteada con una cabeza bulbosa, y mientras la deslizaba en mi garganta, casi podía imaginar cómo sería deslizándose en mi culo. Dios, lo deseaba.

Quería sentir cómo me estiraba, cómo me llenaba, cómo me poseía. Quería ser suyo, en todo el sentido de la palabra. Dios, lo necesitaba dentro de mí. Tragué a su alrededor y pasé mi lengua por su pene mientras me retiraba.

—No puedo esperar a sentirte dentro de mí.

Y eso fue todo lo que hizo falta.

—Me voy a correr.

Volví a introducirlo profundamente, justo a tiempo para sentir cómo se hinchaba y explotaba en mi boca. Él arqueó su espalda elevándose sobre la cama y dio un grito estrangulado mientras me llenaba la boca. Me bebí todo lo que me dio, haciéndole gemir y retorcerse. Al final, dejó escapar una risa baja y jadeante.

—Jesús, Henry.

Besé la suave piel por encima de su vello púbico y luego pellizqué suavemente esos épicos músculos de sus costados, por encima de sus caderas. Se retorció y se rio.

—¿Cómo se llaman estos? —pregunté, besando el punto exacto a ambos lados.

Reed se inclinó para mirarse a sí mismo, y su paquete de seis abdominales se flexionó bajo su piel al hacerlo.

—Son el resultado de trabajar los abdominales transversales y los oblicuos internos y externos. No tienen realmente un nombre.

—Sí, lo tienen. Se llaman los músculos V, y estoy bastante seguro de que es lo que puso la V en divino. De todos modos, son mi nueva cosa favorita. —Entonces besé sus musculosas costillas y lamí sus pezones, haciendo que la oscura carne se estremeciera al tacto—. No, espera. Estos son mi nueva cosa favorita.

Soltó una carcajada y, antes de que me diera cuenta, me dio la vuelta, se presionó entre mis muslos y me sujetó las manos por encima de la cabeza.

—Tu turno —susurró contra mis labios—. Ahora déjame enseñarte mi nueva cosa favorita. —Sonrió y me besó suavemente—. Aquí. —Luego mi mandíbula—. Aquí. —Mi garganta—. Aquí. —Me levantó la camiseta y me besó el pecho, el estómago, el ombligo—. Aquí. Aquí.

Aquí.

Ni siquiera podía cohibirme. Es cierto que no me gustaba que nadie viera mi vientre desnudo, y mucho menos que lo tocara y, peor aún, que lo besara. Pero era tan reverente, tan honesto, que confiaba en él de forma impecable.

Me desabrochó los vaqueros y me los sacó por las piernas sin ningún esfuerzo. Y cuando sacó mi erección de los calzoncillos, estaba tan excitado que no me importaron las partes inseguras de mí.

—Y aquí —murmuró. Cuando se llevó mi polla a su cálida y húmeda boca, perdí toda inhibición, todo pensamiento coherente.

Deslizó su mano dentro de mis calzoncillos, haciendo rodar mis pelotas con dedos hábiles antes de deslizarla hasta el fondo de la tela. Su dedo romo recorrió mi perineo, me chupó más profundamente y no pude contenerme más.

Me corrí con tanta fuerza que la cabeza me daba vueltas, el cuerpo me temblaba y las manos también. Reed no tardó en tumbarse a mi lado y me estrechó entre sus brazos mientras mi orgasmo se calmaba. Me besó el costado de la cabeza y hundió su nariz en mi pelo. No pude mantener los ojos abiertos ni un segundo más.

Me desperté a eso de las tres de la mañana con un sobresalto, hasta que recordé que el enorme cuerpo caliente en mi cama era Reed. Dormía profundamente de espaldas a mí y no pude evitar maravillarme al verlo en mi cama.

Inmóvil, la luz de la luna hacía que su espalda y sus hombros parecieran tallados en mármol. La obra maestra de un escultor sobre la perfección del cuerpo humano. Pasé suavemente la mano por su musculatura, sintiendo la fuerza y el propósito que había allí, incluso mientras dormía.

Se revolvió y se giró hacia mí, murmurando algo y levantando el brazo en señal de invitación. Así que me acurruqué contra él y me rodeó con su brazo, quedándose directamente dormido. Besé su pecho con labios sonrientes y caí en un sueño de seguridad y fuerza, calor y maravilla.

Capítulo Catorce

Me desperté antes que Reed y me escabullí de la cama para ducharme.

Era su día libre y, dada la naturaleza física de su trabajo, quería que disfrutara de un sueño reparador. Debí saber que su estómago le despertaría, porque mientras le preparaba el desayuno, me sorprendió en la cocina.

Y por sorprenderme, quiero decir que hizo que mi mandíbula cayera al suelo.

Sólo llevaba los vaqueros enmarcando sus caderas, estaba sin camiseta y tenía una barba creciente y el pelo revuelto. Era el material de los sueños. Y del porno.

Me quedé allí con una tostada a medio camino de mi boca abierta. Él sonrió y me quitó la tostada, mordiéndola.

—Buenos días.

—Sí, lo son. —No tenía sentido mentir al respecto. Era una mañana de puta madre—. Te estaba preparando el desayuno —añadí, señalando con la cabeza la bandeja que había en la encimera con un café, un zumo y un plato vacío—. Sólo estoy esperando tus tostadas.

Levantó el trozo que me quitó.

—Ya tengo, gracias.

Resoplé.

—De nada.

Se rio y luego suspiró feliz.

—Gracias. Fue muy considerado.

—Sabes, que te hayas vestido así es una razón suficiente para llamar al trabajo diciendo que estoy enfermo.

—Tentador, ¿eh?

En ese momento aparecieron las tostadas. Las cogí y les puse mantequilla.

—Lo haría, pero tengo una reunión por videoconferencia hoy que probablemente no debería perder. ¿Te gustan con Vegemite?

Bebió un sorbo de su zumo y asintió.

—Perfecto, gracias. —Cuando se las entregué, me miró de arriba abajo—. El traje te queda muy bien.

Era difícil no creerle con el calor de sus ojos y el tono rudo de su voz.

—Oh. —Estoy bastante seguro de que me sonrojé—. Gracias.

—No creí que me gustara el estilo de actuario corporativo, pero lo llevas muy bien.

Tuve que dejar mi café en la encimera antes de derramarlo sobre mí.

—¿Hay un estilo de actuario corporativo?

Reed sonrió mientras masticaba su tostada.

—Sí.

—¿Es una buena manera de decir que llevo un traje aburrido?

Se rio.

—Estás lejos de ser aburrido, Henry. Y me gusta tu traje. Te queda bien.

—Probablemente podría perderme esa conferencia telefónica —reflexioné—. Es sólo una nacional, oh y algunas oficinas en toda Asia. Seguro que no será demasiado importante.

Reed se rio.

—No vas a faltar al trabajo por mi culpa.

—Pero técnicamente, no lo echaría en *falta*, en absoluto, porque lo que haríamos en su lugar sería mucho más divertido.

—Buen intento.

—¿Me estás obligando a ir a trabajar?

Terminó su zumo y apoyó todo su frente contra mí para poder poner su vaso vacío en el fregadero.

—Síp.

—No juegas limpio —murmuré en su pecho.

Se rio y se apartó, sólo para arreglar mi corbata.

—Será mejor que te vayas si no quieres llegar tarde.

Tuve que ajustarme la polla, que ahora que estaba excitada.

—Gracias por darme algo en lo que pensar todo el día.

Sonrió con orgullo.

—De nada.

Puse los ojos en blanco, aunque no pude evitar sonreír.

—Te dejo en casa de camino, si quieres.

—De acuerdo. Deja que me vista.

Diez minutos más tarde, me detuve en su complejo de apartamentos.

—Te llamaré. Y probablemente también te enviaré un mensaje de texto —dijo. Abrió la puerta, pero no se movió para salir—. Gracias. Por la cena de anoche y por el desayuno de esta mañana.

—Cuando quieras.

—Entonces, estaba pensando que tal vez podríamos hacerlo de nuevo el viernes por la noche.

—Suena bien.

—Pero te veré el viernes por la mañana para tu habitual sesión de gimnasio.

—Sí, nos veremos.

Se inclinó sobre la consola y se lamió los labios antes de besarme dulcemente.

—Hueles muy bien —murmuró—. ¿Es muy importante esa conferencia telefónica?

Me reí.

—Sal de mi coche.

Le dejé en el sendero con una sonrisa y la promesa de hablar más tarde, y antes de girar hacia la calle Darling, llamé a Anika. Le conté todo sobre mi noche, incluyendo el encuentro con Graham en Coles.

—Reed dijo que éramos novios y que yo olía muy bien, y que le gustaba mucho mi traje, y estoy bastante seguro de que quería que pasara el día con él.

—¿Le dijo a Graham todo eso?

—No, sólo la parte del novio. Todo lo demás fue después.

—Henry, ¿sabes qué significa esto?

—¿Qué?

—Necesito conocerlo.

—Oh.

—Es mi derecho obligatorio como tu mejor amiga. —Conduje una manzana en silencio—. ¿Henry? ¿Sigues ahí?

—Sí. Solo recreaba mentalmente los peores escenarios.

Anika se rio.

—No será tan malo.

—Me gusta mucho, Neeky —susurré.

Su respuesta fue igual de suave.

—Sé que te gusta.

—Este domingo —sugerí—, en la Carrera de la Bahía. Puedes estar allí cuando me lleven a la meta en una camilla de ambulancia. Entonces podrías conocerlo.

—Trato hecho. Mándame un mensaje con los detalles.

—¿De qué? ¿Los detalles de mi cobertura médica privada? Los gastos de ambulancia están incluidos.

Ella resopló.

—No, los detalles de la carrera.

—Ah. De acuerdo.

—Te quiero, Henry.

—Yo también te quiero.

Iba a decirle a Reed que Anika quería conocerlo en uno de nuestros muchos mensajes o llamadas telefónicas, pero supuse que sería mejor hacerlo cara a cara. El jueves había sido secuestrado para cenar con sus padres, así que no pude verlo hasta el viernes por la mañana, cuando llegué al gimnasio.

—Última sesión de entrenamiento antes de la gran carrera de la bahía de este fin de semana —dijo Emily cuando entré.

Uf.

—¿Por casualidad no habría un nuevo calendario maya que predijera el fin del mundo el domingo por la mañana?

—Nop. No que yo haya visto.

—Es una pena.

Se rio.

—No será tan malo.

—Ah, bueno, no es la carrera en sí lo que me asusta ahora. Mi mejor amiga quiere conocer a Reed el domingo.

—Oh.

—Sí. Debería preguntarle a él si tiene un protector bucal y espinilleras. No creo que los necesite, y la verdad es que Anika no es una persona violenta. Estoy seguro de que lo querrá. Sólo es protectora conmigo, eso es todo.

Emily asintió lentamente, mientras intentaba no sonreír.

—Estoy bastante segura de que Reed puede aguantar el tirón.

—¿Reed puede aguantar qué? —preguntó Reed a nuestro lado. Su

sonrisa era tan curiosa como cautelosa—. ¿Acaso quiero saber de qué estáis hablando?

Intenté tranquilizarle.

—Oh, no es tan malo. ¿Tienes un seguro de vida?

Palideció.

—Eh...

Emily se rio.

—Quizá yo debería ir como respaldo.

A estas alturas Reed parecía un poco perdido y un poco asustado, así que le expliqué:

—Anika quiere conocerte, eso es todo.

—Ah —dijo con una exhalación de alivio—. Sí, por supuesto. Está bien. ¿Cuándo?

—El domingo, después de la carrera de la bahía de la muerte. Míralo de esta manera —añadí—, si por casualidad me muero antes de terminar, te librarás del problema.

Reed se rio y me llevó hacia las cintas de correr.

—No vas a morir. Y si te hace sentir mejor, he tenido que responder a cien preguntas sobre ti a mis padres. No digo que vayas a necesitar un protector bucal cuando conozcas a mi madre, sólo que puede hacer que la Inquisición Española parezca un entretenimiento de aficionados.

Antes de que pudiera procesar realmente que estaba hablando de que iba a conocer a sus padres, pulsó el botón de inicio de la cinta de correr y me hizo correr tres kilómetros.

Luego tuve que hacer una subida de cincuenta calorías en la elíptica, y después me hizo arrastrar mi cuerpo sudoroso y sin vida hasta las pesas libres para enfriarme.

—Hoy estás muy concentrado —dijo. Me miraba de forma extraña —. ¿Estás bien?

Resoplé, aun tratando de recuperar el aliento.

—¿Concentrado? Um, no, sólo tratando de no morir.

Sonrió, al parecer podía leerme mejor de lo que creía.

—Le dije a mi madre que no estábamos preparados para eso todavía. Le dije que, si era absolutamente necesario conocerte hoy, no tendría ningún problema con eso, pero que tal vez podríamos ir a nuestro propio ritmo. Entonces se alegró.

—Oh.

—¿Te parece bien?

Asentí. Mi respiración se había estabilizado un poco.

—Sí. Perfecto. En realidad, mi madre podría haber dicho algo parecido, pero no he llegado a eso. Es decir, técnicamente la has conocido, pero no en calidad de novio. Sigue sonando un poco raro decirlo en voz alta, para que lo sepas. Pero si realmente quieres que te la presente, ella espera en el café Nespresso de la ciudad a George Clooney todos los domingos.

Se echó a reír.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Así que te parece bien conocer a Anika? Te prometo que se comportará lo mejor posible.

—Henry está bien. —Comprobó su reloj—. Pero será mejor que te vayas a trabajar.

—¿Seguimos con la cena de esta noche?

—Claro que sí. Pasta y una película contigo. Suena perfecto. Aunque mañana tengo que estar en el trabajo a las seis de la mañana, así que tendré que estar en la cama bastante temprano.

Me aclaré la garganta.

—No tengo ningún problema con eso. —Todavía estaba sonriendo cuando me fui.

La mañana del domingo llegó demasiado rápido. Me levanté en parte emocionado y en parte temeroso de lo que iba a hacer. Nunca había imaginado que intentaría hacer una carrera de siete kilómetros, pero allí estaba haciendo cosas ridículas como desayunar con sensatez y calzarme las zapatillas de correr. Confiaba en la experiencia de Reed y en su fe en mí para poder hacerlo. Pero para estar seguro, eché un último vistazo a mi casa y regué las plantas por si me quedaba hospitalizado durante algún tiempo.

Llegué al gimnasio para recoger a Reed. Estaba terminando su sesión con Nadia, que amablemente se había intercambiado conmigo para que Reed estuviera libre para hacer la Carrera de la Bahía.

—Buena suerte, Henry —dijo Nadia cuando nos marchábamos.

—Lo conseguirás, Henry —dijo Dave.

Emily me dio una palmada en la espalda.

—Nos vemos en el otro lado.

No estaba seguro de si se refería al otro lado de la mortalidad.

—Yo seré el que camine hacia la luz.

Se echó a reír.

—No ese otro lado.

—Qué pena. Tenía ganas de ver a mis dos gatos mascota de la infancia de nuevo. Andy y Robin realmente me entendieron.

—¿Andy y Robin? —preguntó Emily divertida—. ¿De Winnie Pooh?

—No. Los Bee Gees. —*Dios, ¿esta gente no sabía nada?*

Todos los que estaban a una distancia prudencial se rieron justo cuando Reed se acercó con una botella de agua en la mano. Pareció darse cuenta de mi malestar y rápidamente vino a ponerse a mi lado.

—¿Estás listo para esto?

—En absoluto. Y para que sepas, quiero que toquen "Staying Alive" en mi funeral. Ya sabes, para la ironía y las risas.

Reed se rio y me cogió de la mano, empujando la puerta, y cuando estuvimos fuera, me pasó el brazo por los hombros. Si alguien en el gimnasio se había preguntado si era un poco más amigable conmigo que con sus otros clientes, ahora no se lo preguntaría. Me emocionó que estuviera abierto a las muestras de afecto en público. No es que esperara que me besuqueara en el aparcamiento, pero también me decía que no le daba vergüenza que le vieran conmigo.

Y para un tipo como yo, eso significaba mucho.

—No vas a morir, Henry. Te lo prometo. Voy a correr contigo, y conozco la reanimación cardiopulmonar.

Desbloqueé el coche y estaba a punto de hablar cuando me cortó.

—Y no, no puedes fingir la inconsciencia para que te de respiración boca a boca.

Mis hombros se hundieron. No tenía ni idea de cómo sabía lo que estaba a punto de preguntar.

—Oh.

Se rio al subir a mi coche y, cuando me incorporé al ligero tráfico del domingo, me cogió de la mano durante todo el camino hasta Drummoyne. Fue una pena que solo fueran cinco minutos de viaje, porque me gustó mucho la sensación.

Encontré un sitio para aparcar cerca del club de remo y me recibió una mujer loca saludando desde el parque.

—Oh, ahí está Anika —dije. Le lancé a Reed una mirada nerviosa —. ¿Estás preparado para esto?

Resopló.

—Estoy preparado.

Con el corazón en la boca, cruzamos la calle y nos dirigimos hacia donde parecía que Anika había montado un picnic digno de una sesión de fotos. Tenía mantas extendidas, varias cestas de picnic, cojines y una alfombra de aspecto suave. Y como siempre, estaba guapísima.

—Cielos, ¿escatimaste algo?

Anika me besó la mejilla.

—Trabajar para Myer tiene sus ventajas, querido.

Sean apareció, llevando más cosas del coche.

—Dímelo a mí. ¿Sabes cuántos viajes al coche he tenido que hacer? —Dejó lo que parecía una pequeña nevera portátil. Se enderezó y me miró mejor—. Mierda, Henry. Tienes buen aspecto.

—Oh, gracias —dije. Juro que aceptar cumplidos nunca sería más fácil—. Um, chicos, este es Reed. Reed, estos son Anika y Sean.

La cara de Anika no tenía precio. Le miró el pecho y luego la cara, y puede que batiera las pestañas.

—Hola —dijo dócilmente, extendiendo la mano. Dios mío, ¿qué le pasaba?

Sean miró a Anika como si estuviera pensando lo mismo que yo, y luego estrechó la mano de Reed.

—Buen día. ¿Qué tal va todo?

—Bien, gracias —respondió Reed con una sonrisa.

—Siento lo de Anika. No es frecuente que se rinda sin palabras.

Anika pareció salir del aturdimiento en el que se encontraba y golpeó ligeramente el brazo de Sean.

—Cállate.

Él sólo se rio.

—No, espera, ahí está.

Suspiró indignada y pareció recuperar la compostura.

Miró a Reed.

—¿Así que tú eres el que tiene a Henry pareciendo que ganó un millón de dólares?

—Oh, Dios —murmuré.

Reed se rio.

—No estoy seguro de poder llevarme todo el mérito.

Ella le sostuvo la mirada.

—¿Pero le estás haciendo correr este... maratón?

—No es un maratón —intervine.

—Sí, yo lo empujé —afirmó Reed con orgullo—. Porque él duda de sí mismo en todo momento, y yo quiero demostrarle que puede hacerlo.

Esto pareció complacer a Anika.

—Bueno, bien. —Entonces, sin apartar la vista de Reed, dirigió su pregunta a Sean—. ¿Cariño sacaste todo del coche?

Sean puso los ojos en blanco a sus espaldas.

—Sí, cariño.

Reed tosió para ocultar su risa y Anika se giró para mirar a Sean, pero le salvó alguien que se acercaba a nosotros.

—¿Melinda? —pregunté. No podía creer que estuviera aquí. Llevaba una falda de cuadros azul marino hasta la rodilla, una camisa blanca y un chaleco azul marino, con sus habituales gafas de John Lennon en la punta de la nariz.

—¿No crees que te dejaría hacer esto sin que estuviera aquí para mirar? —preguntó.

—Ay, Gracias —dije. Significaba mucho que estuviera aquí para apoyarme.

Me dedicó una pequeña sonrisa de satisfacción y luego miró a Reed. Era posiblemente la mitad de su tamaño.

—Y tú debes ser Reed. Para que sepas, Henry me hizo subir cuatro tramos de escaleras el otro día. Casi me muero, y te culpo por ello. Por cierto, encantada de conocerte.

Ella le tendió la mano, la cual Reed parecía un poco asustado de estrechar. Lo hizo de todos modos.

—Perdón por el ejercicio.

Hice una presentación tardía.

—Sí, lo siento. Reed, esta es mi asistente personal, Melinda. Ella es un regalo del cielo. Estaría perdido sin ella.

Melinda sonrió alegremente y Anika le besó la mejilla.

—Hola, cariño. Me alegro de que hayas venido.

—Oh —dijo Melinda, metiendo la mano en su mochila. Sacó una especie de novela gráfica japonesa y se la entregó a Sean—. Para ti.

Los ojos de Sean se iluminaron.

—¡Gracias! —No tardó en ponerse cómodo tumbado en los cojines,

ya pasando a la página uno—. Me quedaré aquí hasta que volváis.

Ah, sí. Lo de la carrera. Casi lo olvido.

Reed se rio a mi lado.

—¿Estás listo?

—En absoluto.

Reed tomó mi mano.

—No vas a morir, Henry.

—Puede que sí, entonces toda esa gente inocente que ha venido de fuera a disfrutar del parque quedaría marcada de por vida. De verdad, deberíamos pensar en los niños. —Melinda resopló y Anika se rio. Intenté fulminarlas con la mirada, pero entonces recordé algo—. Ah, y en el caso de mi prematura y horriblemente trágica muerte, ya sabéis qué canción tocar en mi funeral, ¿verdad, chicas?

Anika y Melinda respondieron al unísono.

—"Staying Alive".

Sean se rio fuerte, y Reed rio mientras me pasaba el brazo por los hombros y me llevaba de vuelta al camino que rodeaba la bahía.

Reed me hizo estirar durante unos minutos antes de empezar.

—Tus amigos son geniales —dijo—. Muy divertidos. Ya veo por qué os lleváis bien.

—Anika es como mi gemela. Pensamos igual. Y Melinda... bueno, no dejes que te engañe su aspecto de colegiala inocente. Ella es secretamente un genio matemático ninja y puede matar de cuatro maneras diferentes con los palillos.

Reed se echó a reír.

—Debe hacer tu trabajo interesante.

—Nunca hay un momento aburrido —respondí—. Con cualquiera de ellos.

—¿Y parece que le gusto a Anika? —Parecía inseguro—. Eso no ha ido tan mal, ¿verdad?

—Ha ido bien. Aunque probablemente puedes esperar el discurso de "hazle daño y te mataré" cuando os deje a solas.

—Es justo —dijo con una sonrisa—. Emily también te leyó el acta de motín, ¿no es así?

—Sí, aunque fui muy valiente.

Reed sonrió y miró el camino que pronto tomaríamos.

—Bien, entonces vamos a trotar, lento y constante, durante tres kilómetros.

Me quejé.

—Lo haces tres veces a la semana, Henry. Y lo haremos a tu ritmo.

—Mi ritmo es de unos cincuenta kilómetros por hora, en mi coche.

Reed se rio, y con un movimiento de cabeza por encima del hombro, dijo:

—Vamos. Hagamos esto.

Y así lo hice. Empecé a recorrer los siete kilómetros de la carrera de la Bahía, con la única persona del planeta que me hizo pensar que era posible.

Capítulo Quince

Reed sabía que no podía correr y hablar al mismo tiempo, así que se quedó a mi lado, con el apoyo de su silencio alto y claro.

El sendero que recorre la bahía es para corredores y ciclistas, paseadores de perros y empujadores de cochecitos. Era muy pintoresco y un lugar popular. Pero en el pasado, simplemente había conducido por la carretera junto a ellos, sin pensar en ninguno.

Ahora, bajo un perfecto cielo de Sydney, nos sonreían, nos hacían un gesto de asentimiento o un "hola" al pasar por su lado. Tenía que admitir que era agradable y que reafirmaba que la sociedad, y la gente en general, no apestaban como yo había presumido durante años.

No me curé milagrosamente de mi cinismo, pero el cambio de perspectiva, por breve que fuera, fue refrescante.

No me malinterpretéis, todavía me estaba muriendo. Y nunca me había sentido más aliviado cuando el teléfono de Reed sonó. Apretó un botón y dijo:

—Hemos recorrido tres kilómetros. ¿Quieres seguir?

Me detuve y agité la mano dramáticamente antes de poner las manos sobre las rodillas y tomar aire.

—No. Muriendo. Joder. Piernas. Pulmones. En. Fuego.

Reed apenas sudaba.

—Lo estás haciendo muy bien. Y estás casi a mitad de camino. Vamos, sigue caminando.

Probablemente habíamos caminado cien metros antes de que pudiera hablar correctamente.

—Es diferente a correr en una cinta.

—Lo es.

—Es más difícil.

—Las cintas de correr son un entorno controlado. Esto no lo es. —Volvió a mirar su reloj y pulsó algunos botones más—. Vamos. Esta vez iremos por un kilómetro.

Y así volvimos a trotar. Estuve a punto de ser arrollado por un tipo en bicicleta, y Reed tuvo que tirar de mi codo para evitar que me

atropellara una señora que empujaba un cochecito, el cual parecía que iba teledirigido por el malvado niño siendo paseado por su madre. El niño se rio cuando casi me tropecé, pero milagrosamente conseguí no plantar la cara en el suelo. Consideré la posibilidad de darle una colleja, pero pensé que estaría mal visto.

De alguna manera, hice ese kilómetro y luego caminamos un poco mientras recuperaba el aliento. Antes de que me diera cuenta, estábamos al otro lado de la bahía, y pude ver más adelante el Club de Remo Haberfield.

—Jesús.

Reed sonrió sin esfuerzo y me mostró su reloj.

—Faltan menos de dos kilómetros.

Tomé un sorbo de agua.

—Y aún no estoy muerto.

—Ni de lejos —respondió. Y así empezamos a correr de nuevo. Bueno, quizás la palabra correr era un poco ambiciosa. A la velocidad a la que nos adelantaba la gente con cochecitos y perros, era seguro asumir que el término *trote lento* era probablemente más adecuado.

Pero no me detuve durante un kilómetro más.

Esta vez necesitaba no caminar. Necesitaba detenerme por completo y respirar profundamente. Con las manos en las caderas, tuve que esforzarme para que el aire entrara en mis pulmones, que ya tenían problemas.

Reed me dio un apretón en el hombro.

—Lo estás haciendo muy bien, Henry. Ya casi llegamos.

Si miraba directamente sobre el agua, podía ver la piscina de Drummoyne y el parque Terry, donde Anika, Sean y Melinda esperaban a la sombra sobre mantas con cojines y cestas de comida... exactamente donde yo quería estar.

—Sólo falta el puente.

Miré hacia el puente de Iron Cove, el puente por el que había conducido innumerables veces, y me di cuenta por primera vez de lo que conectaba el camino con el propio puente.

—Oh, ¿me estás tomando el pelo? ¿Escaleras?

Reed sonrió. Sonrió, demonios.

—Vamos. Puedes con esto, Henry.

Cuando llegamos al final de la escalera, estaba mentalmente preparado para morir. Reed esperó conmigo en el primer escalón, y

juntos miramos hacia la cima.

—Son sólo veinte escalones.

Bien podrían haber sido veinte millones.

—Dime —dijo Reed—. Cuando entraste por primera vez en el gimnasio, aquel primer día, ¿cuánto podías correr?

—No muy lejos.

—¿Cuántas abdominales podías hacer?

—Ninguna.

—¿Cuántos pasos pudiste hacer en la elíptica?

—Unos diez.

—¿Y cuántos puedes hacer ahora? —preguntó—. En poco menos de dos meses, Henry, ¿hasta dónde has llegado?

—Muy lejos.

—¿Vas a dejar que veinte pasos te detengan?

Negué con la cabeza.

—No.

—Has hecho más de seis kilómetros, Henry. Te digo que lo tienes. Puedes hacerlo.

Asentí. Podía hacerlo. Reed tenía razón.

Había llegado muy lejos. Respirando profundamente, me persigné, por si acaso, y di el primer paso. Luego otro, otro y otro, y antes de darme cuenta, estaba en la cima, y estaba en la recta final. Literalmente, sólo tenía que correr a lo largo del puente, y a partir de ahí todo era cuesta abajo.

Miré a Reed.

—Quiero correr hasta la línea de meta.

Su sonrisa era impresionante.

—Buen chico.

Así que di todo lo que tenía. No dejé nada atrás y me esforcé más. Y cuando pensé que no podía dar un paso más, seguí adelante.

Corrí y corrí y crucé el puente, y luego los últimos cientos de metros de vuelta al punto de partida.

Casi me mata, pero lo hice. Apenas podía estar de pie, mis piernas eran una absoluta gelatina, mis pulmones ardían, y poner las manos en las rodillas y tratar de respirar era todo lo que podía hacer para no desplomarme.

Reed levantó las manos, al estilo de la victoria.

—¡Lo hiciste!

Me llevé la mano al pecho.

—Nosotros. —Tomé unas cuantas bocanadas de aire—. Nosotros. Lo hicimos. Lo conseguimos.

—¡Henry! —gritó Anika y me incorporé justo antes de que me diera un abrazo aplastante—. ¡Lo conseguiste!

—Lo hice.

Me soltó como si estuviera cubierto de algún tipo de bacteria contagiosa.

—Dios mío, estás todo sudado. —Luego se emocionó desde una distancia segura—. ¡Pero lo has conseguido!

Pasaron algunas personas y Anika les anunció:

—¡Acaba de hacer su primera carrera de la Bahía!

—Bien hecho. Enhorabuena —dijeron.

Les hice un gesto de despedida.

—Intento. No. Morir.

Reed se rio y me atrajo contra él, besando el lado de mi cabeza.

—Lo hiciste, Henry.

Dejé que me abrazara.

—Sigo intentando no morir.

Nos dimos la vuelta para volver a caminar lentamente hasta el picnic, donde nos esperaban Sean y Melinda. Sean parecía que acababa de despertarse de una siesta, y Melinda se levantó y fue a abrazarme, pero cuando me vio, bajó las manos y dio un paso atrás.

—Oh. Te abrazaré más tarde. Bien hecho, Henry.

—Gran esfuerzo —dijo Sean.

—Gracias chicos. —Me derrumbé sobre la manta, tumbado de espaldas—. Uf. Me duele todo.

Reed se sentó a mi lado.

—Lo has hecho muy bien, Henry. No puedo creer que hayas corrido la última parte.

Anika se aclaró la garganta.

—Eh, perdón. He corrido desde aquí hasta el camino. ¿Dónde está mi medalla de oro?

Resoplé.

—Esfuerzo estelar, Neeky.

—Lo sé, ¿verdad? —dijo ella con orgullo—. Toma, deja que te sirva algo de beber. ¿Tienes hambre?

—Sabía que te había traído por una razón.

Se rio y rebuscó en una de las cestas de picnic, y yo me maniobré para poder apoyar la cabeza en el regazo de Reed.

—¿Estás bien ahí? —me preguntó.

—Todavía no estoy del todo seguro de que no vaya a morir —expliqué.

Me sonrió y me apartó el pelo de la frente.

—¿Puedes creer que acabas de hacer la Carrera de la Bahía?

—Nop. No lo habría hecho sin ti.

Su respuesta fue una sonrisa de oreja a oreja, que era mi nueva imagen favorita.

Anika levantó un recipiente.

—Aquí hay algunas uvas. Y tengo algunas galletas, un poco de esa cosa que se llama queso bajo en grasa.

—¿El queso bajo en grasa es una cosa? —pregunté.

—Una cosa asquerosa —dijo Anika—, pero una cosa, no obstante. Me imaginé que, si estabas haciendo esto de correr, no querrías comida normal. Tengo zumo de manzana, agua mineral y un poco de agua vitaminada filtrada o alguna tontería de esas que venden ahora.

Así que nos quedamos en el parque, descansando a la sombra de los árboles sobre mantas y comiendo frutas y galletas, hablando y riendo durante horas. Me dio una cálida emoción saber que a mis amigos les gustaba Reed y que a él le gustaban ellos. No habría división, ni separación en los círculos sociales, como había ocurrido con Graham. Reed se reía con Sean y charlaba con Anika y Melinda mientras yo apoyaba la cabeza en su regazo.

Cuando intenté incorporarme, mi cuerpo protestó y gemí.

—Oh, Dios mío. Haz la Carrera de la Bahía, dijeron. Será divertido, dijeron.

Anika dio un sorbo a su zumo.

—Te han mentido, cariño.

Reed se rio y se puso en pie de un salto. Me tendió la mano para que me levantara.

—Vamos a llevarte a casa.

Ayudamos a recoger el picnic y nos despedimos, con la promesa de hablar pronto. Anika me apretó la mano, y la sonrisa en sus ojos me decía que le gustaba. Su aprobación me hizo más feliz de lo que debería.

—Te llamaré más tarde —le dije.

—Espero que estéis muy ocupados —dijo alegremente. Me dieron ganas de darle una patada en la espinilla, y Reed, por suerte, fingió no entender lo que quería decir. Ella se limitó a reírse de mi mirada horrorizada—. Te quiero, Henry.

La despedí y me despedí de Melinda con la mano antes de que Reed y yo bajáramos hasta mi coche.

Después de todos los preparativos para el día de hoy, era difícil creer que había terminado. Estaba orgulloso de mí mismo por haber completado la Carrera de la Bahía y agradecido de que Reed estuviera conmigo en todo momento.

—¿Ahora a dónde? —pregunté.

Reed me miró por encima del coche.

—Tu casa.

Sonreí, y la esperanza de lo que estaba por venir inundó mi vientre. Cuando llegamos a mi casa, tiré las llaves sobre la mesa y solté un gemido.

Reed parecía preocupado.

—¿Cómo te sientes?

—Dolorido, pero para ser sincero, no tan mal como pensaba.

—¿Quieres que te prepare un baño?

—¿Harías eso por mí?

Reed me dedicó una tímida sonrisa.

—Por supuesto.

—Entonces me encantaría.

Me plantó un beso suave y húmedo en los labios, que se prolongó lo suficiente como para que yo quisiera más. Para que supiera que habría más. Y supe entonces que hoy daríamos un paso más en nuestra relación. Sabía que acabaríamos en la cama y que lo tendría dentro de mí.

Se me calentó la sangre al pensarlo, mi polla se endureció y gemí.

Sonrió con complicidad y se mordió el labio mientras se alejaba. Sí. Sabía exactamente lo que íbamos a hacer. *Toda* la tarde, con un poco de suerte.

Mañana iba a estar dolorido por haber corrido hoy, así que, en este punto, era un caso de ir a por todo o nada.

Oí que el agua del baño se ponía en marcha y sonreí para mis adentros. Podría acostumbrarme a que me cuidaran así. Era tan atento, tan considerado, que me hacía querer ser lo mismo para él.

—¿Quieres comer algo? —le pregunté.

Apareció en el pasillo.

—Claro. ¿Puedo darme una ducha rápida mientras el baño está en marcha? Me volveré a poner esta ropa, pero estoy un poco asqueroso.

—¡Por supuesto! Las toallas están en el armario de ropa blanca detrás de ti. Voy a preparar algo de comer. —Mientras lo hacía, corté un poco de pan turco, luego corté unos tomates y una cebolla española, y rocié la mezcla con aceite de oliva prensado en frío y un chorrito de vinagre balsámico. Cuando lo tuve todo hecho, un Reed limpio y fresco se puso detrás de mí y me besó la nuca.

—¿Cómo haces todo tan elegante?

Me giré en sus brazos.

—En realidad no. Es sólo bruschetta.

Puse un poco de la cobertura en un trozo de pan tostado y se lo llevé a los labios. Lo mordió, cerró los ojos y gimió.

—Dios mío —murmuró con la boca llena—. Qué bueno.

Hice uno para mí y tuve que estar de acuerdo, estaba muy bueno. Fresco, dulce y ácido, y delicioso. El aceite corría por mis dedos y lo lamí rápidamente, chupando el dedo en mi boca. Reed gruñó en voz baja, y cuando levanté la vista, vi que sus ojos estaban más oscuros. Me apretó contra la encimera de la cocina y, sin ningún esfuerzo, me levantó para que me sentara en la encimera. Se acomodó entre mis piernas, y con sus manos aún en mi trasero, me atrajo hasta el borde. Así estaba más a su altura, y apretado contra él, podía sentir su erección contra la mía.

—Joder —susurró.

Asentí y hablé contra sus labios.

—Sí. Más tarde.

Su mirada se dirigió a la mía y sus pupilas se dilataron.

—¿Estás seguro, Henry?

Había una verdad inquebrantable en mis ojos.

—Sí.

Puso sus dedos bajo mi barbilla y me besó, esta vez más profundamente. Le rodeé el cuello con los brazos y me acerqué un poco más al borde de la encimera, necesitando sentirlo lo más posible. Me rodeó con sus fuertes brazos y me arrepentí de haber aceptado el baño...

Me alejé de él.

—Mierda, el baño.

Dio un paso atrás, con los labios hinchados por el beso y su erección abriendo la tienda de campaña.

—Lo comprobaré. —Su voz era gruesa.

—No, yo lo haré. —Me bajé del mostrador—. Quédate aquí y termina la bruschetta. No estaré mucho tiempo en el baño.

Lo dejé, pues necesitaba un segundo para despejar mi mente. También me daba algo de tiempo en el baño para prepararme para él. El remojo de los músculos fue celestial, las duchas anales no tanto, pero la expectación era enorme.

Era como si mi cuerpo supiera lo que iba a pasar.

Me pregunté qué debía llevar cuando saliera. ¿Era demasiado presuntuoso estar desnudo y previamente lubricado? Quiero decir, ahorraría tiempo...

De mala gana, me puse unos pantalones de chándal, aunque dejé de lado la ropa interior. Me puse una camiseta como una ocurrencia tardía, y cuando salí, Reed había limpiado la cocina y estaba sentado en el sofá, nervioso. Me miró de arriba a abajo y, cuando se dio cuenta de que había ido en plan comando, su mirada se dirigió a la mía.

Le levanté una ceja, medio atrevida, medio burlona, y se rio.

—Eres un problema. —Pero se levantó lentamente y se acercó a mí. Me cogió la mano y puso la palma en su mejilla—. ¿Estás seguro, Henry?

Asentí.

—Confío en ti.

Cerró los ojos y me besó la palma de la mano; luego, sin decir nada más, me llevó a mi dormitorio. Se detuvo ante mi cama y vio que había colocado un condón y un frasco nuevo de lubricante sobre el cubrecama. Me miró y se rio.

—¿Qué? —parpadeé inocentemente—. ¿Demasiado?

—¿Sólo un condón?

—Hay una docena en el cajón de arriba. Compré una caja durante la semana.

—Gracias a Dios. —Me besó con labios sonrientes, pero el beso no tardó en ponerse serio. Me quitó la camiseta por el dobladillo y deslizó su enorme mano bajo el elástico de mi pantalón de deporte, por encima de mi culo.

Gruñó y el sonido me hizo gemir en su boca.

Rompió el beso y apoyó su frente en la mía. Tenía los ojos muy cerrados y los labios húmedos.

—Ponte sobre la cama. Boca abajo.

Hice lo que me ordenó, su tono dominante hizo arder cada célula de mi cuerpo. Todavía con los pantalones de deporte puestos, me tumbé boca abajo, abrí las piernas y levanté las caderas. Él gimió y se quitó la camiseta por encima de la cabeza, y yo observé con asombro cómo se quitaba los pantalones.

Oh, sí, joder.

Reed se arrodilló en la cama y se colocó entre mis piernas. Pasó sus manos por la parte trasera de mis muslos y por encima de mi culo, para luego agarrar la cintura de mis pantalones deportivos y bajarlos por encima de mis caderas.

—Oh, Henry —susurró depositando besos reverentes en cada nalga.

Hice girar mis caderas, mi nivel de necesidad aumentaba cada vez más. Él apretó el material y lo bajó por mis piernas, dejándome abierto y desnudo para él.

Volvió a deslizar sus manos por mis piernas, siguiendo cada toque con un beso. El contraste entre sus manos callosas y sus suaves labios era celestial. Me separó suavemente las nalgas y me lamió el culo, y yo apreté las sábanas y jadeé.

Entonces deslizó su lengua dentro de mí, y pensé que me correría allí mismo, y lo hizo una y otra vez, llevándome a nuevas cotas de placer y anticipación de lo que más necesitaba.

—Reed, por favor.

Oí abrir el tapón de la botella de lubricante y, poco después, sentí el líquido frío y los dedos gruesos y romos justo donde lo necesitaba. Gemí cuando me penetró, empujando hacia atrás para encontrarme con él. Era tan bueno, y tan bienvenido, pero aún no era lo que deseaba. Sus labios estaban en mi hombro.

—Lo deseas tanto.

—Sí, lo quiero —dije con un gemido frustrado—. Quiero tu polla dentro de mí.

Su respiración se entrecortó y me besó el hombro mientras sacaba sus dedos de mí.

—Date la vuelta.

Me puse de espaldas y levanté una rodilla para apoyar el pie en la

cama. Él estaba de rodillas y se desenrolló un condón por la polla antes de arrastrarse hacia mí a cuatro patas. Me lamió la erección y me llevó rápidamente a su boca. Me chupó fuerte y profundamente, llevándome rápidamente al límite, pero deteniéndose antes de que terminara.

Esta vez gruñí con frustración.

—Reed. Joder.

Parecía ser justo lo que quería, porque enganchó una de mis piernas sobre su hombro y me dobló por la mitad, con su polla perfectamente posicionada en mi agujero.

—¿Es esto lo que quieres?

Asentí y él, muy lentamente, se introdujo en mí. Jadeé ante la intrusión, se sentía mucho más grande de lo que pensaba. Me dejó respirar mientras me penetraba, aunque sus fosas nasales se encendieron con su autocontrol.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente.

Asentí de nuevo.

—Dios, sí.

Empujó más adentro y puso una mano en mi cara.

—Quiero ver tus ojos mientras esté en tu interior.

Sus palabras hicieron que mi polla se sacudiera entre nosotros, y necesitaba tocarme. Metí la mano entre nosotros y me rodeé la polla. Reed gimió y se retiró un poco, sólo para volver a introducirse, más lejos esta vez, más profundo y más fuerte, frotando mi próstata con precisión. Mi orgasmo me sacudió como la detonación de una bomba, el placer me desgarró y Reed se aferró a mí con sus fuertes manos mientras me corría.

Cuando pude abrir los ojos, me miraba con asombro y un poco de orgullo. Me besó, con fuerza, envolviendo completamente sus brazos a mi alrededor, y sólo cuando cada centímetro suyo estaba enterrado en mí, comenzó a empujar y a follarme.

Me poseía con su lengua, con su polla, con todo su cuerpo.

Entonces sus empujones se volvieron erráticos, empujando más profundamente dentro de mí, y con un grito estrangulado, se corrió. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso y podía sentir el pulso de su polla en mi interior mientras llenaba el condón.

Se derrumbó sobre mí y dibujé patrones perezosos en su espalda hasta que su función cerebral normal regresó.

Apartó un poco la cara, con las mejillas sonrojadas y los labios rosados e hinchados.

—¿Estás bien?

Pasé mi pulgar por su mejilla.

—Mucho mejor que bien.

Sonrió, luego se rio y volvió a enterrar su cara en mi cuello.

—Jesús, Henry —murmuró—. Eso fue increíble.

Gemí mi satisfacción.

—Sí, lo fue.

Salió de mí lentamente, pero se quedó encima.

—Deberíamos ducharnos.

Le acaricié la mandíbula.

—Después.

Nos tapó con las mantas y se acurrucó conmigo.

—Tal vez podríamos dormir un poco la siesta.

—Mmm, siesta, ducha, pedir comida tailandesa y más sexo.

Sonrió contra mi piel.

—Perfecto.

Epílogo

Me encontraba en medio de un mar de participantes, entusiasmado y emocionado. Estaba un poco nervioso, pero había entrenado durante seis meses para esto. Mis compañeros de trabajo sólo habían entrenado unos dos meses, bueno, desde que les propuse que nos inscribiéramos en equipo en la carrera divertida City2Surf para recaudar fondos para el cáncer infantil. No se opusieron demasiado. Bueno, Melinda sí. Y creo que podría haber tramado seriamente mi muerte, pero estaba a mi lado, dispuesta a correr conmigo.

Reed estaba a mi lado. Cuando le dije que mi jefa Lillian se había inspirado en el té de los lunes y había dicho que deberíamos incorporar más ejercicios de creación de equipos, me mostró un folleto que alguien había dejado en el gimnasio para la carrera divertida.

Así que no sólo entró un equipo del gimnasio, sino también de mi oficina. Encargué camisetas en las que se leía *Los actuarios lo hacen mejor*, y éramos ocho corriendo, incluida Lillian. Tenía que admitir que estaba algo orgulloso de mí mismo.

Ahora estaba más en forma que cuando corrí mi primera Carrera de la Bahía el año pasado. Nunca tendría un cuerpo como el de Reed, y estaba contento con eso. Todavía tenía estrías. Todavía estaba un poco blando en la zona media. Seguía comiendo tarta de queso si me apetecía, y disfrutaba del vino y el café, porque así era yo. Pero ahora usaba tallas medianas de hombre. Nunca sería una talla pequeña, pero la forma de mi cuerpo había cambiado por completo: estaba más delgado, sí, y también tenía algo de definición muscular. Pero estaba más en forma, más flexible, mi presión arterial era perfecta, mis niveles de azúcar en sangre bajos y mis niveles de colesterol buenos. Estaba más sano que nunca.

Más feliz también.

Permitidme aclarar algo. Mi satisfacción no venía de la pérdida de peso. Venía de aceptarme a mí mismo, y eso era algo que Reed me había enseñado a diferenciar. Venía de establecer objetivos y cumplirlos, incluso cuando creía que no podía. Venía de ser capaz de

mirarme en el espejo y ser feliz con a quien veía sonriéndome. Nunca me di cuenta de lo invisible que había sido, lo invisible que había querido ser, cuando más grande estuve. Cómo había utilizado el humor como escudo para defenderme antes de que otros pudieran lanzarme calumnias hirientes. Es decir, seguía siendo divertido… vale, admitámoslo, soy divertidísimo y todos lo sabemos, pero ahora mis chistes no se utilizaban como armas. Y el hecho de que Reed se enamorara de mí cuando estaba en mi punto más pesado, y me siguiera queriendo, me demostró que él era lo que yo había pensado todo el tiempo.

Perfecto.

Reed y yo llevábamos un año juntos. Se había mudado conmigo hacía dos meses, cuando su contrato de alquiler estaba a punto de renovarse, y de todos modos, tenía sentido dado que pasaba mucho tiempo allí. No fue una sorpresa para nadie. Nos integramos en la vida del otro sin problemas: su familia me quería, y mi madre y mi hermana también lo querían. Incluso acompañó a mi madre al café Nespresso varias veces para ver si George Clooney aparecía.

Nunca lo hizo.

Seguimos haciendo ejercicio juntos. Empezamos a hacer la Carrera de la Bahía una vez al mes. Ahora podía correr los siete kilómetros completos sin parar, y cuando decidimos hacer la City2Surf, empezamos a hacer la Carrera de la Bahía cada dos fines de semana. Pasar de siete kilómetros a catorce iba a ser duro, pero yo estaba dispuesto a ello.

No queríamos batir récords, ni siquiera correr de forma competitiva. Sólo queríamos terminar y recaudar dinero para los niños enfermos. Dudaba que fuera a correr toda la distancia, pero el hecho de que lo hiciera era un hito bastante notable.

Así que, mientras nosotros la correríamos, la mayoría de mis colegas iban a caminar por pura diversión, y así estábamos todos juntos en la línea de partida, hacia la cola del pelotón. Junto con otros ochenta mil participantes, esperamos. Y cuando se dio el pistoletazo de salida, Reed tomó mi cara entre sus manos y me plantó un beso en los labios.

—Lo tenemos.

Y así corrimos.

Durante catorce malditos kilómetros.

Bueno, subí Heartbreak Hill caminando, porque nunca en la historia una colina tuvo un nombre tan acertado. Por otra parte, el nombre del Kilimanjaro comienza con *matar a un hombre*...

—Vamos, puedes correr esto —instó Reed.

Llegué a la cima de la colina y me agarré el costado, evitando una puntada. Ya había corrido casi siete kilómetros. La Carrera de la Bahía es plana; la City2Surf no.

—No, no puedo. Me he dejado la capa de Supergirl en casa —jadeé, y un tipo detrás de mí resopló. Me encogí de hombros. Reed era mi Superman; yo era su Supergirl. No tenía ningún problema con eso —. Odio las colinas. Todas —dije respirando profundamente—. ¿De quién fue la ridícula idea de poner colinas aquí?

Reed se rio.

—No lo sé, pero deberían ser despedidos.

—Exactamente.

—¿Quieres caminar un poco?

Tomé otro respiro y me sentí lo suficientemente descansado como para continuar.

—No. Sigamos.

La segunda mitad fue más lenta que la primera, y Reed seguía revisando el último reloj Fitbit que le había regalado por Navidad.

—Si quieres seguir con el tiempo puedes —le dije. Lo estaba retrasando, y sin duda los chicos con los que trabajaba probablemente ya habían terminado.

—De ninguna manera —dijo mientras corría—. Empezamos juntos, terminamos juntos.

Y cuando decía cosas como esa, me esforzaba más. Y para cuando la línea de meta estaba a la vista, me dolían los pies, las piernas se movían en piloto automático y me dejé los pulmones y las ganas de vivir en algún lugar de la calle de New South Head.

Pero entonces me di cuenta de que todos sus compañeros de trabajo estaban esperando en la línea de meta. ¿Y Anika y Sean? ¿Qué demonios? No sabía que venían a animarnos. De hecho, Anika había dicho que prefería hacerse un injerto de piel con una cuchara que correr con nosotros.

Sin embargo, ahí estaba ella, saltando y animándonos. Imaginé que sonaba el tema de *Carros de Fuego* y levanté los brazos mientras corría por la línea de meta. Con las piernas de gelatina me agaché,

intentando respirar mientras trataba de no morir, cuando me di cuenta de que nadie se había acercado a mí. Esperaba que Reed me diera una palmada en la espalda o que Anika al menos no me tocara por lo sudado que estaba, pero estaba solo.

Me giré y vi por qué.

Todos los compañeros de trabajo de Reed, Emily incluida, así como Anika y Sean, estaban en fila sosteniendo un enorme cartel con grandes letras negras.

HENRY, CORRERÉ HASTA LA LÍNEA DE META CONTIGO, SIEMPRE.

Y allí estaba Reed, de rodillas, con un anillo en la mano.

—Cásate conmigo —dijo.

Si alguien estaba enfadado por no haber asistido a la pedida de mano más épica de la historia, no tenía por qué preocuparse. Apareció en la portada del *Sun-Herald*, bajo el título: "¡Ha dicho sí!"

Bueno, por supuesto que sí.

Él lo era todo para mí. Me animaba, me desafiaba.

Era mi Thor en público, mi Loki en el dormitorio. Era el equilibrio perfecto para mí.

Era mi verdadero contrapeso.

Como dije. Perfecto.

Que suene la música de Carros de Fuego

~~La línea de Meta~~

Sobre la autora

N.R. Walker es una autora australiana que adora su género, el romance gay. Le encanta escribir y pasa demasiado tiempo haciéndolo, pero no lo haría de otra manera.
Es muchas cosas: madre, esposa, hermana y escritora. Tiene chicos guapos, muy guapos, que viven en su cabeza, que no la dejan dormir por las noches sino les da vida con palabras.
Le gusta que hagan sucias, sucias cosas… pero le gusta aún más que se enamoran.
Solía pensar que tener gente en su cabeza hablándole era raro, hasta que un día se encontró con otros escritores que le dijeron que era normal.
Desde entonces, se dedica a escribir…

Correo Electrónico: nrwalker@nrwalker.net

También de N. R. Walker

Blind Faith

Through These Eyes (Blind Faith #2)

Blindside: Mark's Story (Blind Faith #3)

Ten in the Bin

Gay Sex Club Stories 1

Gay Sex Club Stories 2

Point of No Return – Turning Point #1

Breaking Point – Turning Point #2

Starting Point – Turning Point #3

Element of Retrofit – Thomas Elkin Series #1

Clarity of Lines – Thomas Elkin Series #2

Sense of Place – Thomas Elkin Series #3

Taxes and TARDIS

Three's Company

Red Dirt Heart

Red Dirt Heart 2

Red Dirt Heart 3

Red Dirt Heart 4

Red Dirt Christmas

Cronin's Key

Cronin's Key II

Cronin's Key III

Cronin's Key IV - Kennard's Story

Exchange of Hearts

The Spencer Cohen Series, Book One

The Spencer Cohen Series, Book Two

The Spencer Cohen Series, Book Three

The Spencer Cohen Series, Yanni's Story

Blood & Milk

The Weight Of It All

A Very Henry Christmas (The Weight of It All 1.5)

Perfect Catch

Switched

Imago

Imagines

Imagoes

Red Dirt Heart Imago

On Davis Row

Finders Keepers

Evolved

Galaxies and Oceans

Private Charter

Nova Praetorian

A Soldier's Wish

Upside Down

The Hate You Drink

Sir

Tallowwood

Reindeer Games

The Dichotomy of Angels

Throwing Hearts

Pieces of You - Missing Pieces #1

Pieces of Me - Missing Pieces #2

Pieces of Us - Missing Pieces #3

Lacuna

Tic-Tac-Mistletoe

Bossy

Code Red

Dearest Milton James

Dearest Malachi Keogh

Títulos en Audio

Cronin's Key

Cronin's Key II

Cronin's Key III

Red Dirt Heart

Red Dirt Heart 2

Red Dirt Heart 3

Red Dirt Heart 4

The Weight Of It All

Switched

Point of No Return

Breaking Point

Starting Point

Spencer Cohen Book One

Spencer Cohen Book Two

Spencer Cohen Book Three

Yanni's Story

On Davis Row

Evolved

Elements of Retrofit

Clarity of Lines

Sense of Place

Blind Faith

Through These Eyes

Blindside

Finders Keepers

Galaxies and Oceans

Nova Praetorian

Upside Down

Sir

Tallowwood

Imago

Throwing Hearts

Sixty Five Hours

Taxes and TARDIS

The Dichotomy of Angels

The Hate You Drink

Pieces of You

Pieces of Me

Pieces of Us

Tic-Tac-Mistletoe

Lacuna

Bossy

Code Red

Lecturas Gratuitas:

Sixty Five Hours

Learning to Feel

His Grandfather's Watch (And The Story of Billy and Hale)

The Twelfth of Never (Blind Faith 3.5)

Twelve Days of Christmas (Sixty Five Hours Christmas)

Best of Both Worlds

Títulos Traducidos:

Italiano

Fiducia Cieca (Blind Faith)
Attraverso Questi Occhi (Through These Eyes)
Preso alla Sprovvista (Blindside)
Il giorno del Mai (Blind Faith 3.5)
Cuore di Terra Rossa Serie (Red Dirt Heart Series)
Natale di terra rossa (Red dirt Christmas)
Intervento di Retrofit (Elements of Retrofit)
A Chiare Linee (Clarity of Lines)
Senso D'appartenenza (Sense of Place)
Spencer Cohen Serie (including Yanni's Story)
Punto di non Ritorno (Point of No Return)
Punto di Rottura (Breaking Point)
Punto di Partenza (Starting Point)
Imago (Imago)
Il desiderio di un soldato (A Soldier's Wish)
Scambiato (Switched)
Galassie e Oceani (Galaxies and Oceans)

Francés

Confiance Aveugle (Blind Faith)
A travers ces yeux: Confiance Aveugle 2 (Through These Eyes)
Aveugle: Confiance Aveugle 3 (Blindside)
À Jamais (Blind Faith 3.5)
Cronin's Key Series
Au Coeur de Sutton Station (Red Dirt Heart)
Partir ou rester (Red Dirt Heart 2)
Faire Face (Red Dirt Heart 3)
Trouver sa Place (Red Dirt Heart 4)

Le Poids de Sentiments (The Weight of It All)
Un Noël à la sauce Henry (A Very Henry Christmas)
Une vie à Refaire (Switched)
Evolution (Evolved)
Galaxies et Océans (Galaxies and Oceans)

Alemán

Flammende Erde (Red Dirt Heart)
Lodernde Erde (Red Dirt Heart 2)
Sengende Erde (Red Dirt Heart 3)
Ungezähmte Erde (Red Dirt Heart 4)
Vier Pfoten und ein bisschen Zufall (Finders Keepers)
Ein Kleines bisschen Versuchung (The Weight of It All)
Ein Kleines Bisschen Fur Immer (A Very Henry Christmas)
Weil Leibe uns immer Bliebt (Switched)
Drei Herzen eine Leibe (Three's Company)
Über uns die Sterne, zwischen uns die Liebe (Galaxies and Oceans)
Unnahbares Herz (Blind Faith 1)
Sehendes Herz (Blind Faith 2)

Tailandés

Sixty Five Hours (Traducción al Tailandés)
Finders Keepers (Traducción al Tailandés)

Español

Sesenta y Cinco Horas (*Sixty Five Hours*)
Código Rojo (*Code Red*)
Queridísimo Milton James (*Dearest Milton James*)
Queridísimo Malachi Keogh (*Dearest Malachi Keogh*)

Chino

Blind Faith (Traducción al Chino)